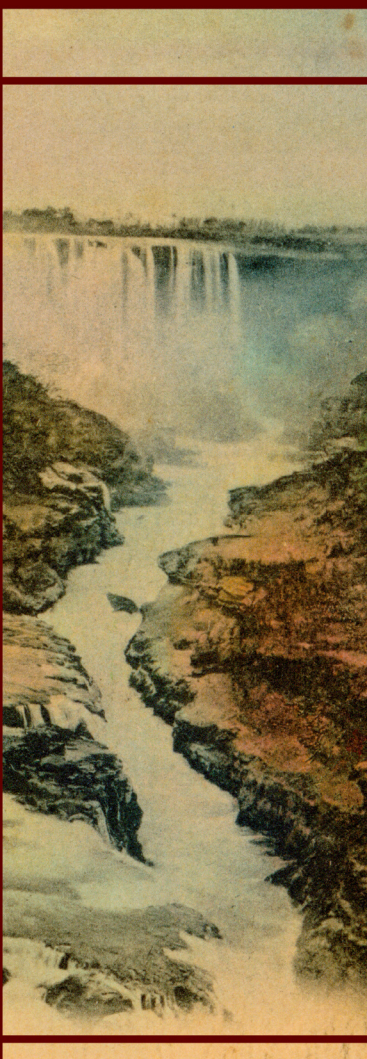


Biobío

Crisol de culturas

UNA BREVE HISTORIA REGIONAL



ARMANDO CARTES MONTORY

EDICIONES DEL
ARCHIVO HISTÓRICO DE CONCEPCIÓN

DIRECTOR

Armando Cartes Montory

CONSEJO ASESOR

Sergio Carrasco Delgado

Ximena Urbina Carrasco

Leonardo Mazzei de Grazia

Erna Ulloa Castillo

Jorge Pinto Rodríguez

Alejandro Witker Velásquez

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Boris Márquez Ochoa



ARCHIVO
HISTÓRICO DE
CONCEPCIÓN

www.archivohistoricoconcepcion.cl

Biobío

Crisol de culturas

UNA BREVE HISTORIA REGIONAL

2023

Biobío, crisol de culturas
© Armando Cartes Montory

ISBN: 978-956-9657-31-3

Diseño: Siegfried Obrist Cordoba
Corrección de pruebas: Boris Márquez Ochoa
Concepción, octubre de 2023

Proyecto financiado por
Gobierno Regional del Biobío

*A los biobenses
de hoy y del mañana;
que los logros del pasado
nos animen a enfrentar unidos
los desafíos del porvenir.*

Biobío

Crisol de culturas

UNA BREVE HISTORIA REGIONAL

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	15
Rodrigo Díaz Wörner, Gobernador Regional del Biobío	
INTRODUCCIÓN	18
UN TERRITORIO ANCESTRAL	23
El Gran Biobío, 23 * Entre volcanes, bosques y humedales, 28	
* De los plesiosaurios al monito del monte, 33	
EL POBLAMIENTO ORIGINARIO	37
Los primeros asentamientos, 37 * Los Mapuche, 41 * Incas en el Biobío, 44 * Los Pehuenche de la cordillera, 46	
ENTRE EL MAULE Y LA FRONTERA, 1600-1810	51
La raya del Biobío, 51 * Letras en la Frontera, 54 * El Concepción de Penco, 60 * La ocupación del territorio, 64 * Terremotos y epidemias, 65 * Concepción en el Valle de la Mocha, 68 * La Intendencia de Concepción, 70 * Exploradores y viajeros, 73 * La región en las postrimerías coloniales, 79	
LA PROVINCIA, DEL REINO A LA REPÚBLICA, 1810-1860	83
El Sur en vísperas de la Revolución, 83 * La Provincia en la Patria Vieja, 88 * El Biobío, teatro de guerra, 91 * La Declaración de la Independencia de Chile, 93 * Guerra a Muerte, 97 * La construcción del Estado en la región, 103 * Las revoluciones liberales-regionales de 1851 y 1859, 111	
TIEMPOS DE CAMBIO, 1860-1900	117
El trigo y la primera industrialización, 117 * El carbón, una epopeya de 150 años, 121 * Una región oceánica, 127 * ¡Ahí viene el tren...!, 133 * La modernización liberal y los conflictos doctrinarios, 142 * La educación en el siglo XIX, 147 * La prensa y el desarrollo cultural, 153	

EL COMPLEJO SIGLO XX, 1900-1960	157
La provincia en el cambio de siglo, 157 * Las colonias extranjeras, 159 * La insalubridad y la cuestión social en el Biobío, 164 * Conectando el territorio, 169 * La vida rural, 176 * Una provincia industrial: del dique seco al polo petroquímico, 180	
ARAUCO, LA TIERRA Y SU GENTE	191
El lafkenmapu en tiempos coloniales, 191 * El convulso siglo XIX, 198 * Nace una nueva provincia, 204 * Arauco y el carbón, 208 * La provincia de las siete comunas, 212	
DE LA ALTA FRONTERA A LA PROVINCIA DEL BIOBÍO	225
La exploración y ocupación de la Isla de la Laja, 227 * La fundación de ciudades y comunas, 232 * Los Ángeles en el tiempo, 245 * Economía y sociedad, 250	
EL GRAN CONCEPCIÓN: PROVINCIA Y METRÓPOLIS	253
Luces y sombras del Concepción del Centenario, 253 * La educación y el mundo intelectual, 256 * Los sectores populares, 260 * Juegos y deporte en la Región, 262 * Los terremotos de 1939 y 1960, 271 * Concepción en su Cuarto Centenario, 277	
GÉNESIS Y PRESENCIA DE LA REGIÓN DEL BIOBÍO	281
La regionalización, una larga historia inconclusa, 281 * Nace la Región del Biobío, 283 * La escisión de Ñuble, 291 * Identidad, patrimonio y cultura regional, 293	
LOS AÑOS CONTEMPORÁNEOS, 1960-2010	305
Los complejos años sesenta, 305 * Unidad Popular y Régimen Militar, aquende el Maule, 312 * Años de progreso, 1990-2010, 326 * 27/F: el gran terremoto de 2010, 330 * Las letras y las artes, 332	
EPÍLOGO: BIOBÍO EN EL SIGLO XXI	342
ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA	345

AGRADECIMIENTOS

Un relato de región, que haga sentido a las personas del presente, solo puede tejerse hilando las voces del pasado. Estas se hallan en los libros y documentos, así como en los testimonios y vivencias de las generaciones que han construido su historia. No es posible ni justo, entonces, abordar el desafío de una historia general sin una palabra de gratitud hacia quienes me precedieron en la labor inagotable de escudriñar el pasado.

He aprendido de conversaciones y de trabajos de historiadores activos y de otros que conocí solo por sus libros. Mucho me han ayudado sus escritos y sus consejos. Con ellos he podido validar hipótesis y confrontar datos y fuentes. Reconozco mi deuda con Fernando Campos, penquista autoexiliado en Santiago, que como Diego Barros Arana para Chile, propuso la espina dorsal de la historia regional de la antigua provincia de Concepción, que iba del Maule a la Frontera. Y con él, a los amigos de la Sociedad de Historia de Concepción, en especial Sergio Carrasco, con quien ensayé los primeros fuegos cuando era todavía estudiante, no todavía estudioso de la historia del Biobío. Antes todavía, un recuerdo a los viejos cronistas y poetas épicos del mundo colonial, que me entregaron muchas pistas; tradición que, en tiempos republicanos continuaron Guillermo Cox, Carlos Oliver, Domingo Contreras Gómez, Reinaldo Muñoz Olave, Alejandro Pizarro, René Louvel y tantos otros, que han añadido ladrillos al edificio de la historia regional.

Me siento comprometido con eximios investigadores con quienes hemos compartido una mesa y también las páginas de un libro, como Jorge Pinto, Sergio González, Esteban Valenzuela, Patrick Puigmal, Mateo Martinic, Sol Serrano, Sergio Villalobos, entre muchos que me señalaron las claves de la buena historia regional. Con los escritos, pero sobre todo las reflexiones y consejos de Eduardo Cavieres, que guió mis pasos en los estudios doctorales, mostrándome nuevos

derroteros, que ampliaron mis reflexiones. La inserción de la región en el mundo atlántico ha sido tema de provechosos intercambios, en España y varios rincones de América, con distinguidos académicos, como Manuel Chust, Beatriz Bragoni o Jorge Ortiz Sotelo. También estoy en deuda con los apreciados miembros de la Academia Chilena de la Historia que, con generosidad, me han compartido su saber.

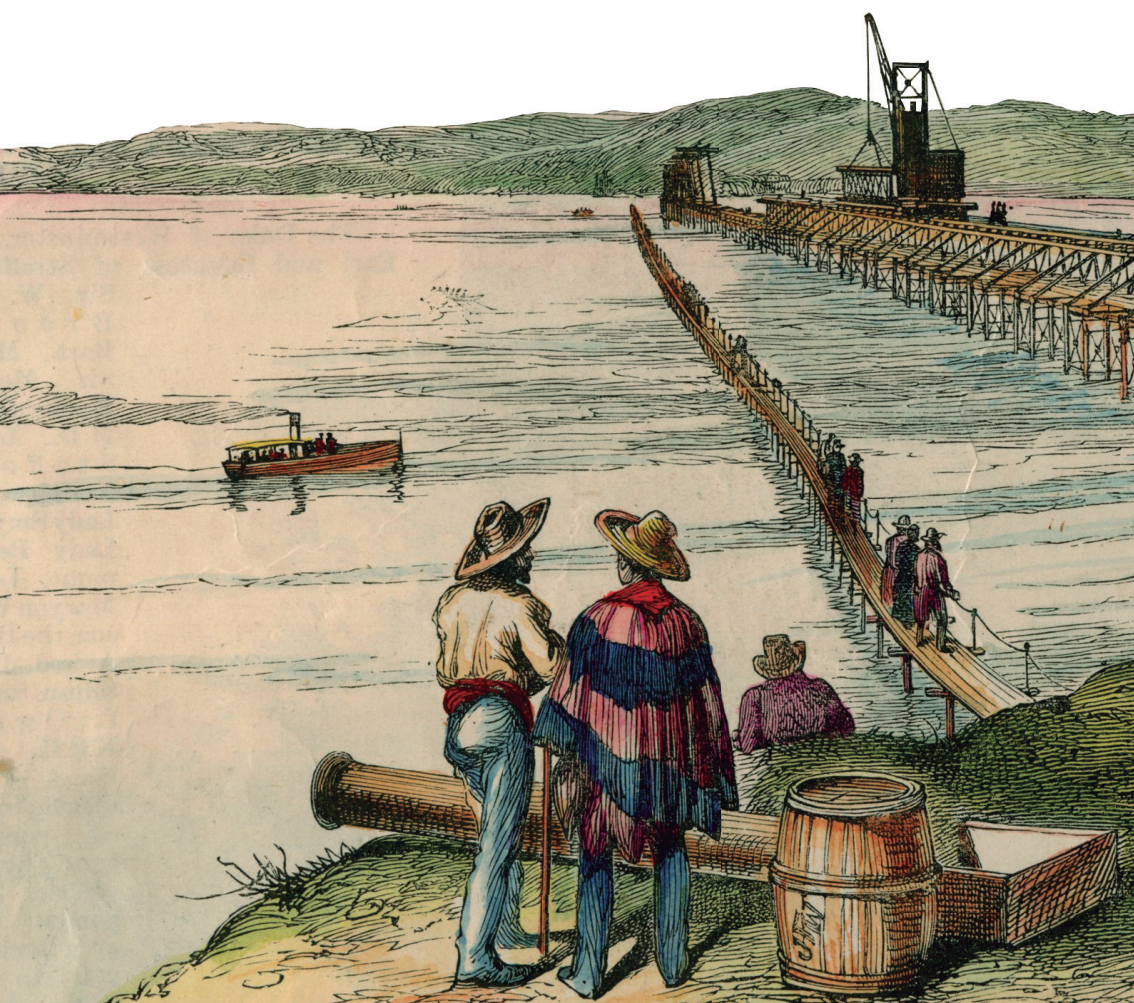
Mis colegas en la historia del país y la región, desde el mundo universitario, son demasiados para nombrarlos, pero en cualquier lista no pueden estar ausentes Leonardo Mazzei, Arnoldo Pacheco, Alejandro Bancalari, Alejandro San Francisco, Mario Valdés, Cristián Medina, Gabriel Cid y Joaquín Fernández, quienes han enriquecido mi visión, acercándome algo más a la inalcanzable verdad histórica.

Por los caminos de la Región que ahora historiamos, me he encontrado a muchos investigadores dedicados, que me prodigaron su saber sin mezquindades, con la alegría del que habla de la tierra que ama. Me refiero a Clímaco Hermosilla, en Cañete; a Fabián Irribarra en Quirihue; a Tulio González, un libro abierto sobre la historia de la provincia cordillerana de Biobío, y a los amigos de la Sociedad de Historia de Penco, de la Corporación de Monumentos Históricos de Los Ángeles, en especial a Marcela Rosen y al recordado Osvaldo Cáceres. En Ñuble, que ya no es una porción administrativa, pero será siempre parte de la provincia histórica de Concepción y, en lo sucesivo, de la macrorregión sur que integramos también con Maule y Araucanía, son ineludibles los trabajos de Alejandro Witker, inestimable creador y editor, Alicia Romero, Juan Ignacio Basterrica, Marco Aurelio Reyes, Marcial Pedrero, Mauricio Rojas, Fernando Arriagada y varios otros. Mi deuda con ellos es mayor.

En Tomé, son los trabajos de Rolando Saavedra una fuente valiosa, como las decenas de libros que gracias a la labor editorial de Darwin Sotomayor han visto la luz. Sobre Arauco y Lota, Luis Torres ha sido una fuente generosa. En Concepción, ciudad de arquitectos, comprendemos mejor la urbe gracias a Leonel Pérez, Luis Darmendrail, Pablo Fuentes, Stephan Franck, Carlos Inostroza y varios otros, que dialogan por sus dibujos y proyectos, y que también aportan a la historia local. Sobre la Universidad de Concepción, que ha hecho ciencia, pero también cultura y sociedad, los libros de Carlos Muñoz son importantes, así como los escritos de Javier Ramírez, desde una óptica patrimonial.

Sobre nuestros pueblos originarios, he aprendido con Eduardo Téllez, Claudio González, Leonor Adán, Pablo Mariman, Pedro Andrade, Marcos Sánchez, Daniel Quiroz, así como Juan Eduardo Mendoza, Pedro Hormazábal y Manuel Ramírez han abierto nuevos cauces a la historia militar. De la historia social, me he nutrido con los trabajos de Laura Benedetti y de los temas más sombríos del pasado reciente, con los libros vivenciales y la labor dedicada de María Eliana Vega. Una nueva generación está surgiendo, el tiempo dará nitidez a sus figuras; uno que ya brilla con luz propia, como investigador y gestor cultural es Boris Márquez.

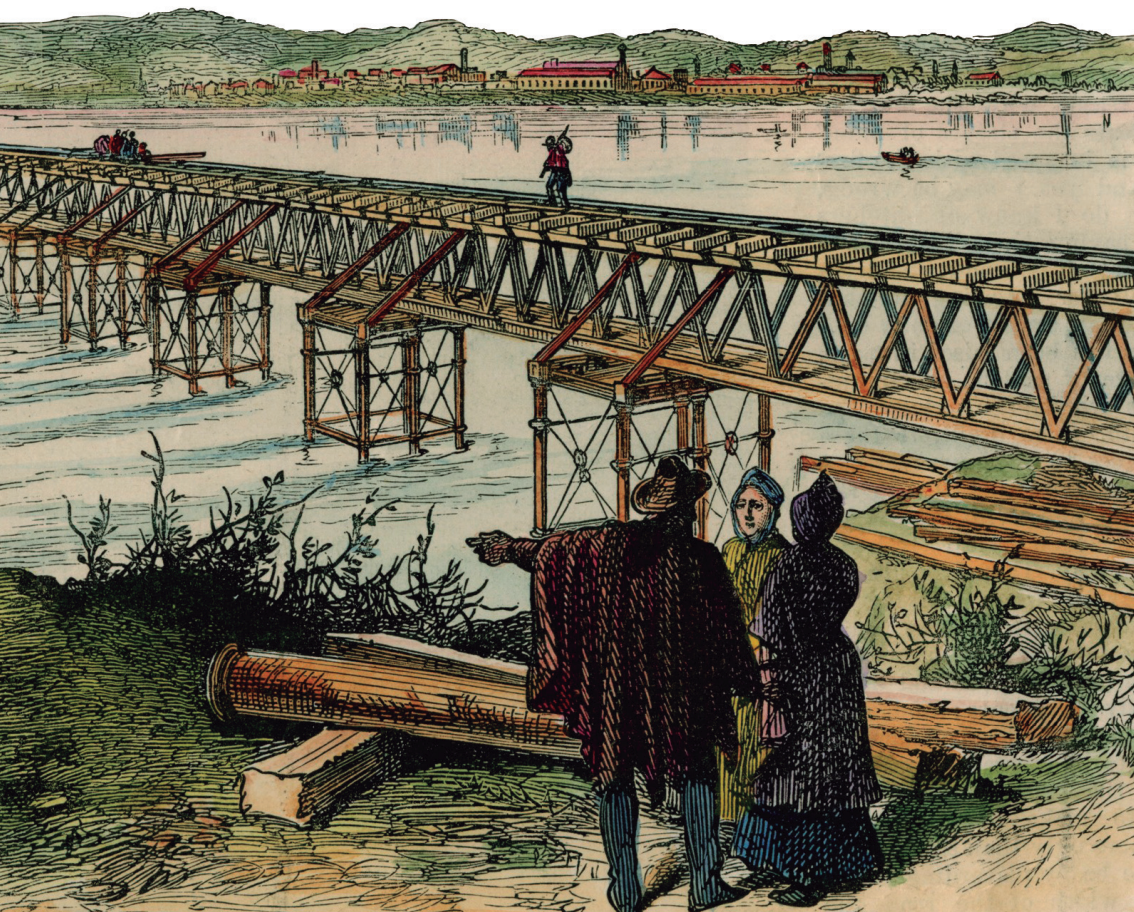
Un especial recuerdo, al concluir, para los que han partido, pero viven en la memoria y en sus libros. Me refiero a Juan de Luigi, Fernando Casanueva y a un incansable promotor de la memoria histórica, el doctor Carlos Martínez Gaensly. Con todos ellos compartimos la pasión por la bibliografía y la región. Ninguno, por supuesto, es culpable de las omisiones y los yerros -involuntarios, pero no menos censurables- de que este libro pueda adolecer. Confío en que en más



que una molestia, constituyan una motivación para que otros tomen la pluma y sigan la posta de la historia regional del Biobío.

Reconozco, finalmente, a dos instituciones que hicieron posible emprender la presente publicación: la Universidad de Concepción, la más antigua de regiones, mi Alma Mater y domicilio académico; y el Gobierno Regional del Biobío, que me invitó a escribir este libro e hizo posible que llegara a miles de hogares, promoviendo la identidad, a través del conocimiento histórico. A ambas instituciones, mi sincera gratitud.

El puente ferroviario en construcción, visto desde la ribera sur, por Melton Prior, dibujante inglés que acompañó a John North, "rey del salitre", en su visita al norte y las regiones carboníferas de Arauco, en 1889. "The Bio-Bio Bridge. Chile", por Melton Prior (detalle), *The Illustrated London News*, 24 de agosto de 1889.





Detalle del mural "Historia de Concepción", que el artista Gregorio de la Fuente pintó, entre 1943 y 1946, en la antigua Estación de Trenes de Concepción, hoy sede del Gobierno Regional del Biobío.

Presentación

Ingresamos con entusiasmo en las páginas de este libro, emprendiendo un cautivador viaje a través del tiempo y el espacio, explorando la profunda historia de la Región del Biobío. Este territorio no solo ha sido testigo de los momentos cruciales en la formación de Chile, sino que también ha sido protagonista de ellos. Aquí, las raíces de nuestra identidad nacional se entrelazan con las vivencias y experiencias de su gente.

Me siento honrado de prologar esta obra que trasciende la mera narración histórica; es un compendio de los sueños, sacrificios y logros de generaciones de habitantes de nuestra región. A lo largo de la historia, estas generaciones han enfrentado con valentía y determinación los desafíos, forjando así el presente y el futuro de esta tierra. En la Región del Biobío, encontramos un territorio dotado de abundantes recursos naturales y una población con un inmenso talento. Nuestra responsabilidad es convertir estas ventajas en un bienestar compartido para todos los habitantes de Arauco, Concepción y Biobío.

Hoy en día, nos enfrentamos a desafíos que trascienden nuestras fronteras regionales. La crisis ambiental y los cambios económicos y tecnológicos afectan no solo a Chile, sino al mundo entero. No obstante, mantenemos una confianza inquebrantable en el futuro, una confianza que nace de la resiliencia y la fortaleza que nuestra región

ha demostrado a lo largo de la historia. Hemos enfrentado con entereza los desafíos que se nos han presentado y hemos salido adelante.

La historia del Biobío es, en esencia, la historia de Chile. Desde los primeros combates de la Conquista en territorio lafkenche hasta la fundación de Concepción y el florecimiento de la agricultura en tierras pehuenches, nuestra región ha sido cuna de instituciones fundamentales como la Real Audiencia y la Universidad. En la antigua Isla de la Laja, en el valle y la cordillera, se ha forjado una comunidad mestiza que ha enriquecido nuestra cultura y ha definido nuestra identidad.

La comprensión de nuestra historia común es esencial para entender quiénes somos y lo que nos hace únicos. A través de las historias del pasado, encontramos las claves y las lecciones necesarias para afrontar juntos los desafíos del futuro. El Biobío ha demostrado una solidaridad y una determinación incomparables para superar terremotos, guerras civiles, migraciones y transformaciones económicas.

El carbón, el trigo, la industria forestal y petroquímica, el mar que nos conecta con el mundo: todas estas son facetas de nuestra historia que debemos redescubrir. Cada relato nos aporta valiosas enseñanzas y estimula la imaginación de los habitantes del Biobío de hoy y del mañana.

Por este motivo, hemos solicitado al historiador Armando Cartes Montory, un especialista en la historia regional del Biobío, que escriba este libro. Su obra va más allá de una simple narración histórica y explora la geología, la flora, la fauna y los primeros habitantes de nuestra región. Este texto es un pilar fundamental para la construcción de una identidad regional sólida, basada en las raíces firmes de nuestra historia.

Este libro es una invitación a todos los habitantes a reflexionar sobre nuestro pasado común, tanto remoto como reciente. Nos compromete y nos convoca a trabajar juntos por el desarrollo de nues-

tra región. Es nuestra misión, generación tras generación, escribir el siguiente capítulo de la historia del Biobío, inspirándonos en los hombres y mujeres del pasado.

A través de estas páginas, el Gobierno Regional del Biobío se enorgullece de contribuir a la preservación y difusión de nuestra rica historia. Esperamos que este libro inspire a todos a aportar a los desafíos de nuestro tiempo y a construir un mejor Biobío, guiados por la herencia y la sabiduría de nuestros antepasados.

RODRIGO DÍAZ W.
Gobernador Regional del Biobío

Introducción

El libro que el lector tiene entre sus manos -o quizás en su pantalla- es una ventana abierta a conocer y comprender la Región del Biobío, desde su historia rica y diversa. Un territorio que ha acogido, desde hace miles de años, a una gran población que ha dejado su huella, forjando su identidad. Queremos valorar su aporte a la construcción del país; se trata de mirar a Chile desde un territorio singular.

Cruzada por su gran río que corre entre la cordillera y el Océano Pacífico, la Región ha sido escenario de muchos procesos de proyección nacional: la formación del pueblo mapuche y pehuenche, la ocupación hispana y la sociedad fronteriza, el carbón y la industria, la independencia y la organización republicana. En tiempos más modernos, sus habitantes han sido protagonistas de luchas sociales y políticas, de dolores y catástrofes telúricas; pero también de emprendimientos económicos y educativos, en el inacabable tránsito hacia el desarrollo integral.

Revisaremos su evolución desde su origen, remontándonos a tiempos ancestrales, desde su formación geológica y los inicios de su poblamiento humano. La actual Región es heredera de la antigua Provincia de Concepción, formada en tiempos coloniales, que se extendía al sur del río Maule y cuyo territorio hoy se reparten varias regiones, entre el Maule y Los Lagos. Su corazón es el río Biobío, como eje articulador del poblamiento, la circulación y la llamada Frontera, que dividía, física y culturalmente, el mundo criollo del Wallmapu.

La vieja provincia fue escenario de eventos fundamentales. A partir de la fundación de la ciudad de Concepción como frontera de guerra, se hace parte del reino de Chile, con características propias, que condicionaron su identidad y evolución. Hacia fines del siglo XVIII se constituye en Intendencia y, en el siglo siguiente, bajo el nombre de provincia o dividida en departamentos, representa un papel importante en la configuración de la naciente república. En esa época, Concepción fue protagonista y aportó nombres impor-

tantes, como tribunos, directores supremos y presidentes a la joven república. Resistió, incluso con las armas, la expansión burocrática del Estado central hacia las provincias y, entre tensiones y alianzas fue cediendo su predominio, en la medida que el territorio iba atomizándose en provincias bajo dependencia directa de la capital del país.

Grandes procesos, como el auge minero, el ciclo agropecuario, la expansión de la frontera agrícola y el desarrollo industrial costero, fueron determinando su configuración actual. Como unidad administrativa, ha sufrido, a través de los años, múltiples modificaciones que han afectado su extensión y su gobernanza y, como consecuencia, su peso relativo en el concierto nacional, en diversos planos. La división del espacio regional, en efecto, es el resultado de consideraciones geoeconómicas y también políticas, tales como los procesos de centralización del poder y organización del Estado, que acompañaron a la construcción del Chile republicano.

Durante el siglo XX, la provincia marítima de Concepción desarrolló una fuerte vocación universitaria, que se sumó a la actividad fabril y a industrias primarias, como la pesca y la actividad forestal. Alberga, además, al Gran Concepción, la capital regional y principal metrópolis del sur de Chile.

En el nuevo contexto geográfico del Biobío, con la segregación de Ñuble, figuran como elementos relevantes su extensa costa, la metrópolis de Concepción y su oferta cultural y de servicios y su subsistente, aunque decaída, matriz industrial. La pérdida del *hinterland* agrícola obliga a repensar su identidad y su vocación productiva. Se requiere potenciar otras dimensiones, sectores y actividades. Sobre todo, estrechar los ya firmes lazos con la Provincia de Arauco, cuya historia precede a la nación de Chile y es parte de su relato original; y con la Provincia de Biobío, la Alta Frontera, establecida en 1875, con su cordillera coronada por tres volcanes. Hay que construir juntos un relato de región, que incluya a los pueblos originarios del te-

territorio lafkenche y a los pehuenches del Alto Bío- Bío, las islas adyacentes, la cuenca del carbón y tantos espacios cargados de memoria. Hay una labor pendiente, entonces, de reconfigurar una identidad en constante transformación, a través de cinco siglos de poblamiento continuo.

La reducción del territorio regional y del número de las comunas que lo integran, ocurrido en 2017, plantea desafíos a la condición de “región contrapeso”, como antigua provincia y también como actual metrópolis, que el Biobío ha ostentado ya desde tiempos coloniales, en el concierto nacional. Consisten en conservar su liderazgo económico y cultural, desde su capital, Concepción; redefinir su vocación, forjar alianzas y avanzar en su desarrollo endógeno. Lo anterior resulta necesario, no solo para la región misma, sino para que el país pueda superar su marcado centralismo y alcanzar un desarrollo equilibrado. Los avances de las últimas décadas, como la creación de gobiernos regionales, la elección directa de gobernadores, así como el traspaso de competencias y recursos, en actual ejecución, abren un camino diferente: la posibilidad de un desarrollo más autónomo, en que los ciudadanos de la Región tomen las riendas de su destino. Se trata de una tarea ya en marcha.

Para su propio progreso, el Biobío ha definido una Estrategia Regional de Desarrollo. Habla de promover el desarrollo social y la educación de calidad con participación y sentido de identidad; profundiza en la gestión territorial, en la ciencia y la tecnología, en la vocación logístico-portuaria y en el desarrollo ambiental sustentable. Entre sus objetivos estratégicos se halla la integración territorial, física y virtual con la región meridional de América y la cuenca del Pacífico.

El futuro, con los cambios acelerados que traen la globalización, el cambio tecnológico o la crisis ambiental, constituye un territorio inexplorado. El Biobío debe repensarse para construir, de manera

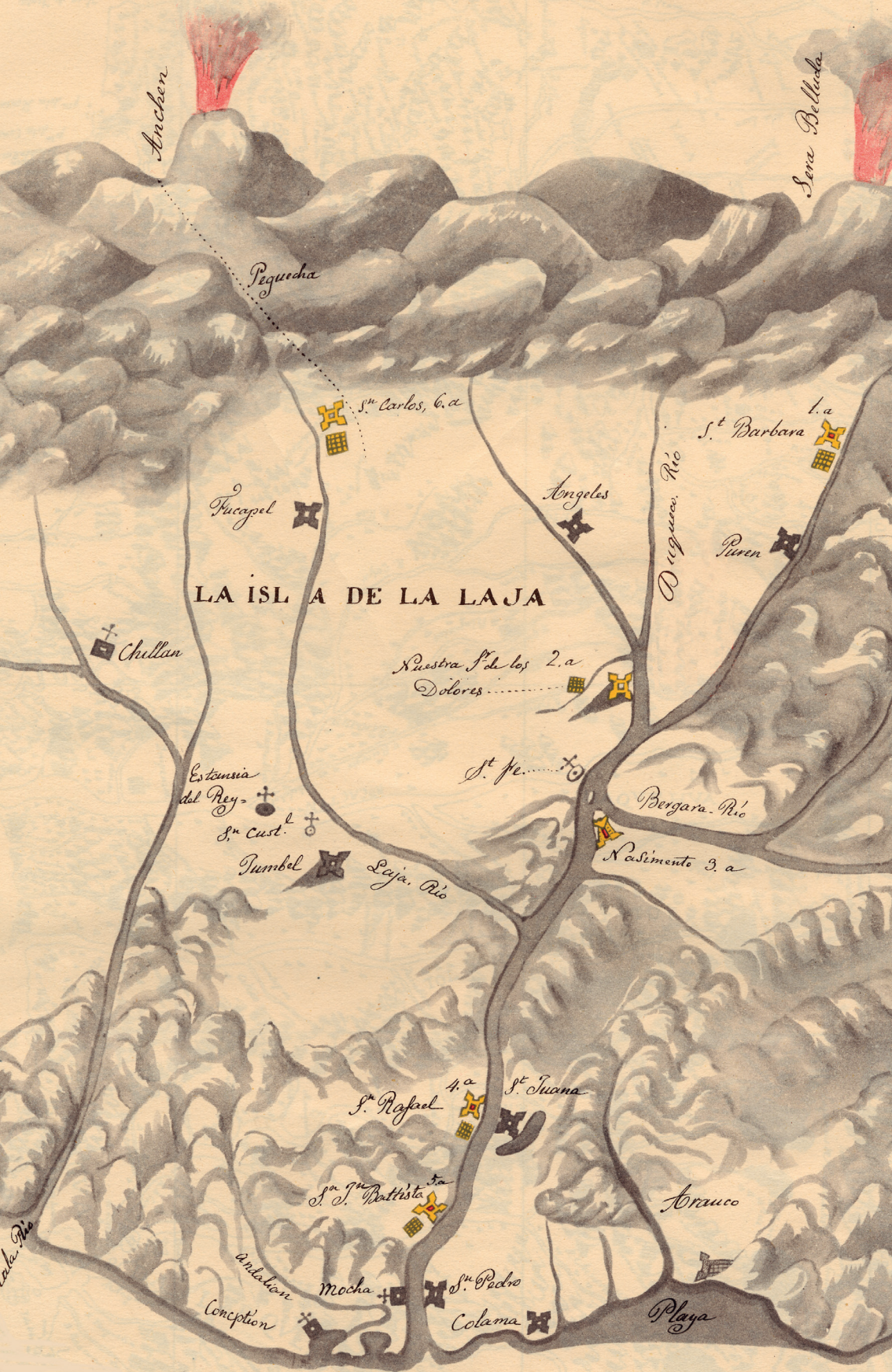
sostenible y equitativa, una mejor región, aprovechando las potencialidades y oportunidades de su gente y su fecundo territorio.

La invitación del Gobierno Regional a escribir la historia de mi región natal me ha motivado a revisar y fusionar decenas de trabajos previos y añadir nuevas páginas. He producido un texto sin pretensión de originalidad, sino más bien de síntesis equilibrada y completa, hasta donde el espacio lo permite. Para facilitar la lectura he evitado las citas académicas, limitándome a mencionar los autores más relevantes y, en una bibliografía de referencia, los trabajos más útiles. A quien quiera conocer más, sugiero revisar mi libro *Biobío y Ñuble, bibliografía histórica regional*, disponible en línea, que recopila unos seis mil textos útiles para profundizar en muchos temas.

He debido también recorrer ampliamente la Región y su gran río, desde su origen hasta su muerte en el mar. Con ello, he procurado captar su esencia, a fin de plasmar la síntesis de una historia larga y compleja, que sea a la vez comprensiva y reflexiva. He intentado conectar a Biobío con Chile y el mundo, solo así se comprende su pasado y puede imaginarse su futuro.

Concluyo señalando que la creciente autonomía que vivimos como Región, requiere de un relato compartido del pasado. Uno que nos aporte cohesión y la confianza en un destino común, desde la diversidad de los pueblos y los espacios geoculturales que la conforman. El conocimiento del pasado es la clave de una identidad fuerte, que nos anime a enfrentar los desafíos del porvenir. Ese es el espíritu que anima estas páginas. La invitación queda abierta, pues, a recorrer el territorio, de la mano de la historia.

ARMANDO CARTES MONTORY
Concepción, octubre de 2023



Anchen

Sana Belluda

Pequeña

S. Carlos, 6.a

Tacapel

Angeles

S. Barbara 1.a

Puren

LA ISLA DE LA LAJA

Chellan

Nuestra Señora de los Dolores 2.a

S. J. 3.a

Bergara. Río

Nasimiento 3.a

Estancia del Rey
S. Cust. 4.a

Tumbel

Laja. Río

S. Rafael 4.a

S. Juana

S. J. Battista 5.a

Aruco

Mocha

S. Pedro

Colama

Concepcion

Playa

Laja. Río

Anclaban

UN TERRITORIO ANCESTRAL

EL GRAN BIOBÍO * ENTRE VOLCANES, BOSQUES Y HUMEDALES

* DE LOS PLESIOSAURIOS AL MONITO DEL MONTE

EL GRAN BIOBÍO

Un río majestuoso da nombre y origen a la Región del Biobío. Nace en las lagunas Icalma y Galletué, en plena cordillera de los Andes y discurre a lo largo de 380 kilómetros, a ratos plácidamente y en otros tramos como un torrente. Se alimenta de ríos como el Liucura, el Rahue y el Lonquimay; en su curso medio, recibe el aporte de los ríos Duqueco, Bureo, Culenco, Tavoleo, Vergara y Huaqui, y se desplaza en dirección este-oeste. Su principal tributario es el río Laja. Cruza campos y ciudades, hasta desembocar en el océano, entre las playas negras de San Pedro de la Paz y los acantilados de Hualpén. Pero ahí no termina su largo camino, pues su cañón forma un valle submarino de paredes abruptas, que se proyecta 102 kilómetros, hasta una gran profundidad. Su cuenca hidrográfica cubre casi dos grados de latitud y una superficie de 24.029 kilómetros cuadrados, superior al Estado del Salvador y algo más pequeña que Bélgica. Es la tercera cuenca más grande de Chile, luego de los ríos Loa y Baker. En conjunto con el río Laja, el Biobío cubre con riego una superficie de cien mil hectáreas de terrenos cultivables. Se complementan con las cuencas de los ríos Carampangue, Lebu y Tucapel. En este territorio se ha desarrollado la historia larga de nuestra Región.

Su creación se remontaría a miles de años atrás, quizás un millón, cuando grandes terremotos rompieron la Cordillera de la Costa, vaciando un gran lago que ocupaba el valle central de la actual cuenca, a la altura de San Rosendo, dando lugar a la formación del río. Los

“Croquis de la Isla de la Laja, 1757”. Muestra al río Biobío y sus afluentes como elemento estructurante del poblamiento regional, expresado en fuertes y ciudades.

Cartografía hispano colonial de Chile, Santiago, 1952.

sedimentos que ha arrastrado, por miles de años, han cambiado la geografía de la costa; en especial el gran volumen de arenas andinas volcánicas y basálticas que produjo la erupción del volcán Antuco, cuando retrocedía la última glaciación, hace 10 a 12 mil años atrás. Al océano llegaba en forma de un delta, para luego conformar la bahías de Concepción y de San Vicente, con la acción combinada del río, los vientos y el mar. Son las arenas negras tan características de algunas playas y el subsuelo de la provincia de Concepción.

Entre los ríos Itata y Biobío, además, se extiende la plataforma continental, que avanza un ancho de 60 kilómetros. Es fundamental para las comunidades humanas y la vida marina, pues hasta ella llega la radiación solar, lo que permite el desarrollo de una rica vida marina en toda la columna de agua, en la superficie y en el fondo marino.

El origen de su nombre se pierde en la noche de los tiempos. A la llegada de los conquistadores europeos, se le llamaba *Butalevu*, o “río grande”; también *Bio-Bio* o *Biu-Biu*. Puede que sea como onomatopeya del sonido de las aguas, al lamer las orillas, o por su semejanza al canto del fiofio, el pájaro silbador, antaño abundante en la región. Como sea, el mismo Pedro de Valdivia, en carta que dirige al Emperador Carlos V, desde Concepción de Penco, le cuenta que llegó el primero a las orillas del “Biubíu”, en 1546 y que, en febrero de 1551, logra cruzarlo con 120 hombres de caballería y cincuenta infantes. Seis años después llegaría Alonso de Ercilla al “*famoso Biobío/ el cual divide a Penco del Estado* (de Arauco)”, según relata en *La Araucana*.

Debieron pasar tres siglos todavía, para que el Biobío comenzara a figurar en la nomenclatura administrativa, mediante el establecimiento de la provincia homónima, en 1875, con capital en Los Ángeles. Y otro siglo más, hasta 1974, para la creación de la Región del Biobío. Aunque antes existió la más extensa provincia de Concepción y luego, desde 1786, la Intendencia de Concepción, el Biobío fue siempre el corazón articulador del territorio, si bien todavía no le daba su nombre. Primero, “como raya del Biobío” o frontera de guerra; luego, como vía de comunicación y, desde siempre, como fuente de vida para flora y fauna, el habitar humano y la agricultura.

La Región del Biobío, organizada en torno a la cuenca, reúne a un millón y medio de personas, de las cuales casi dos tercios habitan en el llamado Gran Concepción. Más del ochenta por ciento de la población de la cuenca es urbana. Esta comprende el territorio de 33 comunas, distribuidas en las provincias de Arauco, Concepción y

Biobío. La presencia de los pueblos originarios es significativa. En la zona alta del río, que corresponde al área preandina, en particular en las comunas de Santa Bárbara y Alto Biobío, residen numerosas comunidades del pueblo pehuenche u “hombres del piñón”. En sectores del valle central y la costa, habitan grupos mapuches, cada vez más numerosos y organizados, incluso en sectores urbanos, en la medida que más personas van recuperando su identidad y asumiendo su etnicidad. Estos pueblos representan un patrimonio cultural de la cuenca, pues se les asocia con valores como la vida en comunidad, la solidaridad y la armonía con el medio natural.

En el imaginario de los habitantes del Biobío, está siempre presente la utopía de un río navegable. Muchos afirman que otrora era recorrido por decenas de barcas, hasta que el corte de los árboles, por los excesos de la industria maderera, habría terminado por cubrir su cauce de arena. ¿Cuánto hay de verdad en esta imagen? ¿podría volver a navegarse?

En los primeros tiempos, el río se cruzaba por vados o en modestas balsas. El gobernador Alonso de Ribera, militar avezado en la guerras de Flandes, comenzó a erigir, en 1601, la línea de fuertes que caracterizó la guerra fronteriza. Estableció varios balseos, para facilitar el pasaje del río. En “las juntas del Biobío y la Laja, dice en carta al Rey, puse dos pontones más para que pudieran pasar caballos”. En 1604, funda el fuerte de San Pedro de la Paz, “por donde entra el Biobío en la mar, dice, y puesto en él otro barco para facilitar aquel pasaje, que es muy importante, porque aquel puerto cubre la Concepción y su comarca...” La ubicación de los fuertes, a la orilla o en el encuentro de los ríos, la dotación de naves y el cuidado de los pasos, muestra la importancia estratégica que tenía, para el experi-

El Biobío fue navegable en el pasado, para barcas a vela, balsas planas y aún barcos de paleta.

“Concepción -Paisaje río Bio Bio”, fotopostal Casa Hans Frey, Concepción, c. 1950.



mentado gobernador, la navegación y el cruce del Biobío.

A comienzos del siglo XVII, el río era navegable desde Santa Fe hasta Concepción, en invierno y verano, pero en balsas chatas. Le afectaban islas y bancos de arena dinámicos, el bajo caudal estival y una barra casi impenetrable. Lo que lleva a desmitificar la idea de un río originalmente muy navegable.

Durante el siglo XVIII, la navegación continúa siendo eminentemente estratégica y con sentido militar. Se trataba de proveer los fuertes y asegurar la línea de Frontera. A mediados de ese siglo se produce el traslado de la ciudad de Concepción al Valle de la Mocha, donde actualmente se encuentra, a orillas del Biobío y muy cerca del mar. Concepción nunca fue considerada una ciudad puerto; de hecho, al consolidarse su traslado al Valle de la Mocha se le concedió a Talcahuano como “puerto de surgidero”. Así ocurrió el 5 de noviembre de 1764, fecha que es considerada como la de fundación de esta ciudad. A pesar de su situación fluvial, el río fue más una barrera de defensa que una vía de comunicación. El modesto malecón de Chepe siguió recibiendo carga y pasajeros hasta avanzado el siglo XX. Hoy es el punto del cual nace el puente ferroviario, inaugurado en 1890 y que está pronto a ser reemplazado por una nueva estructura, que se emplazará muy cerca.

La llegada del vapor potenció el uso vial de los ríos, pues hizo posible remontar barras y subir o bajar los cursos de agua, sin depender del viento, del esfuerzo de palanqueros o recurrir a la sirga. Ríos como el Maule, el Imperial, el Biobío o el Bueno se convirtieron en importantes rutas de transporte; en su entorno se concentraron las industrias y la población; en sus riberas, surgieron ciudades y pueblos. Fue la edad de oro de la navegación de los ríos, de la cual el Biobío, con todas sus dificultades técnicas, también fue parte.

En una época, hasta ochenta barcos surcaban sus aguas. Hubo lanchas planas, balsas, vapores y hasta uno extraordinario, de paletas, que hizo imaginar una gran vía acuática; pero fue un siglo muy corto. Recién comienza el tráfico masivo hacia 1830, cuando la economía del trigo impulsa el comercio en la Frontera. En 1855, el gobierno de la República otorgó las primeras concesiones de navegación a particulares, para la explotación del tráfico de cabotaje y pasajeros; al año siguiente la navegación a vapor fue subvencionada. En la década de 1860 y 70, el río seguía poblado de lanchas y barcas, que remontaban el Biobío y sus principales afluentes, como el Laja, el Vergara, el Renaico y el Malleco. Subían hasta Nacimiento,

aunque con muchas dificultades. Desde 1868, se exigía un mínimo de tres viajes al mes entre Concepción y Nacimiento.

La decadencia se inicia tempranamente, con la llegada del ferrocarril, en 1871. El gobierno optó por construir la vía por la orilla del río, lo que significó la sentencia de muerte para el tráfico fluvial. Desechada la posibilidad de un transporte multimodal, esto es, combinando el río y la vía férrea, la competencia feroz termina por privar de viabilidad económica y apoyo público al tráfico fluvial. Subsistirá en los diversos cruces del río, como paseos y para el transporte de maderas desde las nuevas ciudades y villas de la Frontera.

El puente metálico que cruza el río Laja se construye en 1890, como parte del ferrocarril que conectaba Talcahuano y Angol, acercando la Frontera a los centros urbanos.

"Puente sobre el Laja, San Rosendo", postal coloreada, c. 1910.



ENTRE VOLCANES, BOSQUES Y HUMEDALES

El Biobío replica los relieves tradicionales de la montañosa geografía chilena, dividida, de este a oeste, en Cordillera de los Andes, depresión intermedia, Cordillera de la Costa y planicies litorales. Los Andes cubren cerca de un tercio del territorio y se presentan, más bien, boscosos y húmedos. Aunque promedia no más de dos mil metros, la mayor altura se empina a los 3.585 metros. Es la Sierra Velluda, a la que acompañan los conos volcánicos del Copahue, Callaqui y Antuco, los tres cercanos a los tres mil metros sobre el nivel del mar. Los dos últimos presentan esporádicas erupciones, precedidas por eventos sísmicos y fumarolas, caracterizadas por cenizas, gases y lluvias ácidas.

Entre los Andes y la Cordillera de la Costa se extiende la depresión intermedia. De lomajes bajos hacia el sector norte, se eleva en el sur hasta conformar un elevado macizo: es la Cordillera de Nahuelbuta. A través de miles de años, las condiciones geomorfológicas y climáticas modelaron extensas plataformas litorales. Estas limitan con varias bahías: Coliumo o la Herradura, por el norte, que tiene al fondo a Dichato, ya una ciudad. La gran bahía de Concepción alberga por el norte al puerto de Tomé, al antiguo Penco en su centro, y a Talcahuano al extremo sur. Le sigue San Vicente, muy cerca de la desembocadura del Biobío y, siempre al sur, la bahía de Arauco, separadas por penínsulas.



“Volcán de Antuco”, acuarela del geógrafo francés Pedro Amado Pissis, que recorrió la región hacia 1863. Museo Histórico Nacional.



Isla Mocha, vista por la expedición holandesa del corsario Joris van Spilbergen, que la visitó en abril de 1615. Grabado tinta sobre papel, Leiden, 1619.

Más al sur, la costa se eleva, dando origen a la Plataforma de Arauco, marcada por acantilados abruptos y pequeñas caletas y ríos. Dunas y lagunas caracterizan al sistema litoral, hasta que una costa alta y rocosa, que se suaviza en forma de una ensenada, anuncia la cercanía de Tirúa, la comuna más austral de la Región del Biobío. Dos grandes lagos costeros, el Lanalhue y el Lleu-Lleu, añaden vida y belleza a la provincia de Arauco.

Un rasgo distintivo y casi inusual de la Región, es la presencia de sus tres islas. Son la Quiriquina, Santa María y Mocha, todas cargadas de historia y de interesantes atributos geográficos. La primera se sitúa dentro de la Bahía de Concepción. En sus apenas cinco kilómetros de superficie, conserva un valioso patrimonio geológico y arqueológico. Recibió a Alonso de Ercilla, a su llegada al sur, en 1557; a Charles Darwin, en 1835, entre varios científicos y navegantes; a los marinos alemanes del crucero Dresden, en 1918, internados durante la Primera Guerra Mundial, y es sede de la Escuela de Grumetes de la Armada de Chile. Más al sur se halla la Santa María, que recibió y aun cobijó por años, a antiguos loberos y balleneros y, desde los años cuarenta del siglo pasado, una prisión del Estado. Sus actuales habitantes, distribuidos entre Puerto Norte y Puerto Sur, luchan por mejorar sus condiciones de vida, siempre complicada por el mar y la distancia.

Frente a Tirúa, aunque parte de la comuna de Lebu, se encuentra la casi mítica Isla Mocha. Su nombre se asocia a antiguos balleneros y aún al mítico cachalote blanco que inspiró la novela Moby Dick. Es

la más grande, con 75 kilómetros cuadrados. De forma ovalada, en su centro se eleva una colina boscosa, coronada por una plataforma y una laguna, la que rodean llanuras litorales y roqueríos, donde abundan los lobos marinos.

En cuanto a la vegetación regional, los bosques templados son característicos. Hacia el norte hay formaciones de bosques caducifolios, en tanto que hacia la Cordillera de Nahuelbuta se aprecian bosques de araucaria. En la zona andina abundan formaciones mixtas de araucaria, lenga y coihue. La acción humana ha contribuido mucho a la transformación del paisaje. La agroganadería introducida por los españoles, aunque también practicada previamente de manera limitada, produjo alteraciones importantes al paisaje originario. Lo mismo ha ocurrido con el extenso desarrollo del sector silvoagropecuario, en décadas recientes.

Desde antaño, la interacción humana con la naturaleza ha originado transformaciones ambientales y desarrollos culturales, que influyen en la historia económica, la cultura tradicional y la identidad de la región. Así ocurre con elementos como la cerámica, los vinos regionales, la vida de las caletas y tantas otras expresiones del entramado simbiótico entre naturaleza y cultura humana.



Comuna de Tirúa, mayo 2023.

La diversidad de los paisajes es una riqueza del Biobío. Se explica por la complejidad de su geografía, modificada por cataclismos y lentas mutaciones a través de miles de años. La cercanía del litoral marino y la presencia de dos cordilleras, planicies y valles, es complementada por la condición de área de transición climática, que favorece la diversidad de especies, muchas de ellas únicas. Desde las gramíneas, como el coirón, de las estepas andinas y el roble, el laurel y el lingue del Alto Biobío, a las lengas y ñirres del Laja. Más abajo, boldos, peumos y olivillos, se mezclan con el ciprés de la cordillera. En la altura, reina la araucaria, el árbol pehuenche, que es también Monumento Natural chileno.

En el Valle Central, conviven los campos de cultivo con espinos, olivillo y quillay. Hoy son las plantaciones forestales de pinos y cultivos agrícolas los ocupantes más recurrentes. En las zonas litorales al norte del río Biobío hay abundantes zonas de dunas, donde se afirman arbustos, hierbas y gramíneas de baja altura.

La diversidad de ecosistemas se encuentra resguardada por Parques Nacionales, Reservas o Santuarios de la Naturaleza. Son Parques Nahuelbuta, la Laguna del Laja, y el Parque Nacional Nonguén. El primero es el más antiguo, pues data de 1939 y el más reciente es Nonguén, establecido en 2021. Nahuelbuta se ubica en la Cordillera homónima y entre su interesante flora destaca la araucaria. Desde el punto más alto, la Piedra del Águila, es posible ver el mar, el Valle Central y los volcanes lejanos. Lo habitan pumas, zorros y pájaros carpinteros, entre muchas otras especies. Forma parte de él el Monumento Natural Contulmo, que fuera fundado en forma independiente en 1941.

El Laja, en tanto, se sitúa en la precordillera andina y en su entorno se aprecia la escoria volcánica, resultante de las erupciones del volcán Antuco. Es hogar de especies endémicas de flora y fauna, como el cóndor y el ciprés de la cordillera. El Parque Nonguén, antes reserva, es compartido por las comunas de Concepción, Chiguayante y Hualqui, de manera que se halla muy cerca del Gran Concepción. Alberga especies como el monito de monte, zorro y pudú y anfibios, como la ranita de Darwin. Lo más significativo es que, según informa Conaf, “protege el último remanente importante del bosque caducifolio de Concepción, que antes cubría la cordillera de la Costa en la región y que fue remplazado casi en su totalidad por cultivos agrícolas y plantaciones forestales”.

Mencionemos dos Reservas Nacionales, una ubicada en la Cordillera y otra en el océano Pacífico. Son la Reserva Nacional Ralco y la Reserva Nacional Isla Mocha. Aunque la primera posee diversas especies, como lengas, ñirres, coigües y raulíes, fue establecida para proteger la araucaria. Son 12.500 hectáreas de rica diversidad. En la Isla Mocha, por su parte, fue establecida, en 1988, la Reserva que lleva su nombre. Protege un valioso ecosistema insular, donde abundan el coigüe y también especies como la fardela de vientre blanco y el chungungo. Y no podemos omitir, entre los espacios protegidos, al Santuario de la Naturaleza de Hualpén, establecido en 1976, con sus 2.662 hectáreas. Situado en el corazón del Gran Concepción, conforma una bella península, amenazada por la presión urbana e industrial, entre la desembocadura del río Biobío y la bahía de San Vicente.

La vegetación de la península de Hualpén es notable, pues representa una transición entre la xerófita del Chile Central, acostumbrada a ambientes secos, y la hidrófila del Sur, como la propia del bosque templado valdiviano; aunque, por la intervención humana, hoy predomina el matorral costero. En el estuario de Lengua se suceden marismas, dunas costeras, praderas, pastizal, bosques y humedales.

La desembocadura del Biobío y el Parque Hualpén, es un paseo tradicional de la ciudad, gracias al legado del filántropo penquista Pedro del Río Zañartu.

"Concepción-Boca río Bio Bio", fotopostal Casa Hans Frey, Concepción, c. 1940.



DE LOS PLESIOSAURIOS AL MONITO DEL MONTE



En la playa La Cata, en la localidad de Lirquén, comuna de Penco, una cola de un metro y medio de longitud y una aleta posterior, halladas en 2003, revelaron la existencia de un fósil. Eran los restos de un plesiosaurio, semisumergido en la zona intermareal. Es una muestra de la abundante vida animal que pobló la región en tiempos prehistóricos. La Región del Biobío, en verdad, ha sido escenario de la mayor cantidad de hallazgos de plesiosaurios del Cretácico Superior de Chile. En especial en la Isla Quiriquina y costas aledañas, en las localidades de Cocholgué, Lirquén y Tomé.

La fauna regional exhibe una gran diversidad, dentro de la cual destacan las especies endémicas, es decir, exclusivas de esta zona. Veamos: hay diez tipos de anfibios, cinco endémicos; diez de reptiles, seis endémicos; 209 especies de aves, cinco endémicas; 35 tipos de mamíferos, cinco endémicos. Peces, como la anchoveta, sardina española, sierra y albacora; algas, como el cochayuyo, luga, pelillo y luche; crustáceos, como la jaiba, camarón y picoroco; moluscos, como el choro zapato, navajuela, lapa, loco y cholga; son algunos de los habitantes costeros, que conviven con focas, pingüinos y lobos marinos.

En la zona cordillerana de la Región habitan huemules, lagartos, pumas y vizcachas de los Andes, entre muchas especies; en tanto que en la Cordillera de la Costa y Cordillera de Nahuelbuta conviven dos felinos, el gato colocolo y la güiña; junto con sapitos de Darwin, murciélagos, zorros grises y muchas aves diferentes, en especial en los humedales costeros.



Huemul, por
C. Gay, 1854.

La antropización del territorio regional, esto es, su intervención para la agricultura, ganadería y explotación maderera, así como por la expansión urbana, ha disminuido la presencia de mamíferos terrestres, no tanto así de aves. En la costa de Hualpén conviven el murciélago rojo, el zorro gris, e insectos como langostas, grillos y palotes. Incluso se han descu-



Madre de la Culebra,
escarabajo chileno.

bierto nuevas especies en la hojarasca del bosque nativo: en 1997, la *Afdera jimenae* y la *Ceromitia tabulifolia* pasaron a engrosar la nómina de la insectos endémicos. También un micromolusco, de nombre mapuche, pues fue bautizado *Pichikadi hualpensis*, del mapuzungun *Pichi*: pequeño y *Kadi*: Costilla.



Son las aves los principales habitantes del borde costero. Más de setenta especies, como pelícanos, gaviotines o cormoranes conviven en los roqueríos y se alimentan de peces pequeños e insectos; las especies migratorias, en tanto, cruzan el océano y regresan a anidar en verano. En las praderas, tiuques, tordos y sietecolores dan vida a la zona.



Tenca

Una curiosa especie, que habita en las colinas y zonas costeras desde Concepción al sur, es el monito del monte, un marsupial con más cercanía con sus pares australianos que con los sudamericanos. Es pequeño, de grandes ojos y cola prensil. Su pelo es marrón en el dorso y blanco o gris en el vientre, los hombros y las patas. Es un animal trepador, muy activo en la noche y el crepúsculo. Se alimenta de insectos, pero también consume frutos, semillas y hojas. Las

crías se desarrollan en la bolsa marsupial, luego de lo cual sus madres los cargan en la espalda. Duermen en un nido de coligüe y suelen hibernar para capear los inviernos rigurosos. Es uno de los animales más singulares, de cuantos pueblan la Región del Biobío.

Monito del Monte





EL POBLAMIENTO ORIGINARIO

LOS PRIMEROS ASENTAMIENTOS * LOS MAPUCHE * INCAS EN EL BIOBÍO *
LOS PEWENCHE DE LA CORDILLERA

LOS PRIMEROS ASENTAMIENTOS

La región Centro Sur de Chile, por sus condiciones ambientales y la abundancia de recursos, acogió desde muy antiguo una numerosa población. Siguiendo las cuencas de los grandes ríos, se asentaron varios grupos, que fueron construyendo junto a ellos sus historias particulares. Así, entre el Biobío y el Imperial-Toltén se establecieron los Mapuches, organizados en poblaciones de gran diversidad entre sí. Desde el río Valdivia hacia el sur se instalaron los Huilliches, además de los Cuncos, Puelches y Poyas, identificados en los siglos coloniales. La zona cordillerana que tiene al Biobío por epicentro, en tanto, ha sido el hogar de los Pehuenches, desde donde mantenían comunicación con los pueblos trasandinos. Según la ar-



La reconocida arqueóloga Zulema Seguel, fallecida en 2023, formada en París, quien realizó excavaciones en diferentes sectores de la región, tales como Arauco, Bellavista, Penco y la Isla Quiriquina. Museo de Historia Natural de Concepción.

queóloga Leonor Adán, coexistían tradiciones marítimas, fluviales y cordilleranas, generando un sistema de asentamiento complejo, que expresa la riqueza de la pluralidad cultural. Cuando ocurre el poblamiento en tiempos coloniales, con la llegada de los españoles, este siguió también el curso de los ríos, que “corren por las provincias rebeldes”, escribió el cronista Diego de Rosales.

Si quisiéramos aproximarnos a los orígenes del poblamiento humano, en las riberas del Biobío, habría que remontarse no menos de

seis mil años. Las primeras ocupaciones registradas se emplazan en sectores costeros de las actuales provincias de Arauco y Concepción. Han sido estudiadas desde fines de la década de 1960, gracias a los trabajos seminales de Zulema Seguel y sus colaboradores.

El paisaje, en ese largo tiempo, ha experimentado grandes cambios por razones naturales y, en forma más reciente, por la acción humana. El mar ha subido y bajado de nivel muchos metros, en diversas ocasiones, en razón de lo cual la línea de la costa era diferente; el mismo Biobío desembocaba en un gran delta, conformado por diversos cerros isla, que conformaban una especie de archipiélago. Graves cataclismos, en fin, así como la sedimentación fluvial propia del río, ha ido modelando el entorno que conocieron los primeros habitantes.

Densos conchales anuncian la presencia de campamentos humanos del pasado, que permiten conocer algo de su cultura material, así como los recursos marítimos y costeros aprovechados. Se trata de un poblamiento arcaico Premapuiche. Recolectaban ostras, navajuelas, locos, lapas y caracoles. Se suman a peces, aves y mamíferos marinos, que eran cazados y pescados en abundancia. Litos modificados como pesas de red, anzuelos o espineles, canastos o jaulas, dan cuenta de antiguas prácticas de pesca, de especies como el jurel y la sierra, también la merluza y el róbalo. Con las llamadas puntas talcahuanenses, redes y cuchillos, se cazaban lobos marinos, pingüinos y cormoranes.

La ocupación se extiende por toda la costa, dando cuenta de una numerosa población; entre los lugares estudiados, de norte a sur, se hallan la Quiriquina, Chome y Rocoto; Bellavista y Playa Negra en el Andalién; más al sur, aprovechando las bahías y desembocaduras,



Tubul y Tirúa eran zonas pobladas; incluso la Isla Mocha era parte de este circuito, evidenciando prácticas de navegación costera bien desarrolladas.

En varios sitios arqueológicos, como Bellavista 1 y Playa Negra 9, en las riberas del río Andalién, cercano al amplio delta del Biobío en el pasado, fechados en cerca de cuatro mil años atrás, hay presencia de enterratorios. La expresión cuidada de estos rituales mortuorios, con ofrendas malacológicas y líticas, atuendos, elaborados collares en dientes de mamíferos y ocre rojo en los cuerpos, “es indicativa de la construcción de identidades y territorialidades en los paisajes costeros y fluviales”.

Desde la costa, la ocupación se extendía hacia los bosques de la Cordillera de la Costa, los estuarios y humedales de la zona. En una amplia zona, que se extiende desde el Maule hasta al Golfo de Reloncaví, se han identificado paleoamericanos cazadores recolectores, cuyos vestigios, de unos 15 mil años de antigüedad, se han hallado en los sitios de Pilauco Bajo y Monte Verde, en las cercanías de Osorno y Puerto Montt, respectivamente.

La primera cultura agroalfarera, entre el Biobío y el lago Llanquihue, y del Neuquén a la costa del Pacífico, es la llamada cultura Pitrén, que puede trazarse hacia dos mil años atrás. Representa una transición entre la mera recolección y la producción de alimentos. Se le asocia a la aparición de la cerámica y al cultivo de la papa y el maíz. Estas comunidades comparten una alfarería común que se distribuye desde el Biobío hasta la zona de Osorno y Purranque, y que se emparenta con sociedades de la zona central. Lo anterior revela la participación de estos habitantes del Biobío en esferas culturales amplias, con variaciones internas, que configuran identidades culturales regionales.

Medalla con la imagen del naturalista Dillman S. Bullock, estudioso de la cultura El Vergel.

Página anterior: Primeros habitantes de Concepción en el Valle de la Mocha: vista aérea de las excavaciones arqueológicas realizadas durante la construcción del Templo Concepción de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Gentileza Nicolás del Sero y arqueólogo Pedro Andrade.



Museos y colecciones de Concepción, Cañete y Angol conservan vasijas Pitrén, indicativas de cementerios regionales en los cursos fluviales que conforman la hoya del Biobío. En la costa de Concepción y Arauco se han identificado diversos yacimientos con ocupaciones alfareras tempranas, similares a otras halladas en la isla Mocha y en la zona de Tirúa. Ya hacia el siglo VIII d.C.



Urna funeraria mapuche.
Colección Tomás Stom

se emplean cerámicas pintadas que caracterizan a los periodos Alfarero Tardíos. La proliferación de instrumentales de obsidiana, turquesas y metales en los momentos tardíos del período Alfarero temprano, sugiere una mayor complejización social y la participación en circuitos de circulación de materialidades, que vinculaban a diversos territorios.

Grandes urnas funerarias se datan hacia el siglo XII de nuestra era. Pertenecen al Complejo El Vergel, asociado al periodo agroalfarero tardío, que aparece entre el año 1.100 y el 1.500 d.C. Su alfarería se asemeja a la de más al norte y su actividad productiva, basada en la agricultura, llevó a la formación de diversos asentamientos, basados en las condiciones ambientales. Habrían cultivado, además del maíz, porotos, zapallos y quínoa. En muchos lugares se ha fechado cerámica asociada al contexto cultural El Vergel, incluyendo la desembocadura del Biobío, en Hualpén, donde se dató una pieza al 900 d.C.

En el sector cordillerano del Biobío, por su parte, hay evidencias tempranas de comunidades alfareras, de hace dos milenios, en sectores como Huequecura, Trapa Trapa y Callaqui, todos ellos asociados a afluentes del Biobío. Estas primeras comunidades alfareras se movilizaban siguiendo las estaciones, como lo continúan haciendo actualmente parte de las poblaciones pehuenches, en el Alto Biobío, con el sistema de internadas y veranadas. El río y la montaña permitieron la conexión de amplios territorios. A través de pasos cordilleranos se articularon rutas fluviales, lacustres y pedestres. Piedras grabadas, arte rupestre y antiguas ofrendas dan testimonio del paso constante de ganados, manufacturas, recursos vegetales y saberes



"Rucas de Pehuenches, 1839". Muestra la vida trashumante de los habitantes de la Cordillera. César Famin, Chili, Paraguay, Uruguay, Buenos Ayres, Firmin Didot frères, Paris, 1839-1840. Gentileza de Boris Márquez O.

compartidos, entre ambos lados de la cordillera. Los primeros vestigios se remontan a siete mil años, pero resta mucho por aprender sobre estos pueblos.

El Biobío recibió influencias de las culturas del sur que mencionamos, así como del norte, por el llamado proceso de andinización, incluso de los mismos incas, a que nos referiremos. La región habría servido de zona de transición, en opinión de la arqueóloga Zulema Seguel, en los procesos aculturativos, hasta los tiempos históricos. Los dos grandes ríos, el Biobío y el Itata, representaron barreras geográficas difíciles de sortear, generando un espacio donde se produjeron mezclas y readecuaciones: un crisol de culturas.

LOS MAPUCHE

La sociedad mapuche se fue conformando a lo largo de varios siglos y de múltiples influencias. Se trataba de diversas poblaciones, unidas por la lengua y ciertas afinidades culturales. Entre los años 500 y 1.500 después de Cristo, dice José Bengoa, hay pocos vestigios que permitan construir una serie cronológica sobre la formación de esa sociedad. No es fácil determinar, añade, si se trata de una sola que evoluciona o diferentes pueblos que en el largo periodo se superponen, se influyen entre sí, se destruyen quizás y se dominan. A partir del siglo VII, cacharros, enterramientos y tejidos, entre otros

elementos, muestran que la cultura mapuche podría hallarse constituida; otros la alargan al año mil de la era cristiana. El Vergel indicaría que a lo menos hubo unos 400 años de sociedad agrícola del estilo encontrado por los españoles. Es decir, su sociedad se hallaba conformada cinco siglos antes que la llegada de los españoles; los mismos años, curiosamente, que han transcurrido desde sus primeros encuentros.

Para esa época, los mapuche eran los principales habitantes del territorio, aunque distribuidos en diferentes grupos. La lengua, el mapuzungun, y ciertos rasgos culturales eran su factor aglutinante. Los habitantes del Biobío y la actual Araucanía dividían el territorio en grandes extensiones, denominadas butalmapu. Siguiendo una dirección de mar a cordillera, se denominaban Lavquen-mapu, Lelvun-mapu, Inapire-mapu, Pire-mapu y Huilliche-mapu. Los que habitaban la zona de Arauco se denominaban reche y “araucanos” por los españoles; lafkenches eran aquellos que se asentaban al oeste de Nahuelbuta, en la zona costera.

En la zona interior, que corresponde a la actual Región de Ñuble, se encontraban grupos picunches, chiquillanes y pehuenches. Se distribuían en la precordillera, el llano y la planicie litoral, desde hace unos siete mil años. Pueden señalarse asentamientos en las cercanías del río Ñuble, en el litoral de Cobquecura y en las cavernas de Quilmo, al oriente de Chillán Viejo, entre muchos otros lugares. En el siglo XVI, un grupo importante eran los chiquillanes, pueblo nómade recolector que habitaba el sector cordillerano. Su subsistencia se basaba en la caza de animales. Durante la misma época, en

Mujeres mapuches, mostrando la diversidad de su vestido, joyería y la labor del hilado.

“Mapuches. Cazique araucano con su familia” (detalle), postal coloreada, c. 1910.



las proximidades del río Ñuble, hubo varios asentamientos mapuche picunche, provenientes del norte del río Biobío, quienes vivían de la pesca, la recolección, la caza y la agricultura. Fueron la base de futuros pueblos y villas.

Estos pueblos recibieron una gran influencia de los grupos agro-alfareros antiguos del Perú, del norte y el centro del actual Chile. Las culturas fueron aprendiendo unas de otras de norte a sur, a través de muchos siglos. Así ocurrió con el conocimiento de la agricultura y la domesticación de animales. Diversos artefactos, como textiles, punta de flechas, conchas y cerámicas, que no se podían producir localmente, nos hablan de transferencias e intercambios muy antiguos.

Comenzando el siglo XVI, se ha estimado que habitaban al sur del Biobío entre 700 mil y un millón de personas. La fertilidad del territorio, la abundancia de recursos naturales y una agricultura bien desarrollada explican la numerosa población. Así lo reconoció el mismo Pedro de Valdivia, en una carta que dirigió al Rey, desde Concepción: “otro día torné a pasar el río con cincuenta de a caballo, dejando el campo desta otra banda, e corrí dos días hacia la mar en el paraje de Arauco, donde topé con tanta población que era grima”. Era una sociedad estructurada en clanes y territorios, organizadas en torno a las grandes cuencas de los ríos. Con la llegada de los españoles, entre enfermedades, trabajos, desplazamientos y la guerra, la población se redujo drásticamente. Según Bengoa, a “100 mil o 150 mil desde 1600 hasta el siglo XIX, aunque con muchos cambios y un probable aumento en el siglo XVIII”.

Los asentamientos se estructuraban en redes, que consideraban montes, pesquerías y áreas de cultivo, unidas por rutas. Había también espacios definidos para grandes reuniones o “juntas”. Estos encuentros, en una cultura fuertemente oral, favorecía la actualización de las tradiciones, los acuerdos e intercambios, así como la planificación. Denominados, en mapudungun y castellano, -regua, cahuín, consejo, acuerdo, bebedero, coyag, entre otros-, constituyen espacios sagrados que articulan la red parental y política expresando la unidad política y ritual del lebo. También eran destinados al juego ritual. El capitán Gerónimo de Vivar nos informa que los de Concepción eran grandes jugadores de chueca, evento que solía asociarse a importantes decisiones políticas y bélicas.

El paisaje forestal, a la llegada de los españoles, alternaba tierras despejadas y bosques. Se conformaban como mosaicos llanos en Concepción, Arauco, Angol y, a corta distancia, pasos, montes y

quebradas inexpugnables. Estos bosques fueron fundamentales en las formas de habitar los territorios. Para los españoles eran lugares espesos y temidos, refugio de las poblaciones y guerreros en lo más profundo; allí recogían sus mieses. Las sementeras fueron centrales en la guerra, procurando su control, remplazo y la adopción de nuevas especies agrícolas.

INCAS EN EL BIOBÍO

El historiador Diego Barros Arana dice que Tupac Yupanqui, el décimo inca, quien gobernó hasta 1493, ocupó el norte de Chile y su hijo Huaina Capac continuó el movimiento de expansión hasta el Biobío, donde estableció la frontera definitiva al tropezar con un pueblo belicoso que le hacía imposible el avance. Obligados a retroceder más al norte, la línea del Maule quedó establecida como frontera en virtud de una gran batalla, así como por las guerras civiles de la sociedad inca. Aunque esta división es discutida por autores más recientes, como Osvaldo Silva, quien señala que la ocupación efectiva de los incas se habría consolidado en el Maipo, lo cierto es que hicieron numerosas incursiones hasta el Biobío y más allá, dejando múltiples vestigios. En verdad, este territorio o zona de frontera se extendía entre el río Maipo al río Maule, más allá pareciera que no hubo ocupación estable.

Pero su presencia dejó huella. En los lavaderos de oro, la toponimia o la alfarería su impronta es

El popular juego del palín, es deporte nacional desde 2004.

"Araucanos jugando a la chueca".
Vistas de Chile, Santiago, 1915.



evidente. Hay vestigios en el sector del cerro La Costilla de Hualqui y en una serie de trabajos, que no agotan, en todo caso, las interrogantes abiertas sobre la naturaleza y el alcance de su presencia en las cercanías del Biobío. La zona muestra influencias manifiestas de desarrollos nortños como Aconcagua o Diaguitas, que lo hacen parte de procesos de andinización. Hay demostraciones materiales determinantes de los contactos entre las grandes culturas andinas y las fronterizas sociedades del sur.

Entre las consecuencias más notables de las invasiones incas, se halla la consolidación de una identidad colectiva de los mapuches. Dice Bengoa que antes de los incas cada agrupación indígena poseía su propia comarca, sin más límites que los propios de los espacios territoriales de los linajes o grandes familias. Al llegar los incas se produce una delimitación entre un “nosotros” y un “ellos”. A la llegada de Pedro de Valdivia, ya se habría constituido una idea de *mapu*, que implicaba un límite fronterizo, lo cual “demuestra la importancia que tuvo el Biobío en la historia”.

La idea de un sistema social centralizado y complejo, en cambio, propia de los incas, nunca habría fructificado en el sur. El surgimiento de estas estructuras de poder, en el mundo antiguo, se asocia a las grandes obras hídricas necesarias para alimentar a una población numerosa, todo lo cual determina la constitución de un poder centralizado. El cultivo del maíz o las papas en Biobío, en cambio, podía realizarse sin requerir la construcción de terrazas, canales y movimiento de grandes piedras. Por eso bastaba el sistema de fami-



Petroglifos en cerro La Costilla, en Hualqui, atribuidos a la presencia inca.

Luis Espinoza O., *El misterio de los petroglifos del Cerro de La Costilla*, 2018.

lias, sin la presencia de un Estado, como es frecuente observar en las sociedades hidráulicas del Oriente y del mundo andino.

La abundancia de caza y pesca, además, permitió avanzar sin complicaciones desde una sociedad cazadora recolectora a la horticultura y, desde ahí, a la agricultura intensiva. En la cordillera, de los piñones de las araucarias se obtenía harina con alto valor alimenticio. Lo mismo ocurría con la cercanía de la costa y la recolección de mariscos a gran escala.

De esta forma, en la cuenca del Biobío y más al sur, gracias a las abundantes lluvias y el sistema fluvial resultaba innecesaria una organización central. Lo anterior determinó la estructura social, en clanes y linajes autónomos, así como la dificultad de incorporarlos al régimen político del imperio de los cuatro suyus. También explica la dificultad de someterlos militarmente. De manera que variables ambientales, en buena medida, condicionaron la relación entre las sociedades indígenas y su desarrollo, caracterizado por una agricultura intensiva, sedentarismo y alta densidad de población.

LOS PEHUENCHE DE LA CORDILLERA

Entre los diversos pueblos que habitaban el centro sur del actual Chile, sobresalen los Pehuenche, por su relación con la cordillera y su fuerte cultura trashumante, que ha sabido llegar hasta el presente. En tiempos pretéritos, poblaban un amplio territorio, que se extendía, de norte a sur, desde Talca a Lonquimay y, transversalmente, en ambas vertientes de los Andes, hasta los ríos Diamante y Neuquén, en el área trasandina. Según el abate Juan Ignacio Molina, quien escribía en 1776, “los pehuenches, tribu numerosa, habitan en aquella parte de la cordillera al oriente de las provincias españolas de Colchagua, Maule, Chillán y Huilquilemu”.

Jerónimo de Quiroga, hacia 1690, dice que los pehuenches habitan en los vallecitos que hacen las quiebras de la cordillera nevada... “no tienen casas ni sembrados; el aire, montes y ríos los sustentan, y por el sol guían sus alojamientos, mudándose de unos a otros sitios, así como las aves y animales se mudan para pasar los tiempos del año huyendo de la nieve; andan vestidos de pieles de animales, o por mejor decir cubiertos por una piel o por muchas pieles juntas; son diestros con la flecha y arco, y con unas bolas de piedra pendientes de una cuerda de nervios, dan en los pies del más ligero ciervo o avestruz y beben la sangre caliente de estos animales”.



El caballo o Kawellu, fue adaptado con mucho éxito por el pueblo mapuche, para la guerra, el transporte y las labores agrícolas.

"Mapuche a Caballo", postal coloreada, Carlos Brandt, editor, Concepción, c. 1910.

La población pehuenche, originalmente, no pertenecía a la etnia mapuche, sino a grupos nómades recolectores cazadores de la cordillera. El cautivo Núñez de Pineda asevera que su lengua era diferente a la chilena o mapuche. "Antes de la llegada de los españoles a Chile, dice Bengoa, las pampas argentinas estaban habitadas por pequeños grupos no mapuches, cazadores de ñandúes guanacos y llamas. Lo mismo ocurría con los habitantes de la cordillera, los hombres del pehuén que hablaban nuestro idioma y se relacionaban con los habitantes de la pampa y la Patagonia".

Para los Pehuenche, el territorio era un elemento poderoso. Las aguas y la fuerza de los ríos se combinaban con los formidables bosques de Araucarias. Estos aseguraban el sustento, mediante la recolección de los frutos del pehuén, favoreciendo la complejidad de su sociedad. Dice el padre Diego de Rosales, que entre los Pehuenche "cada uno tiene su pedazo de cordillera señalado, y heredado de sus antepasados...y suelen coger, quando el año es bueno, tantos, que tienen para tres y quatro años, conservándose frescos en pozos y silos de agua".

Los Pehuenche siguieron por siglos recolectando el piñón, manteniendo la caza y recolección y la trashumancia entre los valles cordilleranos y las áreas de piñoneo. En el siglo XVIII el comercio fronterizo con los españoles fue más expedito abasteciendo los enclaves hispanos de tejidos, sal y otros productos. El explorador alemán Eduard Poeppig, quien recorre la zona hacia 1828, informa que los pehuenches suministraban "grandes cantidades de pehuenes al co-

mercio, en Concepción y Valdivia, desde donde se los vendía también a Valparaíso y Lima”.

Al momento de la irrupción hispana y como consecuencia de las guerras, los Mapuche se refugiaron en el área andina y en las pampas, en tierras habitadas por los Pehuenche. Se produjeron conflictos entre ambos pueblos y una coexistencia que resultó en que los últimos fueron araucanizados. Sufrieron cambios socioculturales y su lengua se perdió, comenzando a hablar mapudungun. Mantuvieron, no obstante, su economía basada en la recolección y en la crianza de caballos.

Agrupaciones permanentes residían en la hoya superior del río Laja y en el curso cordillerano del Biobío y sus afluentes inmediatos. Los que vivían en Neuquén, la Laja, Trapa Trapa, Villucura y Santa Barbara tenían contacto frecuente con los cristianos. Estos solo podían transitar hacia el Valle Central por la ruta de Antuco y por la que bordeaba el río Duqueco. Los primeros intentos misioneros se produjeron a fines del siglo XVII, sin continuidad y se reiniciaron a mediados del siglo XVIII. Para controlar las incursiones pehuenches, los españoles fundaron fuertes en algunas angosturas estratégicas de afluentes del gran río. En Villucura se estableció un fuerte tras la rebelión de 1769; también se celebraron parlamentos, en procura de acuerdos de paz y defensa mutua con las reducciones cordilleranas del Alto Biobío, como el de Tapihue, en 1774. En virtud de sus disputas con agrupaciones mapuches, solían aliarse con los hispanos durante los siglos XVII y XVIII. Iniciándose la república, participarán en los graves sucesos de la llamada “Guerra a Muerte”, época de gran violencia durante la organización de la república.

En la actualidad, siguen habitando en sus territorios ancestrales, aunque solo desde Antuco al Lonquimay. En años recientes, han enfrentado el desafío de la instalación de hidroeléctricas y actividades mineras en sus tierras. Buena parte de su territorio es parte de la comuna pehuenche de Alto Biobío, establecida en 2004, donde viven doce comunidades y el 85% de la población declara pertenecer a esa etnia. Cuando comienza el verano, muchos suben con sus animales a las veranadas, en las partes más altas de la cordillera, en busca de mejores pastos, para regresar comenzando el otoño con sus animales y una cosecha abundante de piñones.



Pehuenches en las fuentes del Biobío, acuarela del artista alemán Mauricio Rugendas.



Los parlamentos, numerosos en la época colonial e incluso en tiempos republicanos, fueron importantes para las relaciones entre las tribus y con hispanos y criollos. La imagen muestra el parlamento de Negrete, en marzo de 1793, presidido por Ambrosio O'Higgins y que reunió a los cuatro butalmapus de la Araucanía.

*"Parlamento de Negrete", 1793 (detalle). Claudio Gay, *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, París, 1854.*

ENTRE EL MAULE Y LA FRONTERA 1600- 1810

LA RAYA DEL BIOBÍO * LETRAS EN LA FRONTERA * EL CONCEPCIÓN DE
PENCO * LA OCUPACIÓN DEL TERRITORIO * LA ALTA FRONTERA * DE LA
ENCOMIENDA A LAS HACIENDAS * TERREMOTOS Y EPIDEMIAS * CONCEP-
CIÓN EN EL VALLE DE LA MOCHA * LA INTENDENCIA DE CONCEPCIÓN *
EXPLORADORES Y VIAJEROS * LA REGIÓN EN LAS POSTRIMERÍAS COLONIALES

LA RAYA DEL BIOBÍO

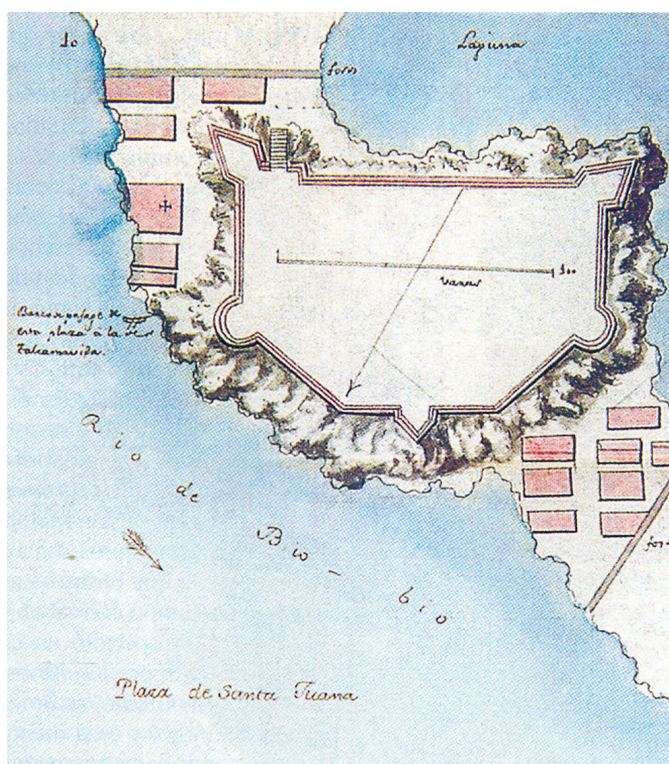
*“El que ha conservado el dominio deste Rio
se ha hecho señor de la tierra”.*

Diego de Rosales, 1674

Durante los siglos previos a la llegada de los españoles, en torno al Biobío se fue estructurando un entramado de asentamientos mapuches, pehuenches y otros pueblos, organizados en torno a la relación con los antepasados, la oralidad, la estructura parental y la memoria asociada a los territorios. Entre linajes, poblaciones y travesías se articulaban comunidades activadas mediante intercambios comerciales y parlamentos. En el siglo XVI, cuando llega la avanzada imperial hispana a los márgenes del río, se da inicio a una compleja interacción, marcada por los conflictos y la resistencia, que conduce a la construcción de una sociedad fronteriza. El arribo de nuevas olas inmigrantes, a través de los siglos, es la base de la conformación del Biobío como un crisol de culturas.

Antes de la llegada de Diego de Almagro a Chile, el territorio nacional estaba separado en las tres gobernaciones básicas establecidas por el emperador Carlos V, en 1534. El norte, se hallaba en la jurisdicción de Nueva Toledo; el centro-sur pertenecía a Nueva Andalucía y el sur austral a Nueva León. La actual Región del Biobío se situaba en la frontera entre las dos últimas, que corría a la altura de la isla Santa María. Si bien el territorio ya había sido asignado a la Corona por donación papal, su incorporación recién tendrá lugar en 1544, desde el mar. Fue Juan Bautista Pastene quien, a bordo del navío San Pedro, frente a la desembocadura del Biobío, tomó solemne posesión de una comarca que abarcaba desde el Maule hasta punta Lavapié.

La primera expedición militar de reconocimiento de la región la realiza Gómez de Alvarado, uno de los capitanes de Diego de Almagro. Aquel pasa el Maule y, en el invierno de 1536, en la confluencia de los ríos Itata y Ñuble sostiene un violento encuentro con los indígenas, conocido como Reinogüelen. En 1546, Pedro de Valdivia avanza personalmente al sur, a conducir las operaciones militares e iniciar el poblamiento. En este primer viaje por tierra, es rechazado por las fuerzas del cacique Ainavillo, en el sector de Collao del actual Concepción. Regresará en 1550, para fundar el 23 de febrero un fuerte a orillas del mar, y, unos meses más tarde, el 5 de octubre, una ciudad en el mismo lugar. Nació el Concepción de Penco, que fue cabeza de un vasto territorio, que se extendía desde el Maule a la Frontera. La elección del lugar se debió a las bondades de la bahía protegida, que favorecía la navegación y el suministro por mar, pues Penco desde su inicio fue puerto. La noticia de la existencia de oro y la población abundante para trabajarlo, decidieron a Pedro de Valdivia a trasladarse al sur.



La línea de fuertes de la Frontera se situaba en ambas riberas del Biobío y sus afluentes, y más al sur. Varias fortalezas dieron origen a villas y ciudades actuales. Fuerte de Santa Juana, según dibujo de Juan de Ojeda, 1793.

En el siglo XVI, que corresponde a los años iniciales de reconocimiento y conquista, la fundación de ciudades era la forma de ocupar el territorio y establecer divisiones en la gobernación de Chile. La labor fundadora de Valdivia, que implicaba radicar vecinos, asignar solares, trazar calles y acequias, incluyó varias ciudades, como La Imperial, Valdivia, Villarrica y Los Confines (Angol). Las villas y fuertes fundados perseguían consolidar la ocupación y los títulos del gobernador; a la postre, resultaron trágicos para su causa, al perderse en el gran alzamiento que culminó en Curalaba, en 1598, lo avanzado al sur del Biobío, con excepción del también puerto de Valdivia.

En las serranías de la Cordillera de Nahuelbuta y sobre la margen sur del Biobío, en terrenos escarpados y montuosos se instalaron fuertes, varios de ellos de origen prehispánico. Se recuerdan, en el siglo XVI, el fuerte de Catiray, cercano a Concepción, y más arriba el de Negrete, entrando a las tierras cordilleranas de los coyunches. Con ellos se controlaba el paso del río y se facilitaban las incursiones.

Luego de Curalaba, los españoles vieron la necesidad de la instalación de un conjunto de fortificaciones sobre el río. El gobernador Alonso de Ribera, quien llega en 1601, fogueado en las guerras europeas, dirigió la construcción de fuertes cerca de las poblaciones alzadas, con el propósito de avanzar luego la línea de la ocupación. En San Pedro, Yumbel, Santa Fe y Nacimiento, entre otros lugares, fueron surgiendo los recintos, que por su ubicación señalan la importancia del río para el control territorial y la movilidad. Ribera también organizó el ejército pagado como una fuerza permanente: es el origen de importantes tradiciones del Ejército de Chile. Con estos elementos se va constituyendo la llamada “raya del Biobío”.

Los fuertes y sus poblaciones aledañas, habitados por españoles e indios amigos, constituyeron espacios de interacción, dieron lugar a relaciones comerciales y familiares con las comunidades de tierra adentro. Fueron también escenario de un largo siglo de guerra, marcado por episodios como la muerte del gobernador Pedro de Valdivia, en Tucapel, en 1553, y el levantamiento de 1598, que acabó con las ciudades del sur, con excepción de Valdivia y Concepción, que por eso tienen una existencia continua de casi cinco siglos. En el año 1654, una nueva sublevación arrasa con las haciendas de la región y provoca un nuevo despoblamiento. En lo sucesivo, la guerra será discontinua y se ira conformando una sociedad fronteriza con esporádicos episodios de violencia.

En el siglo XVII se produce un incipiente comercio con el Perú, de trigo, sebo y cueros. Lo más penoso es el negocio de “piezas” tomadas en guerra, es decir, de esclavos, que se prolonga durante gran parte del siglo. Desde este siglo en adelante y hasta poco antes de la independencia, llega a la Frontera el situado, el subsidio en metálico o en productos con el que la Corona financia el ejército. Aunque su llegada es irregular y se producen abusos por los comerciantes limeños, estos recursos dinamizan la economía del sur, contribuyendo a la formación de circuitos comerciales en la Frontera, en el reino entero e incluso más lejos. Añiles, metales, alcohol, entre otros productos, reciben los mapuches por sus ponchos y el ganado que producen o traen desde allende los Andes. Este intenso intercambio tuvo consecuencias económicas desde luego, pero también culturales.

LETRAS EN LA FRONTERA

Es verdad que Concepción y la Frontera fueron zona de guerra durante el primer siglo de la ocupación hispana y, luego, de forma intermitente durante el resto del periodo indiano. Esa condición militar del sur —“el país de la espada”, le llama Vicuña Mackenna— explicaría el rezago de la educación y de la llegada de la imprenta, así como una escasa producción literaria. La pobreza y las migraciones, sumado a la doble dependencia política, de España y de Lima, habrían acentuado la marginalidad cultural del espacio fronterizo.

Si bien estas afirmaciones son relativamente correctas, necesitan matizarse. La imprenta llegó a Chile muy tardíamente, hacia fines del siglo XVIII, si se le compara con México o el Perú, donde ya había impresos hacia 1600. A Concepción recién llega en 1833, con la imprenta del Instituto Literario donde ve la luz el primer periódico, *El Faro del Bio-Bio*, sin perjuicio de un im-



El poeta-soldado Alonso de Ercilla y Zúñiga, autor del poema épico *La Araucana*.

preso previo detectado, datado en 1822. Con todo, se ha detectado una nutrida presencia de libros, no solo religiosos y jurídicos, también novelas y piezas de teatro, desde 1620. Aunque sin imprenta, no por eso dejó de existir una amplia producción, en el campo de la crónica, la literatura y el ensayo político o religioso. Así resulta de considerar tanto lo que se escribió en la región situada al sur del Maule, o sobre eventos allí acaecidos, o bien por autores venidos o nacidos en este territorio. Para los siglos fundacionales de Chile, constituye una porción muy significativa del acervo histórico-literario del país, que debe considerarse biobense.

Ensayemos una breve síntesis de obras y autores. Esta comienza con el mismo Pedro de Valdivia, quien fundó ciudades, se asignó minas y encomiendas y vivió también grandes penurias en la región sur, donde encontró la muerte. De sus doce cartas, la mayoría refiere sucesos de esta zona y tres las escribió desde Concepción. Algo similar puede decirse de Góngora y Marmolejo, Mariño de Lobera, Jerónimo de Vivar y su homónimo Quiroga, entre otros, cronistas y soldados, que han dejado testimonios indispensables sobre los eventos de la guerra, la relación con los indígenas y, en general, de los primeros años de la formación de Chile. En Angol, la Ciudad de los Confines, nació Pedro de Oña, primer poeta chileno, autor del *Arauco Domado*; y, como él, escribieron sobre la guerra de Chile Fernando Álvarez de Toledo, Diego Arias de Saavedra y varios otros.

Entre las plumas del primer siglo de ocupación hispana destaca sobre todos Alonso de Ercilla y Zúñiga, soldado-poeta que llegó a Penco -lugar que menciona 17 veces en su poema- directo a la guerra, acompañando al gobernador García Hurtado de Mendoza, sin nunca conocer Santiago. Relata, en *La Araucana*, eventos ocurridos en el territorio costero o lafkenche, entre Concepción y Tirúa, más un breve viaje a Chiloé.

En el siglo XVII, no puede omitirse a los jesuitas Diego de Rosales y Alonso de Ovalle, autores de la *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano* y, el segundo, de la *Histórica Relación del Reino de Chile* (Roma, 1646), obras fundamentales de nuestra historiografía. Este es el siglo, también, de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, que en su *Cautiverio Feliz*, dejó un importante testimonio etnográfico, sobre las costumbres del pueblo mapuche, así como una muestra de su erudición clásica, adquirida en Lima y en el Seminario de Concepción. El mismo colegio al que asistiera, en una época de su vida, el abate Juan Ignacio Molina, autor del *Compendio della storia geografica, naturale e civile del regno del Cile* (1776) y del *Saggio della storia civile del Cile* (1787),



Alonso de Ovalle, *Histórica Relación del Reino de Chile*. Roma, 1646.

En Concepción nació el maestro de campo Pedro de Córdoba y Figueroa (1682-1755), autor de una historia de Chile que comprende hasta el año 1717. Allí también nació el cronista jesuita, Felipe Gómez de Vidaurre, autor de la *Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile*, quien compartió el exilio del abate Molina en Italia, pero, a diferencia de éste, tuvo la dicha de poder volver a su patria. Según Vidaurre, existían en su época, fines del XVIII, “no pocos chilenos aplicados a las bellas letras de la poesía, tanto latina como española, a la retórica, al conocimiento de las lenguas de Europa, a la geografía, a la historia antigua y moderna”. También al estudio de la naturaleza y de la física experimental.

56

lugar marginal que ocupan las mujeres en la sociedad y cultura coloniales”. En su inmensa mayoría carentes del dominio de la escritura, permanecen en el territorio de la oralidad y sus imágenes se construyen desde las representaciones literarias o históricas de autores masculinos. Son escasas las figuras rupturistas, como la monja Alférez (Catalina de Erauso). En los últimos años, se han rescatado textos del ámbito privado, que permiten recrear las mentalidades propias de diversas dimensiones de la existencia colonial, como la vida religiosa o la intimidad familiar.

Un aspecto interesante que resulta del afán evangelizador, en la región fronteriza con el mundo indígena, es la necesidad de aprender el mapuzungun, la lengua de la tierra, impuesta al clero secular y a las órdenes religiosas. El emperador Felipe II había ordenado por decreto que solo se entregaran parroquias a curas que conociesen el idioma de los indígenas. Fue necesario, además, traducir los textos sagrados, lo que dio origen a valiosas gramáticas y diccionarios.

Con todo, no puede desconocerse que la actividad literaria fue más bien baja. “La ilustración de los eclesiásticos en general fue deficiente -escribió, en 1915, el obispo historiador Reinaldo Muñoz- pero no faltaban individuos formados en Santiago o Lima que poseían la suficiente preparación. Pero no tuvieron ni el tiempo, ni la ocasión, para dedicarse a escribir materia alguna, que no fuere de las exigidas por las necesidades de las feligresías”.

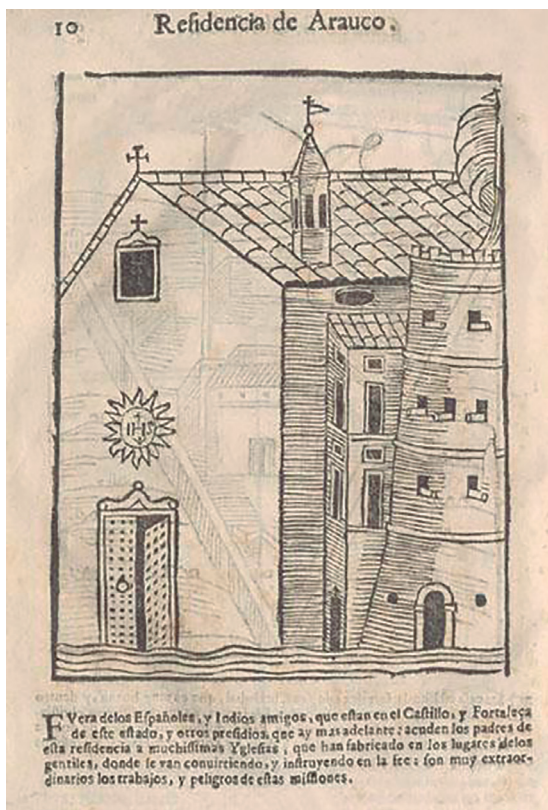
El Convento de las Monjas Trinitarias, establecido en Penco, emigró a Concepción de la Mocha a mediados del siglo XVIII. Su edificio, en la fotografía, situado en el centro de la ciudad, se destruyó en el terremoto de 1939. Hoy se halla de vuelta en Penco.



En materia educativa, sin duda que hubo también graves limitaciones. Fueron múltiples, no obstante, los centros de enseñanza repartidos por la provincia, durante los años coloniales. Los conventos regulares sostuvieron varios establecimientos, donde educaron a novicios y a alumnos seglares. Los agustinos establecieron en 1710 una casa de estudios para sus candidatos, que funcionó a intervalos, pero con bastante regularidad desde 1783 hasta 1811. Abrieron al público sus aulas de primeras letras, de Filosofía y Teología. Los franciscanos abrieron escuela desde principios del siglo y colegio desde 1772. Los mercedarios tuvieron también aulas en Concepción. Hacia 1780 ya funcionaba un colegio con “Humanidades”. El Colegio estaba dividido en tres partes: Primeras Letras, Humanidades y Teología. Avanzado el siglo XVIII, construyeron un local extenso para los estudiantes religiosos y los que de la ciudad acudían a las aulas del convento. Estos edificios sirvieron después de la Independencia para el primer colegio público de Concepción, el Instituto Literario o provincial y que se abrió mediante los esfuerzos de los generales Juan de Dios Rivera y Joaquín Prieto. Por estos centros, Fernando Campos afirma que “el siglo XVIII señala un auge de la educación secundaria en Concepción”.

Hubo también colegios en el resto de la provincia. Los jesuitas mantuvieron estudios en Chillán, Rere, Arauco, Valdivia, Castro y Achao. Algunos clérigos seculares fundaron escuelas en Parral, Los Ángeles, Concepción y Linares. En el viejo Penco, los religiosos de la Compañía de Jesús mantenían el convictorio de San José, desde 1718. Con la expulsión de los jesuitas, la educación sufrió un duro golpe.

El Seminario de Concepción o Colegio de Nobles fue uno de los colegios más importantes del reino y seguramente el más antiguo. Fue fundado en La Imperial en 1575 y restablecido en el siglo XVIII con el nombre de Convictorio de San José. Hacia 1790, otorgaba grados universitarios a quienes aprobaban las pruebas públicas, incluyendo ciertamente alumnos seglares. Muñoz Olave califica al Seminario de Concepción como el mejor colegio de Chile, en el último tercio del siglo XVIII. Con la reorganización del Seminario en 1777, en efecto, se introdujeron por primera vez en Chile los estudios de literatura y la gramática castellana. Su prestigio se basa en su relativamente extenso programa de estudios, que comprendía ramos que no eran enseñados en Santiago. Ofrecía, además, una especie de doctorado en cánones y se afirma que se seguían estudios de leyes, que luego se completaban en Lima o Santiago.



"Residencia jesuita de Arauco".
Alonso de Ovalle, *Historia Relación del Reino de Chile*, Roma, 1646.

En las aulas del Seminario se educó la mayoría de los hombres más importantes de la Revolución, eclesiásticos, militares o simples ciudadanos, de uno y otro bando. Los que pensaron la Independencia, los que combatieron en la larga década de 1810 y los que influyeron después en la organización de la nación, fueron condiscípulos en este colegio. No hay familias antiguas de la ciudad que no hayan tenido a lo menos un hijo en el Seminario, desde 1780 en adelante.

Los estudios superiores también tuvieron cabida en la provincia. En 1724, por breve pontificio del Papa Gregorio XV y una Real Cédula del Rey Felipe V, adquiere rango de tal la Universitas Pencopolitana, *Realis et Pontificia*, el más logrado emprendimiento de educación superior del sur del país, en tiempos coloniales. En ella se otorgaron grados de bachiller, maestro y doctor en Filosofía y Teología. Por sus aulas, pasaron alumnos destacados, que fueron luego fundadores y rectores de la santiaguina Universidad de San Felipe. En 1731, además, se graduó en Penco Manuel de Alday y Aspée, más tarde obispo de Santiago. Por desgracia, la Universidad duró pocos años. La barrió el mar, en el maremoto del 25 de mayo de 1751, lleván-

dose, entre otras cosas, la biblioteca jesuita de dos mil volúmenes, la segunda más grande existente en Chile, en la época.

EL CONCEPCIÓN DE PENCO

En 1546, Pedro de Valdivia y su hueste llegan a orillas del Biobío, con la intención de ocupar el territorio. La férrea resistencia mapuche lo hará desistirse de la empresa, pero solo temporalmente. Volverá en 1550 para fundar, en febrero, un fuerte a orilla del mar y luego, el 5 de octubre del mismo año, una ciudad. Así nació el Concepción de la Santísima Luz, en el lugar de Penco, frente a la bahía de Concepción, que sería la cabeza de la penetración hispana en tierras de Arauco.

La fundación de ciudades y su poblamiento era la estrategia de control del reino. Así lo entendía el mismo Valdivia, para quien conquistar era fundar. En carta al emperador Carlos V, en octubre de 1550, le informa: “He poblado e poblé la cibdad en este fuerte, y he formado Cabildo, Justicia e Regimiento e repartido solares e los caciques entre vecinos que han de quedar a su sustentación, e cómo la intitulé la cibdad de la Concepción, e fundéla a los cinco de octubre deste presente año de quinientos e cincuenta (...) haber sido Gobernador, en su real nombre, para gobernar sus vasallos (...) y Capitán para los animar en la guerra, jumétrico (geométrico) en trazar y poblar, alarife en hacer acequias y repartir aguas (...) y en fin, poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor...”

Las ciudades más antiguas, entonces, Santiago, La Serena y Concepción, dominaron un extenso territorio. A la última se fijó jurisdicción desde el río Maule, aunque luego perdió una parte con las creaciones de Chillán (1580) y de Santa Cruz de Coya (Millapoa, 1595). Este es el origen remoto de las tres provincias tradicionales en que se dividió el futuro Chile, que fue reforzado por la especialización económica y las vocaciones administrativas y militares de cada región: un norte minero, el valle central cerealero y el sur agropecuario y fronterizo.

Concepción, ciudad puerto y capital militar, vive una existencia azarosa, entre terremotos y ataques indígenas. A pesar de las adversidades, logra desarrollarse y se proyecta al presente, tras casi cinco siglos de existencia continua. Así, por real cédula del emperador Felipe II, se estableció en la ciudad una Real Audiencia, subordinada a la de Lima, para la Gobernación de Nueva Extremadura o de Chile.

Esto ocurría en agosto de 1565. La Audiencia estaba constituida por cuatro oidores y un fiscal, más varios oficiales subalternos: un relator, un alguacil mayor y sus tenientes, escribanos, intérprete, un capellán y un portero. Su misión era mantener al pueblo, en nombre del Monarca, en justicia y en paz.

En el primer tiempo, la Audiencia era también gobernadora, adoptando decisiones propias del gobierno político y la guerra, tales como la designación de comandantes para la guerra de Arauco. Es la época en que Concepción fue capital de Chile. El alto tribunal tuvo corta vida, apenas ocho años. Los tiempos no eran aptos para autoridades togadas ni colegiadas. Su incapacidad para poner término a la guerra y los conflictos entre los oidores, sumado a las quejas de los vecinos, determinaron su temprana supresión.

De la misma forma, la jurisdicción eclesiástica contribuyó también al prestigio y la conformación de la sociedad provincial. El obispado de Concepción fue establecido originalmente en La Imperial, en 1563. Su primer obispo fue Fray Antonio de San Miguel Avendaño y Paz. Fue trasladado a Penco después del desastre de Curalaba; de manera formal a partir de 1603. Cuando la ciudad se instala en el Valle de la Mocha, su actual emplazamiento, también lo hace el obispo, en 1763. Su autoridad se extendía hasta Chiloé, zona que siguió dependiendo eclesiásticamente de Concepción, incluso después de 1789, cuando el control político y militar del archipiélago pasó al virreinato.

En 1925 fue desmembrada, creándose las diócesis de Chillán, Temuco y Linares, al igual que ocurriría al surgir la diócesis de Santa María de Los Ángeles, en 1959. La antigua Diócesis de la Santísima Concepción fue elevada a Arquidiócesis en 1939, por el Papa Pío XII. Es una de la cinco del país, la segunda más grande con respecto a feligreses. Son sus sufragáneas las diócesis de Chillán, Los Ángeles,

Cabildo de Concepción, en Penco, 1738.
Archivo Nacional de Chile.



Temuco, Valdivia y Villarrica. Curiosamente, después de cuatrocientos años, el título de Obispo de La Imperial fue rehabilitado el año 2001 por el Papa Juan Pablo II, como título *in partibus*, es decir, sin sede propia, como homenaje a la primera sede del gran obispado del sur de Chile.

Se asocia también a Concepción al origen de las más antiguas tradiciones militares del reino, que luego heredaría la república de Chile. Fue el gobernador Alonso de Ribera, en funciones desde 1601, quien logró la instalación de una fuerza armada permanente, financiada con recursos públicos, el real situado, para sostener la guerra contra los indígenas, a través de una línea de fuertes. En estas unidades prestan servicios españoles y criollos, algunos por varias generaciones, que pondrán más tarde sus armas al servicio del rey o de la causa patriota y, en décadas siguientes, del joven Estado soberano, en las guerras del siglo XIX. La referencia a Chile como “tierra de guerra”, debida a la pluma de Mario Góngora, en verdad se asocia a la larga historia bélica de la región sur.

La impronta militar de Concepción se proyecta por varios siglos, hasta el presente. Una breve digresión así lo acreditará: por ochenta años, desde 1921, tuvo guarnición en Concepción el Regimiento de Caballería 7 Guías del general José María Benavente. El tradicional “Chacabuco” es, desde 2004, el Regimiento Reforzado N.º 7 “Chacabuco” del coronel Marcial Pinto Agüero, con asiento en la ciudad. Cuenta con la Compañía Histórica “Chacabuco”, unidad que representa a la 4ª Compañía que luchó en la Batalla de la Concepción, en julio de 1882. En Los Ángeles, a su vez, se ubica el Destacamento de Montaña n.º 17 “Los Ángeles” del General Orozimbo Barbosa Puga; es una unidad de combate del Ejército de Chile que pertenece a la III División de Montaña; sus tradiciones se remontan a los tiempos del Libertador Bernardo O’Higgins y sus Lanceros de la Frontera. Por último, no puede omitirse que en la capital regional opera el Comando de Operaciones Terrestres, el cual tiene el mando integral de las unidades combinadas, “es decir, desde Concepción se gestionan y se dirigen todas las unidades militares desde Putre hasta la Base Antártica”, informa el general Luis Espinoza. También se coordinan las operaciones internacionales y las importantes labores de esa institución ante situaciones de emergencias y catástrofes.

Concepción se funda a orillas del mar, ya que su condición de puerto era fundamental. Nace, pues, frente a la bahía “más hermosa de las Indias”, al decir de Pedro de Valdivia, en sus cartas al rey, no exentas de encomios a sus propias obras y las tierras que conquista.



El antiguo Penco quedó semidespoblado, luego del traslado de la ciudad; a mediados del siglo XVIII. En 1835, un nuevo terremoto asoló la provincia, provocando una gran salida de mar.

"Viejo fuerte de Penco" (detalle), en 1838. Dumont d'Urville, *Voyage au Pole sud...* Paris, 1842.

De ahí que la pérdida del puerto, en el maremoto de 1751, determina su traslado. La traza de la ciudad antigua ha podido reconstruirse en base a viejos documentos. Daniel Stewart señala que la porción urbana de la ciudad consistía en una serie de manzanas de cuatro solares cada una, cedidos a los primeros pobladores por decreto real. Había cinco calles en dirección este a oeste y ocho de norte al sur; la más ancha era la calle del palacio o calle del río. En total, unas cuarenta y cinco manzanas y ciento ochenta solares. Cada solar correspondía a una familia de españoles, con sus esclavos y criados, aunque muchos permanecían desocupados o eran usados como huertas o viñas, hasta fines del siglo XVII.

Cerros y ciénagas rodeaban la ciudad, así como chacras y terrenos de pastoreo de ganados. El estero de Penco dividía en dos la ciudad y sus aguas alimentaban varios molinos. Originalmente, dice Stewart, la ciudad contaba con dos plazas: la plaza de armas, que colindaba por un lado con el palacio real y las casas de la real hacienda; y el colegio de los jesuitas y por otro, tiendas de los mismos jesuitas. La segunda era la plaza mayor, que colindaba con la iglesia mayor, la iglesia de los jesuitas, las casas y tiendas del cabildo y dos casas de particulares con sus propias tiendas.

La ciudad estaba dotada de templos, palacio, cabildo, convento, hospital y hasta universidad. Cuesta valorarla porque no la conocimos. Pero bien puede hacerlo un historiador y arquitecto como el padre Gabriel Guarda. En su obra *La Ciudad Chilena del siglo XVIII*, la

pondera con estas palabras: “el gran maremoto de 1751, no sólo privó a sus habitantes de una ciudad que añorarán con nostalgia, sino al país de un conjunto urbano insustituible, dada la jerarquía de la urbe y lo original de su desenvolvimiento como sede periódica de los Capitanes Generales y definitiva de los Obispos de la Imperial”. En otra ocasión la comparó con Cáceres, ciudad española reconocida como Patrimonio de la Humanidad.

LA OCUPACIÓN DEL TERRITORIO

La temprana instalación de fuertes hispanos generó espacios de interacción, que produjeron intercambios comerciales y asentamientos interculturales. Muchos surgieron en torno al río Biobío, que era una barrera natural, pero también un camino, navegado desde el río Vergara y Santa Fe hasta el mismo Concepción.

Entre ciudades y fuertes se instalaron, además, áreas productivas, como el asiento minero de Quilacoya, el cual, según se dice, habría ocupado hasta tres mil indígenas en esas faenas. Hubo también grandes extensiones de viñedos. En el partido de Buena Esperanza, dice Stewart, se mantenían al menos 32 viñas con más de 400 mil plantas. La producción vitivinícola alimentaba los fuertes de la Frontera y servía incluso de moneda de cambio, en el comercio con los indígenas.

Al interior de la Región, en la zona del Laja, hemos visto que residían los Pehuenche y se producía un activo tráfico transfronterizo. Entre 1650 y 1700 recibieron mercedes vacantes en la Isla de la Laja unos cuarenta propietarios, que conformaban una élite política, económica y territorial de capitanes, comisarios e inclusive un castellano de las plazas del ejército de la Frontera. El Laja era tierra de arenales, fértiles campos, precordillera y franca montaña. Fue escenario de parlamentos y, durante el siglo XVIII, de la fundación de varios fuertes, pueblos y ciudades. Aunque el fuerte de San Carlos de Purén, establecido en 1723, es más antiguo, Santa María de Los Ángeles, que data de 1739, evolucionó de un fuerte, del cual no quedan vestigios, a una gran ciudad, hoy capital de la Provincia de Biobío. Santa Bárbara y Antuco datan de 1756; junto con varios otros, como Vallenar y Mesamávida, formaron una línea defensiva.

Cuando comenzó la ocupación de la Frontera, hacia 1860, Los Ángeles tuvo un importante rol en la penetración, como lugar de comercio y de agrupación de fuerzas. Recibió, además, abundante inmigración desde el Ñuble y la zona central del país.

TERREMOTOS Y EPIDEMIAS

La historia de Concepción y el Biobío está marcada por el signo del cataclismo y la reconstrucción. Es indudable que los terremotos y salidas de mar han impactado a las ciudades y pueblos, en formas que exceden los meros cambios físicos. Hemos pagado un alto precio por nuestra condición sísmica, en vidas humanas y bienes materiales, en el momento inicial; en términos de emigración, patrimonio histórico y desarrollo económico, en el largo plazo. Estas tragedias naturales, sumadas a la guerra con los indígenas de otrora y a varias revoluciones republicanas, han contribuido a modelar el desarrollo geocultural de la región, así como el carácter de sus habitantes.

Durante sus más de cuatro siglos, el Biobío ha experimentado muchos sismos, pero si hubiera que indicar solo los principales en razón de su intensidad destructiva, el número se reduciría a ocho. Cuatro en tiempos coloniales -1570, 1657, 1730 y 1751- y cuatro durante los dos últimos siglos republicanos: 1835, 1939, 1960 y 2010. Durante sus primeros dos siglos de vida, en Penco junto al mar, en varias ocasiones los terremotos derribaron con igual facilidad y violencia edificios de piedra y casas de adobe. Los relatos de los cronistas hablan de caballos nadando en la plaza, peces en los conventos, aguas azufrosas saliendo de la tierra y aún un volcán submarino arrojando su chorro furioso e hirviente frente a la costa.

Los terremotos en el Concepción colonial, los conocemos por los relatos de cronistas. Algunos los relatan como testigos, otros como testimonios recogidos o memorias preservadas en las familias. El primero, en 1570, tuvo lugar en tiempos precarios de poblamiento y desarrollo urbano. Leamos un relato de época:

“...Uno de los grandes fue el del año de 1570, día de Ceniza, en que se destruyó la ciudad de la Concepción, que estaba poblada en lo alto donde está la Ermita de Nuestra Señora, y por esa causa se volvió a poblar en lo bajo, a la orilla del mar. Oyóse bramar la tierra por la región infima y subterránea y sucedió luego inmediatamente el temblor; tan formidable que hizo bibrar y sacudir con tanta fuerza los edificios, que los asoló, sin dexar en pie casa, hermita ni templo. Abriéronse grandes cerros y despidieron desmedidos peñascos. Rasgose la tierra por varias partes y hizo diferentes averturas, por donde borbolleaba agua turbia y denegrida y por ellas respiraban llamas. El mar, con el movimiento de la tierra, se derramó y salió con horrendo impetu y ruido, inundando la ciudad de la Concepción o la parte de ella que estaba en el llano.”

El 15 de marzo de 1657, un nuevo terremoto y salida de mar asoló la ciudad provocando su total ruina y obligando a los vecinos a guarecerse en las lomas vecinas. Por la escasa población urbana, la reacción inmediata y la experiencia acumulada, las víctimas mortales parecen haber sido poco numerosas; los recuentos hablan de unos cuarenta muertos. La violencia fue tal, cuenta el Padre Rosales, que al convento de San Agustín “le sobrepujaron las aguas y echaron de la otra banda un barco por encima del texado, que quedó allí después en una laguna”.

El desdoblamiento de la ciudad no tuvo lugar por la tenaz resistencia de los vecinos, que insistían en la reconstrucción, y por la perseverancia del gobernador Pedro Porter Casanate. Con exiguos recursos recibidos de Santiago y de Lima, fue capaz de restablecer la paz entre los ríos Maule y Biobío. Los fuertes arruinados a raíz del alzamiento indígena fueron reconstruidos y repoblados. En el siglo siguiente, no obstante, la idea del traslado de la urbe terminaría concretándose.

El terremoto de 8 de julio de 1730 no se considera, por algunos, como de Concepción, por haberse hallado su epicentro en el océano Pacífico, en las proximidades de Valparaíso. Su magnitud, superior a 8,5 y los estragos que provocó en Concepción, no obstante, impiden omitirlo. Según el padre Diego de Olivares, la salida de mar arruinó más de doscientas casas, inundando el plano y la plaza. Los vecinos vieron que “el mar había perdido sus orillas, y que en medio de este mar nadaban sus haciendas de ropa y cuánto tenían en sus casas, y aun las mismas casas, porque las que eran ranchos de madera de al-



Maremoto y salida de mar, acaecido el 25 de mayo de 1751, que destruyó la ciudad de Concepción, en Penco.

Diorama de Rodolfo Gutiérrez, Zerreitug, en el Museo de la Historia de Penco.

gunos pobres, las arrancó el agua y se las llevó, verdaderamente que sería un espectáculo éste que quebraría los corazones más duros”.

La destrucción fue enorme para la Concepción de Penco. “Cayeron las Cajas Reales, la sala de armas y municiones, los Cuarteles de Caballería e Infantería, las Casas de Ayuntamiento, la Cárcel Pública”, en suma, dos tercios de las principales casas y edificios. El mar se llevó los documentos notariales y los archivos parroquiales y, con ello, la historia de las familias y la propiedad raíz. Fue una tragedia enorme, pero pasarían apenas veinte años para que se repitiera.

Fue el terremoto de 25 de mayo de 1751. Su enorme fuerza redujo la ciudad a escombros y el mar la bañó varias veces. Fueron destruidos los conventos de Santo Domingo, San Agustín, La Merced, el Hospital de San Juan de Dios. El Seminario y Convictorio, el monasterio de las Monjas Trinitarias, amén de muchas otras edificaciones particulares.

El terremoto, además, como los anteriores y los que le siguieron, motivaron el éxodo de numerosas familias, cuya partida empobreció el tejido social de la vieja ciudad. Al rezago económico y las migraciones, se suma la pérdida de memoria. Bajo el mar quedaron los archivos parroquiales y los papeles públicos y privados. Los elementos que dan sustento a la continuidad histórica de una comunidad. Laboriosamente, se ha podido reconstituir la traza urbana del antiguo Penco, sus vecinos y edificios. La memoria de muchos sucesos y de sus protagonistas, sin embargo, se perdió para siempre.

Varias generaciones de penquistas han debido soportar un evento catastrófico y asumir la tarea de la reconstrucción; por eso Concepción es llamada la ciudad de las siete catedrales. Cuando la misma generación debió soportar dos veces la destrucción y el maremoto, como ocurrió en 1730 y 1751, se decidió el traslado de la ciudad

“Ruinas de la Iglesia de Concepción”, 1838.

Dumont d'Urville, *Voyage au Pôle sud...*, Paris, 1842.



a su actual emplazamiento. Talcahuano fue declarado su puerto y Penco fue abandonado, forzando a los renuentes al traslado con la destrucción de sus propiedades. En Penco quedaron las ruinas de San Francisco y muchas otras iglesias hermosas; las tumbas de varios gobernadores de Chile y las ilusiones de un pueblo que una vez fue capital del reino. De ese Concepción colonial sólo quedan los restos del fuerte La Planchada, que datan del gobierno de José del Garro, a fines del siglo XVII. Con los años, no obstante, surgiría allí nuevamente una ciudad pujante, capital de la comuna de Penco.

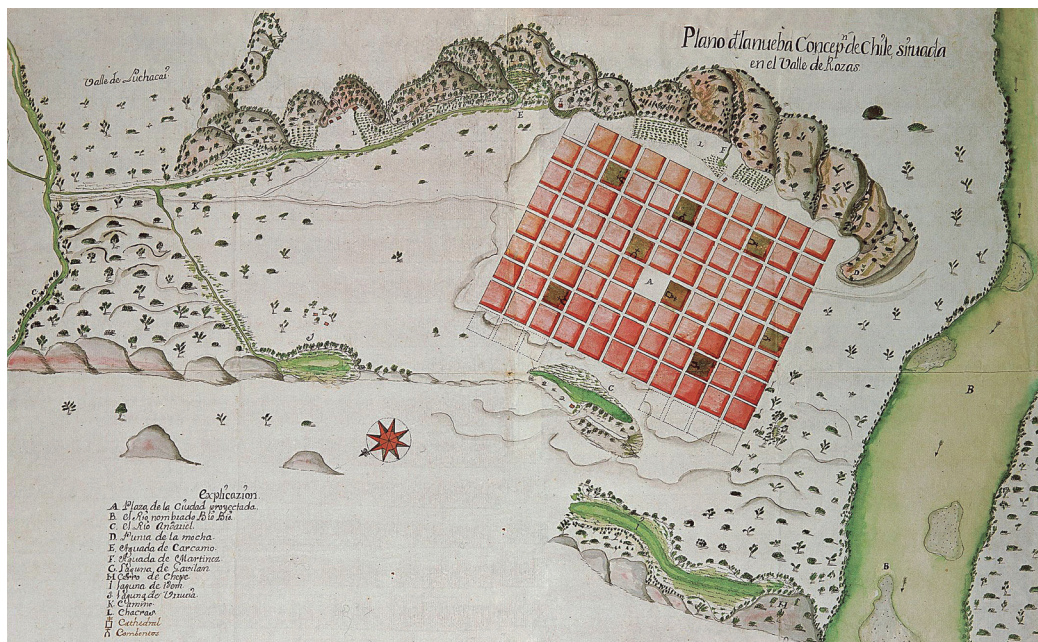
CONCEPCIÓN EN EL VALLE DE LA MOCHA

La nueva ciudad que surgió en el Valle de la Mocha, fue trazada con las providencias para minimizar los daños personales, en caso de futuros movimientos telúricos. Dice el cronista penquista Gómez de Vidaurre que:

“Por esto las calles son anchas, de modo que cayendo a tierra los edificios de ambas partes, dejan siempre lugar libre para aquellos que por vivir en cuartos de la calle, tengan ésta en que salvarse de las ruinas. Las casas son solo de un piso, y en bajo, y así es mayor el espacio que deben dejar. Dentro de ellas tienen grandes patios, jardines y huertos, donde los que las habitan en su interior se refugian sin temor de las ruinas. Los acomodados tienen o en sus jardines o huertas preparadas barracas para dormir quietamente y sin la incomodidad de salir desnudos al aire o al agua, cuando ellos sobrevienen de noche.”

El cataclismo, junto a la coyuntural tragedia, tuvo consecuencias duraderas para Concepción. Más allá de la ruina y la destrucción, socialmente fue un evento desgarrador, que implicó un corte que divide la historia penquista en dos partes. Atrás queda la ciudad colonial, con su grandeza urbana y su historia violenta, como cabeza de la penetración hispana en el antiguo Arauco. Con la elevación del fondo marino, desaparece el puerto de Penco y su condición marítima, que le había dado una impronta particular. Las largas vacilaciones y contingencias propias del traslado, además, que se prolongaron catorce años, hasta 1764, provocaron el rezago de Concepción frente al centro económico y político que representaba Santiago, la capital del Reino.

La nueva ciudad se estructuró como un plano de damero, con calles lineales, manzanas cortadas en ángulo recto y la Plaza de Armas situada al centro del mismo. En su entorno, se reservaron solares



"Plano de la Nueva Concepción de Chile, situada en el Valle de Rozas", 1752.

Archivo General de Indias, Sevilla, España.

para la Catedral, el Cuartel de Dragones, el cabildo y los principales vecinos, reflejando la realidad del poder político, religioso, social y militar, en el Chile tardocolonial. Se distribuyeron solares por sorteo, pero considerando la importancia social de los vecinos y se asignó una manzana en cada cuartel o barrio de la ciudad, para las órdenes agustina, dominicana, franciscana y mercedaria, de manera de asegurarles protección espiritual. Las monjas trinitarias y los jesuitas resultaron también favorecidos en el reparto inicial.

El Valle de la Mocha, como paleocauce del Biobío, está cruzado por ríos y lagunas, así como por varias colinas islas, que le daban un aspecto insalubre, por la abundancia de pantanos y humedales. Con los años, el terreno se elevó y se fue rellenando, los cerros se cortaron y la ciudad se extendió, implacable, dominando el entorno natural. Hoy subsisten cerros cortados y unas pocas lagunas, como Las Tres Pascualas o la Laguna Redonda, como vestigios del pasado ecológico del sector.

Al Valle llega Concepción a vivir una nueva etapa, que coincide con la modernización borbónica y los primeros atisbos liberales. Con estos llegará, despuntando el siglo XIX, el ciclo terrible de las guerras de emancipación, de la cual la ciudad y la provincia penquista fueron escenarios y protagonistas.

LA INTENDENCIA DE CONCEPCIÓN

Cuando ya concluía el siglo XVIII y, con este, los tiempos coloniales, la Corona española, ahora en manos de la dinastía francesa de los Borbones, impulsó una serie de reformas modernizadoras. Estas perseguían mejorar la eficacia administrativa, el control político y la recaudación fiscal. Para algunos territorios, significaron un deterioro de su prestigio y poder. Para otros tuvieron el efecto contrario, pues provocaron un nivel inesperado de autonomía e identidad.

Se establecieron intendencias, como autoridades regionales. Los intendentes nombraban a funcionarios civiles y militares, conocían bien el territorio de su jurisdicción, se relacionaban directamente con las autoridades peninsulares y participaban en la asignación de los ingresos provinciales. En el caso de la provincia de Concepción, antecesora de la Región, que tenía una sólida base demográfica, económica, territorial y militar, la creación de la Intendencia fue un elemento catalizador importante en la futura demanda de autonomía y participación en el gobierno central. “En la intendencia, dice María Teresa Cobos, estaría una de las respuestas del Estado a las necesidades del desarrollo regional”. La institución contribuyó “a ahondar las diferencias existentes entre algunas provincias, las cuales quedan bajo la jurisdicción de un funcionario (intendente) casi con tanto poder como el del gobernador del Reino, cuyo mejor ejemplo es Concepción”.

Por bando del 14 de junio de 1786, el gobernador Ambrosio de Benavides declaraba el establecimiento de las intendencias en el reino de Chile. Perseguía el rey, según el bando, “que sus respectivos distritos se administren y recauden con justa equidad y arreglo las rentas de su Real Erario, que sus pueblos se gobiernen en paz y justicia, que se adelante su policía, y promueva el aumento de la agricultura y comercio, que se ejecute la industria, se favorezca la minería y últimamente que se mejore el inmediato mando de estos dominios, su buen orden, felicidad y concierto en todos los ramos por medio de las Intendencias de Ejército y Provincia...” Es decir, el desarrollo de la provincia, dicho en términos más o menos modernos.

En los veinticuatro años coloniales en que se prolongaron las intendencias, fueron Intendentes de Concepción Ambrosio O’Higgins, del 14 de octubre de 1786 al 25 mayo de 1788; Francisco de la Mata Linares, hasta 1796, y luego el coronel Luis de Álava, quien ejerce el cargo hasta octubre de 1810 cuando, ya instalada la Primera Junta Nacional de Gobierno, huye a Lima, embarcándose en Talcahuano.

El primer y principal teniente asesor letrado propietario del período fue Juan Martínez de Rozas, futuro tribuno de la Independencia. Rozas subrogó a O'Higgins, además, en la Intendencia desde el 25 de junio de 1788 hasta el 20 de abril de 1789, cuando este fue designado gobernador de Chile.

Funcionarios ejemplares, como Ambrosio O'Higgins o Francisco de la Mata Linares, ejercieron a plenitud estas atribuciones y tareas, con autonomía y eficacia, consolidando, a nuestro juicio, un ámbito de poder provincial. Entre las obras del primero se destacan la mantención de la paz en la Frontera, la persecución de malhechores en Concepción y Chillán; la apertura de caminos, como el de Palomares y de Hualqui por el Caracol, la desecación de pantanos y la reparación del puerto de Talcahuano, entre otras obras. Su sucesor, de Mata Linares, también fue muy activo y progresista. Funda Nueva Bilbao (actual Constitución), Linares, San Ambrosio de Chanco y Parral. Siguió la política del ahora Gobernador O'Higgins, cumpliendo el mandato de la legislación indiana, de reunir en villas y ciudades a la población diseminada por los campos.

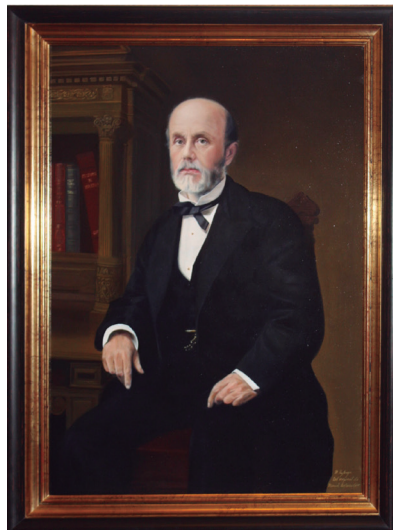


Ambrosio O'Higgins, Intendente de Concepción, Gobernador de Chile, Virrey del Perú.

Museo Histórico Nacional.

La Primera Junta Nacional de Gobierno, en 1811, crea la intendencia de Coquimbo, con lo cual la estructura tradicional de Chile en tres provincias se consolida y traspasa a la república. Surgirán, con los años, nuevas provincias, desgajadas de los originales, que presidían La Serena, Santiago y Concepción. Los intendentes también subsistirán, en las sucesivas cartas constitucionales, siempre subordinados al presidente de la república y como expresión del también tradicional centralismo chileno. Recién en 2020, luego de 234 años de existencia continua, la figura del intendente desaparece, para dar paso a los gobernadores regionales. Se trata de funcionarios electos y dotados, por lo mismo, de estabilidad y legitimidad democrática.

Para el actual Biobío, la intendencia fue señal de su importancia histórica y política. Su primer intendente, recordemos, fue luego gobernador de Chile y virrey del Perú. La función la ocuparon también Bernardo O'Higgins, Ramón Freire, Joaquín Prieto, Aníbal Pinto, entre otros, que luego ejercieron el mando supremo de la república. Si bien obraron como representantes designados, su presencia en todo el territorio y la presidencia que les correspondió, por muchos años, del municipio de Concepción, la capital provincial, señalan su importante rol en la configuración de una identidad regional. Es la misión que hoy recae en los gobernadores regionales.



Ramón Freire Serrano, intendente de Concepción y director supremo.
Aníbal Pinto Garmendia, intendente de Concepción y presidente de la república.

EXPLORADORES Y VIAJEROS

Una fuente muy utilizada por la literatura histórica son las crónicas de viaje. Exploradores, sabios o simples comerciantes, por su contacto directo con el territorio y la sociedad de una época, aportan una mirada viva. Sus observaciones, aunque no siempre desprejuiciadas, revelan aspectos de nuestra identidad, que la cercanía impide apreciar.

Los puntos de nuestra geografía que más interés despiertan en los exploradores y navegantes son la región magallánica, la capital Santiago, el puerto de Valparaíso y la zona de Concepción y Talcahuano, con proyección hacia la Araucanía ¿Por qué nuestra región resulta tan frecuentada? La antigua Penco y su bahía eran el primer puerto significativo, que encontraban los barcos, donde pertrecharse y reponerse de los avatares del cruce del Estrecho. Así lo reconoce el viajero Amédée Frézier, en 1715: “La Concepción es sin contradicción el mejor descanso de la costa, para las necesidades de un navío y por la calidad de los víveres que ahí se obtienen...”

La ubicación de la ciudad de Concepción, frente a la bahía, hasta mediados del siglo XVIII e, incluso, en su ubicación posterior, la hacían un punto atractivo y necesario para las expediciones que venían del norte y del sur. Desde el norte, en una época en que los caminos interiores eran peligrosos, fatigosos o derechamente inexistentes, la vía marítima era la forma natural de comunicación y abastecimiento. Desde el sur, Concepción era el primer gran puerto de recalada para los buques que hacían la peligrosa ruta del Cabo o del Estrecho.

Durante los años en que los españoles restringieron el paso del sur, fueron los corsarios ingleses y holandeses los primeros que osaron romper el monopolio imperial. Luego de la expedición de Francis Drake, en 1578, quien estuvo en la Isla Mocha, pero no en Concepción, le siguieron también ingleses como Bartholomew Sharp (1680), William Dampier (1704) o Woodes Rogers (1709). Entre las expediciones holandesas del siglo XVII y XVIII, la mayoría tocó en la islas Mocha y Santa María. Fue el caso de aquellas encabezadas por Simon de Cordes, Olivier van Noort, Joris Van Spilbergen y Jacob van Roggeveen. Francis Drake fue herido y Simon de Cordes halló la muerte en la Mocha.

A pesar del relativamente elevado número de expediciones, ninguno se atrevió a desembarcar en las costas penquista, seguramente sobreestimando las capacidades de defensa de la bahía. Solo el in-

glés George Shelvocke, quien conoció las bahías de Concepción y de Dichato, con mala fortuna, pues perdió una nave y unos hombres fueron capturados, dejó un testimonio interesante.

En los albores del siglo XVIII la situación cambia de forma drástica, para los navíos de bandera francesa. En 1700 es elevado al trono de España Felipe V, nieto del rey de Francia, abriendo con ello un ciclo de amistad entre ambas naciones. De esta forma, durante el primer cuarto de ese siglo, cientos de naves de bandera francesa transitan por el Pacífico sur, muchas de las cuales visitan la bahía y el antiguo Concepción de Penco. El primer viajero, que era a la vez monje y científico, fue Louis Feuillée, quien visitó Concepción, Penco y Tomé, dejando interesantes observaciones no exentas de controversia. Unos años más tarde, en 1712, visita la región el ingeniero militar Amédée- François Frézier, permaneciendo varios meses. El libro que recoge la relación de su viaje contiene agudas observaciones sobre la sociedad hispano-criolla, los mapuches, la flora y la fauna.

Entre los navegantes franceses, que honraron a su nación, debe siempre incluirse al conde La Pérouse, quien encabezó una gran expedición científica. A bordo de las naves *Boussole* y *Astrolabe* y acompañado de más de doscientos científicos, llega a Concepción en febrero de 1785. Sus planos y observaciones, pero también las amistades y relaciones que hicieron en la sociedad penquista, y que incluyeron al mismo gobernador Ambrosio O'Higgins, agregan valor a su experiencia.



"Trajes de los habitantes de Concepción", París, 1797.
Litografía a partir de un dibujo confeccionado durante la estadía en Concepción de la expedición francesa comandada por François Galaup, Conde de Lapérouse, en febrero y marzo de 1786.

Durante el siglo XVIII, no puede omitirse los interesantes testimonios de viajeros españoles, que pasaron por la región y observaron, con la mirada crítica de los ilustrados, la situación del gobierno y la sociedad criolla, las actividades económicas y, en general, las condiciones de la vida en la frontera. Me refiero a Jorge Juan y Antonio Ulloa, a José Manuel de Moraleda, a la importantísima expedición de Alejandro Malaspina (1789-1794) y la del botánico Hipólito Ruiz (en Talcahuano en 1782). Todas ellas contribuyeron al avance del conocimiento geográfico y del medio natural, tanto como a la crítica de la sociedad colonial, según los cánones modernos que empezaban a imponerse en Europa.

Durante los primeros años de la República, nuestra zona registra la visita de numerosos viajeros y científicos franceses. Uno de los más notables es el navegante Dumont d'Urville, quien recorrió las ruinas del antiguo Penco. También del Comodoro L. J. Duperrey, el Vicealmirante Abel Aubert du Petit- Thouars y el médico Maynard, entre otros. El más célebre, por supuesto, es Claude Gay, que dedicó largas páginas de su obra a historiar e ilustrar el territorio de lo que es hoy la Región del Biobío.

Entre los muchos viajeros, seleccionamos unos cuantos, para oír sus relatos y anécdotas de viaje. Así, en tiempos de Carlos III, Francia propone a España una empresa conjunta destinada al Virreinato del Perú. La integran los botánicos españoles Hipólito Ruiz y José Pavón; y Joseph Dombey, médico y botanista francés. Los científicos se encuentran en Chile de febrero de 1782 a septiembre de 1783. Cuando desembarcan en Talcahuano, una epidemia de vi-



"Vista de la ciudad de Talcahuano y puerto de la Concepción (Chile)", por Luis Choris. En la expedición rusa comandada por Otto von Kotzebue, a bordo de la nave "Rurik", arriba la expedición que traía al dibujante Choris. Visitan Concepción en 1816, en plena Reconquista.

ruela azotaba la ciudad, la que causara, al decir del propio Dombey, mil cuatrocientas muertes en Concepción. Ante la solicitud de don Ambrosio O'Higgins, el sabio se aboca de inmediato a atender a los enfermos.

En una carta resume su acción humanitaria: "...Encendido el fuego en todo el Perú, nos embarcamos para Chile. La peste desolaba este bello reino. Santiago, la capital, había perdido 14.000 hombres y la Concepción 1.400. Los niños eran encontrados muertos sobre el pecho de sus madres abandonadas (...) Me di cuenta que había más temor que peligro y renuncié a entrar a las casas de mis amigos que temían el contagio y me dediqué sobre todo a los pobres. Les proveí de guardias pagados (...) colchones, carne, arroz, vinagre, vino y azúcar, en fin, todo aquello que pudiesen necesitar. Mis cuidados tuvieron un éxito sorprendente. Cuando vieron que yo curaba sin morir, desaparecido el temor, numerosas personas caritativas me ayudaron y en dos meses ya no había peste". Su devoción y eficacia le trajeron un gran prestigio. "El Obispo de la Concepción, cuenta el mismo Dombey, me hizo ofrecer 2.000 piastras de renta e hizo todos sus esfuerzos para casarme con una joven rica."

Reconstituciones modernas de su itinerario muestran que la expedición francoespañola recorrió la costa, desde la bahía de Coliumo hasta Arauco; se internó por la ribera norte del Biobío hasta Nacimiento y luego, en dirección norte, hasta el Andalién. Aunque el reconocimiento que los naturalistas efectuaron de la región y su flora no fue exhaustivo, una sola página de su obra les ganó un mérito imperecedero. Fueron los primeros en describir el copihue, nuestra flor nacional, que encontraron en la provincia de Concepción. En su "*Florae Peruvianae et chilensis...*", figura la siguiente explicación: "Se da en los bosques de Concepción de Chile, en las provincias de Rere e Itata, trepando en árboles y arbustos. Florece de febrero a mayo. En lengua vulgar los chilenos lo llaman copihue". Les cupo, además, el honor de bautizarla y lo hicieron con el nombre científico de "*Lapageria Rosea*", en homenaje a Josefina Beauharnais de La Pagerie, "nobilísima dama, dignísima esposa de Napoleón Bonaparte, Ilustre Mecenas de la Botánica y de la Historia Natural". Así, desde la región del Biobío y de la mano de naturalistas franceses y españoles, entra el copihue en la botánica universal.

Entre los navegantes franceses llegados a Penco, mencionamos al ingeniero militar Amedée Frézier, arribado en 1712. La obra que le ha dado justa fama es su *Relation du Voyage de la Mer du Sud aux côtes du Chili et du Pérou*. "Un libro que bastaría, él solo, según Jean-Pierre

Blancpain, para probar la parte que corresponde a la marina francesa en la exploración de América del Sur y en la toma de conciencia de sí mismo llevada a cabo por Chile”. El viaje que describe la *Relation*, corresponde al cumplimiento de una comisión real, consistente en el estudio de las defensas militares de Chile y el Perú, frente a una posible invasión de los enemigos de Francia y España.

En la ciudad de Concepción de Penco y sus alrededores, que recorre a pie y a caballo, Frézier levanta un plano de la bahía y su “*Plan de la Ville de la Conception ou Penco*”, que constituye una de las láminas más conocidas y valiosas de la obra del francés. A pesar de los terremotos y salidas de mar, la ciudad presentaba una de las plantas más interesantes del reino.

Su curiosidad, no obstante, se ve especialmente estimulada por “el país indio”, a cuya descripción dedica extensas páginas, así como por la fertilidad de la naturaleza. Como muchos viajeros en la Araucanía, experimenta dos grandes encuentros: uno con la naturaleza de la región araucana y otro con una alteridad cultural, el indígena araucano; el cual, a su vez, es visto como parte de esta naturaleza. Ambos elementos, hombre y territorio, debían ser transformados para realizar el ideal de progreso a que aspiraba la Ilustración. Dedicaba largas páginas a describir las hierbas medicinales y sus propiedades curativas; las flores aromáticas y los árboles fragantes: el canelo, “árbol sagrado de los indios, símbolo de la paz” y el boldo, “cuya hoja perfuma como el incienso y cuya cáscara es picante como la pimienta”. Una desprevenida siesta a la sombra de un litre, enseña a un oficial francés sus crueles propiedades. En fin, los pájaros le seducen con su canto y bellos colores; describe los lobos marinos y la abundancia de peces de la costa.

Es a la descripción de los habitantes nativos de la región de Concepción, bajo el epígrafe “*Des indiens du Chily*”, a lo que dedica mayor atención. Sus observaciones, animadas de la precisión y vivacidad propias de un testigo presencial, aunque no exentas de prejuicios, son de utilidad para la etnografía contemporánea. Celebra su proverbial autonomía: “Los Indios de Chile no tienen entre ellos ni reyes ni soberanos que les prescriban leyes. Cada jefe de familia es su propio soberano, pero como sus familias han crecido, estos jefes han llegado a ser los señores de muchos vasallos, que les obedecen sin pagarles tributos: los españoles les llaman caciques”.

Describe, a continuación, los tipos raciales de los indígenas y sus rasgos dominantes: piel cobriza, miembros rollizos, buen porte y sin



El copihue, flor nacional de Chile, recibió su nombre científico actual, *Lapageria rosea*, por los botánicos españoles Hipólito Ruiz y José Pavón, quienes recorrían América en una expedición científica. Llegaron a Talcahuano, en 1782, y en Rere se encontraron con el copihue.

barba; pelos negros y gruesos como crines. Se visten sencillamente, con una tela que apenas les cubre; en tiempos de lluvia, una simple manta amarrada a la cintura es su traje. Andan descalzos y usan ojotas para caminar en terrenos pedregosos. Las mujeres usan vestidos largos sin dibujos, ceñido por un cinto y atado con broches de plata; también pendientes y otras piezas, que Frezier compara con prendas romanas.

El viajero se informa también de la forma en que opera la economía fronteriza y el tráfico de ganado desde las pampas. Describe las rutas y las matanzas, que da lugar a la producción de cordobanes, cueros y carne salada. Junto con el trigo, parte de esta producción es enviada al Perú, en naves que pudo observar en el puerto de Talcahuano. La fertilidad de la tierra favorece los cultivos, en especial de viñas, pero la falta de conocimiento técnico sobre su producción y envasado conspira contra su calidad.

Como se aprecia, el viajero describe la sociedad fronteriza en plena evolución, donde aún hay indígenas, sobre todo en la cordillera, que viven en la forma más tradicional. El mestizaje ya se impone, de lo cual dan testimonio las bebidas y vestidos, las costumbres y, sobre todo, la participación de los indígenas en los circuitos de comercio coloniales.

LA REGIÓN EN LAS POSTRIMERÍAS COLONIALES

Hacia el último tercio del siglo XVIII, el intercambio local -el “conchavo”- era cada vez más intenso. Se realizaba en las propias parcialidades indígenas, los fuertes o en las haciendas y estancias fronterizas. Los Mapuche, según ha mostrado José Bengoa, habían evolucionado su economía a una basada en la carne, la sal y los textiles, pero con una fuerte interdependencia de productos de consumo adquiridos de los hispano-criollos. Existían en la frontera mapuche unidades productivas, en el área textil, de alguna magnitud. Su producción alimentaba el mercado interno y una parte se exportaba, a través de los circuitos comerciales. Los Pehuenche, por su parte, en la zona cordillerana y en el intercambio con los hispano-criollos y las pampas, desarrollaron un dinámico comercio ganadero y de diversos productos. El visitador Juan de Ojeda que recorrió la frontera en 1793, explicaba que “el comercio activo de los pehuenches con los españoles consistía en sal, ponchos, plumajes, bateas, canastos, pellejos, añil, abalorios y alguna mercería”.

Junto a los fuertes, tenían lugar frecuentes parlamentos hispano indígenas, dando continuidad a una práctica diplomática vigente desde el siglo XVII. Al sur del Biobío, las agrupaciones mapuches fortalecieron sus estructuras territoriales denominadas butalmapus. Los parlamentos generaron espacios de intercambio cultural, con funciones político jurídicas, a la vez que eventos sociales significativos para hispano criollos e indígenas. En torno al Biobío en el siglo XVIII se sucedieron parlamentos en Taphue (1716, 1738, 1746, 1774), Concepción (1724, 1735, 1759), Nacimiento (1724 y 1764), Negrete (1726, 1771, 1793, 1803) y Lonquillo (1783-84).

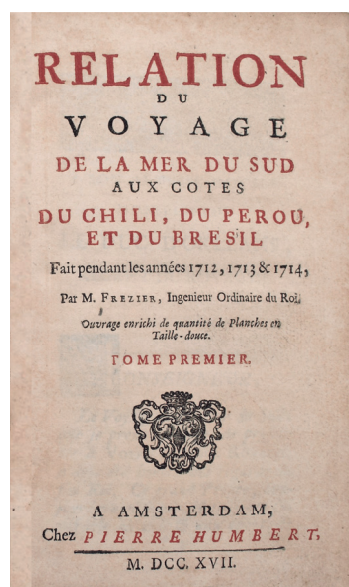
El alzamiento de 1723, el terremoto de 1751 y principalmente la implantación de políticas borbónicas en el Gobierno de Chile, determinó la implementación de un conjunto de modificaciones tendientes a fortalecer y mejorar el sistema de fortificaciones del Biobío. Se inicia, igualmente, en el XVIII la instalación de villas mediante el impulso de la Junta de Poblaciones y los preceptos desarrollados por el Maestre de Campo Pedro de Figueroa y Córdoba y el jesuita Joaquín de Villarreal. La evolución de estos asentamientos se inicia en el Biobío, en 1739, con Nuestra Señora de Los Ángeles, en la Laja, seguida de Santa Juana, Hualqui, Santa Bárbara, San Luis de Gonzaga de Rere y San Carlos de Yumbel. En el Biobío estos emplazamientos crecieron empleando la materialidad y conocimientos locales; la arquitectura con barro, crudo y cocido empieza a carac-

terizar el paisaje regional. Por todo ello, sumado a la creación de la Intendencia, el historiador eclesiástico Reinaldo Muñoz Olave señala que, mientras el XVII merece el calificativo de “siglo pobre y triste” para la diócesis de Concepción, el XVIII podía llamársele de “resurrección y de nueva vida”.

Hacia las postrimerías coloniales, la economía provincial de Concepción mostraba claras señales de crecimiento. Hubo un incremento de la producción triguera y de las exportaciones agropecuarias; el aumento de la población favoreció la formación de un mercado interno y las relaciones fronterizas se estabilizaron, permitiendo el desarrollo de un comercio en beneficio mutuo entre criollos e indígenas. Durante todo el período colonial, en especial desde la instauración del real situado a inicios del siglo XVII, para el financiamiento de un ejército permanente, la economía provincial mantuvo una fuerte dependencia del comercio del Perú. En la segunda mitad del XVIII las remesas peruanas dejan de llegar, obligando a la región a reducir sus importaciones y aumentar sus exportaciones. Los mercados peruanos se transforman en sus proveedores casi exclusivos e incluso pueden imponer un sistema de pesos y medidas más gravoso al usado en Perú. La región, con todo, asume el rol de proveedor subsidiario de bienes agrícolas, con lo que logra desarrollar una estructura productiva de comercio exterior.

En los años más cercanos a la Independencia, las cifras muestran claramente un incremento del comercio de importación. Entre 1794 y 1801 el promedio anual de importación es 67.457 pesos; el que se incrementa en un 51,1% a 137.748 pesos, en el período 1802 a 1816. En las exportaciones, se observa una tendencia similar. Hasta 1802, el promedio anual apenas supera los 35 mil pesos; en los cuatro años siguientes, se empina un 39%, a un promedio de \$49.083. En los primeros años de la Revolución y la restauración monárquica, entre 1809 y 1815, las cifras son extraordinarias: el monto promedio

Relación del Viaje al Mar del Sur y a las costas de Chile y Perú, escrita por Amédée Frézier y publicada, por primera vez, en París, en 1716.



asciende a \$256.304, esto es, un crecimiento de un 422%. Los valores decaerán posteriormente, a consecuencia de los trastornos de la guerra y el desbaratamiento del comercio con el Perú.

La economía de Concepción, al transformarse en exportadora de bienes agrícolas, comienza a competir con la de Santiago. Experimenta al mismo tiempo una reducción progresiva de su autonomía, según Marcelo Carmagnani, “a causa del tratamiento privilegiado acordado a (Santiago) por la demanda peruana, que termina por privar a la economía de Concepción de toda posibilidad de competir”. Esto se observa a nivel de circuitos de comercialización y también de fletes y agentes económicos. “Esto parece demostrar, según Carmagnani, que la demanda peruana ejerce una presión más o menos fuerte sobre la estructura productiva de la economía regional de Concepción”. Así, el rol de la región de Concepción, concluye, en relación a la demanda cerealera externa, es simplemente complementaria.

Las circunstancias expuestas anticipan las causas económicas del involucramiento de la provincia en las luchas de la Independencia: la búsqueda de autonomía política y comercial. Para ello se requería libertad de comercio, de manera de conectarse directamente con el mundo, así como una ruta directa a Buenos Aires. Son desafíos que, transcurridos dos siglos, siguen vigentes.

Vista de Talcahuano, c. 1830.



Vista de Talcahuano en Chile.



LA PROVINCIA, DEL REINO A LA REPÚBLICA 1810-1860

EL SUR EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN * LA PROVINCIA EN LA PATRIA VIEJA
* EL BIOBÍO, TEATRO DE GUERRA * LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA
DE CHILE * GUERRA A MUERTE * LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO EN LA
REGIÓN * LAS REVOLUCIONES LIBERALES-REGIONALES DE 1851 Y 1859

EL SUR EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN

Hacia 1800, en vísperas de la Emancipación chilena, eran dos los grandes polos de poder. Si bien en la capital residía el gobernador del Reino, el territorio se dividía en dos intendencias, Santiago y Concepción, nombradas directamente por el Rey y las mismas, en dos obispados. La intendencia de Coquimbo y su diócesis solo surgirían en 1811 y 1840, respectivamente. La población de la provincia sureña era prácticamente la mitad de la de Santiago, unos 300 mil habitantes; a la que había que sumar los habitantes indígenas de la Frontera, unos doscientos mil más. El único ejército, veterano de las guerras de Arauco, se hallaba en el sur.

La economía del sur había experimentado un interesante auge en las postrimerías coloniales, de la mano del trigo y el ganado. El comercio marítimo abría interesantes perspectivas y se exploraban nuevas rutas cordilleranas, para conectar a la provincia con el recién creado virreinato del Río de la Plata y su capital Buenos Aires. En la Frontera se habían desarrollado, en los largos siglos coloniales, varios circuitos comerciales, que traficaban ponchos, ganados, metales, añil y alcohol, entre otros productos. Uno local, que involucraba al país mestizo surgido en torno al Biobío; pero también otros, de mayor alcance, que se proyectaban al Paraguay, Lima y más allá. Su volumen era importante, aunque es difícil precisarlo, debido al intenso contrabando.

Declaración de la Independencia de Chile, en Los Morrillos de Perales, 1 de enero de 1818.
Óleo de Héctor Robles Acuña, 1968 (detalle).



Concepción en 1790, por José del Pozo.

Las elites del sur, herederas de antiguas tradiciones y renovadas con la inmigración francesa y vasca, de los siglos XVIII y XIX, se repartían en los núcleos urbanos de Concepción y Chillán, donde habían podido asistir al Seminario de esa ciudad y a diversos colegios religiosos, muchos de los cuales mantenían secciones para seglares. Cuando llegó la hora de la Revolución, alimentaron a ambos bandos, como ideólogos y líderes políticos y militares.

La Emancipación de España, a la larga inevitable, en verdad llegó al país en forma algo prematura. En la Capitanía General, apartada de las noticias, no estaban todavía las condiciones ni el ánimo dispuesto para una sublevación. Los espíritus más avanzados -y mejor informados- como el propio Bernardo O'Higgins, que entonces residía en su hacienda de Las Canteras, sentían que las condiciones no eran todavía propicias. Lejanos sucesos, no obstante, como la prisión del rey Fernando VII y la invasión napoleónica a España, debilitaron a la monarquía y su autoridad sobre los dominios americanos, precipitando los eventos.

Enfrentados a la coyuntura de la ruptura con la metrópolis imperial, los sureños vieron una doble oportunidad. La posibilidad, primero de dar salida al potencial agrícola y comercial del territorio, a través de un puerto libre y el comercio en el Pacífico ¡hasta Filipinas había propuesto llegar el comerciante penquista José Urrutia y Mendiburu, con sus buques y su trigo! También hacia el Río de la Plata, cruzando por Antuco y el país pehuenche, ruta que explorara, hasta Buenos Aires, el alcalde de Concepción Luis de la Cruz, en 1806.

El segundo objetivo, de corte político, surgió cuando se vislumbraba que la revolución conduciría a la autonomía política del Reino, últimamente a su emancipación plena. Consistía en colaborar en la construcción de un país nuevo, a la vez con autonomía provincial y participación en el gobierno nacional del Estado que surgiera, fuese autónomo o plenamente independiente. Esos eran los objetivos del partido revolucionario, que lideraban Juan Martínez de Rozas, Luis de la Cruz, Pedro José Benavente y el mismo Bernardo O'Higgins.

Más que líderes individuales o partidos, en el sentido moderno, en todo caso, la política se organizaba a través de clanes familiares y redes comerciales, que extendían sus hilos a la capital del Reino y más allá. Así, el partido de Rozas, en el sur, en alianza con los Larraínes, de Santiago, fueron quienes empujaron la Revolución, lo que se refleja en la composición de la Junta de Gobierno constituida el 18 de septiembre de 1810, en la cual fueron mayoría. Rozas, abogado de origen cuyano, yerno del rico comerciante español José Urrutia Mendiburu y asesor de la intendencia en tiempos de Ambrosio O'Higgins, lideraba el clan patriota de los Urrutia, desde su casa situada en calle Comercio, actual Barros Arana, frente la plaza de armas de Concepción. Igualmente importante era el clan de los Prieto, que dio a Chile, ministros, jueces y soldados, entre ellos dos presidentes, Joaquín Prieto Vial y Manuel Bulnes Prieto. Un tercer clan patriota era el de los Serrano, al que pertenecía el comerciante, militar y finalmente director supremo Ramón Freire Serrano, personaje de gran relevancia en las campañas de la Independencia y luego como político liberal, en los años de la mal llamada "anarquía" (1823-1830).

El bando realista era también numeroso, en Concepción, Chillán y la Frontera. Mantenían antiguas tradiciones de fidelidad al rey, reforzadas en el servicio militar y en una fuerte religiosidad. En especial las familias que vivían en sus estancias, alejadas de las ciudades. Son numerosas en el partido de Itata, tales como los Alcázar y Carvajal-Vargas, Roa, Urrejola, Campos, Aguilera, Arrau, los Barañao y los Lantaño. Su fuerza se muestra en forma temprana, cuando los realistas logran imponer sus candidatos en la elección de los diputados de la provincia al Primer Congreso Nacional. Pero sobre todo en la larga resistencia a la Independencia y el proyecto nacional chileno, que se manifiesta en la cruel Guerra a Muerte.

Durante la primera década del siglo XIX, el reino de Chile vivía en aparente calma. Las noticias del exterior eran escasas; llegaban por el correo mensual que cruzaba los Andes rumbo al Río de la

Plata; o por los buques que hacían el comercio de Lima y otras latitudes. Los barcos balleneros europeos y, sobre todo, los norteamericanos, traían las nuevas ideas, en escritos que pocos podían leer. Hacia 1808, cuando muere el gobernador Luis Muñoz de Guzmán, había poco que reportar.

Había conspiradores, sin embargo, que imaginaban, más que un país soberano, mayores niveles de autonomía y autogobierno para los criollos. Era así en toda América. Las reformas borbónicas, implementadas unas décadas antes, al procurar aumentar el control político y la rentabilidad de las colonias americanas, generaron un extendido descontento. Quienes habían residido en Europa y la Madre Patria, entre ellos, José Antonio de Rojas, Manuel de Salas, José Miguel Carrera o el mismo O'Higgins, habían captado la decadencia inexorable del Imperio hispano. La expansión comercial inglesa y las ideas ilustradas que inspiraron la independencia norteamericana y la Revolución Francesa, anunciaban una crisis de dimensiones atlánticas. La invasión napoleónica a España, según hemos mencionado, fue el factor gatillador de una larga revolución, que recorrería el continente entero, pero que, en la víspera, pocos podían anticipar.

Los criollos se imbuían de las nuevas ideas en las tertulias de patricios ilustrados. En Concepción, era la casa del comerciante José Urrutia el principal punto de encuentro. Allí, su yerno Juan Martínez de Rozas hacía escuela entre los jóvenes, que iban a imbuirse de las nuevas ideas. Rozas las había adquirido en Córdoba y Santiago, donde completara sus estudios, pero sobre todo en la biblioteca de José Antonio de Rojas, el único mayorazgo que estuvo por la Revolución. Parecían, sin embargo, una minoría ilustrada, en eterna espera para actuar.

El clero, contrariamente a lo que se cree, se hallaba fuertemente dividido. En general, eran hijos de las familias criollas, por lo que



Juan Martínez de Rozas Correa (Mendoza, Capitanía General de Chile, 1759- Mendoza, Provincias Unidas del Río de la Plata, 1813).

reflejaban las divisiones de la sociedad. Entre ellos las ideas escolásticas, que negaban el absolutismo monárquico, así como la noción de un pueblo soberano, se iban haciendo espacio. Con la expulsión de los jesuitas, la corona perdió notables defensores. El obispo de Concepción desde 1810, Diego Antonio Navarro de Villodres, fue un importante realista, al punto que ocupó la intendencia de la provincia y fue consejero de Antonio Pareja. También lo fueron la mayoría de los franciscanos y las monjas trinitarias, que huyeron de Concepción, a la llegada de los patriotas. Varios tomaron las armas por el rey, como el famoso cura Ferrebú, párroco de Rere. Frente a ellos hubo muchos que optaron por la causa de la patria, como el arcedianio Salvador Andrade, lo que le valió la mitra obispal. Eran tiempos confusos, en todo caso, de intensa discusión ideológica y evolución política, de manera que muchos fueron cambiando de bando, en la medida que los eventos hacían mutar los espíritus.

El pueblo llano se encontraba igualmente confundido, al inicio del proceso. Algunos se movieron en base a lealtades personales, siguiendo la lógica hacendal propia de una sociedad premoderna. Recordemos que Bernardo O'Higgins, con sus inquilinos de Las Canteras formó el regimiento número dos de la Laja. La dislocación del orden y las posibilidades de rapiña que genera la guerra motivaron los cambios de bando y, en tiempos de guerra, una altísima desertión. La adscripción leal al bando monarquista parece haber sido una realidad mayoritaria en el sur; en la Patria Nueva, sin embargo, la incipiente nación fue ganando más adeptos, hasta volverse la única opción posible.

La misma diversidad de adscripciones y lealtad pudo observarse en el mundo indígena, que tenía fuerte presencia al norte y al sur de la frontera del Biobío. Los diversos butalmapus se mostraban más leales al rey o la patria según los intereses de los lonkos de las diversas tribus. Muchos habían construido lazos de confianza con las autoridades imperiales, a través de décadas de parlamentos y comercio, en que su autonomía y privilegios eran relativamente respetados. Otros mantenían vínculos con importantes patriotas, como era el caso de O'Higgins en la Alta Frontera, según hemos dicho. La Revolución de 1810 abría oportunidades para quienes habían sido preteridos en las dinámicas del poder fronterizo. En cualquier cosa, la violencia fue el signo de casi dos décadas de guerra irregular, en el antiguo wallmapu.

En síntesis, al inicio de la Revolución, los diversos actores se movían siguiendo lógicas de poder territoriales o corporativas, no

todavía nacionales. En los años previos, un fuerte compromiso con promover los intereses políticos y económicos de la provincia aparece como una motivación transversal de las elites. La crisis de la monarquía, proyectada a los dominios americanos, altera trágicamente las prioridades. Los ánimos se polarizan irremediablemente, hasta desembocar en una penosa guerra civil.

LA PROVINCIA EN LA PATRIA VIEJA

Los eventos de 1808 en España repercuten fuertemente en los dominios americanos. La legitimidad de las autoridades coloniales queda fuertemente cuestionada con la abdicación del rey Fernando VII en favor de José Bonaparte, hermano del Emperador de Francia.

La abdicación debilita a aquellos cuyo poder dependía del soberano defenestrado, tales como a virreyes, gobernadores, intendentes y toda autoridad de designación real. En el lejano Chile la situación es aún más grave. En febrero del mismo año 1808 había muerto el gobernador Luis Muñoz de Guzmán. Por sus virtudes militares y sus cualidades de gobernante, seguramente habría podido sostener más tiempo el gobierno. Su ausencia, en cambio, provocó un complejo interinato, que la Real Audiencia de Santiago y otras corporaciones de la capital pretendieron suplir nombrando gobernador al regente de ese tribunal Juan Rodríguez Ballesteros. La decisión contradecía la real cédula de 1804 que obligaba a nombrar al oficial de más alta graduación, para lo cual todos los candidatos se hallaban en Concepción.

Fue la oportunidad que Juan Martínez de Rozas y el grupo autonomista de Concepción esperaban. El tribuno penquista organizó una junta de oficiales, que acordó exigir el nombramiento del coronel Francisco Antonio García Carrasco como gobernador de Chile. Muy a regañadientes, su autoridad debió ser aceptada, pasando este a Santiago a asumir el mando. Su gestión, aunque deslucida, se prolongó entre los años 1808 y 1810, en los prolegómenos de la Revolución.

Martínez de Rozas, quien volvió a Santiago como asesor del gobernador, aprovechó esos años para armar el tinglado de la futura emancipación. Cuando esta aun no despuntaba, un hombre del sur asumía la primera magistratura, acompañado de un coterráneo, que entonces era visto por todos como el ideólogo del nuevo “sistema”: una junta autónoma que anunciaba la futura independencia.

Las elites patriotas del sur tenían un ideario avanzado. Era consecuencia de sus pretensiones autonómicas, respecto de España, Lima y la propia capital, así como de sus vínculos con los revolucionarios del Río de la Plata. Influía también la condición de puerto de Concepción, en una época en que las ideas llegaban por el mar, en buques veleros con tripulación numerosa y largas estadías, provenientes de Europa y de Estados Unidos. La joven república federal promovía los ideales libertarios a través de lecturas y emisarios, pero sobre todo con su ejemplo de prosperidad, que muchos asociaban a la realización de un ideal político. El mismo O'Higgins fue tempranamente federalista, tradujo la Constitución norteamericana y promovió un Congreso Nacional, llevado por el temprano influjo de esa nación.

A pesar de ello, optaron por una política sigilosa, ante la fuerza local del monarquismo, en especial entre las fuerzas militares. De ahí que hayan cedido el liderazgo inicial al cabildo de Santiago, que era el núcleo colegiado de resistencia de los criollos, bajo el liderazgo ideológico y político del clan de los Larraínes y de Juan Martínez de Rozas. Así quedó constituido el primer gobierno nacional, la Junta de Gobierno del 18 de septiembre de 1810.



Inauguración del Primer Congreso Nacional, 4 de julio de 1811. Los diputados cuya representación corresponde a la actual Región del Biobío son los siguientes: en el estrado, de pie, Juan Martínez de Rozas, Presidente del Congreso. Prebendado don Agustín de Urrejola, diputado por Concepción; Coronel Luis de la Cruz, diputado por Rere; Luis de Urrejola, diputado suplente por Concepción; y Bernardo O'Higgins, diputado por Los Ángeles.

Óleo de Nicolás González Méndez y Fernando Laroche, pintado en 1903 para la testera del Senado.

La Junta destaca, entre sus obras, la convocatoria al Primer Congreso Nacional y la libertad de comercio. Ambas eran aspiraciones de los sureños. El primero realizaba su anhelo de participar en el incipiente gobierno nacional, desde una lógica territorial de representación; el comercio libre, por su parte, permitía abrir los puertos, entre ellos, Talcahuano al tráfico con Europa, Lima y toda la costa americana, dando, así, salida a la producción, que no hallaba mercados en el país.

Se acordó que el Congreso lo integrarían 36 diputados, doce de ellos de la provincia de Concepción, con representantes de Maule hasta Osorno. Todo se veía muy promisorio, pero a la postre concluiría muy mal. Santiago finalmente elige doce diputados y no los seis convenidos, lo que no solo desequilibra la representación provincial, sino que instala una mayoría moderada, incluso realista, en el Congreso. Los representantes del sur no lo aceptan y optan por retirarse y formar su propia Junta Provincial, la que queda constituida el 5 de septiembre de 1811. Así se frustra el primer intento de avance progresivo y descentralizado del proceso revolucionario.

Luego de su regreso a Chile, en julio de 1811, tras largos años de ausencia, José Miguel Carrera adquiere un rápido protagonismo. Con su personalidad audaz y su experiencia militar, da un giro a la Revolución, volcándola al franco separatismo. Tuvo graves diferencias con los Larraínes y con Rozas y los patriotas del sur, no obstante, que llevarán, a la postre, al fracaso militar y político de la Patria Vieja. A fines de 1811 se impone a Rozas, tomando el liderazgo nacional y emprende una serie de reformas, como la creación de los primeros símbolos patrios y de un Reglamento Constitucional Provisorio, para organizar el poder, en un Chile no todavía soberano. Con el arribo de una expedición realista al puerto de San Vicente, en marzo de 1813, se inicia la fase bélica de la Patria Vieja, que concluirá trágicamente para las armas de la Patria.

EL BIOBÍO, TEATRO DE GUERRA

La escuadra que arriba a San Vicente venía resuelta a tomar el control político del país y castigar a los rebeldes. Era la instrucción del virrey del Perú José Fernando de Abascal. Aunque la Junta de Gobierno había jurado obediencia al rey, para nadie era un secreto que ocultaba afanes autonomistas. Las fuerzas realistas del virreinato, sin embargo, empeñadas en campañas militares contra los rioplatenses en el Alto Perú tardaron en actuar sobre los rebeldes de Chile. En 1813, informados por los comerciantes pencones de las disensiones entre las fuerzas patriotas, creen llegado el momento de accionar sobre Concepción.

La expedición venía al mando del brigadier Antonio Pareja y solo traía cincuenta oficiales, armas y caudales para los gastos de armar un ejército. Las tropas fueron reclutadas en Chiloé y Valdivia, localidades fuertemente realistas y, más tarde, en el propio Concepción. Esta ciudad capitula pronto, tras una primera resistencia en los cerros de Talcahuano, debido a que su guarnición se hallaba al mando de oficiales realistas. Algunos patriotas parten hacia el norte, a encontrarse con la resistencia que José Miguel Carrera organizaba cerca del Maule. Bernardo O'Higgins, en tanto, acompañado de las tropas formadas con sus inquilinos, marcha desde Los Ángeles y debe también dirigirse al norte, al saber el destino de la capital de la provincia. Entonces no sabía que debería mantenerse un año y medio en movimiento, lo que duraría esta larga campaña, que termina trágicamente en la plaza de Rancagua.

Las fuerzas de Pareja, reforzadas en Concepción, avanzan hacia el norte y toman Chillán, casi sin resistencia. Incrementadas con un batallón de milicias y un regimiento de caballería, reanudan su marcha. Tras diversas escaramuzas no logran cruzar el Maule y se repliegan a Chillán. Allí se preparan para una defensa tenaz. La batalla no ocurre, no obstante, pues José Miguel Carrera decide recuperar Concepción, lo que ocurre el 25 de mayo. El coronel O'Higgins, entretanto, con una fuerza de 60 hombres y aprovechando el factor sorpresa, en una hábil maniobra nocturna, conquista el fuerte de Los Ángeles. Allí organiza una fuerza de mil hombres, bien armados y equipados, con la que se dirige a Coyanco, en la actual comuna de Quillón, punto de concentración del ejército patriota.

El 27 de julio, avanzado ya el invierno, se inicia el sitio de Chillán, con apoyo de fuego de artillería. La firme resistencia y un invierno especialmente riguroso hacen fracasar el ataque. El sitio debió ser le-

vantado. El ejército patriota se retiró y se dividió, ocupando diversos puntos. Luego se reconcentra en el paso del Roble, muy cerca del río Itata.

Al amanecer del día 17 de octubre, el campamento patriota fue asaltado de manera sorpresiva, provocando estragos. El general Carrera, creyendo todo perdido, huye del lugar. O'Higgins asume el mando y organiza la resistencia. Allí se oye su famosa arenga: "O vivir con honor o morir con gloria; el que sea valiente que me siga". Tras una oportuna carga a la bayoneta, los realistas se retiran del campo. Aunque hubo numerosas bajas y el mismo O'Higgins resulta herido, las mayores consecuencias son políticas y no militares. Carrera es separado del mando y la Junta de Gobierno nombra a Bernardo O'Higgins comandante en jefe del ejército chileno. La situación en el campo patriota, en términos de hombres, moral y pertrechos era crítica. En tales circunstancias se produce el desembarco del brigadier Gabino Gaínza, en las cercanías de Concepción, acompañado de una fuerza realista de 800 hombres. Asume de inmediato el mando.

Los patriotas, frente a la nueva expedición española, deciden concentrar sus fuerzas en Membrillar, a orillas del Itata. Talca queda desguarnecida, oportunidad que una fuerza realista, al mando del coronel Elorreaga, aprovecha para conquistarla. El Gobierno de Santiago, conmovido por la pérdida de Talca, organiza una expedición para recobrarla, compuesta de mil hombres, al mando del coronel Manuel Blanco Encalada. Esta fuerza, atacada por la retaguardia por tropas más experimentadas, es derrotada cerca de Talca. O'Higgins, mientras tanto, avanzaba hacia Membrillar, a reunirse con Juan Mackenna. Derrota al coronel Barañao, que con 400 hombres intenta impedir la reunión de los patriotas. Gaínza ataca entonces a Mackenna en Membrillar, antes de la llegada de la columna de O'Higgins. Una fuerte lluvia suspende el combate, sin resultados decisivos.

Ambos ejércitos comienzan una apurada marcha rumbo a Talca, en forma paralela. Tras un enfrentamiento en Quechereguas, los realistas se encierran en aquella ciudad. Por razones tácticas, pero también urgidos por la situación internacional, ambos bandos convienen en el llamado Tratado de Lircay, suscrito a orillas del río homónimo, el 3 de mayo de 1814. Por éste, Chile acepta el dominio español y la Corona reconoce el gobierno patriota. Las fuerzas de Gaínza se comprometen, además, a dejar el país dentro de 30 días. Ambas partes sólo aceptan el acuerdo en el ánimo de ganar tiempo y finalmente lo desconocen. El descontento patriota permite a Carrera tomar el

poder, lo que es resistido violentamente por O'Higgins. Cuando la guerra civil amenazaba con recrudecer, la noticia del desembarco de una nueva expedición española, provoca la unidad.

En agosto de 1814, Mariano Osorio, acompañado de un cuadro de oficiales, 550 hombres del Regimiento Talaveras y 50 artilleros, llega a Talcahuano y avanza rápido hasta Chillán. Allí reorganiza el ejército, somete a proceso a Gaínza y comienza el avance sobre la capital. En Santiago, se carece de todo: armas, dinero y oficiales. En un mes, sin embargo, se prepara una fuerza débilmente equipada de cuatro mil hombres, responsable de la defensa del país. Lo que viene es sabido y ocurre lejos de las riberas del Biobío: una inútil custodia de la línea del Cachapoal, el trágico sitio de Rancagua y la retirada patriota hacia Mendoza, con los restos del ejército. Culminaba, así, la llamada Patria Vieja.

LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE

Al Desastre de Rancagua le siguen los aciagos años de la Restauración Monárquica, que se prolonga hasta la victoria del Ejército de los Andes, en Chacabuco, en febrero de 1817. Durante ese período, la ciudad de Concepción sufre grandes padecimientos. Los patriotas son encerrados en la Catedral o reclusos en la isla Quiriquina; otros se exilian en Mendoza. Por toda la región, las vindicaciones y secuestros son el signo de los tiempos.

Tras el ingreso de las tropas victoriosas a Santiago, un cabildo abierto de los vecinos notables ofrece a Bernardo O'Higgins la dirección suprema del Estado; este acepta procurando que la elección sea ratificada por los principales pueblos y corporaciones. Inicia de inmediato acciones para organizar el gobierno y continuar la guerra. Es que la derrota de Chacabuco no fue completa y muchos realistas, incluyendo los restos del ejército, huyen hacia el sur o al Perú. En Concepción, más bien en Talcahuano y la península de Tumbes, al mando de José Ordóñez, se organiza la resistencia realista. Es "el Gibraltar de América", que conectado por mar con el sur y el Perú, aparece como un enclave inexpugnable.

Se organiza una expedición al mando del oficial argentino José Gregorio de las Heras. Se enfrenta con los realistas en Curapalihue y, el 5 de mayo de 1817, en el combate del Cerro Gavilán, en pleno centro de la ciudad de Concepción. Aunque el triunfo es para las fuerzas patriotas, no resulta decisivo y los realistas regresan a Talca-



Campamento patriota en Talcahuano y sitio del combate de El Morro.

Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*, Buenos Aires 1940.

huano, a prepararse para un largo sitio. Es la llamada Campaña del Sur, durante el largo invierno de 1817.

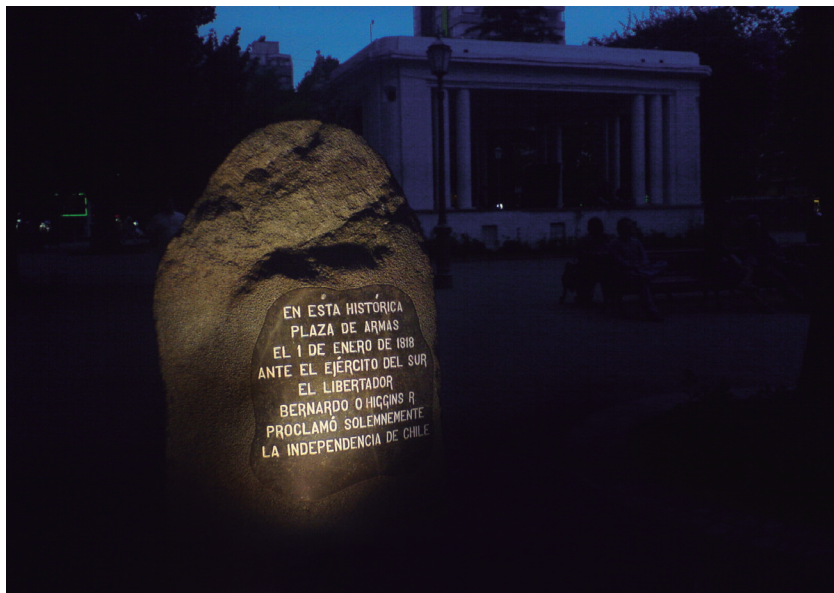
El Libertador O'Higgins llega a la zona a hacerse cargo personalmente de las operaciones. En los Morrillos de Perales, a la vista de El Morro y las defensas de Talcahuano instala su campamento. Si bien las condiciones climáticas retardan el asalto, la guerra continúa en Arauco y a lo largo de la costa, de manera que se ordenan frecuentes escaramuzas y operaciones limitadas. En verdad, aunque O'Higgins ha delegado la dirección del Estado en el rioplatense Hilarión de la Daza, al salir de Santiago, retiene importantes funciones gubernativas; las ejercerá sin ambages desde su campamento en el sur. Desde ahí acordó la creación de la Legión al Mérito y de la primera moneda; ordenó eliminar los títulos de nobleza, y, en general, comandó la guerra y las relaciones con los Mapuche. Incluso envía comunicaciones al Zar de Rusia, al Rey de Holanda y al Príncipe Regente de Inglaterra, como expresión de las relaciones internacionales que pretendía establecer el incipiente Estado de Chile. Pero de todos, sin duda la Declaración de la Independencia de Chile fue el acto

supremo que realizara en su campamento de Talcahuano, entonces un puerto y un villorrio en los términos del cabildo de Concepción.

Para 1817, ya se hacía evidente la necesidad de declarar la independencia de Chile. Las Provincias Unidas del Río de la Plata lo habían hecho el año anterior. Sin ese gesto, además, frente al concurso de las naciones, los chilenos serían solo un pueblo rebelde y no los ciudadanos de un Estado soberano. Las circunstancias de la guerra, sin embargo, dificultaban la convocatoria a un congreso; de ahí que se optara por un plebiscito que autorizara al Director Supremo a hacer la declaratoria, en nombre de “los pueblos” y “la nación” chilena, pues ambos conceptos se utilizaban. Así ocurrió mediante la apertura de registros públicos, en sendos libros a favor y en contra de la pronta declaración de “la independencia del Estado Chileno”.

De manera que la Declaración era ya un paso necesario y legítimo en la Revolución chilena. Pensamos que O’Higgins planeaba declararla en Santiago, el 12 de febrero de 1818, primer aniversario de Chacabuco, junto al general San Martín y las más altas autoridades del país. Las circunstancias de la guerra, sin embargo, le obligaron a adelantar el acto.

En diciembre de ese año de 1817 pudo realizarse finalmente el asalto a El Morro. Con ayuda de oficiales napoleónicos franceses, como Michel Brayer, Georges Beauchef o Albert Bacler d’Albe, lle-



Monolito en la Plaza Independencia de Concepción, que recuerda la primera Proclamación de la Emancipación, por Bernardo O’Higgins.

gados a Chile tras Waterloo, se planificó y ejecutó una gran operación, que resultó infructuosa. A la desazón que provocara la derrota se le sumaba la amenaza inminente del arribo de una nueva expedición militar realista, al mando de Mariano Osorio, el vencedor de Rancagua. La noticia obligó a despoblar la provincia, en un penoso éxodo. Cuando la población había partido, procedió Bernardo O'Higgins a declarar solemnemente la Independencia de Chile, obrando como Director Supremo titular, Brigadier de sus ejércitos y actuando como “órgano de la voluntad nacional”, validado por un plebiscito de alcance nacional.

Así fue declarado en su campamento en la localidad de Talcahuano, el 1° de enero de 1818 y, el mismo día, según Luis Valencia Avaria, el Libertador la proclamó, por vez primera, en la Plaza de Concepción, que por eso se llama Independencia y siempre en los términos de su cabildo. El 6 de enero siguiente la expedición de Osorio desembarcaría en un Estado soberano, ya de manera irreversible. De manera que ese es el día clave, en que Chile deja de ser un reino, un dominio sometido, para pasar a ser un Estado soberano, del punto de vista jurídico. Todos los actos posteriores de proclamación fueron útiles para solemnizar o dar publicidad a ese gesto, pero ya no cambió nada, pues Chile después del día primero, era un país soberano.

El Acta de aquel día no se conserva, probablemente por decisión del mismo Libertador. Había que darse el tiempo para redactar un texto digno de tan solemne y perdurable propósito. Es por ello que en el Acta de la “Proclamación de la Independencia de Chile” dispuso que se consignara el lugar y la fecha real del evento, esto es, que la declaración había sido dada “de su mano”, en el palacio directorial de Concepción, a 1° de enero. Hacemos notar que no hay contradicción en fijar el hecho en Concepción o Talcahuano. Cuando el Libertador habla de Talcahuano se refiere al sitio de su campamento, como lugar o localidad, en la época una colina rodeada de pantanos; y cuando menciona a Concepción, se refiere a la ciudad y la vasta provincia en que los hechos ocurrieron y que, ciertamente, comprendía a Talcahuano. Con la actual división comunal, es natural que se produzcan confusiones.

Los testimonios emanados del mismo Libertador resultan muy concluyentes. Desde luego la misma Acta de la Proclamación ya referida, cuyo contenido ningún contemporáneo jamás desconoció. A mayor abundamiento, en documento que firmó O'Higgins ante el escribano público de Lima don Baltasar Núñez del Prado, en octubre de 1842, expresa: “Digo yo Bernardo O'Higgins, Capitán Gene-

ral de la República de Chile, Brigadier de la de Buenos Aires y Gran Mariscal de la del Perú, y que en 1º de Enero de 1818, como órgano de la voluntad nacional, declaré solemnemente la Independencia de Chile en la Ciudad de Concepción...”

En su “testamento político”, además, O’Higgins pide que se cree una ciudad llamada “independencia” en el lugar en que estuvo su campamento en Talcahuano, donde declaró la independencia. Pues bien, la ciudad ya existe, es Talcahuano, pero falta avanzar en poner en valor el lugar en que estuvo su campamento y que, desde 1980, es Monumento Histórico Nacional.

Los hechos posteriores son conocidos y pertenecen a la historia nacional. Luego del duro traspie de Cancha Rayada, en que la campaña parecía perdida, las fuerzas patriotas logran reorganizarse. En Maipú se consolida militarmente la independencia del centro del país. En Biobío y la Frontera, por desgracia, la violencia continuará todavía por una década larga.

LA GUERRA A MUERTE

La periodificación tradicional del proceso de independencia estima que esta queda asegurada tras el triunfo de Maipú, el 5 de abril de 1818, sin perjuicio de sucesos notables posteriores, como la Toma de Valdivia y de Chiloé y la Expedición Libertadora al Perú, que buscaba hacer irreversible la separación de España. En el sur, sin embargo, la situación es muy distinta. La reagrupación del ejército realista, la acción de bandoleros y guerrillas y la división de la población, los indígenas y el clero, prolongarían la guerra hasta avanzada la década de los veinte, a un alto costo material y humano. El Biobío pagó un elevado precio por la emancipación de Chile.

Luego de la victoria de Maipú, las energías del país se concentran en la formación de una escuadra, que asegurara el dominio del mar y la independencia del Perú. Este enorme esfuerzo, acometido sólo con recursos materiales chilenos, agotó al país e impidió ocuparse del sur. Es una de las causas de la prolongación de la guerra y la desafección de los provincianos por el director supremo. El brigadier Osorio, antes de marchar a Lima, dejó al coronel Juan Francisco Sánchez al mando de las guarniciones españolas en esta zona. Se formaron numerosas montoneras, que incluían soldados, guerrilleros, indígenas y bandoleros. Muchos recibieron armas y dinero, para iniciar una guerra irregular, en que se practicó masivamente el pillaje.

je y el saqueo. El escenario de su acción desoladora fue, otra vez, la zona del Biobío, entre el Maule y la Araucanía.

Un episodio muy relevante para las armas de la patria fue la captura de la fragata *María Isabel*, en Talcahuano, en octubre de 1818. Era la nave madre de una poderosa expedición española y su apresamiento fue fundamental para la consolidación de la naciente marina nacional y su escuadra. Alcanzó, no obstante, a desembarcar un fuerte contingente de tropas peninsulares.

Con una fuerza compuesta de tropas regulares e irregulares, Sánchez avanza hasta el río Maule. O'Higgins envía a combatirlo una división, al mando del general argentino Antonio González Balcarce. Sánchez se repliega hacia Valdivia, pero es convencido por el guerrillero Vicente Benavides de la necesidad de continuar la guerra. Mientras tanto, los patriotas han retomado Concepción y Ramón Freire es nombrado intendente. Balcarce estima terminada la expedición, por lo que deja una pequeña guarnición y parte rumbo a Santiago.

Benavides, en tanto, designado Jefe Supremo de las fuerzas españolas en la frontera, recluta tropas y se prepara para combatir a los patriotas. Se inicia así la llamada Guerra a Muerte, etapa más cruel y desconocida de las guerras de independencia.

La primera acción del jefe guerrillero es la sublevación del fuerte de Santa Juana, donde estableció su cuartel general. Tomó contacto con las montoneras y los grupos araucanos que combatían al ejército patriota y los organizó, en apoyo de la nueva campaña. Designó como su segundo a Juan Manuel Picó, teniente coronel de las mili-

"Pehuenches", grabado a partir de un dibujo del paisaje cordillerano del Biobío, realizado por el viajero alemán Eduardo Poeppig, en 1828.





"Fuerte de Arauco". Claudio Gay, *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, París, 1854.

cias realistas. Una montonera, al mando de Pedro López, ataca a sangre y fuego el pueblo de Tucapel. El coronel de milicias Pedro Nolasco Victoriano, jefe militar de la plaza de Chillán, organiza una expedición punitiva. Aprovechando su ausencia, el 18 de septiembre de 1819 las montoneras de Elizondo y Pincheira, apoyadas por el cacique Torino, asaltan la ciudad. El ataque fue rechazado por los vecinos y Victoriano, ya de regreso, inicia una persecución. En las Lomas de Quilmo alcanza a las montoneras y, en una acción rápida y decidida, las derrota, provocándoles numerosas bajas.

En la zona circundante al Biobío, la situación era crítica. Sólo se contaba con una escasa fuerza regular, al mando del coronel Freire. Los pueblos habían organizado milicias para su defensa, que oponían una débil resistencia a los ataques montoneros. El gobierno central, en tanto, concentrado en la preparación de la campaña al Perú, no estaba dispuesto a ocuparse del sur. Las tropas de Benavides asaltan Nacimiento y Rere, capturando numerosos prisioneros. Freire decide jugarse en un ataque total. Marchó secretamente sobre Santa Juana, principal reducto de los guerrilleros, infligiéndoles graves daños. Benavides, no obstante, logra escapar hacia Arauco, acompañado de sus más cercanos.

Regresa entonces del Perú Juan Manuel Picó, a quien Benavides enviara en busca de apoyo del virrey. Trae importantes refuerzos, en tropa, armamento y dinero. También nombramientos y condecoraciones para Benavides y sus aliados. Se organizan flamantes unidades regulares, como el regimiento de caballería Dragones de Nueva Creación, conformado con ochocientas plazas. Con estos recursos, los guerrilleros inician feroces ataques por toda la región, que Freire no puede contener, por falta de tropas.

El jefe patriota viaja a Santiago, a fin de obtener los refuerzos necesarios. Aunque él y el coronel Alcázar, que le acompaña, son ascendidos a generales de brigada, sólo obtiene el apoyo de una compañía de granaderos a caballo, al mando del teniente coronel Benjamín Viel. A fin de combatir la montonera de Benavides, que merodea Los Ángeles, agrupa sus fuerzas en Rere. Se le suma el coronel O'Carroll, con dos escuadrones de dragones, de la guarnición de Tucapel; el escuadrón de caballería del Regimiento Escolta, estacionado en Yumbel. A orillas del río Laja, la columna patriota que comandaba O'Carroll, fue atacada por sorpresa por un fuerte contingente de tropas regulares e indígenas. En pánico y sin posibilidad de organizar una defensa adecuada, muchos sucumbieron bajo el fuego o las lanzas enemigas, entre ellos el propio O'Carroll. Aquellos sobrevivientes que no pudieron escapar hacia Concepción, fueron obligados a sumarse a las tropas de Benavides.

El camino quedaba libre al guerrillero para efectuar un fuerte ataque sobre Los Ángeles, victoria que le daría el control de todo el sur. Alcázar, que comandaba la plaza, se vio obligado a despoblarla. Partió rumbo a Chillán, con una columna de mil quinientas personas; quinientos eran soldados del Batallón n° 1 de Coquimbo; el resto eran ancianos, mujeres y niños. En el vado de Tarpellanca, sobre el río Laja, en el momento que se encontraban embarcados en balsas los soldados y los civiles, se produce el feroz asalto. Bajo la promesa de salvar a éstos, Alcázar entrega sus armas, pero la población civil es pasada a cuchillo; luego el general sería salvajemente lanceado. Los soldados del Coquimbo debieron optar entre unirse a las fuerzas del guerrillero o correr la misma suerte. Con éstos, Benavides reúne una fuerza superior a los seis mil hombres, entre soldados regulares, milicianos e indígenas. Se decide entonces a emprender el asalto de Concepción.

Ante el avance del guerrillero, Freire se ve obligado a desocupar la ciudad y retirarse a Talcahuano. Otras montoneras operaban al interior de la región. De esta forma, en septiembre de 1820, las fuerzas de Benavides llegaron a controlar Concepción, Los Ángeles, Chillán y San Carlos. Freire esperaba refuerzos de Santiago, que no llegaban. Organiza un ataque sorpresivo, cayendo sobre las tropas realistas en las vegas de Talcahuano. Aunque los resultados no son decisivos, lo animan a emprender un ataque mayor. Éste se produce el 27 de noviembre, de manera masiva y muy violenta. Los realistas retroceden hacia Concepción, pero el resultado se ve incierto. Entonces los soldados del Coquimbo, forzados a unirse a los realistas en

Tarpellanca, se pliegan a las fuerzas patriotas, causando la derrota de Benavides. “La victoria de las vegas de Talcahuano, dice Vicuña Mackenna, hizo en el campo patriota una impresión tan favorable como fue desastrosa en el del enemigo”.

A pesar de ello, Benavides logra huir nuevamente y se prepara a organizar un nuevo ejército, al sur del Biobío. En una serie de correrías, asoló Los Ángeles, Nacimiento y muchas otras localidades. Para combatirlo, O’Higgins envía al coronel Prieto a dirigir las operaciones, al norte del Biobío. Este refuerza las guarniciones de Chillán y Yumbel y obtiene una importante victoria, a orillas del río Chillán. Las tropas de Freire, mientras tanto, reforzadas con la caballería de Prieto, operan en Arauco.

La propaganda patriota, ofreciendo amnistía a quienes abandonen la guerrilla se muestra eficaz, produciéndose numerosas deserciones. “Perdonar a los rendidos y castigar severamente a los que se pillen resistiendo –decía Prieto en carta al Director Supremo– es el mejor recurso para darles a conocer la generosidad y la justicia al mismo tiempo (...) es un engaño creer que todo se allana con fusilar y matar... A mi llegada a estos lugares todo era miedo, horror y tristeza. Hoy ya va aumentando el número de los patriotas”. Así, con la moderación de Prieto, aun contra las órdenes del gobierno, se iba imponiendo el bando patriota.

Durante el año 1821, Benavides siguió controlando Arauco. Instaló un virtual gobierno colonial, con él al frente. Logró la adhesión de muchos caciques. Con los recursos obtenidos del saqueo de varios



Bahía de San Vicente, en 1846, por el artista francés Luis le Breton.

barcos, formó un ejército de cuatro mil hombres. En la primavera, concentra sus tropas al norte del Biobío, para marchar contra Prieto en Chillán. Este buscó el combate en campo abierto, donde su disciplinada caballería podía maniobrar mejor. En el cruce del río Chillán, en las Vegas de Saldías, tuvo lugar el sorpresivo ataque patriota. Conducida por el capitán Manuel Bulnes y apoyada por la infantería, la caballería hizo estragos en el ejército realista. Se produjo el desbande y la persecución, hasta el mismo Biobío.

Benavides había sido derrotado completamente. Una vez más ofrece un acuerdo y se compromete a pacificar la Araucanía, pero Prieto se niega a cualquier arreglo. El jefe guerrillero intenta huir, embarcándose en un lanchón hacia el Perú. En Topocalma es reconocido y es conducido bajo arresto a Santiago. Allí fue juzgado y condenado a morir en la horca. Su cadáver descuartizado fue expuesto en las ciudades en que operó, para escarmiento de sus antiguos partidarios.

Terminaba, con su muerte, una fase importante de la guerra. Las acciones, sin embargo, proseguirían durante el resto de la década. Las encabezaron los lugartenientes de Benavides Juan Manuel Picó, el cura Ferrebú, Miguel Senosiáin, Vicente Antonio Bocardo, entre otros que organizaron partidas montoneras. Los indígenas continuaron con sus ataques y “malones”. Baste recordar las partidas de los Pincheira, sobre la cordillera de Chillán. Pasarían todavía largos años, antes de que la zona del Biobío pudiese retomar un camino de paz y progreso.

Durante la década de 1820 la ciudad de Concepción se encuentra en ruinas, según describen viajeros como Basil Hall o Eduard Poeppig. Según Hall, cuadras enteras habían sido quemadas y reducidas a escombros; para entonces, se hallaba casi deshabitada. Lo anterior no puede sorprender, si se considera que cambió de manos unas diez veces, entre 1813 y 1821. Un episodio menos conocido, durante los aciagos días de la llamada Guerra a Muerte, es la terrible hambruna que asoló a la Región y que causó una alta mortandad: más de 700 personas solo en las doctrinas de Talcamávida y de Rere, según el cura de esta localidad. Estos hechos contribuyeron a la caída del gobierno de O’Higgins, el cual, agotado por el esfuerzo de la Expedición Libertadora y la campaña de Valdivia, no pudo asistir a su región natal.

Digamos, al concluir esta parte, que la población del actual Biobío, dividida entre la adhesión al rey o a la patria, combatió con

ardor y fue víctima, en su vida y haciendas, de los horrores de la guerra. Muchos emigraron sin retorno. El territorio fue desolado, como consecuencia trágica de haber sido escenario de la emancipación: en sus tierras se pelearon decenas de combates y en la Plaza de Armas de Concepción se proclama la Independencia de Chile. Oriundos de la zona sur fueron muchos combatientes. Ya con el país pacificado y desde la capital, los mismos oficiales sureños -O'Higgins, Prieto, Freire y Bulnes- aportarían a la organización de la República.

LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO EN LA REGIÓN

La abdicación de Bernardo O'Higgins, en enero de 1823, puso fin a la Independencia y, según la periodización tradicional, dio inicio a la llamada "anarquía" (1823-1830), también llamada época de los ensayos constitucionales. En el sur, tuvo lugar la Guerra a Muerte, época violenta a la que nos hemos referido. En el centro del país, en tanto, se inició un complejo proceso de ensayo y error, que incluyó proyectos constitucionales, asambleas, congresos y múltiples gobiernos, que no lograron afirmarse. Una cruel guerra civil, en 1829-1830, determina la derrota de los pipiolo o liberales, dando lugar a la instauración de un régimen conservador, que se consolida con la Constitución Política de 1833. No hay espacio para referirnos a estos sucesos, pero sí nos interesa comentar los eventos de la Provincia de Concepción.

Los seis años del gobierno de O'Higgins, quien asumió en febrero de 1817, fueron muy duros para Concepción; el primero coincidió con la Campaña del Sur, que incluyó combates en el centro de la ciudad y el malogrado asalto a Talcahuano, entre otros eventos lucuosos. Luego de la batalla de Maipú, que liberó el centro del país, la guerra siguió muy dura en el sur, como sabemos, con las tropelías de Vicente Benavides y de varios otros grupos guerrilleros realistas. Los indígenas protagonizaron muchos hechos de armas, además, lo que contribuyó a agravar la situación militar. Pero también fue una época compleja desde el punto de vista económico y social.

La guerra asoló los campos y destruyó las cosechas, provocando una grave hambruna, en 1822, que causó cientos de muertos. El entonces intendente Ramón Freire desesperaba ante la incapacidad de ayudar a los habitantes de la provincia, frente a tantas carencias. Muchos culpaban a la gestión de gobierno de O'Higgins, orientada a la preparación de la Escuadra Libertadora, con los pocos recursos



"La abdicación de O'Higgins", por Manuel Antonio Caro, 1875. Museo Histórico Nacional.

del Estado, del abandono del sur. En especial al ministro José Antonio Rodríguez Aldea, sobre quien pesaban, además, acusaciones de peculado. Cuando el gobierno intentó aprobar una nueva Constitución, en 1822, la cual, entre otras cosas, dividía el territorio de las antiguas provincias y las organizaba en departamentos, la gota que amenazaba rebalsar el vaso se derramó.

El intendente Ramón Freire, quien era también comandante del ejército del sur, convocó a una asamblea a los representantes de la provincia, la que tuvo lugar en Concepción, el 9 de diciembre de 1822. Ante ellos renunció a sus cargos, siendo luego ratificado en ambos por la asamblea. Lo anterior significaba que su mandante no era ya el director supremo, sino que el pueblo de la provincia; y su mandato era marchar a Santiago a establecer el gobierno "representativo" de las tres provincias, así como resolver las cuitas y abusos que afectaban a la provincia sureña. Este evento, que fue seguido luego por la asamblea organizada en la provincia norteña de Coquimbo, precipitó la caída del Libertador, en enero siguiente.

Durante el resto de la década se sucedieron múltiples gobiernos; al menos en cuatro ocasiones, fueron presididos por Ramón Freire, como director supremo. Su espada, además, liberó Chiloé, en 1826, incorporando ese territorio insular a la república. Fue un destacado líder del sector pipiolo, junto a otros sureños como Juan Castellón, Domingo Binimelis o Félix Antonio Vásquez de Novoa.

En estos años, las Asambleas fueron actores fundamentales, en especial las de Santiago, Coquimbo y Concepción. Como en otra parte hemos escrito, “en 1822, una asamblea fraguó la caída del Libertador y rompió la lógica de intendentes designados; Chile, en 1824, fue virtualmente confederal por la acción de las asambleas; recién en 1826, con las leyes federales, obtuvieron sanción legal; en 1828 son consagradas constitucionalmente en la Carta de ese año y se implementan con muchas dificultades. Son suprimidas en la Constitución de 1833, juntamente con la autonomía municipal y la imposición de intendentes designados”.

Entre 1822 y 1833 hubo cinco Asambleas Provinciales en Concepción. Con todo, este cuerpo político, contrario a lo que pudiera pensarse, no fue promotor del federalismo, ni menos del separatismo. La condición de escenario de la guerra, el desdoblamiento y la destrucción económica hacían inviable sostener un gobierno autónomo.

Así se llegó a la Revolución de 1829. Se trató de un enfrentamiento entre dos facciones de la élite, que al elemento ideológico sumaron también el factor regional. Por un lado, estuvieron los liberales o pipiols agrupados en torno a la figura de Ramón Freire, facción que promovía la reducción del poder de la Iglesia mediante la secularización de las órdenes religiosas y la introducción de la tolerancia religiosa, insistiendo, además, en la abolición de los privilegios coloniales. Se les contraponían los pelucones, muchos de cuyos representantes más conspicuos eran también hombres del sur.

El conflicto se originó a raíz de la elección presidencial de 1829 en la que fue electo el liberal Francisco Antonio Pinto (1785-1858). La elección de vicepresidente fue el punto de quiebre, pues el Congreso, de mayoría pipiola, eligió como vicepresidente a José Joaquín Vicuña Larraín, quien obtuvo la cuarta mayoría. Los pelucones consideraron que la elección estaba viciada y que se había violado abiertamente la Constitución. La Asamblea de Concepción declaró que negaba la obediencia al Presidente y al Vicepresidente, elegidos de esa forma irregular y que consideraba nulos los actos emanados del mismo Congreso. Maule y Chillán adhirieron a Concepción.

La asamblea penquista, de mayoría pelucona, nombró Intendente al general Joaquín Prieto y comandante general de armas al general Manuel Bulnes. La guerra civil culminó con el triunfo de los conservadores en la Batalla de Lircay, el 17 de abril de 1830, que puso fin a la sucesión de gobiernos, apagando, dice Fernando Campos, “los últimos rescoldos del antiguo pipiolismo penquista y

Concepción vuelve al conservantismo, dirigido desde la Presidencia de la República por dos de los suyos: Prieto y Bulnes (1831-1851)”.

En la primera década de la emancipación, dominó la escena sureña el clan de los Urrutia, en el que participaban Juan Martínez de Rozas y el mismo O’Higgins. En alianza con los Larraínes de Santiago, hicieron avanzar la revolución. En la segunda década, es la familia Serrano, otra agrupación penquista la que liderará el proceso. Fue perdiendo relevancia, por varias razones, como su cercanía con los Carrera, ejecutados a principios de la década. A diferencia de otras familias penquistas, además, no pasaron a las lides nacionales, solo fueron diputados en las asambleas provinciales. El avance de los pelucones y su derrota en Lircay selló su destino. Ramón Freire sufriría largos destierros.

Las dos décadas siguientes estarían marcadas por el predominio nacional de la agrupación penquista de los Prieto, que aportaría al país dos presidentes, Joaquín Prieto Vial (1831-1841) y Manuel Bulnes Prieto (1841-1851), así como muchos otros tribunos, entre ministros, jueces y parlamentarios. Desde la capital, aunque sin perder sus nexos provinciales, contribuirían a formar una elite nacional, que fue una dimensión fundamental de la construcción social de la nación.

En las primeras décadas republicanas el extenso territorio provincial, que se extendía desde el río Maule hasta la Frontera, fue cercenado, a medida que el Estado central se desplegaba, con el surgimiento de nuevas provincias. Durante la Independencia, se mantienen las provincias coloniales. Es así en el Reglamento Constitucional de 1812 y en la Constitución de 1818. Aparece insinuada, en esta Carta, la capitalidad de Santiago sobre su provincia y el país entero. A la ciudad de Concepción le correspondió encabezar la pro-



Joaquín Prieto Vial y Manuel Bulnes Prieto, biobenses, presidentes de Chile.

vincia homónima, por su condición de sede de la intendencia y por su histórica función de centro político, militar y administrativo de la región sur.

La Carta de 1822 abole las intendencias y las sustituye por departamentos, siguiendo la influencia francesa (artículo 142). El texto nunca llegó a regir por la fuerte oposición de las provincias. El intento de aplicar un régimen federal en Chile incluyó la aprobación, por ley del 30 de agosto de 1826, de una división de la república en ocho provincias. En ésta se asigna a Concepción todo el territorio comprendido a partir de los ríos Itata y Ñuble por el norte, hasta los deslindes que entonces se reconocían a la provincia de Valdivia. La provincia de Concepción incluía, entonces, los departamentos de Chillán, Bulnes, Yungay, Arauco, La Laja, Malleco y Cautín, tocando parte de la actual Decimoquinta Región. Estaba a cargo de un intendente, de quien dependían los gobernadores de los departamentos, los que a su vez se dividían en distritos. Así, los antiguos corregimientos -y luego partidos- de la estructura político-administrativa española, pasan a ejercer su influencia en la incipiente república.

A fin de dar cuenta del desarrollo del comercio, la actividad agropecuaria y del aumento de la población, que genera necesidades administrativas, se crea por ley del 2 febrero de 1848, la provincia de Ñuble. Para ello se segrega a Concepción los territorios comprendidos entre los ríos Itata y Ñuble. Con el mismo fin, pero también con la intención de aumentar el control político sobre la zona que había encabezado la revolución de 1851, se crea en 1852, por leyes de 2 de julio y de 7 de diciembre del mismo año, la provincia de Arauco, sobre la base de los territorios al sur de los ríos Laja y Biobío; la capital de esta provincia fue la ciudad de Los Ángeles. Su territorio abarca desde los ríos ya mencionados, hasta el Toltén por el sur.

En octubre de 1875 se crea la provincia de Bío-Bío con capital en Los Ángeles y, al mismo tiempo, se modifica la de Arauco. De esta última provincia pasa a formar parte el territorio de colonización de Angol. Por ley de 12 de marzo de 1887 se crean las provincias de Malleco y Cautín, segregando parte de los territorios de las provincias de Bío-Bío y Arauco. Así se van constituyendo los territorios administrativos de las actuales regiones del Biobío y La Araucanía. De esta manera, el Estado se va desplegando, instalando su red de funcionarios -intendentes, jueces, policías, etc.-, en la medida que se desarrolla, al mismo tiempo, una red de caminos, la economía y, en otro plano, una identidad y cultura de alcance nacional.



“Bosquejo de un Mapa de Araucanía”, 1845.

Algo similar puede decirse de los municipios. Estos son herederos de una antigua tradición, que se remonta a los cabildos coloniales. Fueron establecidos en las primeras ciudades, como Santiago, La Serena y Concepción, según dijimos, con una jurisdicción que se extendía a un amplio territorio. Representaban una forma de poder radial, con la ciudad por epicentro y expresaban no solo poder político, sino también económico y social, en virtud de las redes familiares y comerciales de los vecinos principales que los integraban. En una época en que el Estado era pequeño y tenía escasa presencia y penetración territorial, su poder material y simbólico era muy alto.

Recordemos, en efecto, que fueron capaces, en ocasiones de nominar y remover gobernadores, como ocurrió justamente en Concepción, con la deposición del gobernador Antonio de Acuña y Cabrera, en 1655, con ocasión de la sublevación indígena de ese año, al grito de ¡Viva el Rey!; Muera el mal gobernador! Aunque rechazada su remoción por el Cabildo de Santiago y la Real Audiencia, sería finalmente concretada por el virrey del Perú.

Hacia fines del periodo colonial, en particular con las reformas borbónicas, fueron perdiendo poder y prestigio. Lo recuperan desde los años previos a la Independencia, por su condición de espacio de deliberación política colegiada de los criollos. El cabildo de Santiago,

en efecto, asume el liderazgo del proceso que conduce a la formación de la Primera Junta Nacional de Gobierno. El de Concepción, aunque representa a una provincia fuerte, decide operar en alianza con la capital, por razones que en otra parte hemos señalado; pero a través de tribunos como Juan Martínez de Rozas, participan del proceso nacional. Declarada la Independencia, el gobierno central procura despolitizar a los cabildos y retornarlos a sus funciones urbanas.

Se consigue a partir del régimen conservador, que se instala con la Constitución de 1833. Desde entonces los cabildos sufrieron una erosión de sus atribuciones, durante el siglo XIX. Esta refleja la tensión larvada -y a veces violenta- entre las elites locales y la expansión burocrática del Estado central, que lesionaba su poder y prestigio. Hasta 1890, los intendentes presidían las sesiones del cabildo. A partir de aquel año se estableció la elección directa de tres alcaldes por comuna y, al año siguiente, la Ley Orgánica de Municipalidades dispuso que cada cabildo se constituyera con nueve miembros, tres de ellos alcaldes y el resto, regidores. Se restituyó, recién entonces, la antigua importancia de los municipios, lo que fue reafirmado con la ley de Elecciones de 1914, que redujo el número de alcaldes a uno por comuna. Aunque se estima un intento fallido de dar autonomía administrativa y financiera a los municipios, significó un avance hacia la restauración del poder local.



Edificio de los Tribunales de Justicia, frente a la Plaza Independencia, de Concepción, en 1879.

Con los años, los municipios han ido asumiendo nuevas tareas, adquiriendo una relevancia cada vez mayor en la vida cotidiana de las personas. Hasta 2017, año de creación de la Región de Ñuble, el territorio del Biobío se estructuraba en 54 comunas, que ahora se redujeron a 33. En las últimas dos décadas, han surgido varias nuevas. Es el caso de Alto Biobío, en la provincia de Biobío, que se separó de Santa Bárbara en 2004. El proceso de metropolización del Gran Concepción, por su parte, dio origen a las comunas de San Pedro de la Paz (1995), Chiguayante (1996) y Hualpén (2004), todas las cuales han tenido un interesante desarrollo.

Ya reseñamos los orígenes del Arzobispado de Concepción, cuyo desmembramiento dio origen a numerosas diócesis del sur de Chile. En esa lógica, otra institución señera es la Corte de Apelaciones de Concepción, surgida en 1845 e instalada en 1849, en forma simultánea con su par de La Serena. Su importancia excede su mera función jurisdiccional en relación a contiendas privadas. Aportó a la resolución de conflictos surgidos por el avance del Estado hacia la Araucanía y a la consolidación de la propiedad raíz. La Frontera, en efecto, comenzaba a requerir, en virtud de un fuerte proceso de inmigración espontánea, sumado a la inmigración europea y la expansión posterior de los terrenos agrícolas, de mayor apoyo jurisdiccional. Se produjeron numerosos litigios de tierras, que requerían peritos, agrimensores y de un tribunal superior que dirimiera las contiendas.

Por estas consideraciones, se instala la Corte de Apelaciones de Concepción, con jurisdicción sobre un vastísimo territorio, que comprendía desde el río Maule al norte, hasta la provincia de Chiloé, inclusive. Leyes posteriores fueron disminuyendo el territorio jurisdiccional de la Corte. Así, la de fecha 28 de julio de 1888, que creó la Corte de Apelaciones de Talca, entregó a este tribunal las provincias de Talca, Linares, Maule y Ñuble, que hasta entonces correspondían a la jurisdicción de la de Concepción.

La ley de 14 de julio de 1891 creó la Corte de Apelaciones de Valdivia, pero no tuvo aplicación, pues fue promulgada por el gobierno del presidente José Manuel Balmaceda, en los días de la guerra civil. Debieron pasar quince años hasta su establecimiento definitivo, con el territorio jurisdiccional de las provincias de Cautín, Valdivia, Llanquihue y Chiloé, reduciéndose nuevamente la jurisdicción del tribunal de Apelaciones de Concepción. En 1925 se creó la Corte de Apelaciones de Temuco, fijándosele como territorio jurisdiccional las provincias de Malleco y Cautín. La creación de la Corte de Ape-

laciones de Chillán, en 1936, significó asignarle jurisdicción sobre la provincia de Ñuble.

Actualmente, la Corte de Apelaciones de Concepción está compuesta por diecinueve ministros. Ejerce sus atribuciones directivas, económicas y correccionales sobre cuarenta y cinco tribunales de las provincias de Concepción, Biobío y Arauco, entre juzgados civiles, de letras, de garantía, de letras del trabajo, de cobranza previsional y laboral, de familia y de juicio oral en lo penal.

LAS REVOLUCIONES LIBERALES-REGIONALES DE 1851 Y 1859

El triunfo conservador, obtenido con las armas en la batalla de Lircay, se institucionalizó con la Constitución de 1833. Esta mantuvo la división en provincias, a cargo de un intendente, de designación y remoción directa por el presidente de la república. El intendente, en las ciudades principales, presidía el cabildo, de manera que, en la práctica, el gobierno central ejercía un gran poder sobre los territorios. En los años siguientes, ese poder se fue consolidando, en lo formal, con la dictación de una ley de régimen interior (1844) y una ley de municipalidades (1854); a lo que se sumó el despliegue de la administración, en diversos ramos.

En lo sustantivo, con los años se fue configurando una sociedad nacional, en sus diversas dimensiones. Se organizó una Oficina de Estadísticas, se levantaron planos y varios científicos, como Ignacio Domeyko, Amadeo Pissis o Claudio Gay, recorrieron el territorio, inventariando sus recursos. Se construyeron puertos y caminos; luego seguidos de telégrafos y ferrocarriles. Desde el centro y con mucha inversión extranjera, se formó una economía nacional, que impulsó la minería, la modernización de la agricultura y diversas obras públicas. La migración extranjera, aunque no muy abundante, pero sí constante, influyó en la modernización social y económica. La educación pública, las fiestas, símbolos y ritos republicanos y, en buena medida, las guerras del siglo, en especial la sostenida contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839) y la Guerra del Pacífico (1879-1884), contribuyeron a fortalecer una identidad nacional fuerte.

La provincia de Concepción no fue ajena a estos procesos. Su territorio fue explorado por científicos como Eduard Poeppig, Pissis y el mismo Gay, que recorrió ampliamente la Araucanía, dejando bellas láminas y muchos datos. Se construyó el camino del puerto

de Tomé hacia el interior, que permitió conducir el trigo y los vinos de Concepción y del Ñuble hacia el norte. En Lirquén, Puchacay y Tomé se instalaron molinos, con tecnología y capitales extranjeros, que anunciaban una incipiente industrialización. Pronto llegaría la era del carbón y el vapor. A pesar de la enorme destrucción y rezago que causó el terremoto de 20 de febrero de 1835, llamado “La Ruina”, la agricultura del trigo tuvo un gran desarrollo en la década de 1840 y 1850.

En estas primeras décadas republicanas se reconstituye Penco como villa y Tomé alcanza también ese estatus, hasta devenir capital del departamento de Coelemu, en 1850. Hacia el sur, según veremos, impulsados por el carbón, se conforman Lota y Coronel, seguidos más tarde de Carampangue, Curanilahue y Lebu, fundado en 1862. La riqueza del trigo alcanza a la antigua Florida y a Rere, la antigua Estancia del Rey, que, de la mano del trigo, llegó a formar un banco comercial.

En la ciudad de Concepción se observan también señales de modernidad y progreso. En 1823 nacen dos instituciones importantes: el Cementerio General, situado en extramuros, por razones higiénicas; y el Instituto Literario, precursor del Liceo de Hombres de Concepción, el cual se encuentra asociado al surgimiento de la prensa en la ciudad. Todavía no era el tiempo de los partidos políticos y los conservadores gobernaban sin contrapeso, pero poco a poco, siguiendo movimientos nacionales, surgían aires liberales.

En Santiago, en 1842, surgió la Sociedad Literaria y, en 1850, la Sociedad de la Igualdad. En el primer año se funda la Universidad de Chile, que tendría una dinámica proyección sobre la cultura y la educación chilena, más allá de su rol de formación profesional. Los movimientos políticos europeos, en particular la Revolución de 1848, en Francia, tuvieron fuerte influencia sobre la juventud de elite. Hacia fines del gobierno de Manuel Bulnes, ya se organizaba una creciente oposición al gobierno central. Se alimentaba del ascendente liberalismo político, pero sobre todo de la resistencia de las elites regionales al Gobierno central que se desplegaba, afectando los fueros de los cabildos, así como la autonomía propia de las provincias.

A la provincia de Concepción, de alta prosapia colonial, protagonista de la Independencia y cuyos militares y tribunos figuraban entre los organizadores de la república, esta *capitis deminutio* le parecía especialmente insufrible. Frente a la elección presidencial de 1851 y la intención de imponer la candidatura del conservador Manuel



José María de la Cruz (1799-1875). Intendente de Concepción en 1849, general de ejército, líder revolucionario en 1851.

Óleo de Manuel Gil de Castro. Pinacoteca de la Universidad de Concepción.

Montt, la provincia levantó el nombre del general José María de la Cruz, a la sazón intendente conservador de la misma, pero que contaba con un amplio apoyo, incluso en la Frontera, a la que se sumaron los liberales santiaguinos.

En la elección, realizada de manera indirecta, como indicaba la Carta de 1833, resultó ampliamente vencedor Manuel Montt. Si bien de la Cruz obtuvo todos los votos de la provincia, reclamó fraude y el sur, precedido por un motín liberal, se levantó en armas. Formó un ejército de cuatro mil hombres, que incluyó a partidarios liberales, tropas sublevadas, montoneros, soldados veteranos e, incluso, guerreros mapuches ligados al cacique Mañil y a Colipí, cercano a de la Cruz. Hubo hechos de armas en la capital y en La Serena, pero la mayor parte de la campaña se peleó en el sur. Manuel Bulnes dejó la presidencia y se puso al frente de las tropas de gobierno, para enfrentar a de la Cruz, quien era su primo. En Loncomilla tuvo lugar la derrota final de los revolucionarios, tras lo cual se firmó la capitulación de Purapel.

La derrota significó el fin de las aspiraciones de autonomía y participación de la provincia del sur en el gobierno nacional. Se acababa el Chile tricéntrico, multipolar, del pasado, que tan necesario resultaba para la construcción de un país equilibrado, en sana competencia por el desarrollo regional y del conjunto del país. Fue el “extravío histórico chileno”, que denuncia Guillermo Fernández S. Para Concepción, llegó el tiempo de dedicarse a su progreso co-

mercial y urbano, abrazando los ideales liberales, vinculados a la masonería y el radicalismo, que desde entonces encontrarían en la región fuerte eco. Con todo, no significó la desaparición de escena de los políticos y prohombres locales, que siguieron participando en la política nacional, pero ahora en alianza con los nacientes partidos y agrupaciones nacionales.

La década de 1850 fue una de progreso, en virtud del auge minero, la agricultura y la navegación. El Estado central continuó desplegándose, en tanto que la sociedad se modernizaba, con la expansión de la educación pública, la prensa y el crecimiento de las ciudades. La oposición al gobierno conservador se hacía más dura y los nubarrones de la guerra civil se hacían más negros, a medida que se acercaba el fin del gobierno de Manuel Montt. La revolución estalla violenta en 1859, impulsada por los mineros del norte, como Manuel Antonio Matta y Pedro León Gallo. Un alzamiento en Copiapó y San Felipe pronto se extiende a Valparaíso y a las ciudades del sur, Talca, Chillán y Concepción. La rebelión pronto es sofocada, salvo en Atacama, donde solo se resolverá tras graves combates.

Si bien al final el gobierno central logra imponerse, derrotando a los liberales alzados y a las provincias, la contienda tendrá consecuencias permanentes. Montt desistirá de imponer a su ministro Antonio Varas, optando por José Joaquín Pérez, un liberal moderado, quien asumirá la presidencia en 1861. Bajo su mandato se inicia el llamado periodo liberal, que conducirá últimamente a la conformación de la democracia chilena, andando el tiempo.

En el sur y la Frontera, el fracaso de la revolución es seguido por acciones represivas y de control político por el gobierno. Varios líderes y combatientes se ocultan al sur del Biobío. Aprovechando la ausencia de las tropas y por sus propias cuitas, grupos mapuches asedian las haciendas ubicadas allende el gran río y la zona de Negrete y la Alta Frontera, provocando grandes estragos. La violencia se prolonga por años, más allá del conflicto que le sirvió de origen. La reacción del gobierno central se traduce en una campaña militar de pacificación y castigo. Con ocasión de esta se realizan exploraciones y se funda Mulchén, en 1851 y Lebu, al año siguiente, a fin de formar una línea. Tal es el origen de la primera entrada a la Frontera, en 1862 y de la llamada “Pacificación de la Araucanía”. Pasarán todavía dos décadas antes que ese controvertido proceso pueda completarse.

BOLETIN DE NOTICIAS.



Concepcion, noviembre 22 a las ocho de la noche.

Acaba de llegar un expreso de Chillan que conduce el parte circunstanciado de la accion del 19, de que ya el público tiene conocimiento, y que se insertará en el próximo Boletin.

Con el fin de satifacer la ansiedad pública extractamos las siguientes noticias.

El Ejército Búlnes se refujió en la plaza de Chillan Nuevo despues de la derrota del dia 19.

Se asegura que el número de sus muertos no baja de 80 y el de sus heridos de 60 y tantos. Los prisioneros, dispersos y pasados llegan a 300.

Nuestra pérdida consiste en un oficial y siete soldados muertos, y dos oficiales y catorce soldados heridos.

El Jeneral Búlnes rehusa presentar batalla al Ejército Restaurador que lo amaga por todas partes.

El entusiasmo y valor de nuestro Ejército ha sido sin igual. S. E. el Jefe Supremo ha conferido varios grados en el campo de batalla.

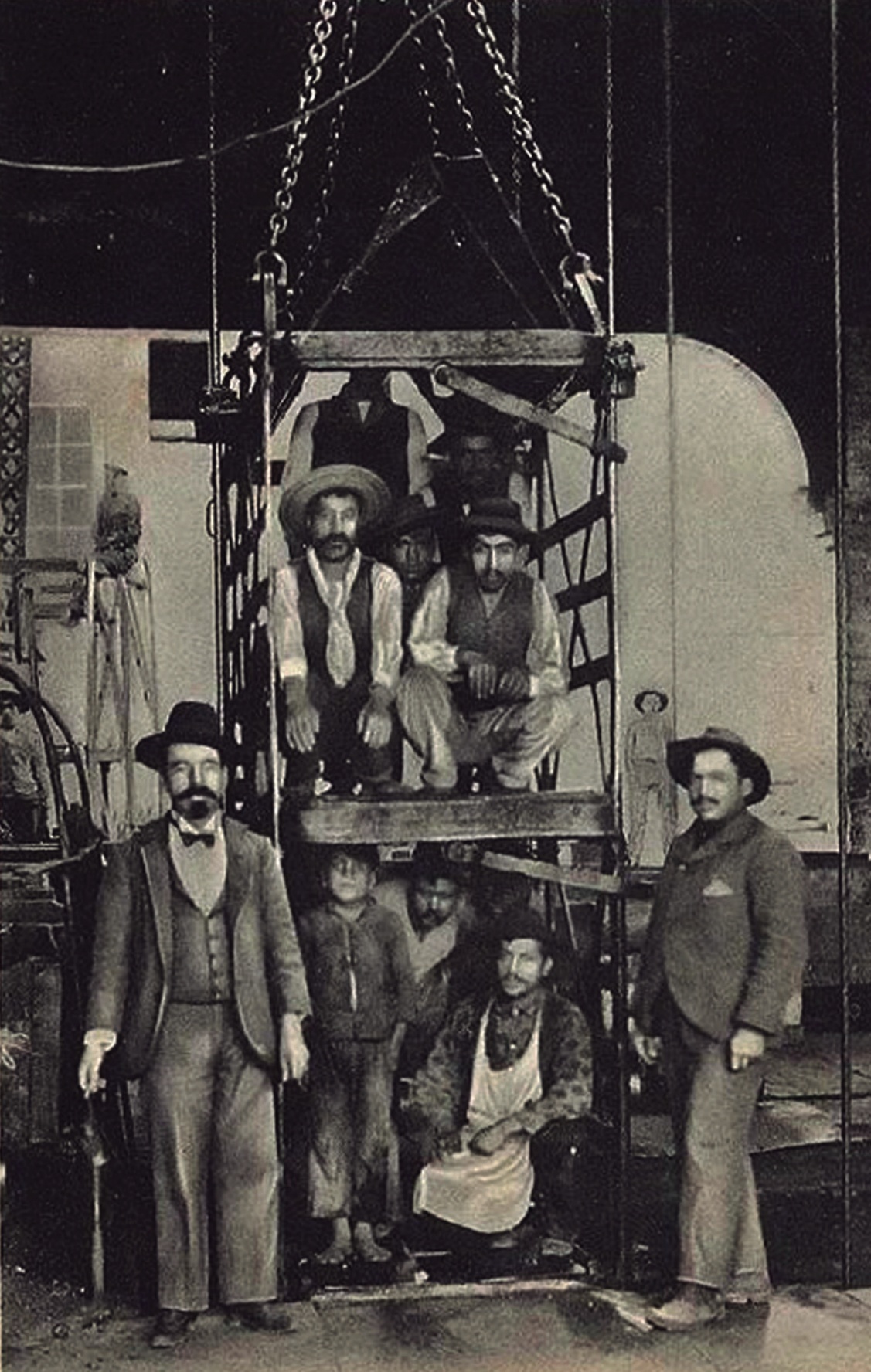
Entre las tropas que se han pasado a nuestras filas se cuentan algunos soldados del *Buin*, de Cazadores y Granaderos.

CAPITULO DE CARTA.

“El valor y serenidad del Jeneral Cruz ha sorprendido a todos. No abandonó un instante la primera fila del Ejército, apesar del vivo fuego de la infanteria y artillería enemiga. Costó mucho impedir que cargase personalmente, sable en mano, a un cuadro de caballeria compuesto de lo mas florido de las tropas enemigas.”

Imprenta del Correo del Sur.

Boletín del ejército revolucionario, dando cuenta de la batalla de Monte de Urra, de 19 de noviembre de 1851.



TIEMPOS DE CAMBIO, 1860 -1900

EL TRIGO Y LA PRIMERA INDUSTRIALIZACIÓN * EL CARBÓN, UNA EPOPEYA DE 150 AÑOS * UNA REGIÓN OCEÁNICA * *¡AHÍ VIENE EL TREN...!* * LA MODERNIZACIÓN LIBERAL Y LOS CONFLICTOS DOCTRINARIOS * LA EDUCACIÓN EN EL SIGLO XIX * LA PRENSA Y EL DESARROLLO CULTURAL

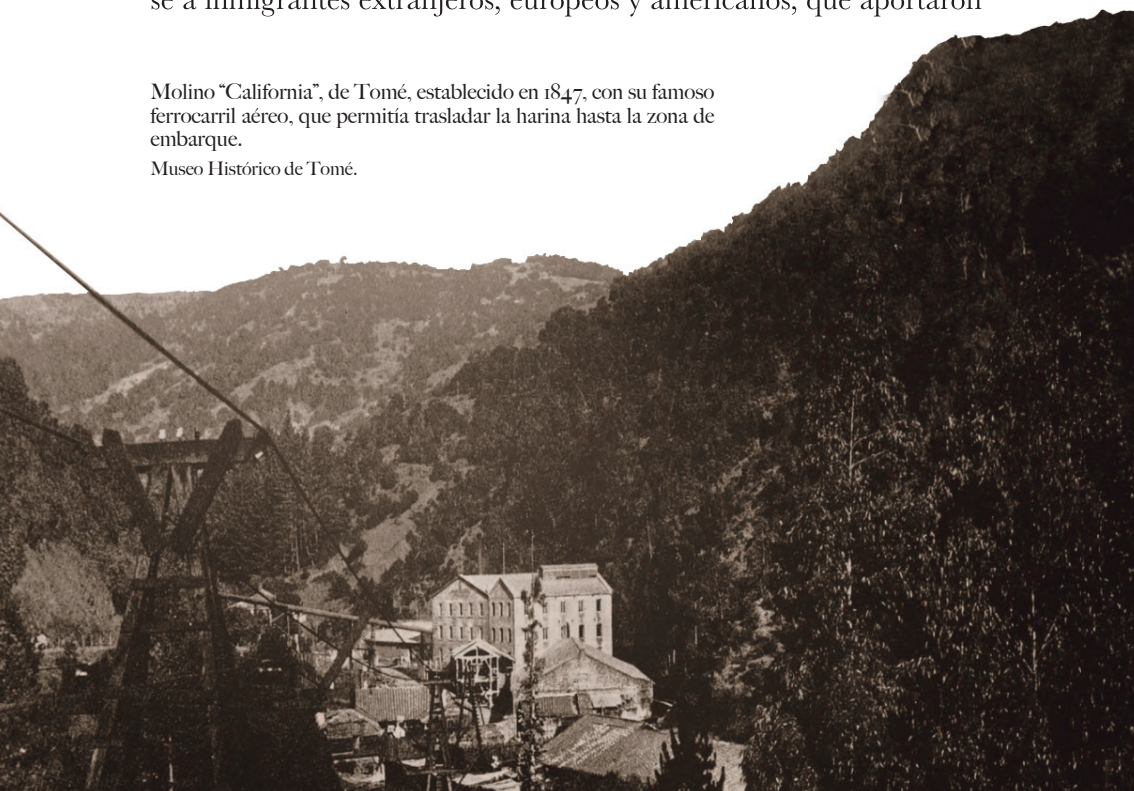
EL TRIGO Y LA PRIMERA INDUSTRIALIZACIÓN

El trigo y la harina tenían una profunda tradición colonial, en la zona de Concepción, herencia de la fuerte presencia de las gramíneas en la dieta hispana, reflejada en plantaciones y molinos. Durante esos siglos la exportación de granos fue uno de los rubros principales, en especial hacia el mercado peruano, aunque subordinada a la producción de Chile Central. En el siglo XIX comienza a vivirse un gran auge, apenas superada la contingencia de las guerras de la Independencia y las violencias subsecuentes, así como el grave traspié que representó el gran terremoto de 1835, llamado “La Ruina”.

Las primeras gestiones -y también las principales- deben asociarse a inmigrantes extranjeros, europeos y americanos, que aportaron

Molino “California”, de Tomé, establecido en 1847, con su famoso ferrocarril aéreo, que permitía trasladar la harina hasta la zona de embarque.

Museo Histórico de Tomé.



ingenio, capitales, así como redes de comercialización. El conocido Molino de Puchacay, establecido en 1829 en las cercanías de Concepción, que retrató el naturalista Claudio Gay, fue obra del empresario sueco Olof Liljevalch. En sociedad con el inglés Enrique Burdon levantaron una empresa que llevó su producción a mercados nacionales y extranjeros. Tomás Kingston Sanders construyó el molino Caracol, Tomás Walford el de Lirquén y Roberto Cunningham el de Landa. En 1835, el norteamericano Guillermo Gibson Délano, levantó el Molino Bellavista, en Tomé, dando origen a la tradición industrial y exportadora de esa ciudad puerto; y así muchos otros. La labor de los pioneros del trigo ha sido bien estudiada por Leonardo Mazzei.

En las décadas siguientes, los molinos de Penco, Lirquén, Tomé y el interior impulsaron un desarrollo agrícola que trajo gran riqueza. Por el último puerto, especialmente, salió el grano rumbo a los mercados del centro y del norte de país, en tiempos de la expansión minera en esta zona; entre 1846 y 1855 se embarcó desde allí el 67% de las exportaciones de harina nacional a California y otros destinos, superando a Valparaíso, según Arnold Bauer. Fenómenos como el crecimiento de la población mundial y otros más puntuales, como el hallazgo de oro en California y Australia, que produjo sendas “fiebres”, estimuló la producción y explicó precios altísimos, aunque por tiempos relativamente breves. El molino “California”, de Tomé, que instalaron José Francisco Urrejola y el norteamericano Moisés W. Hawes, y el sector de la ciudad que conserva ese nombre, es un legado modesto de esos años de esplendor.

La demanda ingente de trigo llevó a la expansión de la frontera agrícola hacia la llamada Alta Frontera, de Los Ángeles al sur y la actual Araucanía. El trigo bajaba por el Biobío en pequeños vapores y lanchas, desde Nacimiento a Concepción; carretas lo conducían luego a las bodegas de Talcahuano y de Penco. Ya se insinuaba la necesidad del ferrocarril, para integrar la producción a los mercados del centro del país, lo que se concreta en 1876, con la llegada del tren a Angol.

Los nuevos cultivos llevaron al despeje de bosques y se relacionan con el primer avance hacia la Araucanía; en 1861 es fundado Mulchén y, en 1862, la ciudad puerto de Lebu. Este primer auge tuvo luces y sombras, entre las que deben considerarse la ocupación de las tierras indígenas y el daño ecológico que la sobreexplotación produjo sobre los suelos, cuyos estragos todavía son visibles en algunos lugares.

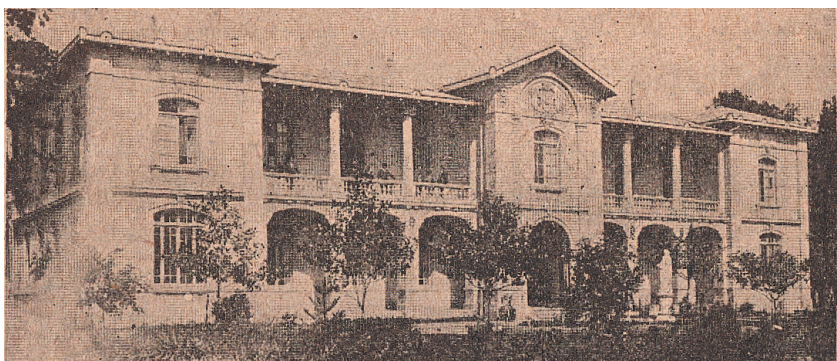


“Molino de Puchacay”. Claudio Gay, *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, París, 1854.

Hay que comprender que un gran molino aportaba más que un mero emprendimiento industrial: era un establecimiento de crédito, que financiaba la producción agrícola y movilizaba el transporte y el comercio; las cosechas se vendían en verde y los vales del trigo circulaban como moneda de cambio. Los empresarios molineros formaron asociaciones para negociar precios y fletes, tanto con los productores como con los mercados de destino. Para Mazzei, fueron de las primeras agrupaciones empresariales que se establecieron en Chile republicano. El uso temprano del vapor como fuente de energía, en varios casos, es también valorable como un avance tecnológico. Los agricultores, por su parte, igualmente se organizaron, con la intención de instalar sus propios molinos y bodegas y buscar otros mercados. Fueron, en cambio, más lentos para incorporar maquinaria, como trilladoras, generándose un rezago productivo.

A la época de bonanza le siguió una crisis, que luego dio paso al auge otra vez, con la apertura del mercado inglés y del peruano. El desarrollo de la minería del carbón y el salitre empujaron el nuevo ciclo de crecimiento. Hacia fines del siglo la industria cerealera regional mostraba fuertes señales de decadencia, por la entrada de otros productores, como Argentina. Para 1920, el trigo representaba solo un 40% de las exportaciones por Talcahuano y, en 1928, un 12%; pronto devino en puerto importador de trigo, según consigna Hilario Hernández. Era el fin de un ciclo notable de expansión agrícola regional.

Se señala esta época como de insuficiente, o más bien tardía modernización agrícola. Dos iniciativas valiosas, para enmendar estas



Escuela Agrícola de Concepción, inaugurada en 1887, que fue también un gran paseo de la ciudad.

carencias, fueron la creación de la Escuela Práctica de Agricultura, en Concepción, en 1887, en una quinta de 59 hectáreas en el camino a Puchacay, actual ubicación de la Universidad del Bío-Bío. Su propósito era “formar trabajadores idóneos en todas las operaciones de una explotación agrícola”. En 1881, asimismo, los hacendados de Concepción formaron la Sociedad Agrícola del Sur, dedicada a favorecer ensayos de cultivos, aumentar la producción y facilitar a los socios la adquisición de abonos, instrumentos, semillas y animales, entre otros fines.

La falta de diversificación también es criticada, por la excesiva concentración en el trigo, que agotaba las tierras. No puede omitirse, no obstante, que tuvo siempre fuerte presencia el cultivo de las viñas, que tenía profundas raíces coloniales. Aunque se exportó poco, la producción salía abundante por los puertos de Tomé y Talcahuano rumbo a los mercados del centro y del norte. Los departamentos de Rere y Puchacay, con unos diez millones de plantas de viña cada uno fueron, hacia 1860, los de mayor producción vitivinícola en Chile. De nuevo la falta de modernización y el minifundio conspiraron contra su desarrollo en el siglo XX.

Los buenos años de la economía agraria llevaron a la fundación de los primeros bancos en la Región. Primero el Banco Chileno Ga-



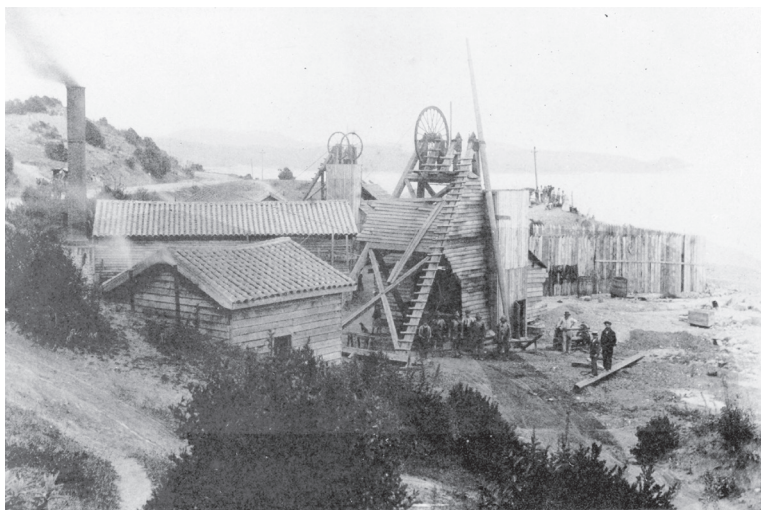
Billete de un peso del Banco de Concepción, con la imagen de Aníbal Pinto Garmendia, quien fuera intendente de Concepción y presidente de Chile (1876-1881). Fue impreso por el American Bank Note Company, de Nueva York.

rantizador de Valores del Sur, en 1869, con un capital de 500 mil pesos; también se recuerda el Banco de Ñuble establecido en 1886 y el Banco de Rere, tres años después, que no llegó a operar. El más destacado fue el Banco de Concepción, establecido en 1871, con un capital de un millón, dividido en 2.000 acciones de 500 pesos cada una. Tuvo una larga trayectoria, financiando la agricultura e importantes proyectos regionales; su desaparición, o más bien su absorción por bancos nacionales, fue muy lamentada. Sus bellos billetes quedan como testigos de una economía más regionalizada.

EL CARBÓN, UNA EPOPEYA DE 150 AÑOS

El carbón de piedra es sustancia conocida desde tiempos ancestrales, aunque no hay mayores registros de su uso prehispánico. El primer testimonio se debe justamente al poeta-soldado Alonso de Ercilla, quien llega a la isla Quiriquina en julio de 1557, acompañando al gobernador García Hurtado de Mendoza. Era invierno y la tormenta arreciaba, por lo que el calor que proveía el carbón fue providencial.

No fue sino hasta bien iniciado el siglo XIX que su explotación alcanzó gran interés comercial, provocando exploraciones, inversiones, desarrollos técnicos y, con los años, grandes transformaciones económicas, sociales y ecológicas. El despliegue de la minería del carbón tiene que ver con la masificación de la navegación a vapor y los ferrocarriles y, en general, la incorporación de esa forma de



"Lota, Mina de Carbón", Vistas de Chile, 1915.

energía en los procesos productivos. Fue el norteamericano William Wheelwright quien primero desarrolló la minería del carbón, en una lógica empresarial. En 1840 estableció la Compañía Inglesa de Vapores, para la navegación en el Pacífico y en conexión con Europa. A fin de proveerse de carbón, vino a Talcahuano, en 1841, donde logró extraer cuatro mil toneladas del mineral, que pudo utilizar con éxito.

Otro nombre importante, en los primeros años del carbón, es el médico escocés John Mackay. Llega a Talcahuano en 1840 y se establece como médico de ciudad. Por sus intereses y conocimientos sobre minerales, adquiridos en Escocia durante los años de la “fiebre del carbón”, inicia una exploración en el sector de Tierras Coloradas, a orillas del río Andalién. Por el mismo río traslada su producción a la costa, para enviarla al Perú, venderla a la Compañía de Vapores, o bien a la fundición de cobre de Lirquén. Una década más tarde, según cuenta en sus *Recuerdos y Apuntes*, inicia una explotación en Coronel, que fue pionera en el desarrollo posterior de la cuenca del carbón. Es que, si bien la explotación carbonífera se asocia a Lota y Coronel, la verdad es que se desarrolló a lo largo de toda la costa, desde Cobquecura a Lebu, siguiendo al manto, que se interna en las profundidades del Golfo de Arauco. En Dichato, Lirquén, Talcahuano y Andalién, así como también en Pilpilco, Curanilahue, Lota y muchas otras localidades, se realizaron actividades extractivas, facilitadas por la cercanía del mar y, luego, por el tendido de líneas férreas.

Fue la cuenca de Lota y Coronel, en todo caso, el epicentro de la actividad carbonífera, durante un siglo y medio. Repasemos su evolución. El territorio que ocupan las actuales comunas señaladas corresponde al espacio histórico del antiguo *Lafkenmapu*, ruta de acceso a los fuertes más avanzados de la Frontera. Por Patagual, Colcura y Chivilingo, en efecto, pasaban las columnas de soldados en camino al fuerte de Arauco o a Tucapel Viejo. En la colina que sigue a Chivilingo tuvo lugar la gran batalla de Marigüeñu, en 1554, en que Lautaro venció a las huestes de Francisco de Villagra.

Lota, sitio de asentamiento indígena, emerge en forma espontánea como pueblo con el surgimiento de la industria del carbón. Luego de las primeras exploraciones y trabajos en las cercanías de Concepción, los esfuerzos se concentran en las vetas más ricas y abundantes que florecen en Lota y se sumergen bajo el Golfo de Arauco. Gracias a la audacia de pioneros, como Mackay, Matías Cousiño y la misma Isidora Goyenechea, pero también al trabajo

sacrificado de miles de obreros, comienza a levantarse una ciudad, cruzada por piques y excavaciones por doquier. El oro negro impulsa una fuerte inmigración de sectores campesinos y mapuches del resto de la región, del norte y sur del país, atraídos por la promesa de una riqueza súbita, o a lo menos de trabajo.

La faena en las minas de carbón empezó en Lota en 1852 y pocos años después en Schwager. Se asocia a la figura de don Matías Cousiño lo que favoreció el acelerado crecimiento del puerto de Coronel, y de las aldeas aledañas. Avanzado el siglo XIX la actividad se industrializa fuertemente, llegan grandes capitales y se aplica tecnología moderna, operada por técnicos extranjeros. Lota se convierte en un significativo enclave industrial, puerto de recalada de los buques que venían de la ruta del Estrecho de Magallanes y, sobre todo, una ciudad importante.

Unos pocos kilómetros al norte, Coronel ha seguido un camino similar y en los sectores de Puchoco y Boca Maule, con los trabajos de Federico Schwager y de Jorge Rojas Miranda, se abren grandes complejos y comienza a urbanizarse la zona. En 1855, entró a escena Federico Schwager, entonces comerciante de Valparaíso, quien con su hijo y otros socios, estructuró una compañía poderosa. En diciembre de 1859, Guillermo Délano y Schwager crearon la Compañía Carbonífera de Puchoco, cuyas explotaciones fueron sectorizadas en Puchoco, a cargo del primero y en Boca Maule, del segundo. De esta forma, el complejo minero de Coronel se conformaba por un amplio número de explotaciones, entre las que destacaban, por sus dimensiones, los establecimientos “Compañía de Carbón de Puchoco”, “Puchoco” y “Boca Maule”.

La producción, sin perjuicio de huelgas y altibajos, fue en constante aumento, de la mano del consumo. Desde 1852, en las dos primeras décadas pasó de 6.438 toneladas a 240.899, en 1872, logrando sobreponerse a una guerra civil, una crisis económica, un alzamiento indígena y la competencia del carbón inglés. En 1902 fue de 322 mil y, en 1941, superó el millón de toneladas.

Los complejos cambios económicos que vivió el mundo occidental desde fines del siglo XVIII, dieron lugar al aumento del consumo de cobre. Chile compitió en el mercado internacional de este metal en volumen de producción y precio. El norte fue un foco mayor de esta explotación, que debió integrarse con Lota, según veremos, cuando se agotaron los bosques de esa región. Acordado su reemplazo por el carbón, fue más rentable mover las fundiciones hacia el sur



Puerto de Coronel, postal coloreada, c. 1910.
Colección Archivo Histórico de Concepción.

carbonífero. Así, la “Compañía Explotadora de Lota y Coronel” se convirtió en la más importante empresa de fundición de cobre del país. El vínculo era productivo y también financiero, ya que la industria del cobre había financiado la del carbón del sur. Matías Cousiño estableció una fundición en 1853, siendo esta industria, junto a las minas de carbón, uno de los emprendimientos más antiguos. Para 1882, la fundición de Lota exportaba más de 100 mil quintales métricos de cobre en barra, con un valor de unos 4,5 millones de pesos.

Esta cuantiosa producción no pudo realizarse sin altísimos costos ambientales. Los residuos provenientes de las faenas extractivas de carbón, principalmente escoria, se acumularon por muchos años. Entre sus efectos nocivos se halla la eliminación de la cobertura vegetal y la contaminación del suelo, por acumulación de desechos resultantes de la actividad carbonífera; también la contaminación de los ríos y humedales, a lo que se suma la polución del aire producto de material particulado proveniente de explosiones, excavaciones y movimiento de tierras. El mar era el depósito final de sus desechos; ya sea directamente o por vía de las aguas subterráneas.

El paisaje se transformó profundamente, también, y tuvo como consecuencia la devastación del bosque nativo circundante a la cuenca minera. Las plantaciones forestales comienzan hacia 1880 y se relacionan con la industria carbonífera de Lota, la cual requería grandes cantidades de madera para los postes y revestimientos de los túneles en los piques. Para 1915, la empresa ya contaba con 34.339 hectáreas de pino radiata, *eucaliptus globulus* y otras especies, en la provincia de Concepción, constituyendo las mayores plantaciones de América del Sur. En 1930 comenzó un fuerte desarrollo de las



Horno de la Fábrica de Cerámica de Lota, que funcionó desde los años 1930, en la producción de loza decorativa y utilitaria.

plantaciones. Los fundos “Boca Maule”, “Chollín”, y “Millabú” albergaban extensos paños de eucaliptus, aromos australianos y pinos. Es la base de la industria forestal, que tanto desarrollo, no exento de polémica, ha tenido en la Región.

No todo era carbón en Lota. Su explotación permitió la instalación de industrias manufactureras satélites y dependientes, en muchos casos, de la Compañía Carbonífera. Los ejemplos son variados, como la Fábrica de Briquetas, Maestranzas, Fábrica de Ladrillos y Cerámica, entre otras. La más reconocida por su producción de cerámica decorativa y utilitaria es la manufactura Cerámica de Lota. Su génesis se remonta a la Fábrica de Ladrillos Refractarios establecida en 1854, por las gestiones de Matías Cousiño y Thomas Bland Garland para suministrar a las fundiciones de cobre del norte e incentivar el consumo de carbón nacional. La investigadora Ilonka Csilag explica que, “a partir de 1936 la Fábrica de Cerámica se encuentra en funcionamiento, comenzando con la producción de artículos de menaje y las cerámicas decorativas, como iconos religiosos, personajes típicos chilenos, tipos populares, floreros, vajilla, ceniceros, animales, mayólicas, platos murales, juegos de té, personajes de cuentos, licoreras, entre muchos otros objetos, logrando su mayor auge y prestigio nacional durante la década de 1940.”

Del carboncillo resultante del harneo de carbón comenzaron a producirse, además, en la segunda década del siglo pasado, ladrillos aglutinados con brea nacional, de dos kilos y ovoides para cocinas y calefacción doméstica, a razón de 10 toneladas por hora. La Carbonífera, por otra parte, se asoció con la Compañía A. P. Green Fire Brick Company, de Missouri Estados Unidos, y en 1952 se constituyó la sociedad anónima “Refractarios Lota-Green S.A.”, la que es-

tuvo en operación hasta 1997. La producción fue de gran relevancia para la zona y el país.

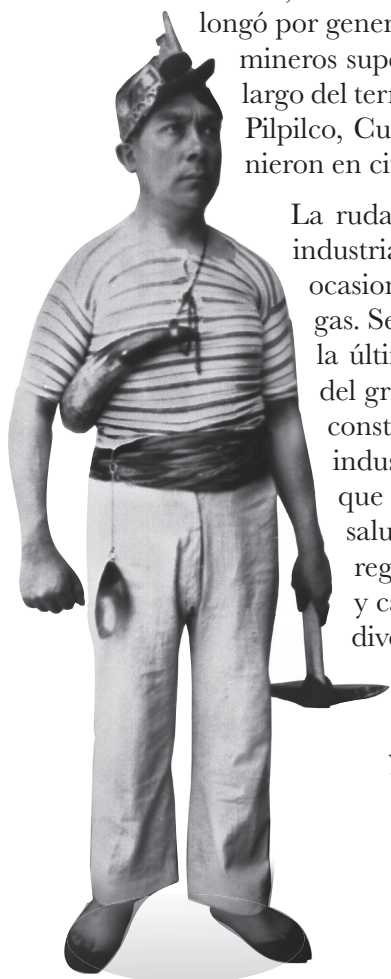
El rápido crecimiento de la industria minera generó intensos cambios sociales y políticos. Fueron sustanciales, asimismo, los logros tecnológicos, reflejados en la planta hidroeléctrica de Chivilingo, que permitió la temprana adopción de la luz eléctrica y de otros adelantos. La energía del vapor y la riqueza del carbón impulsaron la modernización del país.

Lota y Coronel, surgidas al amparo de las industrias, pronto fueron ciudades, con los servicios y las complejidades propias de urbes espontáneas de rápido desarrollo. La migración desde los campos, la falta de vivienda e higiene, los problemas de violencia y alcoholismo, así como los abusos y carencias, marcaban la difícil vida de los mineros y sus familias. No solo aquellos, sino también las mujeres y todo el entorno veían su existencia condicionada por la rutina del mineral, dando lugar a prácticas colectivas singulares. A pesar de las dificultades, la actividad generó un fuerte arraigo, que se prolongó por generaciones y que comenzaba apenas los nuevos mineros superaban la infancia. Algo similar ocurrió a lo largo del territorio lafkenche, con los enclaves mineros de Pilpilco, Curanilahue y Lebu, varios de los cuales devinieron en ciudades.

La ruda labor de los mineros y su relación con la industria dio lugar a frecuentes conflictos, que en ocasiones se resolvieron con violencia y largas huelgas. Se recuerda especialmente las de 1920 y 1960; la última solo pudo terminarse por la ocurrencia del gran terremoto de este año. El mundo minero constituyó un caso paradigmático de paternalismo industrial, frente a un Estado todavía ausente, en que la empresa proveía de vivienda, educación, salud y, por supuesto, carbón, pero que también regulaba y gobernaba la vida en las ciudades y campamentos mineros, con policías propias y diversos mecanismos de control social.

Hacia mediados del siglo XX la industria estaba en su apogeo productivo, pero ya mostraba signos de decadencia. Los mé-

Minero de carbón. Fotografía de Enrique Vergara, c. 1940.



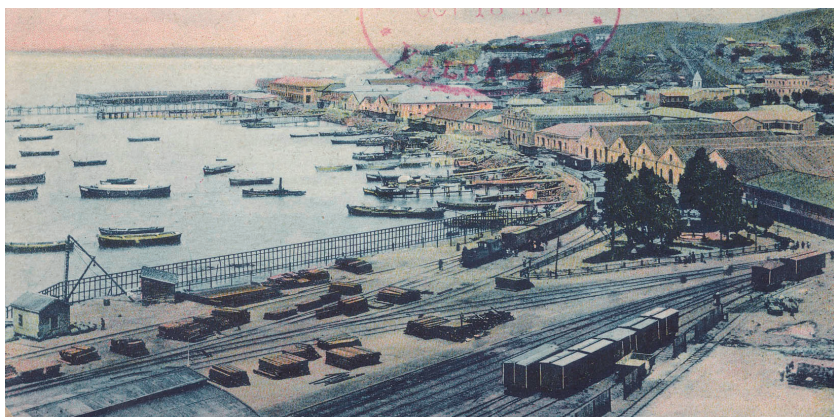
todos productivos, con largos túneles bajo el mar, escalaban los costos; el avance del petróleo y los motores a combustión iban reemplazando al carbón. Paulatinamente, diversos piques fueron cerrando por antieconómicos. Hacia fines del siglo XX se hizo evidente que la actividad era insostenible, graves accidentes aceleraron el cierre. Así, en septiembre de 1994, una explosión de gas grisú, a 990 metros bajo el nivel del mar, en el Pique Arenas Blancas, perteneciente a la empresa carbonífera Schwager, acabó con la vida de 21 mineros. Como consecuencia de la tragedia y tras una huelga que mantuvo a 300 mineros encerrados en la mina durante 12 días, en diciembre de 1994, el yacimiento coronelino se cerró para siempre.

En 1997, fue el turno de la Empresa Nacional del Carbón, Enacar, el 16 de abril de ese año sonó por última vez el pito del Pique Carlos en el mineral de Lota, en medio de abultados déficits operacionales y riesgos laborales. En los años siguientes, cerrarían Curanilahue y Lebu, en 2006 y 2008.

Aunque ya han pasado casi tres décadas desde que la actividad extractiva prácticamente se detuvo, su legado pervive. Es así en las cabrías, piques, pabellones y calles adoquinadas, que aparecen por doquier, y en los grandes edificios, como la iglesia Matías Apóstol y el Teatro, recientemente recuperado; o el mismo Parque de Lota, que empieza a recobrar su prestancia de otrora. La identidad del carbón, sobrevive, sobre todo, en sus habitantes, que mantienen viva la memoria en el lenguaje, la feria y el pan de Lota, los recuerdos familiares y el sentimiento de pertenencia. Todos estos valores, materiales e inmateriales, han llevado al mundo público y privado a sumar fuerzas, a fin de cumplir el sueño de obtener que Lota sea declarada Patrimonio de la Humanidad ante la Unesco. Sería una buena forma de conservar y proyectar el legado del carbón, para la historia social e industrial de la región y el país.

UNA REGIÓN OCEÁNICA

Podría resultar curioso que se identifique al Biobío como una región oceánica, siendo que todas las que componen el país, incluso la joven Región de Ñuble, con la sola excepción de la Región Metropolitana, colindan con el mar. Lo que ocurre es que el vínculo entre los habitantes del Biobío y el Océano Pacífico es antiguo y diverso. Desde ya, los primeros pobladores vivieron mayormente cerca de la costa, alimentándose de su fauna y flora. Anzuelos, pesas de piedra



Puerto de Talcahuano, postal coloreada, c. 1910.
Colección Archivo Histórico de Concepción.

y grandes depósitos de conchales, así lo atestiguan. Y no solo en las costas, pues la Región destaca por sus tres islas: Quiriquina, Santa María y Mocha, que fueron escenario de ocupaciones prehispánicas y de navegaciones coloniales de ingleses, holandeses y españoles.

Alonso de Ercilla, quien llega a la bahía, acompañando al joven gobernador García Hurtado de Mendoza, en julio de 1557, en medio de una terrible tormenta, desembarca en la isla Quiriquina. El Canto XVI de la segunda parte de *La Araucana* se refiere a “la entrada de los españoles en el puerto de la Concepción e isla de Talcahuano”. Durante el periodo indiano se construyen los fuertes de San Agustín y de Gálvez (1780) y la bahía es visitada por corsarios. El temido ataque y la ocupación del territorio, por fortuna, nunca se producen; solo la llegada pacífica de viajeros y navegantes, como Amédée Frézier (1712) y el conde Lapérouse (1785). El último ancla frente a Talcahuano, al igual que navegantes posteriores, como la expedición rusa de Otto Kotzebue, que llega en 1816, a bordo del *Rurik*.

La segura bahía de Concepción es una de las principales razones de la fundación de la ciudad en su centro. No solo era estratégica para los conquistadores hispanos; también era un fértil y amable refugio para todos quienes hacían la ruta del Estrecho de Magallanes. Aquí encontraban reparo y abundante alimento, de ahí las decenas de navegantes que la visitaron, dejando interesantes testimonios.

Contradiendo su condición costera, Chile no fue originalmente un país de pescadores o navegantes. La vocación marítima del país, en verdad, se desarrolla en tiempos de la Independencia, en que las



Dique seco de Talcahuano, postal coloreada, c. 1910.
Colección Archivo Histórico de Concepción.

bahías de Concepción, San Vicente y Arauco fueron escenarios de desembarcos y combates, como la captura de la fragata *María Isabel*, tan importante para la formación de la Primera Escuadra Nacional. En el siglo XX, la llamada “sublevación de la Armada”, en 1931, tuvo graves episodios de armas en Talcahuano, bien estudiados por Sandrino Vergara en varios trabajos. Astilleros, cazadores de ballena y pescadores poco a poco van desarrollando su actividad, en un país, insíntimo, que ha vivido de espaldas a un océano enorme y que ya es el más importante del mundo, en términos económicos y estratégicos.

Hacia fines del siglo XIX, la presencia de la Armada de Chile en la bahía consolida su condición de primer puerto militar. En 1896 su inaugura la colosal obra del Dique Seco n° 1. Esta dio origen al Apostadero Naval de Talcahuano y a muchas construcciones de apoyo. Atendía también a buques particulares, como los de la Compañía de Vapores del Pacífico. En 1907 se crea la Escuela de Grumetes, que hasta hoy funciona en la isla Quiriquina, bajo el nombre de “Alejandro Navarrete Cisterna”.

Con los años, surgen nuevos desarrollos, como la Escuela de Torpedos, la Artillería de Costa, más diversos cuarteles y construcciones. En 1896, se iniciaron los trabajos de fortificación de la bahía, inicialmente por el Ejército y luego por la Armada, en 1911. La inauguración del Dique n° 2, de diseño alemán y de carácter flotante, en 1924, con la majestuosa entrada del acorazado Almirante Latorre, ponía en operación el dique más grande del Pacífico Sur oriental. Consolidaba, con ello, a Talcahuano, como el primer puerto militar

e industrial del país. Durante el siglo XX, esta distinción se profundiza, con la apertura de la dársena y la Escuela de Submarinos, el Centro de Telecomunicaciones, la escuela de Ingeniería Naval y el Hospital Naval.

A la gran bahía de Concepción, que se extiende de Tumbes a Tomé y que incluye a Lirquén y Penco, debe añadirse la Herradura, con su caleta de Coliumo, el balneario Pingüeral y la villa de Dichato. Penco, que fue el puerto original para los barcos de menor calado que los actuales, perdió su condición al elevarse el fondo marino en sucesivos terremotos. Al trasladarse la ciudad a su nuevo emplazamiento al interior, en el valle de la Mocha, surge la designación de Talcahuano como puerto de la Concepción, por real cédula del 5 de noviembre de 1764, que se considera el acta de fundación de la ciudad. Ya antes, a principios del mismo siglo, el breve plano original de la villa fue ocupado por cientos de franceses, que venían al comercio americano y que, en razón de la lenta salida de sus productos que provocaba la sobreoferta, se veían obligados a permanecer largos



“Tomé”, por Rodolfo Amando Philippi. En 1879, el sabio realizó una excursión a las localidades de Tomé, Salto del Laja e Isla Quiriquina.

Vistas de Chile, Sociedad de Bibliófilos Chilenos, Santiago, 1973.

años en aquel lugar. Plantaron huertas, construyeron casas e, incluso, una iglesia, según cuenta el cronista penquista Gómez de Vidaurre, por lo que debe estimárseles como los verdaderos fundadores del puerto.

Ya hemos revisado la importancia histórica que tuvo el puerto de Tomé, como punto de salida de las grandes exportaciones de trigo y vino del pasado. Decae luego, en favor de Talcahuano, cuando el ferrocarril llega a conectar esta ciudad con el centro del país.

Para las ciudades de la cuenca del carbón, Lota y Coronel, la



“Bahía de Lota, Cancha de Metales”, c. 1915.

cercanía al mar es uno de sus atributos. Este ha aportado un medio de comunicación importante, un fuente de recursos y, además, un bello paisaje y microclima. A mediados del siglo XIX, se le auguraba al puerto un gran futuro. Resultado de la actividad minera, escribía Martín Palma que, ya en 1857, “entran por año al solo puerto de Lota como doscientos buques, ya sea cargados de metales exportados del norte de la república para alimentar los magníficos hornos de fundición que allí existen, o ya de otras mercaderías para abastecer el activo comercio del establecimiento”. Comentaba que existía también allí un astillero, donde se construía entonces un vaporcito

Lebu visto desde el mar. Postal coloreada, c. 1910.
Colección Archivo Histórico de Concepción.



con materiales del país y hasta con la maquinaria trabajada en Lota. Por su parte, Coronel fue decretado Puerto Menor para exportación por decreto de Gobierno de julio de 1854. En 1856 se construye el primer muelle carbonero y el segundo en 1865; hasta que, por su gran proyección y movimiento marítimo, se le decreta la categoría de Puerto Mayor en 1872.

Es la actividad pesquera la más característica del borde costero de la Región del Biobío. Entre Maule y Colcura más de setenta caletas, dedicadas a la pesca artesanal, venden su producción al público o bien la entregan a las plantas procesadoras y al sector industrial. Este se ocupa de la extracción y el faenamiento de los recursos marinos, en dimensiones muy relevantes para la economía regional.

El puerto de Coronel tuvo un temprano desarrollo industrial pesquero. Sus primeros gestores fueron el empresario de origen francés, Juan Solminihac, con su fábrica de conservas “La Gaviota”; Honorio Fouqué, ballenero y propietario de una planta de harina, secado y conservería y Miguel Yoma, con la Pesquera del Sur. Fouqué, nacido en Francia, en 1930 se radicó en Coronel, donde organizó la explotación pesquera industrializada. En el recinto de la Estación de Ferrocarriles de Coronel, instaló una fábrica para la elaboración de conservas de pescados y mariscos; y una planta de secado en el sector de la playa de Coronel, que preparaba bacalao seco, con una capacidad de producción de 20 a 30 toneladas. Además, produjo charqui de pescado y corvinas secas. En las décadas siguientes, la industria se extendió también a Talcahuano, donde tuvo un gran crecimiento, el cual trajo consigo complejas consecuencias ambientales, que se han ido resolviendo.

En la actualidad, la condición marítima del Biobío se expresa en su gran desarrollo portuario, ayudado por condiciones naturales y su potencial logístico, que debería crecer día a día. Las caletas de pescadores, junto a su función económica, constituyen un importante patrimonio cultural. Lo mismo puede decirse de las comunidades mapuches en la zona laffenche, que conservan su forma tradicional de vida ligada al mar. En las localidades costeras, en virtud de sus recuperadas costaneras y de mejoras en infraestructura, el turismo de costa aparece como una actividad de gran potencial, para el desarrollo de las economías locales. Ojalá cada día más biobenses y visitantes disfruten de la cercanía y las oportunidades que representan las casi cincuenta playas del Biobío.

¡AHÍ VIENE EL TREN...!

Desde mediados del siglo XIX, el ferrocarril fue para los pueblos y ciudades de Chile un símbolo de progreso y uno de sus más grandes anhelos. En el extenso territorio nacional los caminos que comunicaban las ciudades y el mundo rural eran precarios. Largos inviernos y las copiosas lluvias en el sur, convertían a estas vías en lodazales intransitables. La crecida de los ríos y la carencia de puentes eran un severo impedimento para el tráfico fluido de personas y mercaderías. Las carretas viajaban en partidas de siete o más, a cargo de un capitán, tanto para auxiliarse como para defenderse de los bandidos que asolaban los caminos. Las vías fluviales aportaban alguna vialidad, limitada por las condiciones atmosféricas, el embancamiento de su caudal y la existencia de puertos aptos. Pero el trazado natural de estos ríos era de oriente a poniente buscando el mar, nada que uniera a las provincias en un extenso norte-sur.

En aquel tiempo, la provincia de Concepción, de la cual es heredera la Región del Biobío era un territorio vasto y de una geografía compleja, pues era atravesado por la Cordillera de la Costa, que separaba las planicies costeras del valle central. Aunque fértil y de gran capacidad agrícola, las difíciles comunicaciones mermaban su potencial productivo. Los ríos, que crecían con la primavera y las fuertes pendientes encarecían el traslado de los productos a las ciudades y puertos. La ruta que conducía a Santiago era larga y peligrosa, asolada por bandoleros y manadas de perros asilvestrados. Aunque suene extraño, muchos preferían la vía marítima a la capital, desde Tomé, Lota o Talcahuano hasta Valparaíso. Cuando Ramón Freire marchó de Concepción con su ejército a Santiago, en 1823, a derrocar al director supremo Bernardo O'Higgins, sus tropas llegaron embarcadas a este puerto.

En tiempos coloniales, el Camino Real unía la capital con Concepción, capital de la Vieja Frontera, conectando ciudades como Chillán, Cauquenes, Yumbel y Rere, en la zona del Itata. La ruta seguía por Florida y desde ahí bajaba a Penco, sitio original de la ciudad de Concepción. Una variante seguía de Rere a Hualqui, para llegar a la actual capital regional, bordeando la ribera del Biobío.

A mediados del siglo XIX, una nueva ruta conectó el *hinterland* agrícola del actual Ñuble con el puerto de Tomé. Cientos de carretas bajaban semanalmente su carga de trigo hacia los molinos y las bodegas, para luego ser remitida al norte. También los vinos: la Sociedad Vinícola del Sur, fundada en 1906, tenía grandes insta-

laciones y embarcaba, al inicio en lanchones o derechamente flotando en el mar, miles de barricas de vino rumbo al centro del país y a los sedientos centros salitreros del Norte Grande. Recordemos, por último, que por el río Biobío, en lanchones, pequeños vapores o mediante simples balsas de madera, se conducía a Concepción la producción agrícola, más los cueros y maderas de la Frontera. Una porción cubría el consumo local y el resto era llevado en carretas al puerto de Talcahuano.



“Hualqui, plano de la vía fluvial entre Concepción y Angol”, levantado por Pascual Binimelis, 1863.

De manera que el transporte era un tema mayor que frenaba el desarrollo agropecuario e industrial del país y la región. El ferrocarril aparecía como la solución para conectar una intrincada geografía. Los primeros trenes surgen unidos a la actividad minera. En la Navidad de 1851 corrió el primer carro desde el puerto de Caldera a



Ferrocarril Confluencia-Penco, 1916.

Copiapó, en busca del mineral de plata de Chañarcillo y otras minas de la zona. Algo similar ocurrió en el Biobío, una década más tarde. Con gran complacencia, El Correo del Sur anunciaba que el 18 de diciembre de 1864 se había inaugurado, en Coronel, “la primera locomotora que se ha visto al sur del Maule”. Operó en el ferrocarril que poseía el establecimiento minero de Délano y Schwager, conduciendo material hasta el muelle del puerto. El trayecto era breve, pero su instalación fue muy significativa.

En las décadas siguientes, personas visionarias, ingenieros talentosos y empresas ansiosas por concretar sus proyectos, a lo que debe sumarse la presión de las ciudades y los agricultores, fueron impulsando la instalación de numerosas líneas. No se equivocaban, pues por donde pasaba el tren se incrementaba la población y el comercio, en otras palabras, llegaba el desarrollo. Lo inverso ocurría en las localidades que el tren omitía, que prácticamente quedaban rezagadas de forma inexorable. Es lo que en el Maule ocurrió a Chanco, por ejemplo y, en el Biobío, con la antigua villa de Rere, la antigua Estancia del Rey, dotada otrora de gran riqueza agrícola.

El Estado hizo su parte, construyendo, primero, la línea central. Gobierno a gobierno avanzó la gran obra de conectividad, que se asocia, sobre todo, a las administraciones del llamado periodo pseudoparlamentario (1891-1925), hasta unir el Norte Grande con Puerto Montt. En las décadas siguientes, ya organizada en la Empresa de Ferrocarriles del Estado, fue adquiriendo muchas líneas privadas y tirando ramales, hasta lograr constituir un sistema de transporte emblemático, que muchos recuerdan con nostalgia.

En el Biobío fueron muchas las iniciativas, no todas ellas concretadas. La prioridad era conectar el *hinterland* agrícola con los puertos.

La primera vía unió, pues, Talcahuano y Concepción con Chillán. Su construcción fue un gran desafío, ya que significó instalar 187 kilómetros rieles y durmientes y decenas de puentes por un trazado complejo que seguía el curso del río Biobío, expuesto a crecidas anuales y derrumbes invernales. Las obras, a cargo del ingeniero estadounidense Juan Slater, se inauguraron en agosto de 1869. El periódico de Concepción *La Tarántula* dejó registro de la emoción y las esperanzas ligadas al evento:

“Bajo el más hermoso sol de primavera tuvo lugar el lunes la solemne ceremonia de la bendición de la primera piedra que inaugura los trabajos del ferrocarril que unirá Talcahuano con Chillán. [...]. El pueblo reunido allí celebraba el triunfo de la paz, de la industria, del progreso, celebraba allí el natalicio de la nueva y feliz era de prosperidad y grandeza que tiene en expectativa. El 23 de agosto de 1869 será para Concepción y Talcahuano una fecha imperecedera que traspasará a las más remotas generaciones.”

El día 28 de enero de 1871 circuló la primera locomotora, uniendo el puerto de Talcahuano con Concepción, y el 18 de septiembre de 1874 se realizó el viaje inaugural de la línea hasta Chillán, centro agropecuario por excelencia. Esta línea sería el inicio de la conexión

Ferrovía en Colico, actual comuna de Curanilahue, 1890.



entre Santiago y el sur de Chile, abriendo mercados y dando a los agricultores un medio de transporte eficiente y con seguridad operativa durante todo el año.

Su puesta en servicio determinó, además, la primacía de Talcahuano como puerto sobre Tomé, el cual deja en 1871 de ser puerto mayor. Un año después de inaugurado el ferrocarril, según Hilario Hernández, Talcahuano superó tres veces el trigo exportado por Tomé: “a través del ferrocarril, la Vieja Frontera se integraba hacia Concepción-Talcahuano”. En 1885, Talcahuano exportó 711.000 quintales métricos y diez años más tarde, 1.250.000, que equivalían a cerca del 90% de las exportaciones de trigo y harina del país.

Una personaje destacado en estos proyectos fue Pascual Binimelis y Campos, ingeniero agrimensor y director de obras municipales de Concepción, quien impulsó diversas obras de progreso. Ha sido bien estudiado por Boris Márquez. Promovió ante las autoridades y vecinos el enorme potencial de la conectividad ferroviaria, mediante estudios técnicos y económicos sobre las posibilidades de una línea que uniera Talcahuano-Concepción con Chillán. Su tenacidad logró que el gobierno de la época asumiera el compromiso de construir la vía. Su proyecto consistía, en todo caso, en una línea de ferrocarril que conectaría Ñuble con Concepción de manera multimodal, esto es, mediante la navegación fluvial por el Biobío en el último tramo, para lo cual sugería canalizarlo. Finalmente, se optó por construir la vía por la ribera norte, lo que significó la condena de muerte para las lanchas y vapores que hacían el servicio por el río.

Máquina 714 de la Empresa de Ferrocarriles del Estado, rumbo a Arauco.





Maquinaria y obreros en la construcción del Ferrocarril Confluencia-Penco, 1916.

La concreción de la conexión entre Concepción y Santiago, en todo caso, tardaría algunos años. En los primeros meses de 1868, la vía central llegaba a Curicó y, en 1875, a Talca. El enlace faltante entre Curicó y Chillán fue terminado en 1874, dando continuidad ferroviaria desde Valparaíso a Talcahuano. En 1877 comenzaron los servicios hacia el sur, pero no fue sino hasta 1882 que se estableció un servicio regular entre la capital y la ciudad de Talcahuano. La llegada del ferrocarril, como puede imaginarse, no tuvo solo consecuencias económicas, sino también políticas y sociales, para la modernización e integración del país.

En 1872 se inauguró la línea de ferrocarril entre Talcahuano y Malvoa, localidad a orillas del Biobío, cercana al pueblo de San Rosendo; este devendría en el punto de intercambio entre los trenes que se dirigían a la región central y los que circulaban hacia la Frontera, alcanzando un gran desarrollo ferroviario. En sus inicios pasaban quince trenes semanales, hacia 1895 se debían controlar más de sesenta de pasajeros y muchos más de carga. En 1873, el tren unió Angol y Los Ángeles. Estas rutas dieron salida a la producción agrícola de la Frontera, que con frecuencia no podía conducirse a la costa por la baja del cauce en el Biobío. La prensa lo celebraba con entusiasmo: “siguen bajando de la Frontera cantidades inmensas de trigo”; “el trigo sigue bajando como por encanto de la Frontera y demás pueblos”. Más importante todavía, por este camino de fierro llegaron a la Frontera cientos de inmigrantes europeos: italianos, suizos, vascofranceses, alemanes y hasta boers. Llegados al puerto de Talcahuano, el tren a Angol fue su puerta de entrada al mundo desconocido y en transformación de la Araucanía.

Desde el territorio lafkenche hacia el interior, corría el tren de Lebu a Los Sauces. El objetivo era empalmarlo con el ramal Renai-

co-Angol-Traiguén y así conectarlo con la línea central y la Araucanía. Se buscaba tener una alternativa directa al interior, ya que la ruta costera existente era vulnerable a bombardeos desde el mar. La concesión la obtuvo en 1910 la empresa británica “The Chilean Central Railway Company Limited”, con la finalidad de servir a sus yacimientos carboníferos. Luego fue adquirida por la Compañía Carbonífera de Lebu, hasta ser traspasada al Estado en febrero de 1928, el cual se abocó a la tarea de unir las secciones aún incompletas, como el tramo hacia Curanilahue. En 1939, el ramal completo se entregó a explotación por parte de la Empresa de Ferrocarriles del Estado.

Una problemática constante, asociada a la construcción de las vías ferroviarias, fue la situación de los carrilanos. Migraban de un lugar a otro, precedidos de una fama de violencia y alcoholismo, que asustaba a las comunidades donde se asentaban, siempre temporalmente. Concretaron una labor enorme en condiciones precarias, pues debieron remover muchas toneladas de tierra, levantar terraplenes, abrir túneles y tender vías, en buena medida a fuerza de brazos. Entre estos esforzados trabajadores hubo cientos de mapuches, en especial en las vías que se levantaron al sur del Biobío y en la Araucanía. Han sido estudiados por Carlos Ibarra, quien concluye que los carrilanos abandonaron su pasado campesino y concluyeron proletarizándose, derivando en trabajadores asalariados.

En el Biobío, la minería del carbón impulsó la construcción de vías férreas, puentes y puertos, entre otros desarrollos de infraestructura. Una obra importante fue el ferrocarril a Curanilahue, que partía desde Concepción y se extendía por 99 kilómetros. Perteneció a la compañía carbonífera The Arauco Company limited y fueron sus gestores los empresarios Guillermo Délano, Juan Marks y Juan Murphy. La concesión del ferrocarril data de la ley de 23 de octubre de 1884. Se explotó de forma provisoria desde 1886, por falta de puente en el río Biobío. La línea pasaba por Coronel, Lota, Laraquete, Colico y Curanilahue. Un ramal de ocho kilómetros unió, en 1890, al puerto de Arauco con la estación Carampangue. La construcción del trayecto entre Lota y Laraquete fue compleja, por sus curvas al borde del mar y la excavación de una docena de túneles.

La obra de ingeniería más notable de esta vía, sin duda, la constituye el puente ferroviario sobre el río Biobío. Todas sus partes llegaron hechas desde Inglaterra, para ser ensambladas en terreno. En sus inicios, la empresa contaba con 25 locomotoras a vapor, casi todas de origen británico, 17 coches de pasajeros y 550 carros de



Sector "La Pera", o patio de trenes, en la costanera del Biobío, en 1988.

carga, lo que demuestra que su vocación principal era el transporte de carbón. El puente opera desde 1890 y hasta el presente; aunque con numerosas mejoras y reparaciones. Hoy se construye la estructura que deberá reemplazarlo. Esperamos que el viejo puente subsista, a la vez, como un monumento a la ingeniería y un gran paseo.

La conexión de Concepción con el norte y la capital, ya lo sabemos, fue realizada en la década de 1870, y completada con la construcción de una bella esta-

ción, de estilo neoclásico, que sucumbió en el terremoto de 1939. La conexión entre Talcahuano y Penco, para el transporte carbonífero y de pasajeros, se concretó en 1891. Fue iniciativa del empresario carbonífero Federico Schwager; los trabajos estuvieron a cargo de la firma inglesa Duncan, Fox y compañía. La primera etapa unió la estación de La Pampa en Concepción con Playa Negra, luego la estación en Penco, para ser autorizada en 1904 su prolongación a Cerro Verde, en Lirquén.

A lo largo de su existencia, prestó indudables servicios al turismo estival, hacia las hermosas playas de Penco. Esperamos que, en un futuro cercano, pueda incorporarse a la red de transporte ferroviario metropolitano del Gran Concepción.

A Penco llegó también, en 1916, el ferrocarril que partía desde la estación Rucapequén, en el actual Chillán Viejo, cruzando las comunas de Quillón, Ránquil, Coelemu, Tomé y Penco. Era la concreción de un antiguo anhelo de los agricultores del Ñuble, para acercar sus producciones a los puertos de Tomé y Talcahuano. Fue también el inicio de una larga relación de los chillanejos con las localidades de Tomé, Dichato y más al norte.

En esta somera mirada a los trenes del Biobío, es indispensable mencionar los sueños de un ferrocarril trasandino. Proyectos hubo muchos; se dictaron leyes, se fundieron medallas, incluso varios tra-

mos se construyeron, sin que pudieran completarse finalmente. Fue el caso del ramal Monte Águila-Polcura: en sus inicios se planteó como un ferrocarril trasandino, que uniría las provincias del Biobío y Ñuble con la provincia de Neuquén, en la República de Argentina. En 1905 se concreta el primer tramo, entre Monte Águila y Cholguán, que continúa luego hasta Huépil y Polcura. El paso Pichachén, por Antuco, era considerado el más propicio para una ruta interoceánica, que pretendía unir Bahía Blanca con Talcahuano. Tras múltiples postergaciones, causadas por la crisis económica, el proyecto es abandonado. Subsiste, no obstante, en la lógica actual de los corredores bioceánicos, la ambición de unir los puertos del Biobío con el atlántico argentino. Esperamos que un día pueda concretarse.

Con los años, las locomotoras dejaron de correr. El auge del automóvil, de camiones y autopistas, así como de los buses de pasajeros, mermaron la incidencia del ferrocarril en el transporte regional. Se mantienen varios tramos, sin embargo, como el tren a Laja, el tramo Concepción a Lirquén y el de Rucapequén a Nueva Aldea, entre varios otros, sobre todo con fines industriales. El regreso del tren ha tenido lugar de la mano del transporte de pasajeros metroropolitano en el Gran Concepción, desde mediados de la década del 2000. Hay señales auspiciosas de que, en un futuro cercano, la participación de los trenes -urbanos, rurales e interregionales- debería incrementarse.



Medalla conmemorativa de la aprobación de la ley que autorizó la construcción del ferrocarril trasandino por Antuco, en 1905, obra nunca concretada.

LA MODERNIZACIÓN LIBERAL Y LOS CONFLICTOS DOCTRINARIOS

Cuando promediaba el siglo, de la mano del comercio triguero y una incipiente industria molinera, la ciudad vive un nuevo auge. Perdida gran parte de su importancia política nacional, tras la fallida Revolución de 1851, Concepción se concentra en su desarrollo urbano. “Derrotada en Loncomilla -dice Fernando Campos Harriet- acaba su preponderancia política rectora en el gobierno de la República. Perdida ya su magna trayectoria histórica, Concepción inicia una etapa de aislado recogimiento y de formación local y regional”.

Se levantan grandes edificios de corte neoclásico, como la Intendencia, en 1853 y el de los Tribunales de Justicia, que cobijó a la Corte de Apelaciones. El Liceo de Concepción sucede al antiguo Instituto Literario. En 1855, se reabre el viejo Seminario de Concepción. En 1867 es consagrada la Catedral y son reedificados los templos de San José (1855) y San Agustín (1863). Estos edificios serían arrasados, nuevamente, por el terremoto de 1939.

El ferrocarril llega hacia 1870 y, para conducir el carbón de Arauco a los puertos, se construye el gran puente ferroviario, en 1889, que todavía presta servicios. Así, la modernidad lentamente arriba a la ciudad fluvial. Hacia 1880 comienzan a circular los “carros de sangre”, o tranvías tirados a caballo, que llevarán sus pasajeros hasta la Escuela Agrícola, actual sector Collao, a Agua de las Niñas -hoy Pedro de Valdivia- e incluso hasta el puerto de Talcahuano, por el



Tranvía y ferrocarril en el puerto de San Vicente, postal coloreada, c. 1910.

antiguo camino de Los Carros. Para 1908 estos carros se electrifican y pronto son complementados por los primeros automóviles o “coches de alquiler”. En 1908 comienza la instalación del alcantarillado, evento muy significativo por sus consecuencias sanitarias. Se instalan lámparas a gas, redes de agua potable y los primeros teléfonos, por empresas privadas, en general por iniciativa de progresistas extranjeros, que años más tarde serán apropiadas y sus tareas asumidas por el Estado.

Hacia 1884, Concepción contaba con una extensión de 20 cuadras de suroeste a noroeste, de 10 a 12 de noroeste a suroeste, con cerca de 200 manzanas. Alumbrada a gas desde 1871, importantes obras se habían sucedido desde entonces: el ferrocarril a Talcahuano, en 1873; la fundación del Banco de Concepción (1871); del diario *El Sur* y del Teatro Concepción, en 1882, y de la Primera Compañía de Bomberos penquista, el año siguiente. Grandes casas y sucursales, así como cuatro bancos daban vida al comercio penquista. Para 1895, de acuerdo con el Censo General practicado aquel año, la ciudad de Concepción, capital del departamento homónimo, tenía una población de 39.837 habitantes.

El desarrollo era impulsado por las colonias extranjeras, que a partir de 1870 se instalan en la ciudad, produciendo una cadena de migraciones, que impactará de forma definitiva la sociabilidad penquista. Españoles, árabes, franceses, ingleses, alemanes e italianos, son los núcleos principales. Crearán industrias, clubes, colegios y asociaciones, muchos de los cuales todavía subsisten.

Intendencia de Concepción, postal coloreada, c. 1910.
Colección Archivo Histórico de Concepción.



De la mano de la incipiente industria, se desarrollaba la sociabilidad obrera, en forma de gremios, mutualidades y otras múltiples asociaciones. Ante la ausencia del Estado frente a las necesidades y riesgos sociales de la educación, enfermedad, la vejez o la muerte, el cooperativismo y la asociatividad de la clase trabajadora procuraba dar respuesta. En este sentido, la figura del sastre Lorenzo Arenas es emblemática. Fue fundador y miembro de numerosas instituciones de beneficencia, como la Sociedad de Instrucción Primaria, la Sociedad Protectora de Estudiantes Pobres, la Sociedad de Ilustración de la Mujer y la Sociedad de Protección Mutua de Sastres.

Un tema central de la historia política y social del siglo XIX, fue la cuestión relativa a las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El catolicismo había sido la religión oficial desde los orígenes de la república, lo cual se expresaba en múltiples dimensiones de la vida, como la educación, el registro de nacimientos y la celebración de matrimonios. También la muerte. Los cementerios, no solo los templos y los espacios contiguos, sino también los creados por el Estado o los cabildos, se consideraban católicos. Con el avance del siglo, los conflictos se fueron agravando, en un contexto de creciente secularización e introducción de ideas liberales, sumado a la acción de la masonería y la llegada de extranjeros, entre otros factores.

En “el valle de Concepción” la masonería ha sido una institución relevante, en el campo de la sociabilidad, la beneficencia y la educación. Llega a la ciudad hacia 1856, de la mano de Enrique Pastor López, venerable maestro que residía hasta entonces en Valparaíso. Pastor logra establecer la logia Estrella del Sur, que contó con la participación de destacados penquistas y extranjeros, entre los cuales se contaban, según explica Nadia Torres, los tres médicos que entonces ejercían en Concepción, Eduardo Burton, Juan Mac-Kay, padre de la industria carbonífera, y el Dr. Andreas.

La Estrella del Sur dio paso luego a la instalación del Taller Aurora de Chile, el 12 de septiembre de 1860, con Carta Constitutiva del Gran Oriente de Francia. En 1862, se estableció la Logia Fraternidad, con la participación de los antiguos miembros de Estrella del Sur y Aurora de Chile. En 1883, revive la masonería penquista, con la fundación de la Logia Paz y Concordia N° 13, en calle Barros Arana esquina de Serrano. En ella participaron importantes líderes sociales y empresarios, como Lorenzo Arenas, los hermanos Guillermo y Gregorio Raby, y Federico Schwager. A esta se suma el taller Saint John, conformado por masones anglosajones, pertenecientes a logias europeas y americanas, muchos venidos de Valparaíso.

En el siglo XX se levantaron, en Concepción, entre otras, las columnas de la Logia Esmeralda N° 30, instalada en 1917, y talleres como Acción N° 66, Goethe N° 91, Concepción N° 115 y Juan Antonio Ríos N° 127. Algo similar ocurrió en otras ciudades de la región, donde también se formaron talleres masónicos, como en Talcahuano, Los Ángeles, Coronel, Lebu, Tomé y Mulchén. En la actualidad, existen en la Región del Biobío unos cuarenta cuerpos masónicos, de hombres y mujeres.

Los intensos debates “doctrinarios”, en el siglo XIX, tocaron la cuestión del papel de la Iglesia en la sociedad y la política, el matrimonio civil, los registros y los cementerios laicos. Este último tema tuvo un episodio importante en la capital del Biobío. Se trató del entierro, en el Cementerio General de Concepción, del coronel Manuel Zañartu Opazo, que tuvo alcance nacional y fue detonante de una transformación definitiva de la situación de los cementerios públicos.

En octubre de 1871 falleció en Concepción el coronel Zañartu, considerado un héroe de la independencia, de los últimos sobrevivientes en la provincia. Personaje muy querido por las autoridades y el pueblo, por su temperamento caritativo, se ordenaron los honores debidos a su rango -había sido incluso intendente interino- y se dispuso su entierro en el Cementerio. Don Manuel, sin embargo, tuvo un mal matrimonio y, desde hacía años, convivía con una nueva pareja, es decir, en concubinato. Para la iglesia, era considerado un



Recreación histórica del coronel Manuel Zañartu Opazo junto a su Monumento funerario, en el Cementerio General de Concepción.

pecador ante la ley canónica, de manera que se prohibió su inhumación en el Cementerio. La negativa inflamó las pasiones. Se esparció la falsa noticia de que incluso los protestantes se negaban a recibirlo en el cementerio de disidentes.

Contrariando la decisión de la iglesia, las autoridades dispusieron su entierro en el cementerio penquista, para lo cual hubo que descerrajar el acceso. Al sepelio concurrieron unas tres mil personas, “incluso mujeres”, lo que la prensa señala que era algo inusual. El obispo Hipólito Salas, efectivamente, celoso de las prerrogativas de la iglesia, escribió una firme nota de reclamo al ministro de Justicia, Culto e Instrucción, Abdón Cifuentes. El obispo continuó la polémica, con publicaciones en la prensa y folletos, que fueron respondidos en las Cámaras. Fueron los debates doctrinarios que acompañaron al proceso de secularización de la sociedad penquista y que, en esta coyuntura, alcanzaron proyecciones nacionales.

Durante todo el año siguiente al fallecimiento de Zañartu, siguieron las polémicas por la prensa. El obispo Salas recibió virulentos ataques y supo sostenerse con la fuerza de su carácter y el rigor de su convicción religiosa. Publicó varios folletos y sostuvo su posición en la prensa. Pero la suerte ya estaba echada y el decreto de diciembre anterior abría el camino para la laicización de los espacios de la muerte.

La cuestión de los cementerios se zanjó, provisoriamente, con la dictación de un decreto, a fines del mismo año 1871, que disponía que los cementerios eclesiásticos debían tener un recinto para el entierro de los disidentes, el cual debía estar separado por una reja o división de árboles y, en todo caso, su entrada debía ser la puerta principal. La solución no puso fin a las dificultades, que volverían a manifestarse con fuerza en la década siguiente. El 2 de agosto de 1883, en efecto, en medio de fuertes polémicas, el presidente Domingo Santa María, promulgó la ley de cementerio laicos. Esta ley marginó a la Iglesia de la administración de los cementerios y permitió que se enterrara a personas de cualquier creencia religiosa.

En Concepción, el cementerio de disidentes subsistió por muchos años, hasta casi la tercera década del siglo XX, aunque con cada vez menos sentido y relevancia. Finalmente, en 1929 se traspasa al Cementerio General. La fusión de los camposantos penquistas, implementada de manera paulatina, expresa la inexorable llegada de la modernidad.

LA EDUCACIÓN EN EL SIGLO XIX

En los albores de Chile independiente, la educación fue considerada fundamental para realizar los ideales políticos y culturales del liberalismo. En este sentido, la creación del Instituto Nacional, en 1813; del Liceo de Hombres de La Serena, por Bernardo O'Higgins, en 1821 y luego, durante la primera administración de Ramón Freire, en 1823, del Instituto Literario, futuro Liceo de Hombres de Concepción, fueron acciones emblemáticas. La educación pública quedaba instalada en las tres provincias históricas chilenas. Durante el resto del siglo, a medida que los recursos del erario lo hacían posible, fueron proliferando las escuelas por todo el territorio; acompañadas por los colegios que mantenían educadores privados, varios de ellos extranjeros.

La educación religiosa, representada por colegios diocesanos y los mantenidos por diversas órdenes, que fueron tan importantes en tiempos coloniales, siguió cumpliendo su misión en tiempos republicanos.

La educación secundaria fue alcanzando niveles crecientes de cobertura y calidad. La fundación de la Universidad de Chile, en 1842, la puso bajo la examinación y el control curricular de esta casa de estudios superiores. Los recursos del salitre, tras la Guerra del Pacífico, permitieron financiar la construcción de importantes liceos a lo largo del país, que impactaron la cultura y la creación de ciudadanía en diversos territorios. La fundación del Instituto Pedagógico, en 1889, que incorporó relevantes maestros extranjeros, favoreció la profesionalización de la formación del profesorado; ya abordada, en todo

Liceo de Hombres de Concepción, postal, c. 1930.





Curso de Física en el Liceo Fiscal de Niñas, c. 1900.

caso, desde 1842, por escuelas normales, dependientes del Estado, en varias provincias del país.

Si trasladamos estos conceptos a escala provincial, hay que recordar que el primer centro educativo republicano, en Concepción, fue el Instituto Literario. Inició sus actividades en las instalaciones del Convento de la Merced, hasta su destrucción en el terremoto de 1835. En el futuro Liceo penquista surge, en 1833, *El Faro del Bío-Bío*, primer periódico del sur. El Instituto Literario dio paso al Liceo de Hombres de Concepción, el cual, desde 1958, lleva el nombre de su antiguo rector, don Enrique Molina Garmendia.

La educación femenina en Concepción, por su parte, tiene una larga tradición. Podría remontarse a la orden trinitaria, cuyo monasterio fue establecido en Penco, en 1736. Ya en el Valle de la Mocha, abrieron una escuela para niñas, en que se enseñaría a “leer y escribir, numerar”, más “los fundamentos de nuestra Sagrada Religión”. Una disposición muy notable del Reglamento de la Escuela de Niñas, redactado por Pedro José Zañartu y Félix Antonio Novoa, sancionado luego por el gobernador del Obispado, señalaba: “Será de interés en las preceptoras ilustrar a sus discípulas en los rudimentos sobre el origen y objeto de las sociedades, derechos del hombre y obligaciones hacia el gobierno que rige”, ¡es decir, derechos humanos y educación cívica eran parte de currículo! Todo esto ocurría en 1823, en circunstancias muy dramáticas para la provincia, que sufría



Escuela de Preceptoras de Concepción, postal coloreada, c. 1910.

Colección Archivo Histórico de Concepción.

la violencia de la llamada “Guerra a Muerte”, y para las propias monjas trinitarias, que habían pasado tres años, entre 1818 y 1821, viviendo en la Araucanía y sufriendo graves privaciones.

En las décadas siguientes, varias escuelas para mujeres abrieron sus puertas en Concepción, de la mano de educadoras y educadores. Se recuerda el establecimiento de Esteban Versin, el Colegio de Señoritas de M. Cleret y el colegio inglés para señoritas de “Miss Michael”, hacia 1850. En 1865, la congregación religiosa del Sagrado Corazón, originaria de Francia, autorizaba la fundación de un colegio en Concepción. A la ciudad llegó un grupo de religiosas liderada por Mary Mac Nally. Mantienen hasta el presente un importante establecimiento. A 1878 se remonta, por su parte, la llegada de la orden de la Inmaculada Concepción, que también sostiene un tradicional colegio, antes incluso un internado. Ese mismo año surgió el Concepción College y, en 1882, el Liceo de Niñas “Eloísa Urrutia”, que funcionó por más de sesenta años. La dama penquista Carmela Romero de Espinosa fundó y dirigió, desde 1896, el Liceo de Niñas “Santa Filomena”. Fue transferido, en 1955, a la congregación de las Madres Dominicas, que es su actual sostenedora.

En cuanto a la educación pública femenina, sus antecedentes se remontan a 140 años atrás. Fue en abril de 1884 cuando abrió sus puertas el Liceo de Niñas de Concepción, con el patrocinio de un

grupo de prohombres penquista, reunidos en la Sociedad Liceo de Niñas, que procuraba otorgar a la mujer una educación laica y de calidad. En 1904, tras múltiples gestiones, se convierte en Liceo Fiscal de Niñas de Concepción, con una impronta científico humanista. Para 1910 sus planes de estudio se homologan a los del Liceo de Hombres permitiendo, en los años siguientes, que sus egresadas rindiesen el bachillerato. Esto las habilitaba para ingresar a la Universidad de Concepción; es una de las causas que explican el alto número de mujeres entre las primeras estudiantes de la más antigua universidad de regiones. Del actual Liceo Fiscal de Niñas A-33 se desprende el liceo experimental, hoy llamado Liceo Polivalente Experimental Lucila Godoy Alcayaga; una de las tantas iniciativas exitosas de educación femenina, en el Gran Concepción.

La cuenca del carbón, compuesta por las comunas de Lota y Coronel, ha tenido un interesante desarrollo educativo. Instituciones importantes del pasado son la Escuela de Artesanos de Lota y la Escuela Industrial de Lota. Más reciente es el Centro de Formación Técnica Lota Arauco. Fue establecido en 1998, por la Universidad de Concepción, con aporte de la Corporación de Fomento a la Producción (CORFO). Ha graduado ya casi cinco mil estudiantes.

En la capital de la provincia de Biobío, por su parte, el Liceo Los Ángeles A-59, hoy llamado Liceo Bicentenario Los Ángeles, ya ostenta un siglo y medio de existencia. Fue fundado en 1869 y ha tenido varios emplazamientos. El que más se recuerda es el emblemático edificio situado frente a la Plaza de Armas, que ocupó entre 1923 y 1967, donde también funcionó el Internado del Liceo de Hombres. Muchas generaciones de jóvenes, provenientes de toda la provincia y más al sur, pasaron por sus aulas. Hoy se sitúa en la Avenida Ricardo Vicuña. Mantiene su tradición de educación laica, humanista y científica, ahora como establecimiento mixto. Entre sus destacados exalumnos, mencionemos a tres escritores: Roberto Bolaño, Alfonso Calderón y Miguel Arteche, los dos últimos galardonados con el Premio Nacional de Literatura.

Escuela de Grumetes, en Isla Quiriquina.



La educación al sur del Biobío y, en particular, en contextos indígenas, tiene rasgos distintivos, propios de las dinámicas de la interacción cultural que ameritan una mención especial. Se remontan al tiempo colonial y a la acción misionera de jesuitas y franciscanos; y luego a capuchinos y protestantes, en el siglo XIX y XX. Revisando la historia de varios establecimientos, las dificultades materiales aparecen como el signo distintivo.

La educación superior en la macrorregión sur tiene, también, una historia de larga data. Tan antigua que el primer Obispo de la Diócesis con sede en La Imperial, Fray Antonio de San Miguel Aven-
daño y Paz (1568-1589) y luego el Obispo Fray Dionisio Cimbrón y de Portillo, en 1657, cuando el obispado ya se había trasladado a Concepción, pidieron la fundación de una Universidad. Solo pudo concretarse en 1724, con el establecimiento de la Universidad Pen-
colitana, en Penco.

La educación terciaria no se limita, por supuesto, a los estudios universitarios. Recordemos que, desde mediados del siglo XIX, funcionan las escuelas normalistas, cuya misión era formar maestras y maestros para la educación primaria. En Concepción, funcionó por largos años una Escuela de Preceptoras, inaugurada en tiempos del presidente Balmaceda. Ocupaba un señorial edificio, del cual solo quedan viles ruinas. Operó también, hasta 1973, una en Chillán, fundada en abril de 1888; y otra en Angol, creada en 1908. Todas acumularon muchas generaciones de egresados, cargados de tradiciones de rigor, vida honesta y amor al estudio y la enseñanza.

Existió, además, en la capital regional una importante Escuela Agrícola, que era, a la vez, un paseo de la ciudad. En la costa, más bien en una isla, se abrió una oportunidad diferente para los jóvenes: la Escuela de Grumetes “Alejandro Navarro Cisterna”, bautizada así en 1968. Creada en 1868 como Escuela de Aprendices de la Armada, desde 1876 se llama Escuela de Grumetes; su misión es formar al personal de línea de la Armada de Chile. Desde 1921, luego de la salida de los tripulantes alemanes del “Dresden”, internados en la isla Quiriquina durante la Primera Guerra Mundial, ocupa las instalaciones de la Armada en la isla, frente a la Base Naval de Talcahuano.

Hacia 1800, los estudios universitarios eran una ambición sentida de la comunidad regional, en especial de las elites de Concepción y Chillán. La única alternativa era dirigirse a Lima. Baste como ejemplo la trayectoria del penquista Miguel Zañartu Santa María, quien estudió en el Seminario de Concepción y se recibió de abogado en

la ciudad de Lima. Participó activamente en varias etapas de la independencia, como ministro de Estado y diplomático ante Lima y Buenos Aires. Su carrera culmina, ya cercano a la muerte, como regidor o primer presidente de la Corte de Apelaciones de Concepción.

Durante las primeras décadas republicanas, hubo en Concepción varios intentos de establecer estudios superiores. Casi todos estuvieron ligados a la ciencia jurídica. Así, en el Instituto Literario de Concepción, fundado en 1823, el cual, desde 1853, se denominó Liceo de Concepción, se estableció un primer Curso de Derecho Civil, que contó con una matrícula de 20 alumnos, y con sede en las antiguas dependencias del Convento de la Merced. Duró apenas tres años, a partir de 1831. Un segundo intento, de existencia todavía más breve, tuvo lugar en 1837, al amparo del Instituto Provincial de Concepción, sucesor del Instituto Literario. En la siguiente década, a instancias de su Rector, Vicente Varas de la Barra, se renovaron los estudios de Derecho.

En 1865 se inaugura el Curso de Leyes del Liceo de Hombres de Concepción, iniciativa que duró setenta años, titulando a más de quinientos abogados, que impactaron mucho con su actividad en el sur de Chile. Hacia 1929, el Curso es absorbido por la Universidad de Concepción, dando origen a la actual Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Es interesante la continuidad entre ambas instituciones, que se prueba con el traspaso de profesores, alumnos y hasta libros a la naciente Facultad universitaria. El modelo de cursos universitarios fue el utilizado por la Universidad de Concepción, en sus albores; hubo también mucha continuidad entre profesores del Curso de Leyes y los fundadores y primeros directivos de la primera universidad de regiones. Desde luego, el mismo Enrique Molina, hasta 1935, fue rector de ambas instituciones.

Primera edición de *El Faro del Bio-Bio*, primer periódico de Concepción, aparecido en 1833.

LA PRENSA Y EL DESARROLLO CULTURAL

Una importante fuente para la historia del país, así como de cualquier localidad, es la prensa periódica. Su existencia en el caso de Chile, es más bien tardía, pues solo se inicia durante la Emancipación, con *La Aurora de Chile*, en 1812. En los turbulentos años de la Independencia, la llamada “Anarquía” (1823-1830), circulan en Santiago muchos periódicos, con noticias que se refieren y interesan al sur de Chile. En esta región la prensa tarda en aparecer. Recién en 1833, con la llegada de la imprenta, surge en el Instituto Literario, antecesor del Liceo de Hombres, *El Faro del Bio-Bio*, primer periódico

co del sur chileno. El rezago puede sorprender, atendido el capital cultural y el desarrollo social que había mostrado la provincia que tenía a Concepción por capital, desde tiempos coloniales. Se explica, en buena medida, por las circunstancias de la guerra, que tuvieron a la región por escenario y se prolongaron hasta fines de la década de 1820.

Con *El Faro*, un periódico informativo, literario, de opinión, que solo circuló entre 1833 y 1835, se inicia una larga tradición de prensa regional. Su corta existencia y repentina muerte tiene que ver con otra de las tragedias recurrentes del país, que tanto han dañado también su cultura y patrimonio. El terremoto de 20 de febrero de 1835, “La Ruina”, terminó con el periódico, como, ochenta años antes, otro terremoto había echado por tierra la Universidad Pencopolitana. Alcanzó a publicar sesenta números semanales, hasta enero del último año. Recién en 1842 se levanta nuevamente la prensa penquista, siempre de la mano del Instituto. Es el mismo rector, presbítero Ramón Vicente del Río, secundado por Ramón y Félix Novoa y Esteban Dagnino, el editor de *El Telégrafo de Concepción*, que circuló por un año; al que le siguieron dos periódicos más.

La prensa dio también cuenta de las luchas políticas, desde los ejes regionalista y liberal, que animaron los debates -y las guerras civiles- del siglo XIX chileno. Así, la agitación que provocó la candi-

Edificio del diario “El Sur”, de Concepción, fundado en 1882.



datura del general José María de la Cruz, intendente de Concepción, que desembocaría en la Revolución de 1851, dio lugar a la creación de varios periódicos. *La Unión* y *El Boletín del Sur* apoyaron la gesta del general del sur, en tanto que *El Conservador*, bajo el lema “Libertad, orden e ilustración”, promovió la defensa del gobierno de Manuel Montt. Todos estos medio fueron de vida efímera; al igual que el periódico *El Amigo del Pueblo*, “liberal y opositor”, surgido en 1858, en vísperas de una nueva revolución. La historia de la prensa regional ha sido bien estudiada, entre otros, por Fernando Casanueva.

Los debates ligados al proceso de laicización que vivió la provincia, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, tuvieron también eco e impulso en la prensa. El medio más relevante, desde el campo conservador, en la lucha contra el laicismo, fue *La Libertad Católica*, que circuló por más de veinte años, entre 1871 y 1892. *El Demócrata* fue el órgano de los militantes de ese importante partido del pasado; así como *La Alianza Liberal* fue el órgano de la coalición radical y liberal homónima. Les siguieron decenas de periódicos, la mayoría de corta vida, impulsados por sociedades de artesanos y asociaciones populares, como *El Eco de la Sociedad*, órgano de la Sociedad de Ahorros y Socorros Mutuos de los Tipógrafos de Concepción. También las iglesias protestantes desarrollaron medios propios, para difundir su actividad y doctrina. Es el caso de *El Republicano*, nacido en Concepción y continuado en Valparaíso; y *El Evangelista Chileno*, fundado el 11 de febrero de 1892, como medio de difusión escrita de la Iglesia Presbiteriana y Metodista de Concepción.

Una breve relación de la prensa regional, como fuente para la investigación histórica, no puede omitir al diario penquista *El Sur*. Nacido en 1882, como órgano del Partido Radical, sus páginas albergan un tesoro de información, esencial para reconstruir el pasado de la ciudad, en distintas dimensiones. Mantiene una circulación casi ininterrumpida y ya casi sesquicentenaria.



EL COMPLEJO SIGLO XX, 1900-1960

LA PROVINCIA EN EL CAMBIO DE SIGLO * LAS COLONIAS EXTRANJERAS *
LA INSALUBRIDAD Y LA CUESTIÓN SOCIAL EN EL BIOBÍO * CONECTANDO EL
TERRITORIO * LA VIDA RURAL * UNA PROVINCIA INDUSTRIAL: DEL DIQUE
SECO AL POLO PETROQUÍMICO

LA PROVINCIA EN EL CAMBIO DE SIGLO

A medida que el primer siglo chileno llegaba a su fin, los signos materiales de la modernidad se hacían presentes en la región. Ya hemos visto el avance de los ferrocarriles, uniendo ciudades y pueblos, transportando la producción agrícola y, sobre todo, trayendo el progreso a las provincias del sur. El servicio de correos operaba desde el año 1855, a lomo de mulas, comunicando pueblos y ciudades. En la década siguiente llega la línea telegráfica y, unos años más tarde, se tendieron las primeras líneas telefónicas. En 1892 se produce la conexión con Chillán. Como en muchas ciudades, los primeros teléfonos fueron instalados, entre otras instituciones, en la intendencia, la municipalidad, la estación de ferrocarriles, el hospital, Registro Civil, las compañías de gas y agua potable y los juzgados.

Un símbolo del progreso es la instalación de una red de tranvías en la capital regional; inicialmente a tracción animal (los “carros de sangre”) y posteriormente eléctricos. También llamados en la época Ferrocarril Urbano, cumplieron un importante papel en la modernización de las ciudades, en especial en Concepción, con ocasión de la expansión de la trama urbana, debido a la migración del campo a la ciudad, que hizo más imperiosa la necesidad de transporte. Los servicios se iniciaban en la estación de ferrocarriles en Avenida Prat y de tres subestaciones en Rengo, Rozas y Manuel Rodríguez, trasladando a los penquistas a distintos puntos de la ciudad, incluso a Talcahuano. Comenzaron a operar en 1886, hasta el terremoto de 1939 que afectó severamente las vías de rieles, de manera que el 21 de noviembre de 1941 corrió el último carro por las calles de Concepción.

Refinería de Azúcar de Penco, postal coloreada (detalle), c. 1910.

Con el impulso de emprendedores locales y de muchos extranjeros, la región costera, desde Lota a Tomé, vive un temprano proceso de industrialización. Ya en 1865 se había creado en esta ciudad la industria textil que fue seguida allí mismo por otras fábricas, así como en Concepción y Chiguayante; en Penco, se comienza a fabricar loza, que alcanzará fama internacional, y se levanta una refinería de azúcar y una fábrica de vidrios planos. La maestranza de Concepción construye carros y hasta locomotoras; mientras en Talcahuano el Dique Seco, inaugurado por el presidente José Manuel Balmaceda, da lugar al astillero más importante del Pacífico Sur.

Este temprano auge industrial estimuló la sociabilidad obrera, las mutualidades y la prensa popular. En esas primeras décadas del siglo XX, una pléyade de intelectuales, pintores y poetas, moviliza la cultura y las letras en la región del sur. Hay un movimiento literario y pictórico importante y se desarrolla una incipiente actividad musical, que conducirá a la formación de una orquesta sinfónica. El Liceo de Hombres, que luego es secundado por importantes colegios particulares, es el semillero de la intelectualidad, la élite económica y social y de los líderes políticos de la provincia. Surgen escuelas técnicas y, en medio de una cierta efervescencia cultural no exenta de conflictos, que atravesó el país durante los años del Centenario, nace la Universidad de Concepción, en 1919.

Las costumbres, con la modernidad, iban también evolucionando. Hacia 1860, recordaba un viejo penquista, “el movimiento comercial de aquella época era algo reducido y sin bulla. A las nueve de la noche, y a más tardar a las diez en verano, las tiendas comenzaban

Plaza de Armas de Concepción y “carros de sangre”
o tranvías a tracción animal, en 1910.



a cerrar sus puertas y a las diez u once de la noche reinaba un silencio sepulcral. La ciudad, iluminada con faroles de pésima parafina, presentaba un aspecto triste, y el silencio de la noche era interrumpido sólo por el pito de unos pocos serenos...”

Por entonces se asomaban, no obstante, los aires liberales. Se formaban las primeras logias masónicas y la prensa alentaba los debates y la difusión de nuevas ideas. Aunque había un fuerte núcleo conservador, la ciudad tenía un sello liberal, que se iba extendiendo a varias dimensiones de la vida. Se organizan los clubes sociales, como el Club Concepción, establecido en 1867 y que ya supera los 150 años de existencia continua, y se intensifican las actividades sociales, políticas y deportivas.

Para 1900 ya las cosas eran muy diferentes. Cuando comenzaba el nuevo siglo, el comercio y la industria eran actividades muy dinámicas, a pesar de las dificultades de comunicación y las deficiencias sanitarias. Surgían nuevas instituciones y se incorporaban adelantos técnicos. En definitiva, era entonces Concepción una urbe pujante, inquieta, en plena transición a la modernidad.

LAS COLONIAS EXTRANJERAS

Entre 1870 y 1930 se produce un fuerte movimiento de migración europea hacia América. Es impulsada por las crisis políticas y económicas del Viejo Continente, como por el auge minero y la política de migración propiciada por el Estado chileno. Muchos se dirigen a la zona costera de la provincia de Concepción y a la Araucanía. Los movilizaba el creciente desarrollo industrial y la promesa de tierras para la colonización.

Las colonias extranjeras impulsaron el progreso urbano y agrícola, en la zona desde Tomé a Lota, así como en la integración de la Araucanía, proceso no exento de polémicas. Dio lugar a ciclos de migración en cadena, que impactaron de forma duradera la sociedad regional. Españoles, árabes, franceses, ingleses, alemanes e italianos, son los núcleos principales. Se repartieron por el país, elevando, para 1900, a un 4% el porcentaje de extranjeros en la población total. Crearon industrias, clubes, colegios y asociaciones, muchos de los cuales todavía subsisten. La influencia religiosa de ciertos grupos, asociada a varias denominaciones protestantes, también es importante. Dedicemos unos párrafos a algunas comunidades nacionales de migrantes.

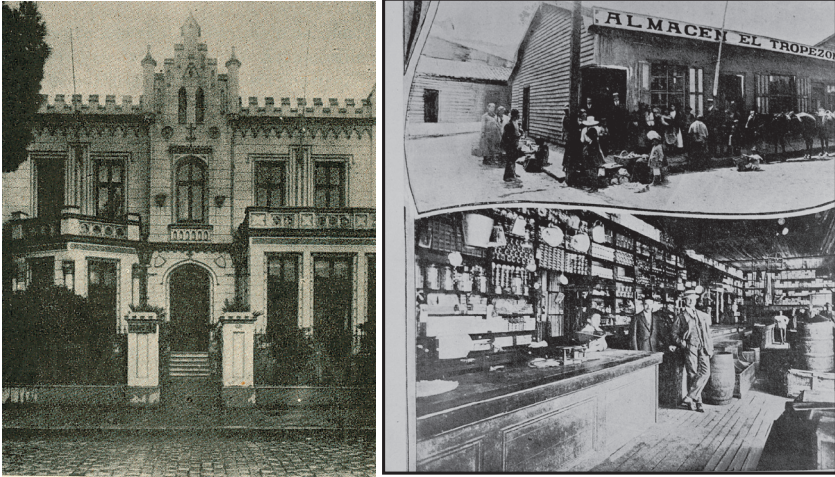
Durante los años coloniales, en contraste, la inmigración europea no española fue muy escasa. Solo Francia -y por un breve período- hace excepción a esta sequía de extranjeros. Durante las dos primeras décadas del siglo XVIII, en efecto, las coronas de Francia y España permitieron el comercio y, a partir de él, la radicación en el reino de Chile de numerosos individuos de esa nacionalidad. Los franceses son importantes en el origen de Talcahuano como centro urbano, y en el desarrollo de actividades económicas, como la herrería, la viticultura y el comercio. En el último tercio del siglo XIX, un grupo numeroso, la mayoría proveniente de la zona vasca, en el sur de Francia, se instalarán en Coronel, Lota y la Araucanía, en localidades tales como Cañete, Arauco y Los Álamos.

Hacia fines del periodo colonial, visitaron las costas de Concepción y Arauco cientos de naves balleneras de origen inglés y estadounidense. Los norteamericanos, muy bien estudiados por Eugenio Pereira S., tuvieron influencia ideológica en el despertar republicano y la Independencia. Seguirán llegando durante la primera mitad del siglo XIX, al punto que, para 1830, Talcahuano era considerado la principal estación ballenera estadounidense del Pacífico Sur. Nombres apenas a uno: Paul Delano, venido con Lord Thomas Cochrane, cabeza de una larga familia, fue cónsul estadounidense en el puerto por largos años; su hijo Guillermo, un prominente industrial y molinero penquista, fundador de la fábrica textil de Bellavista en Tomé y un precursor de la minería del carbón.

Los ingleses, por su parte, llegan en buen número a partir de la década del veinte del mismo siglo. Recorren el país, se internan en la Araucanía e instalan casas comerciales en Santiago y Valparaíso. En Concepción, abren filiales de menor capital e importancia, pero que igualmente impulsan la economía local. Su presencia es significativa en la minería de carbón y los ferrocarriles. En Lota, fundan una iglesia anglicana, que luego se traslada a Concepción.

En el Censo de 1865, se contabilizaron en la provincia de Concepción 977 europeos; a los británicos, que eran el grupo más numeroso, le seguía la colonia alemana, que sumaba 263 personas, que equivalían a un 27%. En las décadas siguientes, la colonia española sería la más masiva, según el censo de 1895. Desde 1890, además, se formó un núcleo de relativa importancia de italianos en la provincia.

Los italianos, aunque no llegan de manera numerosa, se incorporan al comercio en múltiples pueblos y ciudades de la región. Otros incursionan en la industria, mostrando su espíritu empresarial. Ilus-



Club Alemán de Concepción y Almacén El Tropezón, de inmigrantes italianos.

tra lo anterior su partición en la industria textil regional. En Tomé, en efecto, surgió la Fábrica de Paños y Tejidos “El Morro” S.A., dedicada a la fabricación de artículos para señoras y niños, en tejidos de punto. Su razón social era Sbarbaro y Cía. y sus principales socios fueron Jerónimo Sbarbaro, originario de Rapallo, Franco Giacomo, Nicolas Queirolo y Eliseo Casanova. Contaba con 42 obreros chilenos, bajo la dirección de técnicos italianos. Sus tejidos eran vendidos en el territorio nacional y en países vecinos. La empresa más recordada es la Fábrica Ítalo-Americana de Paños, FIAP. Surgió en 1932, pero sus antecedentes inmediatos se remontan a 1927 y se asocian al empeño de empresarios miembros de la colectividad italiana. Los socios eran todos italianos residentes en Concepción y la región, con la excepción de Silvio Sbarbaro, que vivía en Tomé y de Celso Colongo que residía en Turín.

Más allá de la industria, la presencia italiana impactó la cultura y la gastronomía y, en general, la sociabilidad regional, a través de colegios y clubes, entre otras instancias. Aunque no situada en la Región del Biobío, la colonia de Capitán Pastene es una expresión notable de la cultura italiana, implantada en plena Araucanía. Un dato final: fue el navegante genovés Juan Bautista Pastene el capitán del buque “San Pedro”, desde cuya cubierta se tomó posesión del territorio del Biobío para la corona española, frente a la desembocadura del gran río. Era el 27 de septiembre de 1544.

La Colonia Alemana, por su parte, si bien no fue la más masiva, tuvo una importancia significativa en la actividad económica local;

veremos su desenvolvimiento a modo ejemplar. Como ocurre en cada país en que se implanta un núcleo germano, además, creo una serie de instituciones para apoyar a sus nacionales y a la sociedad en general. Clubes, colegios, iglesias y compañías de bomberos, entre muchas otras instituciones, reflejan la impronta alemana en el Gran Concepción.

Hacia 1900, grandes firmas extranjeras administraban buena parte del comercio regional. Las alemanas fueron mostrando una importancia creciente. Desde 1880 Chile es el primer socio comercial hispanoamericano del imperio alemán. En la zona, dos bancos ya desaparecidos facilitaban el comercio, el Alemán Transatlántico y el de Chile y Alemania. Importantes firmas alemanas, establecidas en Valparaíso desde 1820, habían extendido a Concepción sus actividades. Entre ellas, destacan Lange y Cía., Luck y Cía. y Schutte, Post y Cía. La principal fue Gildemeister, establecida originalmente en Lima y que luego se expandió a Chile, siguiendo el negocio salitrero. En 1914 instala una sucursal en Concepción, para la distribución de nitrato y la importación de maquinaria agrícola; luego incursiona en la industria del trigo, con la creación de la Compañía Molinera de Tomé.

Asimismo, operaban en la zona grandes firmas, que realizaban a la vez actividades comerciales e industriales; la más importante de ellas de origen local, fue sin duda la firma M. Gleisner y Cía. Industriales alemanes fueron importantes en la consolidación del negocio textil, minero y portuario, a lo largo de la provincia. Para 1910, se reconocían como firmas alemanas en la zona, entre otras, las de Oscar Spoerer y Cía., Julio Plesch, E. y W. Hardt, Weber y Cía., Nissen, Fischer y Cía., Neckelmann Hermanos, Holz y Hellwig, Koster y Wincken, Lange y Cía., Hengstenberg y Cía., Krefft, Fellmer y Cía., Cartens y Schaffeld, A. y F. Becker y Cía., Bäbre, Herbst y Cía., O. y E. Krause, Guillermo Breckwold, Carlos Fonck y Cía., Timermann y Siemens, Schuckert, entre otras. Se consideraban, además, como establecimiento alemanes, instalados en la ciudad, la Cía. Cervecera de Concepción y Talca, la Cía. Cervecera de Valdivia, la Fábrica de Gas, la Compañía Industrial, la Compañía de Luz Eléctrica de Concepción y la firma Pedro Nickelsen y Cía.

El primer impulso oficial a la colonización alemana, como se sabe, tuvo lugar en las décadas de 1840 y 1850 y se concentró en las zonas de Valdivia, Osorno y Puerto Montt. Varios de esos inmigrantes se desplazaron luego a nuestra zona. Recordemos que uno

de los principales promotores de ese proceso, Vicente Pérez Rosales, fue también intendente de Concepción. Como iniciativa oficial en la región de promover la inmigración germana, puede mencionarse el caso de la Colonia de Contulmo, establecida en 1884, muchos de cuyos herederos viven en la capital regional.

Entre las instituciones que marcan la presencia alemana en Concepción, sin ser exhaustivos, pueden mencionarse, desde luego, el Sanatorio Alemán, el Colegio Alemán, la Iglesia Evangélica Luterana, el Hogar de Estudiantes Burschenschaft Montania, el Club Victoria, la Logia Goethe, el Instituto Cultural Goethe y la 7° Compañía de Bomberos “Bernhard Eumon Philippi”.

Diversos hitos urbanos testimonian la actividad de la colectividad teutona. Recordemos solo la fuente de la Plaza Perú, donada por ella en 1950, para el Cuarto Centenario de la ciudad de Concepción; o la *Bismarck Turm*, el Mirador Alemán, torreón de piedra que corona una de las cimas del Cerro Caracol, construido en 1921 y único en Latinoamérica, prolijamente restaurado en años recientes. Podríamos extendernos mucho más, en la relación de la presencia alemana, a través de sus inmigrantes y descendientes, en los más diversos ramos de la actividad económica y sociocultural.

En fin, no es posible ser exhaustivos para reconocer los múltiples aportes extranjeros, a la conformación de la sociedad regional. Solo comentemos que españoles, venidos de distintas regiones de la península, no solo llegaron en tiempos coloniales; también hay Sanatorio Alemán de Concepción, fundado en 1895.



una importante migración desde 1870 en adelante, que ha dejado un gran legado. Lo mismo puede decirse de los palestinos, que han contribuido al comercio, la beneficencia y la educación; y así, tantas otras nacionalidades, que en el ámbito público y privado, en la Universidad y la industria, en fin, en las entidades tradicionales de ciudades y pueblos, han aportado su sangre y su cultura.

LA INSALUBRIDAD Y LA CUESTIÓN SOCIAL EN EL BIOBÍO

El desarrollo material y cultural, concentrado en los centros urbanos, no debe hacernos olvidar las terribles vicisitudes que aquejaban a los más pobres. En el último tercio del siglo XIX, la modernización y el desarrollo material impulsó la migración desde los campos a las zonas urbanas. En 1885, la población chilena alcanzaba a 2.527.320 personas. En muchas ciudades, la población se triplicó, llevando a un 35% la proporción urbana de los chilenos.

La salubridad fue siempre una cuestión crítica, agravada en tiempos de pandemia. Se sucedían epidemias de viruelas, sarampión, sífilis, chavalongo, disentería y otros males. “Chile se encontraba todavía en una dolorosa situación sanitaria que lo había transformado en un vasto hospital”, comenta Rafael Sagredo. La enfermedad que causaba una mayor mortalidad era la tuberculosis pulmonar o tisis. Entre 1859 y 1883 había ocasionado, a nivel nacional, la muerte

Lavanderas en conventillo, postal coloreada, c. 1910.
Colección Archivo Histórico de Concepción.



de 41.035 personas. La ignorancia, los malos hábitos de higiene y el modo de vivir “medio salvaje” de la mayor parte de la población eran la explicación más recurrente. Pero detrás de todo se hallaba la pobreza. Los pobres vivían, en palabras del doctor Adolfo Murillo, en “habitaciones sucias, inmundas, mal ventiladas y donde se respira, no el aire que vivifica y estimula, sino el aire que mata y asfixia”.

En 1900, la mortalidad infantil era pavorosa. De 110.697 nacidos vivos, 37.917 -más de un tercio- fallecieron antes de cumplir el año. Hacían falta vacunatorios, hospitales y consultorios para atender enfermos y vacunarlos. Comenzando el siglo XX, la mayoría de los hospitales y hospicios para inválidos, en verdad, eran simples asilos, en condiciones tales de hacinamiento que hacían frecuentes los contagios.

En Concepción, la pobreza era la situación más prevalente. Sucesivas epidemias y las deficientes condiciones sanitarias diezmaron la población, en el cambio de siglo, lo que apenas se compensaba con la migración de campesinos a la ciudad. Los recién llegados se instalaban en las afueras, en terrenos húmedos e inundables. Construían sus precarias viviendas en las orillas del Biobío, donde sufrían las esporádicas subidas del río, o bien en los extramuros, hacia el norponiente, sector entonces más bajo y pantanoso que hoy en día.

La ciudad era incapaz de atender a la creciente población vulnerable, hacinada en conventillos y arranchada en sectores húmedos e insalubres. Entre 1885 y 1895, por ejemplo, las defunciones sumaron 22.554 contra 16.187 nacimientos, resultando en una pérdida de población, solo compensada con la inmigración rural. En 1894, informa Arnoldo Pacheco, un rebrote de viruela mata a 973 personas. Para atender a la población de la ciudad y la provincia que lo requería, al iniciarse el siglo XX, Concepción contaba con dos grandes hospitales públicos, más uno de niños y tres clínicas privadas.

Ya hemos comentado la terrible prevalencia de varias epidemias. Solo mencionemos que, entre 1850 y 1890, Concepción sufrió el cólera (1854 y 1887), la viruela (1861, 1863, 1872 y 1890) y el tífus (1863). La mortalidad infantil era atroz. En el primer año de vida, moría un cuarto de los niños y la mitad de ellos antes de los primeros diez. A modo ejemplar, señalemos la situación del año 1910, ya comenzado el siglo XX y justo cuando Chile celebraba el Centenario de su Independencia. Ese año también murieron más niños que adultos. Solo en el primer semestre, de 1.325 fallecimientos registrados, 719 son de párvulos y 606 de adultos. Las cifras empeoran con



La amenaza del cólera, graficada en la portada de la Revista Chantecler, de Concepción, en noviembre de 1910.
Colección Archivo Histórico de Concepción.

los años, en la medida que el hacinamiento de la población en espacios urbanos, carentes de agua y alcantarillado, se hace más crítico.

En las décadas siguientes, las cifras de mortalidad se mantienen altas, en atención a que las condiciones estructurales tardan mucho en modificarse. Para la década de 1930, fluctuaría entre el 30 y 40 por mil habitantes. Entre 1930 y 1935 en Concepción, la tuberculosis causa 1885 muertes; la gripe influenza, 695; la sífilis, 542 y el tífus exantemático, 359. Las enfermedades respiratorias, en tanto, como las neumonías, también producen miles de muertos. Nuevamente los habitantes de la periferia, radicados en zonas bajas y húmedas carentes de alcantarillado y de agua potable, son los más afectados. Por varias décadas todavía, la situación de la mortalidad infantil y la salubridad, continuarían siendo críticas.

A fin de compartir conocimientos y propender al desarrollo de la disciplina, varios médicos de la ciudad, formaron, el 5 de junio de 1887, la Sociedad Médica de Concepción. Su objeto era “celebrar reuniones periódicas, para tratar de asuntos de higiene médico-quirúrgicos, o todo aquello que se refiera o se relacione con la profesión médica”. Fue un antecedente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción. Ha tenido una larga existencia, durante la cual ha hecho aportes a la disciplina médica y a la salubridad, en especial en la Región.

Los facultativos, como podrá imaginarse, escaseaban en la ciudad. A comienzos del siglo XIX, había apenas dos médicos disponibles. Para 1850, su número ascendía a seis y en la prensa anunciaban su ubicación. Eran Juan Lacourt, en calle Lincoyán; Eugenio Hulliel, calle Freire; Ernesto Andreas, frente al cuartel de policía; Pedro Ortiz, calle Galvarino; José Musriera, calle San Martín; y Luis Lecorneck, frente al Hotel del Universo. Aunque ya se ofrecía, en los hospitales o a domicilio, precaria atención médica gratuita a los pobres, por atavismo cultural estos acudían a yerbateros y curanderos. La autoridad combatía estas prácticas, por inseguras.

Para 1912, se da cuenta de 22 médicos en la ciudad, que eran 42 para 1928. Ejercían su profesión en consultas particulares y en establecimientos como el Hospital San Juan de Dios, el Hospicio, el Manicomio Avello y el Policlínico de Niños. Había también profesores de la joven Universidad de Concepción.

Tomó muchos años al Estado poder instalar un sistema sanitario y de salud que diera respuesta a estas carencias. A Concepción el alcantarillado llegó recién en 1908, pero solo al área central. Más tardó todavía en las ciudades y villas periféricas. Una respuesta privada fue la creación del tradicional Sanatorio Alemán de Concepción, establecido en 1895. El hospital San Juan de Dios, por su parte, para 1900 estaba en condiciones ruinosas, pero solo fue reemplazado en 1943, con la inauguración del actual Hospital “Guillermo Grant Benavente”, tras la destrucción del primero, en el terremoto de enero de 1939.

La transformación de la sociedad colonial chilena, tradicional y mayormente rural, hacia una sociedad industrial y moderna, fue un proceso largo y complejo. Se inició hacia 1840 y se prolonga, con diferencias regionales y sectoriales, por un siglo. La actividad artesanal da paso a una economía preindustrial. El trigo, impulsado por la demanda externa, provoca la primera industrialización, de la

mano de los molinos, que se establecen entre el Maule y la Frontera. La minería del norte, zona árida y sin más recursos que los propios minerales, estimula el desarrollo de la agricultura y la ganadería del sur, la producción de vinos y bebidas, loza, telas, botellas y, luego, industrias más pesadas, como maestranzas y ferrocarriles. Varias ciudades, entre ellas, Concepción, Penco, Tomé, Lota y Coronel, por su condición de puertos y articuladoras con el *hinterland* de Ñuble y la Frontera, fueron desarrollando una incipiente industrialización, en diversos rubros.

De esta forma, la zona de Concepción, con su abundancia de población y recursos naturales, sumada a la cercanía al puerto, se transforma en un importante proveedor de las ciudades mineras y las oficinas salitreras. Surge, de esta forma, un incipiente desarrollo industrial en la zona costera de la provincia, que anticipa los procesos que vivirán luego otras regiones.

Las transformaciones económicas trajeron cambios en las condiciones sociales, procesos cargados de luces y sombras, que anticipaban un complejo siglo XX. Junto a sus implicancias económicas y tecnológicas, tuvo también dimensiones humanas. Es la llamada cuestión social, que provocó la transformación de las estructuras productivas.

Concepción crece y se moderniza, Tomé y Penco se industrializan, al alero de su condición portuaria. La expansión de Lota y Coronel, por su parte, de la mano del carbón, es calificada de “vertiginosa”, por Laura Benedetti. Como ocurre en todo proceso de cambio radical, se generan crisis y desajustes que tensionan las relaciones sociales. La mutación del espacio local fue acompañada de procesos de urbanización, que tuvieron consecuencias en varios planos. El

“Canillitas” o vendedores de periódicos, Concepción, c. 1930. Fotografía Enrique Benöhr.



primero es la vivienda popular. La intensa migración espontánea a la ciudad, buscando mejores condiciones de trabajo, origina barrios marginales en condiciones insalubres. En el mundo del carbón, las dificultades se multiplican. Allí la vida es estructurada en torno a la mina. La sirena inexorable marca los turnos de los mineros que descienden cabizbajos, para regresar tiznados de negro. En la lógica de un *company town*, es la empresa la que gobierna la ciudad, disciplinando a los obreros, para asegurar sus objetivos. Aunque la ciudad “de arriba” experimenta progresos urbanos y tecnológicos, como escuelas, hospital, mercado o la recordada “Gota de Leche”, la vida *subterra* es durísima. El alcoholismo, la prostitución y las enfermedades son lacras sociales que acompañan la existencia de las familias mineras.

A través de los años, va surgiendo una fuerte identidad obrera, como conciencia de clase, que induce a la organización y se expresa en el motín y la huelga. En las minas, además, por las peculiaridades propias de una sociedad aislada, reconcentrada en sí misma, se conforma una cultura compleja, con mucho de intangible, que se manifiesta en el lenguaje, la gastronomía, la prensa o la arquitectura. Una identidad fuerte, que subsiste aún hoy, transcurridos largos años del cierre de las minas.

CONECTANDO EL TERRITORIO

En las primeras décadas del siglo XX, la comunicación seguía siendo una dificultad, para los habitantes, así como para el transporte de carga. Para entonces, la navegación por el río Biobío había casi desaparecido y solo se practicaba para cruzarlo en determinados sectores. Algo que todavía ocurre entre San Rosendo y Santa Juana, entre otros parajes. Antes de pavimentarse la ruta, los habitantes de esta ciudad debían atravesar en botes y lanchones a Talcamávida y de ahí tomar el tren a Concepción. El bote llevaba unas doce personas y el trayecto, a vela impulsada por el viento, demoraba casi una hora porque había que remar río arriba. Así cruzaban miles de personas, cuentan Boris Márquez y Angelo Castro: comerciantes, estudiantes e incluso las monjas dominicas, para acercarse al tren, hasta que la construcción del puente carretero sobre el Biobío hizo preferir la ruta terrestre.

Contemos algo sobre los puentes que cruzan el Biobío. Su construcción era una ambición antigua en la ciudad de Concepción. *El Correo del Sur*, el 21 de abril de 1855, apuntaba que una tarea impor-



De arriba hacia abajo, Puente Enrique Curti Cannobio o “Ponte Viejo”, sobre el río Biobío, inaugurado en 1943, destruido en 2010; puente sobre el río Duqueco, inaugurado en 2022; y puente sobre el río Laja, inaugurado en 2013.

tante del próximo municipio debía ser “2º. Fomentar el proyecto de construir un puente sobre el Bio-Bío, o procurar el establecimiento de una lancha de vapor en el pasaje, como se ha proyectado”. El Intendente, por su parte, en 1857, señalaba la necesidad de construir un puente de lanchas, “que no costaría más de 25 a 30.000 pesos, según cálculo aproximativo”. Veinte años después el puente seguía siendo una utopía. Recién en 1889, gracias al capital y la tecnología inglesa, impulsada por la industria del carbón, fue que la empresa The Arauco Company Limited construye el gran puente ferroviario, que todavía opera.

Para la construcción de un puente carretero, inicialmente de madera, habrá que esperar a 1934. También fue iniciativa de una empresa privada, pero finalmente el Estado debió completarlo, tras múltiples vicisitudes. Se inauguró el 15 de mayo de 1943. Llevaba oficialmente el nombre de su constructor, Enrique Curti Cannobio, mas se le conocía coloquialmente como *Puente Viejo*. Tuvo una larga vida de servicio, no exenta de mejoras y dificultades, hasta que el terremoto del 27 de febrero de 2010 lo derribó como un dominó.

Para entonces, ya se había construido, a poca distancia, el llamado Puente Llacolén, inaugurado en febrero de 2000 y de mucho mejor estándar. Varias décadas antes, más cerca de la desembocadura se levantó el hoy llamado Puente Juan Pablo II, inaugurado en 1974. Con 2.310 metros, es el más largo de Chile y también su ingeniería es obra de una compañía inglesa, W. H. Gifford & Partners. A los anteriores, se sumó el Puente Chacabuco, construido con urgencia luego del terremoto de 2010, como una estructura de acero y luego de sólido concreto. Su nombre oficial fue fijado como “Puente Bicentenario Presidente Patricio Aylwin Azócar”. Por varias situaciones, relacionadas con las poblaciones de la ribera norte y el antiguo proyecto de soterrar la vía férrea, no ha podido ser completado totalmente. Actualmente, se encuentran en desarrollo las obras del Puente Industrial, situado cerca de la desembocadura, y de un nuevo puente ferroviario, que reemplazará al actual, el cual ya agotó largamente su vida útil.

Más arriba en el cauce existen muchos otros puentes y proyectos. Mencionemos el Puente Ferroviario La Laja. Fue parte original del ferrocarril Talcahuano a Chillán y reemplazado en 1890. Se le agregó, luego, una estructura peatonal y otra para el paso de vehículos.

En 2013, se inauguró un nuevo puente carretero que conecta a San Rosendo y Laja, de 590 metros; y en 2022, el nuevo puente Du-

queco que une Santa Bárbara con Quilleco. Un gran proyecto, que ha demorado en ver la luz, es el llamado Puente Amdel. De 1.209 metros de extensión, uniría las rutas 0-884 y 0-60, beneficiando el intercambio de productos entre Santa Juana y Hualqui, así como a San Rosendo, Laja, Yumbel y Nacimiento, mejorando su conectividad con la capital regional.

¿Volverá el Biobío a ser navegable? Si bien el tráfico fluvial ha perdido su atractivo, la ambición de regularizar el río Biobío y convertirlo en navegable nunca ha desaparecido. Varios proyectos se han sucedido para dragar el río y encajonarlo, de manera de profundizar su cauce. En 1922, Arturo Yunge, agricultor de la ribera norte del río, solicitaba un permiso para hacer un canal de navegación hasta Talcahuano, antiguo proyecto que nuevamente se descartó. Durante la Segunda Guerra Mundial, la aguda escasez de combustible hizo mirar al río, con la idea de navegarlo con vapores planos con combustible de madera, para bajar los productos agrícolas de los grandes fundos de Ñuble y de Los Ángeles hasta Concepción. El proyecto fue estudiado por el Ministerio de Obras Públicas, pero no fue ejecutado. En 1950, el auge de la industria forestal y de celulosa en Laja y Nacimiento llevó a pensar en el río para el transporte de rollizos, en balsas hechas con los mismos troncos. La verdad es que esta era una práctica antigua en el Biobío, que se practicó artesanalmente hasta la década de los sesenta.



Estación del ferrocarril electrico en Talcahuano, c. 1900.

Más recientemente, en la década de los 80, hubo un movimiento, liderado por el agricultor e ingeniero Enrique Matthei Jensen, para recuperar el cauce y ganar terreno en las riberas, mediante la plantación de una variedad de sauce, con muchas raíces, que en poco tiempo podría recuperar decenas de hectáreas. Se realizaron múltiples gestiones y se formó la Corporación Prorío para impulsar la iniciativa. Por desgracia, no se ha logrado, más allá de algunos ensayos, el objetivo de volver real el imaginario biobense de un río navegable. Parece que la sequía y el cambio climático conspiran contra ello. No sabemos el futuro. Mientras el río traiga aguas, habrá esperanza.

Antes del ferrocarril, los caminos eran muy precarios; el principal era la Ruta del Conquistador, según hemos dicho, que venía de tiempos coloniales y unía San Javier, Cauquenes, Quirihue, Coelemu, Tomé y Penco y continuaba por Concepción hasta Nahuelbuta y La Araucanía. El antiguo camino a Bulnes, por su parte, salía de Penco a Florida, pasando por Roa, Juan Chico y Florida; de allí seguía a Quillón y a Bulnes. En los años 30 del siglo XX, gobernando Carlos Ibáñez del Campo, se mejoró la ruta y se construyeron los tradicionales puentes sobre el río Andalién. Aprovechando una vieja huella trazada en 1920 y 1924, dice Fernando Campos, se abrió por Palomares, Agua de la Gloria y Florida el acceso a Concepción, que hoy es parte de la autopista Concepción- Cabrero, que opera desde 2017.



El aviador de Talcahuano David Fuentes, pionero de la aeronáutica chilena.

Veinte años antes, pues fue en 1998, comenzó a operar la Autopista del Itata, la segunda ruta concesionada del país y que conecta al Gran Concepción con la Ruta 5. Su trazado relativamente directo acortó la distancia con la ciudad de Chillán, cambiando virtualmente la percepción del espacio regional. Es la ruta que el ferrocarril no pudo cubrir, en razón de las pendientes, por lo que finalmente optó por la larga ruta de San Rosendo y la ribera del Biobío. En Concepción se conecta con la ruta interportuaria, que anticipa la futura plataforma logística que se imagina en la bahía de Concepción.

En años recientes, otras rutas han sido mejoradas, como la Q-61, que une a Los Ángeles con Santa Bárbara y Ralco. Asimismo, la ruta costera, que pretende unir la costa del norte y centro sur de Chile, desde Arica a Los Lagos, muestra significativos avances en el Biobío.

Los puertos de mar son importantes desde la incorporación misma del Biobío al mundo moderno, en los albores de la Conquista. Es interesante referirse someramente a ellos, desde un punto de vista histórico, pues fueron las condiciones naturales de la bahía las que justificaron la fundación de la ciudad de Concepción, en Penco y luego el desarrollo de las ciudades puerto de Tomé y Talcahuano. A ellos se sumaron los puertos de San Vicente y Lirquén y, al sur de la provincia, de Coronel y Lota. Inicialmente destinado al embarque de carbón, hoy el primero es un activo terminal multipropósito. Más al sur, el Puerto Pesquero de Lebu apoya la descarga de recursos marinos y el abastecimiento de embarcaciones. Recordemos que la existencia de estos y otros terminales en la región, así como las islas

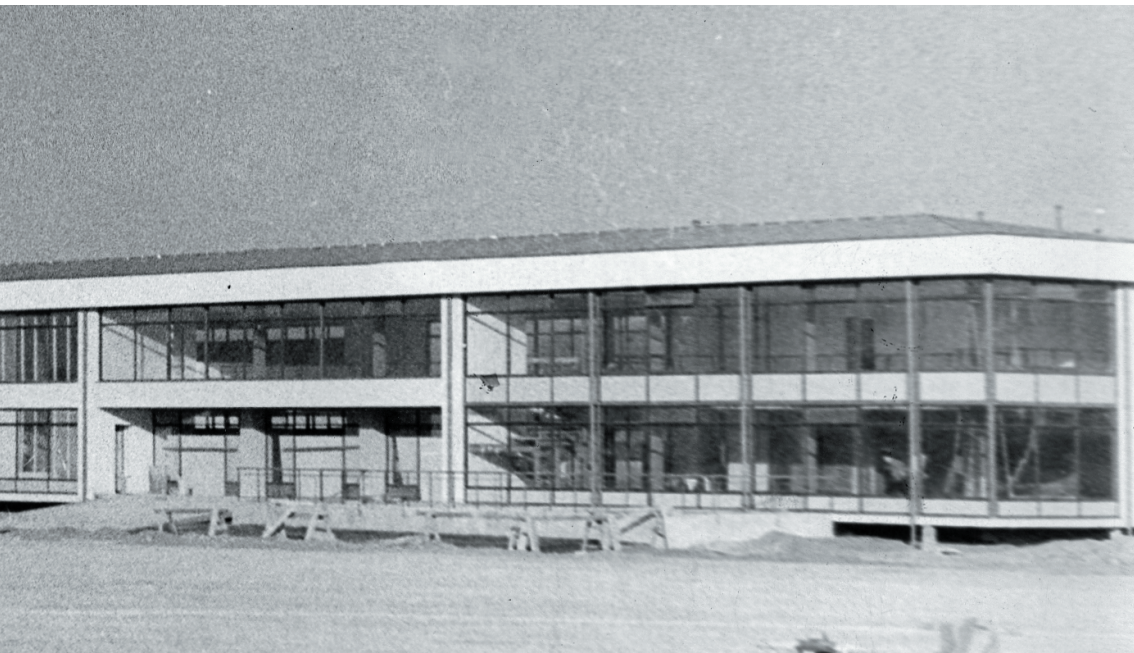
Aeropuerto Carriel Sur, en 1967, año de su inauguración.



que forman parte de su territorio marítimo, a pesar de su compleja conectividad, son elementos excepcionales del punto de vista ambiental y para la promoción de su desarrollo económico.

La historia de la aviación penquista comienza en la segunda década del siglo XX. Está asociada a la muerte trágica del piloto Luis Acevedo, en abril de 1913, en el contexto de un *raid* que pretendía unir por el aire Concepción con Santiago. Despegó en su Bleriot desde San Pedro, cayendo minutos después en el río Biobío, donde encontró la muerte. Mejor fortuna tuvo David Fuentes, el gran piloto de Talcahuano, precursor de la aviación chilena.

El transporte aéreo se inicia por iniciativa particular, con la fundación del Club Aéreo de Concepción y del aeródromo de Huachipato en 1942. Los aeródromos regionales se remontan a mediados del siglo pasado. En Hualpencillo, en la misma década, operó el aeropuerto de la capital regional y se recibieron los primeros vuelos comerciales, de la entonces Línea Aérea Nacional. En 1968 se inauguró el actual aeródromo de Carriel Sur, con miras a satisfacer la demanda regional de transporte aéreo. En el año 2001 se inauguró el actual terminal, que fue ampliado en 2017. Actualmente, recibe vuelos de cinco ciudades de Chile y comienzan los vuelos internacionales, reforzando la conexión del Biobío con el mundo. Señalemos, al concluir este punto, que también en 1968 tuvo lugar la inauguración del aeródromo de María Dolores, de la ciudad de Los Ángeles. Atiende vuelos de líneas privadas y se espera el regreso de las líneas comerciales.



LA VIDA RURAL

En tiempos pretéritos, Biobío fue territorio de extensos bosques, que fueron cayendo para dar espacio a la agricultura, en especial desde el auge triguero, que tuvo lugar desde 1840 en adelante. Siempre fue tierra fértil, de “buenos rindes”, como se decía antaño, benedecida por abundantes lluvias. Estas hacían menos necesarios, en Arauco y la zona costera, los canales y las obras hidráulicas, que transformaron, en cambio, la agricultura de la provincia del Biobío. La fertilidad de la tierra explica, además, que fuera, desde tempranos tiempos coloniales, zona productora de vinos, ganados y cereales, celebrada por su proverbial productividad por numerosos viajeros llegados a la bahía de Concepción.

En la provincia de Concepción, hubo agricultura, ganados y lecherías en Hualpén y Chiguayante, Cosmito y Tomé, entre otras localidades, hoy densamente pobladas o, derechamente, conurbadas en el Gran Concepción. Una zona de reconocida agricultura, en la provincia de Concepción es el antiguo partido de Puchacay. Su capital era San Juan Bautista de Hualqui, lo gobernaba un corregidor y lo integraban dos curatos, Conuco y la Florida. En tiempos del gobernador Ambrosio O’Higgins, o sea, hacia 1784, producía granos, ganados y vinos, según cuenta el cronista José Pérez García, en su *Historia de Chile*, aparecida en 1808. Para 1867, el ahora departamento de Puchacay comprende las subdelegaciones de Florida, Quillón, Cerro Negro, del Parrón, Hualqui y Palomares. Aunque su nombre se omitía, ya surgía la localidad de Copiulemu, por 1866, conocida por sus lozas y, últimamente, por sus tejidos. Como muchas otras en la Región, no se funda, sino solo “se forma”.



Las villas y ciudades tradicionales de la Región del Biobío, como Concepción o Arauco, se fundaron en el siglo XVI; otros centros urbanos, como Los Ángeles o Santa Bárbara, en el siglo XVIII; en el siglo XIX varios puertos y caletas devienen en villas o ciudades, como Tomé o Lebu. En el interior, en tiempos diferentes, ocurre un proceso similar. La ruca mapuche se transforma en la casa del inquilino. La teja cocida reemplaza los techos de carrizos y los corredores de adobe a las ramas y el colihue. Alineadas, las nuevas casas forman calles terrosas y caseríos. Una capilla le da individualidad a los núcleos poblados. Como la arquitectura, la población deviene híbrida y mestiza y el paisaje es domesticado por el arado y las ordenadas filas de las siembras.

En épocas diferentes, pero por todo el territorio, el fuego de los roces va despejando la selva, se secan pantanos, se cercan potreros y se abren huellas que luego son caminos; por ellos las carretas circulan hacia las villas y los puertos como “el Tomé”. Embarcados en frágiles chalupas y luego en vapores, viajan las harinas y el vino hacia el Valle Central por Valparaíso, hasta las sedientas salitreras del desierto y aún más allá, al mercado del Perú. Surgen grandes haciendas, como Collico, San Juan, o Las Lajuelas, entre Florida y el antiguo Penco. Junto a ellas, innumerables minifundios que solo alimentaban la economía familiar. Medieros, productores de carbón, modestos viñateros. Más que en otras zonas del país, la modestia de los predios dificultó la modernización agrícola, provocando el rezago de una zona que fue una vez el granero de Chile. En Rere, en efecto, se hallaba la Estancia del Rey, sus viñedos daban de beber a los fuertes y alimentaban el comercio fronterizo. Yumbel fue -y debe volver a serlo- la capital del vino, por su fertilidad y la cercanía de los mercados de consumo.

La creación de la Parroquia de Florida, en 1744, fue un hito importante en la futura consolidación del pueblo, que permaneció todavía mucho tiempo como una hacienda de particulares. Hallazgos de oro, hacia 1800, incentivaron el poblamiento, época en que se consignan seis minas o lavaderos en producción. La apertura del camino de Palomares dota a Florida de una centralidad importante. Para 1835, cuando la visita el naturalista Claudio Gay, es una villa consolidada, capital del departamento de Puchacay. En 1871 recibe el título de ciudad.



Centro cívico de la ciudad de Florida.

Avanzando hacia el suroeste, se halla la comuna de Hualqui, de profundas tradiciones coloniales, y aún más antiguas. En el siglo XV los incas explotaban yacimientos auríferos en Quilacoaya, cerca de la ciudad de Hualqui, labor que continuaría luego Pedro de Valdivia, asentado ya en estas tierras. Petroglifos y antiguos lavaderos atestiguan estas prácticas. La fundación de la Villa San Juan Bautista de Hualqui fue instruida por el gobernador Manuel de Amat y Junient, en 1756, al amparo de un antiguo fortín de tiempos de la Conquista. Fue capital del Partido de Puchacay, hasta que esta se traslada a la villa de la Florida. Pasó tiempos muy difíciles para la Independencia y la llamada Guerra a Muerte que le sucedió, de violencia, hambre y enfermedades. En 1891, con la ley de la Comuna Autónoma, que dio origen a tantos municipios en Chile, surge la municipalidad de Hualqui, que forma parte del Departamento de Concepción, del cual es heredera la actual provincia.

Monumento al campesino, al ingreso de Santa Juana.



Al sur del río Biobío, se encuentra una comuna dotada todavía de una gran ruralidad. Es Santa Juana, situada en el Valle de Catiray, que surge al amparo del fuerte de Santa Juana de Guadalcázar, a unos cincuenta kilómetros, río arriba, de la ciudad de Concepción. Fue epicentro de la Guerra de Arauco y, en el siglo XIX, de violentos combates y episodios, en que los mapuches fueron también protagonistas. En 1765, el rey le confirió el título de Villa. Fue cabecera del departamento de Lautaro entre 1841 y 1865, cuando esta dignidad pasa a la ciudad de Coronel, favorecida por el puerto y el desarrollo de la industria extractiva del carbón. El municipio se crea en 1891.

Durante el siglo XIX, fue un importante hito de la navegación del río, por el cual bajaban pasajeros y cargas, desde Nacimiento y la Alta Frontera. Antes de que el camino a la capital regional se completara, los santajuaninos atravesaban navegando el río, para tomar el tren en Talcamávida. Todavía lo hacen algunos en balsa, para llegar al cercano San Rosendo.



Cruce en balsa del Biobío, entre San Rosendo y Santa Juana.

Interesantes personajes de la historia de Chile, muy diversos entre sí, como el presidente Juan Antonio Ríos, el empresario y filántropo Cardenio Avello o René Ríos Guzmán, “abuelo” de Condorito, tienen raíces familiares en Santa Juana. A pesar de la distancia, además, fue una zona receptora de inmigrantes alemanes, italianos, ingleses y palestinos, según cuentan Boris Márquez y Angelo Castro.

Con los años transcurridos y la modernidad, el pasado agrícola se ha visto modificado y complementado con la omnipresente actividad forestal. Permanecen, no obstante, las tradiciones agrícolas y la vida campesina ha devenido, frente a la creciente urbanización, en un patrimonio cultural.

UNA PROVINCIA INDUSTRIAL: DEL DIQUE SECO AL POLO PETROQUÍMICO

La visión tradicional señala que la industrialización del país tiene lugar a partir de la década de 1940, asociada a la creación de la Corporación de Fomento (Corfo) y a los gobiernos radicales. Lo anterior es parcialmente inexacto, pues hubo muchos emprendimientos previos, desde fines del siglo XIX. En el caso de Concepción y la provincia, es todavía más evidente. Hemos visto, en efecto, que la primera industria republicana, en la provincia costera, fueron los molinos trigueros, seguidos de la explotación del carbón; actividades que alcanzaron un gran auge durante el segundo tercio de aquel siglo en adelante. Incorporaron tecnología, capitales y una numerosa mano de obra.

La llegada del ferrocarril a Concepción, en 1871, dinamizó la economía y acercó la producción agropecuaria e industrial de la Región a los puertos, promoviendo el comercio y el cabotaje. El ferrocarril, en sí mismo, generó una gran actividad, tanto por la construcción y operación de las líneas, como por la maestranza, que se instaló en la ciudad. Para 1920, Concepción era sede de la principal maestranza del sur, con mil ochocientos trabajadores, que era capaz, incluso, de construir locomotoras. Con la construcción de la maestranza de San Bernardo, entre otros eventos, la importancia de la

Aduana de Talcahuano, inaugurada en 1927.



industria penquista se redujo. Las poblaciones ferroviarias quedan como legado de esta época.

Es indudable que el ciclo del salitre, de auge y caída, marcó al país entero, provocando un incipiente desarrollo industrial, que han estudiado Carmen Cariola, Osvaldo Sunkel y Luis Ortega, entre muchos otros. En nuestra Región tuvo matices particulares. El temprano colapso del trigo obligó a los empresarios regionales a desarrollar otras industrias. Se anticipa, en consecuencia, el surgimiento de múltiples fábricas en rubros como la maestranza, los textiles, lozas, bebidas, curtiembres y otros. La demanda creciente del norte minero estimula este proceso.

De la industria del carbón surgen varias otras, como las fundiciones, los ladrillos cerámicos, el vidrio y la cerámica. Menos conocido es el hecho de la relación del carbón con la actividad forestal. Alrededor de 1880, la Compañía Explotadora de Lota y Coronel, encabezada entonces por Carlos Cousiño, inició la plantación de bosques, estableciendo almácigos para cubrir los campos cercanos con pino, ciprés, encina y eucaliptus. La plantaciones se extendieron en los predios de El Escuadrón, Colcura, Laraquete, Quilachanquín, Maquehua y en los alrededores de Curanilahue. Para 1915, la empresa ya contaba con 34.339 ha de pino radiata, *eucaliptus globulus* y otras especies, en la provincia de Concepción, constituyendo las mayores plantaciones de América del Sur. Para 1940, la empresa se ufanaba de sus grandes logros forestales: “De acuerdo con un plan que se ha trazado la Compañía, desde hace treinta años se vienen haciendo plantaciones de árboles en los predios de su pertenencia... Los fundos “Boca Maule”, “Chollín”, y “Millabú”, se hallan cubiertos, en una gran extensión, de magníficos bosques de eucaliptus, aromos australianos y pinos.” Para entonces, se encontraban en estado de explotación alrededor de un millón de árboles.

A partir de 1959, la industria de la celulosa constituyó una fuerte demanda e incentivo para las plantaciones de pino. Para 1970, se plantaban anualmente cerca de 33.000 hectáreas; cifra que se elevó a 82.000 en 1975, con ocasión de la aprobación del Decreto Ley 701. La principal justificación de la dictación de este cuerpo legal fue la recuperación de suelos degradados o erosionados, pero luego este objetivo pasó a segundo plano frente a las posibilidades de negocios de exportación y la expansión económica del sector, que ha continuado con los años, con nuevas plantas, como Nueva Aldea y el proyecto Mapa, en la comuna de Arauco, que se han sumado a las de Laja y otras localidades.

El auge de la actividad forestal ha provocado un proceso de sustitución de bosques nativos por plantaciones, generando una fuerte crítica de los grupos ambientalistas. En honor a la verdad, una gran proporción del bosque nativo había ya sucumbido, durante la gran expansión de la frontera agrícola que produjo el auge del comercio triguero. La deforestación, iniciada para el beneficio de minerales y la explotación carbonífera, señala el atlas ambiental de Coronel, tuvo como principal consecuencia la degradación de “diferentes tipos de ecosistemas del paisaje local, tales como bosque nativo, borde costero, cuencas hidrográficas, cauces y riberas de ríos, esteros, lagunas y humedales, algunos hoy con reducidas posibilidades de recuperación, generando con ello una importante reducción de biodiversidad”. Se calcula que la deforestación alcanzó el 90% de las especies autóctonas de la Cordillera de Nahuelbuta, provocando cambios radicales en el paisaje y el microclima natural; disminuyó la biodiversidad y se afectó el sistema de aguas subterráneas.

La proximidad al mar, por otra parte, podría hacer suponer que mucha actividad económica se asociara a su presencia. En verdad, solo ha sido así a partir del siglo XX. Antes operaron los puertos y hubo una modesta actividad de astilleros, pero la pesca fue siempre limitada. La caza de ballenas se practicó desde Dichato a Lebu, pero no en grandes proporciones. El emprendimiento más destacable, puesto que se extendió por un siglo, es el de la familia Macaya, desde la isla Santa María y luego desde Chome, en la península de Hualpén. Se detuvo en 1983.

Desde tiempos inmemoriales, se practica la recolección y pesca de orilla, en diversas modalidades. Pesas, anzuelos y enormes conchales así lo acreditan. En la Región del Biobío existen más de setenta caletas, donde se practica la pesca; lo mismo ocurre, de manera ancestral, en el territorio lafkenche. Hacia los años cincuenta del siglo pasado, la actividad se industrializa, en especial en Talcahuano y Coronel.

En las décadas siguientes alcanzó un enorme auge, transformando al Biobío, en los años ochenta, en una de las principales regiones pesqueras del mundo. La pesca industrial creó miles de fuentes de trabajo, sumando a las flotas de naves, la labor de plantas conserveras y de harina de pescado. Para 1990, las procesadoras de producción de harina de pescado representaba cerca del 90% de toda la actividad del sector pesquero. La intensa actividad extractiva de procesamiento tuvo consecuencias en la biomasa y en la contamina-



Captura de cetáceos por la empresa ballenera Macaya, instalada en Chome, península de Hualpén.

ción de las bahías, que en años recientes se ha ido resolviendo, con tecnología y cooperación de todos los actores públicos y privados.

Relacionada también con el mar, se encuentra la labor de los astilleros. La construcción de los diques secos 1 y 2, en 1896 y 1924, respectivamente, consolidaron la vocación marítima de la bahía de Concepción. Un paso fundamental fue la creación, por un decreto con fuerza de ley de abril de 1960, de una Empresa Autónoma del Estado denominada Astilleros y Maestranzas de la Armada (Asmar). Significó reunir las instalaciones de los Antiguos Arsenales de Marina, incluyendo dársenas, sus diques

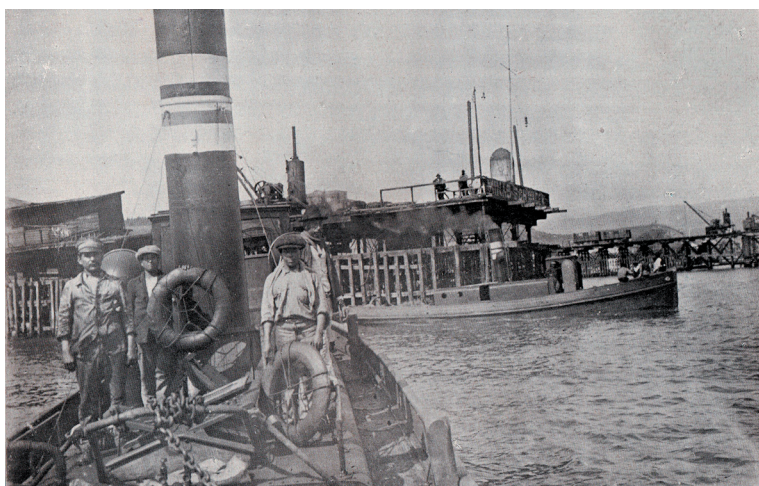
secos y flotantes, como sus talleres e instalaciones administrativas tanto en Valparaíso, Talcahuano y Magallanes.

Al centro de la bahía se encuentra Penco, lugar del antiguo Concepción. Fue también escenario de una modernidad urbana promovida por grandes fábricas. De una existencia lánguida, en el siglo XIX, vinculada a la pesca y la agricultura y, en el cambio de siglo, al turismo de playa, evolucionó hasta devenir el ejemplo vivo de un pueblo industrial, cuya existencia y desarrollo se vincula a una empresa. Las minas de carbón de Lirquén, que se explotaron de manera temprana, eran señales del giro de la localidad. Pero fue con la instalación de la refinería de azúcar y la fábrica de sanitarios, complementada luego con la loza decorativa, que el pueblo adquiriría el sello que lo caracterizó durante el siglo XX. La transformación de la ciudad fue total, al punto que puede calificarse a Penco como un caso paradigmático de un pueblo industrial. Uno que marca su existencia al ritmo de las sirenas que llaman a los turnos; que se enorgullece con los triunfos deportivos, de equipos que llevan el nombre de las empresas; que crece y se estratifica socialmente reflejando la propia estructura empresarial.

Anotemos que la loza constituye una tradición regional, de la cual hay registros desde los años de la independencia, en el mismo Penco. En Angol, se recuerda la fábrica Serra; en Los Sauces y Nacimiento hay también una tradición local; y en Arauco, la cerámica Antiqua. La más importante, por su calidad técnica y estética, es la cerámica de Lota, hoy codiciada por los coleccionistas, que se produjo entre los años 30 y 50 del siglo pasado. Pero ninguna alcanzó la cobertura nacional, la proyección internacional o la vigencia de la loza de Penco.

La industria se originó en 1899, cuando la fábrica se instaló en Penco, en un principio, para la producción de ladrillos. En 1927, surge la Fábrica Nacional de Loza - Fanaloza. Sus productos abastecieron a las casas chilenas desde entonces, logrando su auge en la década del 70, cuando producía aproximadamente un millón y medio de piezas de vajilla al mes. En los años 80 la producción decae en forma drástica junto con toda la economía nacional. En 1982, con la crisis y el aumento de importaciones quebró y cambió su nombre a Lozapenco. Luego de unos años de bonanza, en 1997 cierra definitivamente.

La refinería de Penco, por su parte, nació en enero de 1886 con el nombre de Refinería Sudamericana de Azúcar. Sus fundadores fueron Teodoro Plate y Oscar Mengelbier; sin lograr consolidarla, debieron ceder la fábrica a la gran casa comercial M. Gleisner & Cía., que por entonces distribuía su producción. Surgió la Compañía de Refinería de Azúcar de Penco. Para cubrir sus operaciones y pro-



Remolcador de la Compañía Carbonífera y de Fundición Schwager, de Coronel, c. 1930.



Lavanderas en Barrio Bellavista, en Tomé, c. 1930.

veerse de envases, la refinería adquirió los fundos Coipué y Nueva Etruria, en la zona de Freire y Pitrufrquén; y compró una alta participación en la Compañía Carbonífera de Lirquén. Refinaba caña de azúcar proveniente de Perú y Java; insumo que intentó producir en Chile, pero sin éxito.

En 1924, cuando su producción mensual alcanzaba las mil doscientas toneladas, sus activos pasaron a poder de la Compañía de Refinería de Viña del Mar, CRAV. El auge del cultivo de la remolacha, producida en Chile y procesada por la empresa estatal Iansa, entre otros factores, determinó su decadencia y cierre.

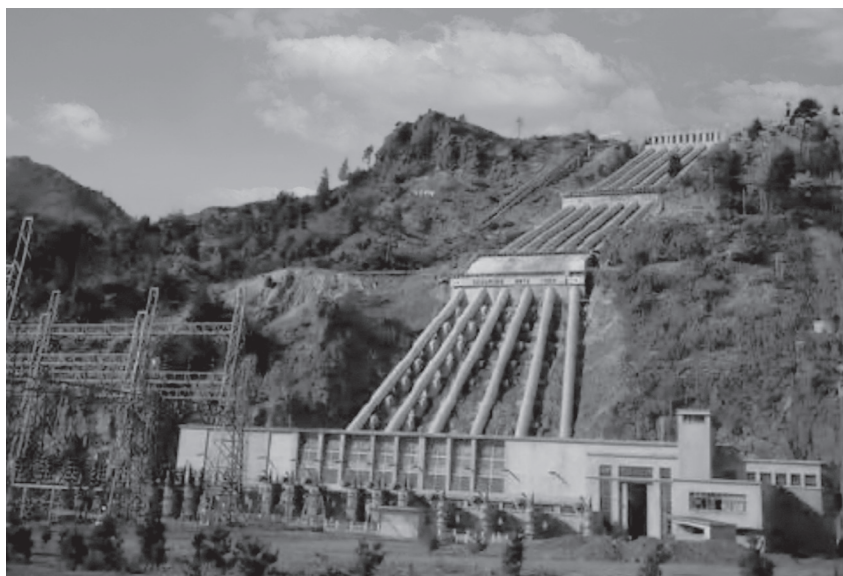
Estas inversiones, a lo largo de la costa, no podían realizarse sin grandes transformaciones urbanas y sociales de los territorios en que se implantaron. Su rápido crecimiento debía sustentarse en una masiva emigración de población campesina hacia las -hasta entonces- modestas ciudades. La carencia de viviendas, de servicios e infraestructura, en general, marcó la dura situación de los primeros años. Frente a un Estado todavía débil, que ni siquiera asumía discursivamente un rol benefactor, la tarea de mejorar las condiciones laborales y de vida debió ser asumida directamente por las propias empresas y sus trabajadores organizados.

Esta actitud paternalista representaba una cierta continuidad de la vida de las haciendas, comunidades cerradas en las que debían resolverse los problemas y donde el patrón, junto con sus prerrogativas, asumía también responsabilidades. Por lo demás, en esta época los empresarios solían residir en la zona y se involucraban directamente

en la administración. Así conducían más eficazmente el devenir de la fábrica, pero también se empapaban directamente de las necesidades del personal, a través de la convivencia diaria. De esta forma se fueron conformando programas de bienestar, proyectos de vivienda y se estimuló la actividad deportiva, recreativa y la educación. Las fábricas de la modernidad necesitaban obreros responsables y sin vicios, capaces y comprometidos; algo que no se lograría sin la intervención directa de la administración de las mismas empresas.

Avanzado el siglo XX, el mayor emprendimiento industrial de la Región, fue sin duda la creación de la Compañía de Acero del Pacífico, Huachipato, en la bahía de San Vicente. Tras largos estudios y trabajos, fue inaugurada en 1948. Su establecimiento surgió del convencimiento de que no había desarrollo posible sin grandes industrias nacionales, entre las cuales una acería era fundamental. Era la época de la política de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), o “crecimiento hacia adentro”. Fue impulsada por los gobiernos radicales (1938-1952), entre los que se cuenta el del cañetino Juan Antonio Ríos Morales.

La crisis económica de los años 30 había determinado el cierre de la economía chilena a las importaciones y la necesidad de autoabastecer los mercados internos. Durante las décadas siguientes, el Estado, con el beneplácito de los grupos empresariales, impulsó una



Central “El Abanico”, en la provincia de Biobío, inaugurada entre 1948 y 1952.

estrategia proteccionista de desarrollo industrial, que favoreció a las industrias locales, con subsidios y altos aranceles. El país entero celebró esa política, no exenta de un dejo nacionalista, que estimulaba el consumo de productos chilenos, pues se la veía como una forma de promover el empleo y alcanzar el desarrollo. De esa época data también la creación de la empresa Nacional de Energía S.A., Endesa, responsable de la construcción de las centrales hidroeléctricas de pasada Abanico (1948) y El Toro (1973), a la cual se agregó Antuco, en 1981. Junto a otras que se han sumado más tarde, son muy importantes en la generación de energía eléctrica.

Volviendo a la siderúrgica de Huachipato, es necesario señalar que su impacto excede la sola producción de acero. Su instalación dio lugar a la creación de varias otras empresas, que utilizaron los productos o residuos de la acería en sus procesos productivos. Fue el caso de la Industria Chilena del Alambre, Inchalam y de Cementos Bío-Bío S.A., por ejemplo, creadas en 1947 y 1957, respectivamente. En 1966 se inaugura la actual Refinería Bío-Bío, la segunda que estableció en el país la Empresa Nacional del Petróleo, establecida en 1945, luego de los hallazgos de hidrocarburos en Magallanes. Junto a otras empresas instaladas en el lugar, forman un complejo industrial, de gran importancia nacional.

Estas industrias se sitúan dentro o cerca de un sector de alto valor natural, la Península de Hualpén. Fue declarada Santuario de la Naturaleza en 1976, y es sede del Parque Pedro del Río Zañartu, que es fruto del legado del gran filántropo penquista (1840-1918). En la península se hallan el estuario y la caleta de Lenga, la desembocadura del río Biobío, la caleta Chome, entre otros lugares de alta significación ambiental y cultural. Es una zona que requiere de grandes cuidados por la vida que alberga y por su potencial educativo, ambiental y recreativo para todo el Gran Concepción.

La creación del complejo industrial y el polo petroquímico explica, en buena medida, la conformación de la conurbación Concepción-Talcahuano. Dos ciudades tradicionalmente separadas y que hoy, en virtud de la expansión de la mancha urbana que produjeron las instalaciones industriales y, sobre todo, las poblaciones construidas para albergar a sus trabajadores, hoy forman una sola metrópolis. La fuerte migración campo ciudad, en efecto, requirió la construcción de diversos conjuntos; fue el caso, v.gr., de la villa presidente Juan Antonio Ríos, Villa Acero, Lan C, entre varias otras. Junto a las comunas de Penco, Chiguayante y San Pedro, más la de

Hualpén, creada en 2004, forman el Gran Concepción, la segunda metrópolis más grande del país.

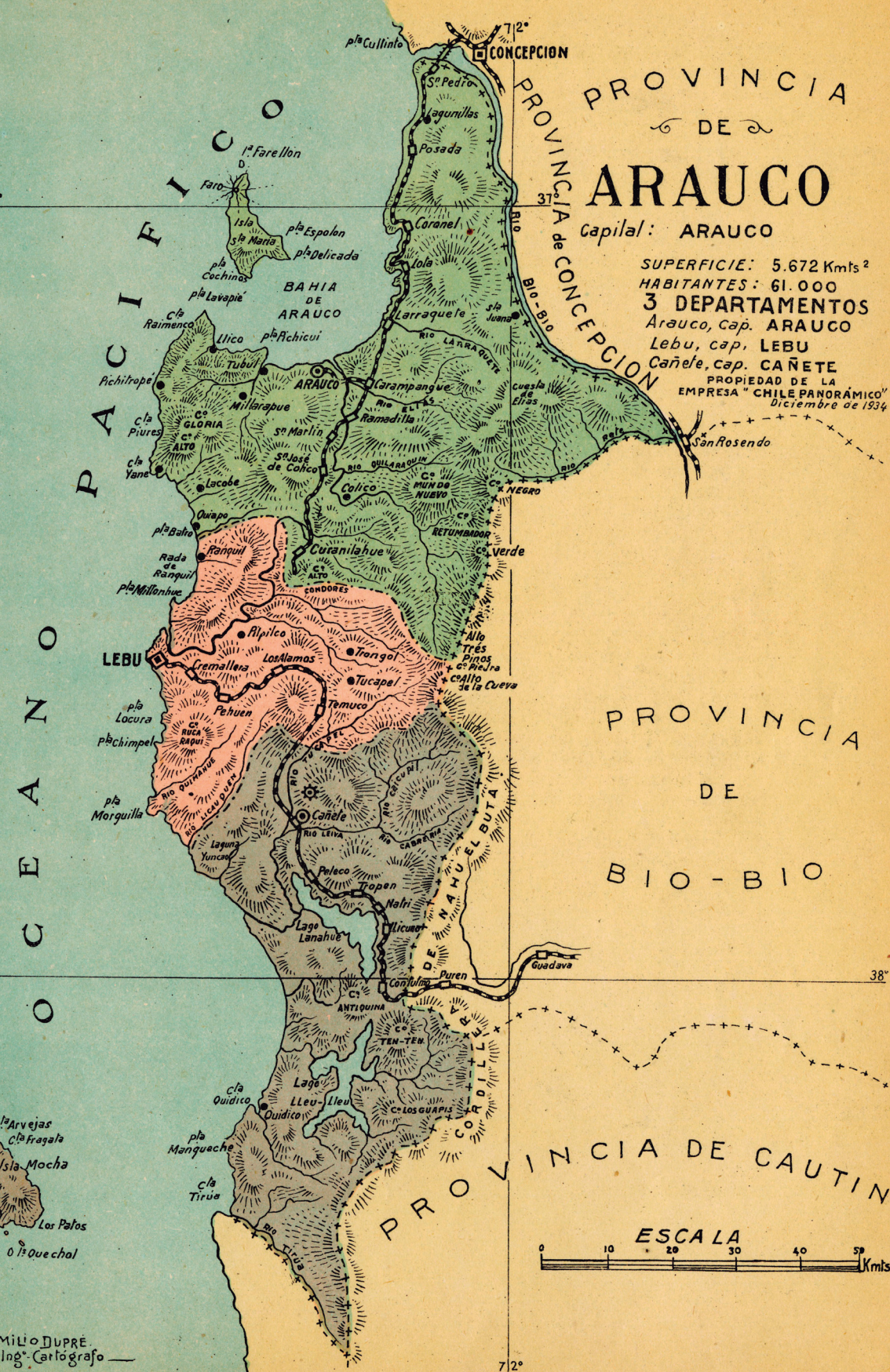
Para mediados del siglo XX la provincia de Concepción, que corresponde al sector costero que va de Tomé a Lota, se concebía a sí misma como industrial. A pesar de que sufre un fuerte golpe, con la apertura económica iniciada en la década de 1970 y que se prolonga hasta el presente, mantiene todavía ese carácter. Con la apertura al comercio exterior, otras industrias han vivido ciclos de auge, como la misma pesca y la actividad forestal, lo que ha dado lugar a juicios con una perspectiva más bien crítica. Desde la perspectiva del extractivismo, se ha cuestionado la pesca y, sobre todo la industria



forestal, la cual, en años recientes, ha estado en el foco por conflictos ambientales, étnicos y sociales, de localidades específicas y, en tiempos recientes, además, sobre la cuestión del agua y las rentas regionales. Por otra, su disposición a ser parte del desarrollo regional, en diversos planos, resulta también innegable.

En los últimos años, se abren camino otras actividades, más ligadas a los servicios, como los puertos y la logística. También el turismo de negocios y, de manera creciente, el turismo cultural y de verano, atendidas las condiciones naturales de la provincias costeras y la intensa actividad musical, deportiva y de diversa índole que las caracteriza. De esta forma, la Región busca redefinir su vocación, de cara al siglo XXI.





ARAUCO, LA TIERRA Y SU GENTE

EL LAFKENMAPU EN TIEMPOS COLONIALES * EL CONVULSO SIGLO XIX *
NACE UNA NUEVA PROVINCIA * ARAUCO Y EL CARBÓN * LA PROVINCIA DE
LAS SIETE COMUNAS

EL LAFKENMAPU EN TIEMPOS COLONIALES

Reconocemos el origen del pueblo lafkenche mapuche en antiguas migraciones, así como sus conexiones con las culturas precolombinas del norte. Durante siglos han habitado la áspera geografía de Arauco. Allí se formó un pueblo fuerte y orgulloso, cargado de tradiciones. Se calcula su número en 350 mil personas, hacia 1550. A su alimentación se atribuía parte de su vitalidad. A comienzos del siglo XVII, dice el cronista González de Nájera, que se sustentaban “de frutas y legumbres, no gustando carnes sino raras veces”. Además de los frutos de la tierra, aprovechaban los que proveían el mar, varios ríos y lagos interiores, como luches, mariscos y pescados. El poblamiento mapuche fue intenso en las planicies costeras, dice Carlos Aldunate, aprovechando su riqueza malacológica e ictiológica. En canoas talladas o *wampos* y en balsas de juncos, se movilizaban realizando trueques a lo largo de la costa, o bien navegaban los lagos.

El lafkenmapu, dice Juan Valderrama, es región marítima; ocupa los territorios de la “actual Provincia de Arauco, parte del litoral de Concepción y la costa de la provincia de Cautín”; incluía todo el litoral de la Araucanía, desde el Biobío al Toltén y al oeste de la Cordillera de Nahuelbuta. En ese territorio épico vivieron varios de los personajes que inmortalizó Alonso de Ercilla. Los sitúa Alejandro Pizarro en el lafkenmapu: “Lautaro, de Carampangue; Caupolicán, de Pilmaiquén; Tucapel, Togol Togol; Elicura, de Lanalhue; Lincoyán, de Lincán; Paicaví, de Paicaví”. La lista es larga. Sus nombres y sus linajes son símbolos libertarios del pueblo chileno.

La llegada de los conquistadores españoles alteró la demografía y, más tarde, también el paisaje. Primero fueron las epidemias, como el chavalongo y la viruela, que arrasaron con las poblaciones nativas de Arauco, Chile Central y Chiloé. Aunque seguramente exagera, consignemos que el cronista Góngora Marmolejo afirma que “murieron tantos millares que quedó despoblada la mayor parte de la provincia; que donde había un millón de indios no quedaron seis mil”. Luego el hambre, producida por la falta de sembrados y por la destrucción sistemática de los alimentos, causó también estragos y un quiebre demográfico en el sistema de vida tradicional.

Nada impidió, en todo caso, la fuerte resistencia del primer siglo de guerra, que resurgía una y otra vez de las montañas de Arauco. Tuvo por efecto la migración de buena parte de su población hacia regiones más seguras del interior de la Araucanía. La ocupación debió organizarse en torno a tres fuertes principales, que originaron sendas ciudades: Arauco, Tucapel y Purén. Estas estructuran los caminos y son la base del poblamiento moderno de la provincia. Según Carlos Aldunate, la presencia permanente de fuertes en la costa de Arauco y la cercanía de Concepción, condujo a que los mapuches establecieran contactos fluidos con los huincas y fueran pacificados más tempranamente.

El encuentro con los españoles se produce hacia 1550. Una primera expedición, liderada por Jerónimo de Alderete, recorre Arauco por tierra y también por mar, llegando hasta la isla de Santa María.



Las labores femeninas relacionadas con las hierbas medicinales, la molienda del grano y el hilado, en la visión de un viajero europeo.

Travels into Chile, over the Andes, in the years 1820 and 1821, de Peter Schmidtmeier, (Londres, 1824).



"Matrimonios de Martin de Loyola con Beatriz Nusta y de Juan de Borja con Lorenza Nusta de Loyola". La pintura expresa el mestizaje, a través del casamiento de dos españoles con dos princesas de la estirpe incaica.

Anónimo cusqueño. c. 1725. Museo Pedro de Osma, en Lima.

El territorio pasa a formar parte de la gran provincia de Concepción, que se constituye desde el Maule hasta la Frontera, que llegaba entonces hasta la Punta de Lavapié. Pedro de Valdivia, el fundador de Concepción, se asigna en encomienda la zona costera, todo lo cual refleja su centralidad en las aspiraciones de los conquistadores.

Ocurrida la muerte de Pedro de Valdivia, en 1553, la región es intensamente disputada, pues se considera un enclave estratégico para el dominio español en la zona. Repasemos algunos eventos de esa larga guerra. Francisco de Villagra, sucesor de Valdivia, es derrotado en la batalla de Marigüenu, que tiene lugar entre Chivilingo y Laraquete. El desastre de las armas españolas provoca el caos y el despoblamiento de la ciudad de Concepción, que luego es incendiada por Lautaro.

En 1557, llega a la zona el gobernador García Hurtado de Mendoza. Apenas un mozo de 21 años, viene acompañado de un bien armado séquito, que también integra el soldado y poeta Alonso de Ercilla. Se dirige al sur por Lagunillas hasta el fuerte de Arauco. Hizo reconocer la zona, enviando socorros y expediciones de escarmiento. Se enfrenta a los mapuches en Millarapue y luego en Quiapo. Funda Cañete y reconstruye el fuerte de Arauco. En los años siguientes, este sufrirá sucesivos sitios, despoblamientos y reconstrucciones, siguiendo

do los avatares de la guerra. Su historia está bien contada por Luis Torres.

En 1592 llega a Chile el gobernador Martín García Oñez de Loyola, caballero de la Orden de Calatrava, casado con una princesa inca y sobrino de San Ignacio, fundador de la orden jesuita. También lo anima la intención de poner fin a la guerra; encontrará, en cambio, trágica muerte en la batalla de Curalaba. Es verdad que le tocó recibir una tropa mal armada y cubierta de harapos, sin víveres suficientes, que resisten como pueden en un territorio hostil. A Curalaba le seguirá la destrucción de los fuertes y ciudades del sur, entre Biobío y el canal de Chacao. La situación, para la ocupación hispana, al despuntar el siglo XVII, la describe Fernando Campos, con ribetes trágicos: “el nuevo siglo amanecía sobre ruinas humeantes: ciudades destruidas; mujeres robadas; familias cautivas; villas sitiadas, acosadas por el hambre y el terror; selvas que ardían; sementeras taladas; toda obra de civilización arrasada o amagada”.

En 1601 asume el gobierno Alonso de Ribera, militar experimentado, que organiza las bases de un ejército moderno. Llevó la guerra nuevamente a las selvas de Arauco, en diversas expediciones. Logra acuerdos, después de años de escaramuzas, con los indígenas de Tu-



“Planos particulares de las plazas y fortalezas fronterizas de Arauco en el Reyno de Chile”, publicado en el *Compendio de la Historia Civil del Reyno de Chile*, Juan Ignacio Molina (Imprenta de Sancha, Madrid, 1795).

capel, Catiray y Arauco, quienes se comprometen a aceptar las leyes reales, el pago de un tributo moderado y a asegurar los caminos, entre otras capitulaciones.

Entre las estipulaciones se consideró recibir la predicación del evangelio y aceptar a los sacerdotes en sus tierras. Así se instaló la primera misión jesuita en Arauco, en el año 1608. Su ubicación era estratégica, como punto de comunicación y de encuentro, cercano a bien pobladas comunidades. Su acción se sumó a la de capellanes militares y sacerdotes seculares. La misión se mantiene incluso cuando la guarnición es trasladada a Tucapel, en 1646, pero es destruida en la gran sublevación de 1654, encabezada por el Mestizo Alejo. Es repuesta una década más tarde, durante el gobierno de Francisco de Meneses. Para 1683 funcionaba un colegio jesuita al interior del Fuerte de Arauco y la misión, siempre en precarias condiciones. Cuando la orden es expulsada de los dominios españoles, en 1767, las pertenencias de los jesuitas en la plaza de Arauco pasaron a manos de los padres misioneros franciscanos. Estos instauran la Parroquia San José de Arauco.

En los primeros años del siglo XVII, promovida por el padre Luis de Valdivia, se implementa la llamada Guerra Defensiva, como una forma de pacificar la zona de Arauco, mediante la evangelización de los mapuches. Valdivia funda una misión jesuita al amparo del fuerte Santa Margarita de Austria, que fue trasladado a Arauco a fines del año 1613. La Compañía de Jesús también mantuvo una hacienda en el territorio, en las márgenes del río Pilpilco, perteneciente a la misión de Tucapel. Pese a los parlamentos, bautizos y la actividad de los misioneros, la Guerra Defensiva fue una política fracasada, reanudándose la guerra. En 1626, por Real Cédula del Rey Felipe IV, se reiniciaba la guerra ofensiva, autorizándose incluso a someter a esclavitud a los prisioneros; lo que dio lugar a una época muy dura de la contienda ya secular.

En las décadas siguientes la guerra continúa intermitente, pero siempre violenta. Así, en enero de 1630, la guarnición de Arauco, al mando del maestre de campo Alonso de Figueroa y Córdoba, se enfrenta con las fuerzas del toqui Butapichón, en la batalla fue Picolhué, cerca de Millarapue. Al año siguiente, tiene lugar la batalla de la Albarrada, nombre que hace referencia a un pantano, que eran comunes en una más lluviosa Araucanía. Con la llegada del Marqués de Baides a la gobernación se producen varios parlamentos; el más recordado fue el Parlamento de Quillin, en 1641, que obtuvo una relativa paz y la entrada de misioneros hacia el territorio austral.

La gran sublevación de 1654-1655 hizo retroceder la ocupación hispana y provocó el abandono de fuertes y ciudades. En los años siguientes, hay frecuentes escaramuzas, hasta que, en 1664, el gobernador Francisco de Meneses, en fuertes campañas por la zona lafkenche, restituye fuertes y repone armas y soldados. Reconstruye en Arauco el fuerte que existía en Lota, adelantando hacia el sur, de esta forma, la línea del Biobío. Fue su sucesor, el gobernador Juan Henríquez, quien, en 1673, hace levantar la fortaleza, que duraría hasta el terremoto de 1835.

Durante el siglo XVIII, en la región se fue instalando una convivencia fronteriza, estimulada por el comercio de conchavos, al amparo de los fuertes. Dos sublevaciones, en 1723 y 1766, interrumpieron la relativa paz del siglo. La primera llevó al despoblamiento de los fuertes de Arauco, Colcura y Tucapel, debiendo trasladarse a Concepción los soldados y sus armas, acompañados de las familias españolas que habitaban los alrededores. En el Parlamento de Negrete de 1726 se acuerda la paz, lo que permite la reconstrucción de los fuertes.

Hacia 1760, se estaba incubando una segunda rebelión, originada en malos tratos recibidos por los mapuches costeros y por la iniciativa del gobierno del brigadier Antonio Guill y Gonzaga (1755 – 1767) de reducir a los indígenas del sur de Chile en pueblos, a lo que muchos se opusieron. En forma silenciosa fueron preparando un levantamiento general y, el 25 de diciembre de 1766, atacaron incendiando las poblaciones en formación. Los españoles debieron retirarse a los fuertes emplazados a lo largo del río Biobío. El alzamiento no alcanzó a mayores en la zona, pues los fuertes del Biobío no fueron atacados. En el valle central, en tanto, los pehuenches bajaron de la cordillera y cayeron sobre las poblaciones mapuches de los llanos, empeñándose en luchas sangrientas, explica Eduardo Arriagada. El gobernador Guill y Gonzaga pidió la intervención del obispo de Concepción para tranquilizar a los indígenas, gestión que tuvo buen resultado. Si bien la rebelión de 1766 hizo que fracasara el plan de establecer poblaciones, igual permitió que zonas como La Meseta, Llico y Albarrada, según indica Luis Torres, crearan poblados que se han mantenido hasta el día de hoy.

Terminando el siglo XVIII, el Reino de Chile experimenta un importante cambio administrativo. En virtud de las reformas borbónicas, surge en 1786 la Intendencia de Concepción. Esta se extiende desde el Maule hasta los últimos fuertes de la frontera. Su primer

intendente es Ambrosio O'Higgins, gran conocedor del territorio y aliado de varios linajes pehuenches. El Estado de Arauco para entonces, según Luis Torres, estaba dividido en catorce Aillarehues: Morcún, Coraleufu, Raghco, Millatun, Curaquilla, Melirupo, Llico, Yani, Raqui, Quidico, Locove, Quiapo, Ranquil y Cupaño. La población había aumentado en relación a años previos, en virtud de un intenso mestizaje. Se contabilizaban 22.354 habitantes, desde el río Laraquete hasta el río Imperial. En vísperas de la república, Arauco había devenido una sociedad relativamente pacífica y con un cierto bienestar material. Pablo Mariman destaca que ninguno relata hambrunas o plagas, sino que al revés, comodidades alimenticias y de abrigo. Los mapuches habían incorporado la agricultura y el ganado, en interdependencia con la sociedad criolla. Desarrollaron, asimismo, una industria del metal plata, los textiles y el cuero; elementos que circularon como medios apreciados para el intercambio.

En vísperas de 1810, el eje de la economía nacional se radicaba en el norte minero y la agricultura del Valle Central. Transcurridos casi trescientos años desde el inicio de la ocupación hispana, por su parte, en torno al Biobío y Nahuelbuta se había estructurado un mundo fronterizo, caracterizado por la conjunción de dos pueblos originalmente muy diversos. A nivel étnico, económico y cultural, factor en que debe incluirse la lengua y la organización política, tres siglos en común dieron lugar a una convivencia caracterizada por un intenso mestizaje.

"Ruca de Araucanos", *Vistas de Chile*, 1910.



EL CONVULSO SIGLO XIX

Los años de la Independencia fueron largos y cruentos en Arauco. En su territorio se produjeron múltiples episodios: parlamentos de mapuches con patriotas y monarquistas, sitios, combates e incluso actos de piratería impulsados por el guerrillero Vicente Benavides. Las violencias se prolongaron hasta la década de los treinta, provocando la dislocación de la sociedad y la economía del territorio lafkenche.

En 1835, el gran terremoto llamado “La Ruina” causó nuevos estragos e impulsa la emigración del territorio. Pero ya comenzaba a asomarse la economía del trigo y, en la década siguiente, la extracción de carbón llegaría a modificarlo todo, acelerando la urbanización, la creación de caminos y ferrocarriles, la presencia del Estado y, finalmente, la incorporación de Arauco a la economía chilena y mundial.

Una creciente inmigración libre cruza el Biobío y se asienta en suelo araucano. Comerciantes, campesinos, simples vagabundos compran tierras o solo las ocupan, siendo resistidos y, en ocasiones, acogidos, por los habitantes originarios. A fin de enfrentar los crecientes conflictos el Estado avanza en la instalación de su burocracia civil y militar. Se crea la Corte de Apelaciones de Concepción, con jurisdicción sobre las cuestiones que originaba la constitución y transferencia de la propiedad raíz y, como una medida mayor, se establece la Provincia de Arauco.

Muy temprano en la guerra, el fuerte de Arauco cae en manos realistas. En agosto de 1813 el gobernador de la plaza es apresado y se designa como comandante a Joaquín Martínez. En enero siguiente desembarca en la zona una expedición ordenada por el Virrey Abascal, al mando de Gabino Gaínza, que traía en dos buques doscientos soldados, más lanzas, espadas, cañones y pertrechos. Gaínza celebra un parlamento en Arauco. Repartió regalos y recordó a varias tribus lafkenches los antiguos arreglos con la Corona, pudiendo sumar, según Luis Torres, numerosos mapuches a su causa.

En 1817, ya en la Patria Nueva, fue Ramón Freire el encargado de tomar la plaza, al frente de 350 hombres, lo que logra el 26 de mayo de 1817, en la batalla del río Carampangue. En los años siguientes tiene lugar, en todo el territorio, la cruenta “Guerra a Muerte”, que fue un periodo de violentos combates sin cuartel, que devastaron la región. Grupos mapuches peleaban por ambos bandos y era el mon-

tonero Vicente Benavides quien lideraba las fuerzas realistas. Ocupó el fuerte en varias ocasiones y capturó buques norteamericanos, que le proveyeron de armas y pertrechos. En 1824, hubo combates en el mismo fuerte, en Colcura y en Tubul, en los que fue derrotado el cura monarquista Juan Antonio Ferrebú.

La prolongada Guerra de Arauco y las campañas de la Independencia y la década siguiente, dice Luis Torres, fueron dejando en el territorio araucano un sedimento formado por centenares de pequeños propietarios agrícolas y ganaderos, los que vivían al margen de la sociedad; por aventureros, campesinos pobres y diversos tipos humanos, entre viejos soldados, lenguaraces, comerciantes y empleados civiles. Muchos adquirieron tierras en los valles lafkénches, generando una temprana ocupación agrícola.

En las décadas siguientes, se completó la Ocupación de la Araucanía, proceso que, con luces y sombras, llevó a integrar la región al Estado nacional. En 1852 se crea la Provincia de Arauco y, por ley de octubre de 1875, surge la Provincia de Bío-Bío y el Territorio de Colonización de Angol. En verdad, la ocupación de la Araucanía había comenzado antes de 1850, de manera espontánea, con la instalación de miles de migrantes libres al sur del Biobío. Adquirieron tierra de diversas formas y se integraron a la sociedad fronteriza.

La expansión de la frontera agrícola, impulsada por la demanda de trigo que produjo el aumento de población mundial y, en particu-



Ciudad de Mulchén, carta postal, c. 1930.

lar, la fiebre del oro en California y Australia, empujaron la ocupación, obligando al Estado a intervenir. Después del levantamiento de 1859, que produjo el incendio de Negrete y la destrucción de varias haciendas, entre otras violencias, el Estado se decidió a “pacificar” la región. Se realizan diversas exploraciones, como las de Leoncio Señoret, por el río Lebu, y de Manuel Thompson por el Biobío. En 1861 se funda Mulchén y Lebu al año siguiente. También en 1862 se refunda Angol, la antigua Ciudad de los Confines y, en 1868, Cañete, sobre las ruinas del Fuerte de Tucapel. Las dos últimas eran ciudades de la Conquista, desaparecidas luego de Curalaba, en 1598. La línea de Frontera ya no estaría en el Biobío, sino en el Cautín.

En noviembre de 1881 se produjo un gran levantamiento mapuche, que comenzó con el ataque a Nueva Imperial, la que quedó



Coal Shaft, Arauco Railway Coal-Field.

“Pique de carbón, en los mantos carboníferos asociados al ferrocarril de Arauco”, 1889.

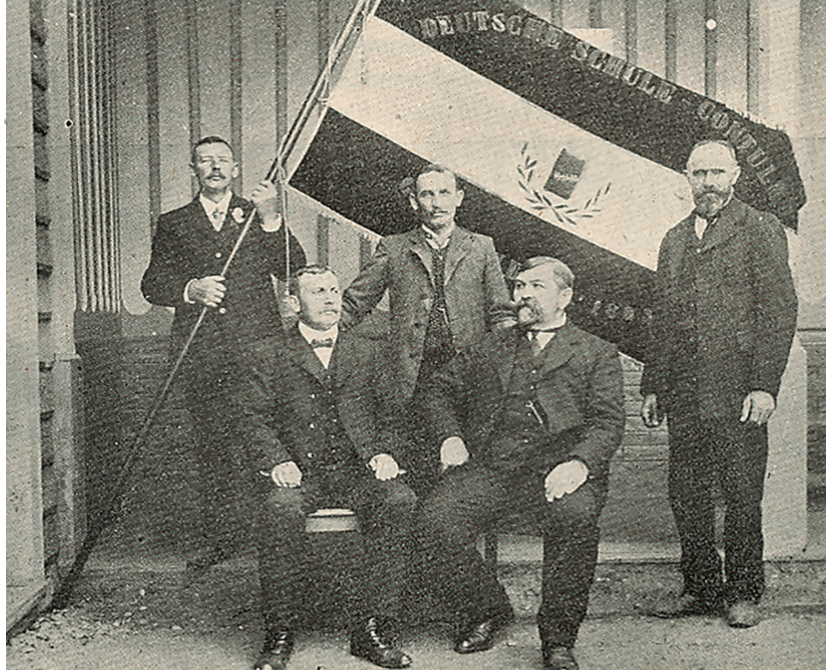
Dibujo de Melton Prior, en: William Howard Russell, *A visit to Chile and the Nitrate Fields of Tarapacá* (Londres, 1890).

destruida. La sublevación avanzó hacia el norte por la costa, en dirección a Tirúa y Cañete. A una legua y media de Tirúa, en el borde del río, en el lugar llamado Loncotripai, se enfrentaron los mapuches con las tropas chilenas, formadas por campesinos, algunos militares y colonos. Fue seguida por la batalla de Relún, que tuvo lugar a 15 kilómetros al oriente de Tirúa. En el encuentro participaron caciques y guerreros desde Lanalhue hasta el río Toltén, perdiendo más de cien guerreros, por lo que se volvieron luego a sus lugares de origen a esperar los acontecimientos.

Ese mismo año 1881 la fundación de Temuco consolidaría la instalación del Estado chileno en la Araucanía. Se realizó mediante la construcción y avance de líneas de fuertes en el Malleco y el Cautín, entre negociaciones y enfrentamientos militares. El proceso de ocupación se completó en 1883, con la refundación de Villarrica y significó una reducción dramática de las tierras mapuches, cuestión que hoy es una herida abierta y tema de debate público.

La modernización que trajo aparejada la explotación del carbón determinó la necesidad de mejorar las comunicaciones. En 1876 el tren llega a Angol, sacando el trigo rumbo al puerto de Talcahuano y trayendo colonos, comerciantes y funcionarios. Una ley de octubre de 1884 autorizó al empresario Gustavo Lenz a construir una línea de ferrocarril a vapor desde la ciudad de Concepción a los ríos de Curanilahue, quien transfirió el privilegio a la sociedad anónima inglesa The Arauco Company Limited, asociada al empresario John Thomas North, el llamado “Rey del Salitre”. Esta compañía construyó el ferrocarril, en seis tramos o secciones, que unieron Concepción con San Pedro, Coronel, Lota, Laraquete, Carampangue y Curanilahue. La línea fue, durante muchos años, la espina dorsal de las comunicaciones en Arauco, sacando del aislamiento a numerosas comunidades. A caballo, en carretas cargadas o simplemente a pie, llegaban campesinos, estudiantes y viajeros a las estaciones de las ciudades emergentes.

En los años siguientes, otras líneas se añadieron, cruzando transversalmente el territorio. Después de muchos años de estudios y trabajos, iniciados en 1894, con la intención de unir el ferrocarril central con el sur de la provincia, The Chilean Eastern Central Railway Company completó el tramo entre Los Sauces y Guadaba, en Purén. Esto ocurrió recién en 1923, tras lo cual vendió sus derechos a la Compañía Carbonífera de Lebu. Las dificultades que implicaba el cruce de la Cordillera de Nahuelbuta retrasaron los trabajos, hasta que finalmente pudo unirse Contulmo, Cañete y Lebu, llegan-



Directorio de la "Sociedad Escuela Alemana de Contulmo", c. 1920.

do el ferrocarril hasta el mar. La obra se completó recién en 1939, pero su eficacia fue limitada, según dijimos, por la no construcción del puerto de Lebu. Después de décadas de servicio, que culminaron con un progresivo abandono, en octubre de 1998 la Empresa de los Ferrocarriles del Estado dio de baja el ramal entre Purén y Lebu.

Un proceso que marcó la existencia de Arauco, con consecuencias indelebles, fue la inmigración extranjera que tuvo lugar entre 1880 y 1930. Los colonos llegaron de manera espontánea y también motivados por la acción de la Agencia de Colonización. Provenían de varias naciones europeas. Así, a Purén llegaron suizos; alemanes a Contulmo y Lebu; franceses a Arauco, Cañete y Lebu; italianos a Capitán Pastene; y británicos a Lota y Lebu. Palestinos se instalaron en Lebu y Arauco y, luego, como varios otros, extendieron sus redes comerciales hacia Coronel y la zona del carbón. Muchas familias o sus hijos terminarían en Concepción, buscando mejor educación y formación profesional, o bien oportunidades laborales.

Estos inmigrantes y sus descendientes chilenos fueron protagonistas del desarrollo de muchas localidades, instalando molinos, comercios de ultramar, abriendo caminos y secando pantanos, para formar fundos productivos; en las minas de carbón de Lota y Coronel, el conocimiento técnico de ingleses y escoceses aportó al exponencial desarrollo que experimentó esa industria; en Contulmo, poblado por alemanes en 1884 y Capitán Pastene, por italianos, hacia 1904-1905, la impronta de sus colonos está presente en la arquitectura, la gastronomía, entre otras dimensiones de la vida social.

En Arauco, Cañete y otras localidades araucanas, fueron franceses, muchos provenientes de la zona vasca, quienes arribaron en mayor número. Así, a modo ejemplar, mencionemos a los Duhart, que instalaron molinos y casas comerciales en toda la región; los Montory, que mantuvieron una gran tienda en Cañete y, cuando la crisis del salitre provocó el cierre de la economía chilena al comercio exterior, desarrollaron fundos trigueros; en esa zona, se recuerdan otras familias, como los Etchepare, Harismendy o Larroulet; en Arauco, residió Pedro Pelen, “un entusiasta miembro de sociedades francesas y chilenas y ha tenido participación activa en muchas obras con fines humanitarios y de beneficencia que se han realizado en esa región”; y Pedro Etcheberry, llegado a Chile en 1897, creador de La Feria Arauco; en Carampangue residió Joaquín Garayar. En fin, son muchas historias singulares, pero que forman parte de la aventura colectiva que fue atravesar el océano para construir en Arauco una nueva vida.

A la inmigración organizada le acompañó otra espontánea y también la llamada “en cadena”, esto es, familiares o colaboradores atraídos por los colonos ya instalados, que ofrecían una oportunidad a sus connacionales o traían a sus familias. En conjunto, dinamizaron la agricultura, la industria y el comercio de la región, pasando a integrarse a la sociedad del sur y a la chilena, a través de los años.



Casona Montory, en Cañete, construida en 1908.



“Plano de Arauco y Valdivia con la designación de la Antigua i Nueva línea de Frontera contra los Indios, construida por Manuel. J. O., 1870”, Sala Medina, Biblioteca Nacional de Chile.

NACE UNA NUEVA PROVINCIA

La conformación administrativa de la provincia fue un largo proceso. Hasta 1850, el territorio de la república estaba dividido en ocho provincias: Coquimbo, Aconcagua, Santiago, Maule, Ñuble, Concepción, Valdivia y Chiloé. La creación de nuevas provincias respondía a la necesidad de controlar el desarrollo territorial. La provincia de Concepción estaba integrada, hasta entonces, por los departamentos de Chillán, Coelemu, Concepción, Laja, Puchacay, Rere, Lautaro y Talcahuano.

El Departamento de Lautaro, que incluía la futura provincia, estaba subdividido en los territorios de Colcura, San Pedro, Santa Juana, Nacimiento y Arauco. La continuada violencia en la Frontera que siguió a la Revolución de 1851, así como el apoyo de algunos caciques a los revolucionarios, aceleraron la decisión del Gobierno central de establecer una nueva provincia.

Sofocada la revolución, el Gobierno estimó que había llegado la hora de incorporar legalmente el territorio de la Araucanía a la soberanía nacional. Por ley promulgada el 2 de julio de 1852, en tiempos del presidente Manuel Montt, el territorio lafkenche hasta el Toltén dejó de pertenecer a la Provincia de Concepción y se integró a la nueva Provincia de Arauco. Esta debía administrarse como territorio fronterizo, “para el mejor gobierno de las fronteras, la eficaz protección de los indígenas, la promoción más pronta de su civilización y para arreglar contratos y relaciones de comercio con ellos”.

La intención del gobierno era poner orden en la región, adquirir terrenos y asentar colonos chilenos y extranjeros. Era necesario designar capital a la nueva provincia, pues las ciudades eran vistas como una manera de organizar el espacio, desde el punto de vista administrativo e incluso militar. No habiendo otra más propicia en ese extenso territorio, desde un principio se pensó en Los Ángeles. Fundada en 1739, era entonces la capital del Departamento de Laja, perteneciente a la provincia de Concepción. Los habitantes de la Subdelegación de Arauco se opusieron a esta posibilidad, expresando su intención de que se optare por su ciudad. Argumentaban que las cuarenta leguas de malos caminos y ásperas cordilleras que separaban a Arauco de Los Ángeles harían compleja la administración y la defensa militar. El gobierno no acogió la demanda de los araucanos, fijando en esta ciudad la capital de la nueva provincia.

El mismo año 1852 el villorrio de Arauco recibe el título de ciudad. Su primer Intendente fue Francisco Bascuñán Guerrero. La nueva provincia de Arauco se divide en dos secciones, siendo capital de una el pueblo de Nacimiento y, de la otra, Arauco. La primera delimitación administrativa se produce en enero de 1854, dividiéndose el territorio de Nacimiento en dos subdelegaciones: Nacimiento y Negrete. El 22 de octubre de 1854 se le incorpora la Isla de Santa María y, tres días después, se cambió el límite norte, que llegaba al Biobío, dejándolo en el río Laraquete, desde su desembocadura en el mar hasta el territorio donde se encuentra el Departamento de Nacimiento.

Los progresos administrativos de la provincia continúan, siendo dividido el territorio en ocho subdelegaciones, por decreto de 8 de diciembre de 1857. Pese a ello, los tiempos no eran todavía propicios para iniciar un proceso de colonización de tierras, con colonos extranjeros. De ahí que el gobierno central haya optado por hacerlo inicialmente en la zona de Valdivia y Osorno.

En los años siguientes, la presión por anexar las tierras indígenas impulsa la desintegración de la Frontera y su incorporación plena al Estado chileno. De esta manera, en 1869, se establecieron los departamentos de Angol, Lebu e Imperial y se determinó considerarlos como territorios de colonización, sujetos a la autoridad ejecutiva establecida en Angol, convertida ahora en cabecera de la provincia. Hasta 1865 la capital del Departamento de Lautaro fue Santa Juana, siendo reemplazada en este año por Coronel. Por ley de 15 de julio de 1869 se crean una serie de nuevos departamentos en el país. Entre ellos, el de Lebu, separado del de Arauco, por el norte con el río Quiapo.

La violencia que siguió, en la Frontera, a la Revolución de 1859, llevó a la fundación, en diciembre de 1861, de la ciudad de Mulchén y, al año siguiente, de Lebu. Se establecía, así, una nueva línea de frontera, que anticipaba el futuro avance de la ocupación del territorio mapuche. En la década siguiente la provincia se redujo con la creación de la Provincia de Bío-Bío, por ley de 13 de octubre de 1875. Arauco quedó conformada, desde entonces, por los Departamentos de Arauco, Lebu, Imperial y Cañete. Este último era creación de la misma ley. Con la nueva provincia, los departamentos del litoral araucano sentaron las bases de su organización administrativa moderna. Su población no dejaba de aumentar. Así, el Departamento de Arauco ya tenía, para 1875, una población de 18.820 personas, que aumentó a 27.077 en 1885, esto es, casi un setenta por ciento.

En el siglo XX, la provincia experimenta una temporal desaparición. Durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, que fue transformadora en tantos aspectos, se procedió a reorganizar la división territorial del país. Mediante decretos 8.582 y 8.583, de 30 de diciembre de 1927, se fijaron 17 provincias y el territorio de Aysén. Desaparecieron, según el primero, las provincias de Valparaíso, O'Higgins, Arauco, Malleco y Llanquihue; pero solo por siete años, pues en 1934, durante el segundo gobierno de Arturo Alessandri, por ley 5.401, se establece nuevamente la provincia de Arauco, con sus departamentos de Arauco, Lebu y Cañete.

En décadas más recientes, el país ha experimentado nuevas reformas a la división administrativa; en especial con la creación de las actuales regiones, en 1974. Mediante el Decreto Ley N° 1.230 de 27 de octubre de 1975, se dividen las regiones del país en provincias. En este cuerpo legal se señalaba como capital de la provincia de Arauco a Curanilahue. Con todo, una disposición transitoria prevenía:

EN 1888
CIUDAD DE ARAUCO
 POR DON LUIS POMAR
 DE LA MARINA DE CHILE

Situación: Cauce Colocola - Lat. 37° 13' S.
 Puente del telégrafo Long. 73° 20' 45".
 Diferencia de hora con Santiago - menos 10^m 35".
 E. del W. 20° 15". E. de la A. 17° 0".
 Variación magnética: 12° 50' N. E. - Señalada en los mapas en rojo.

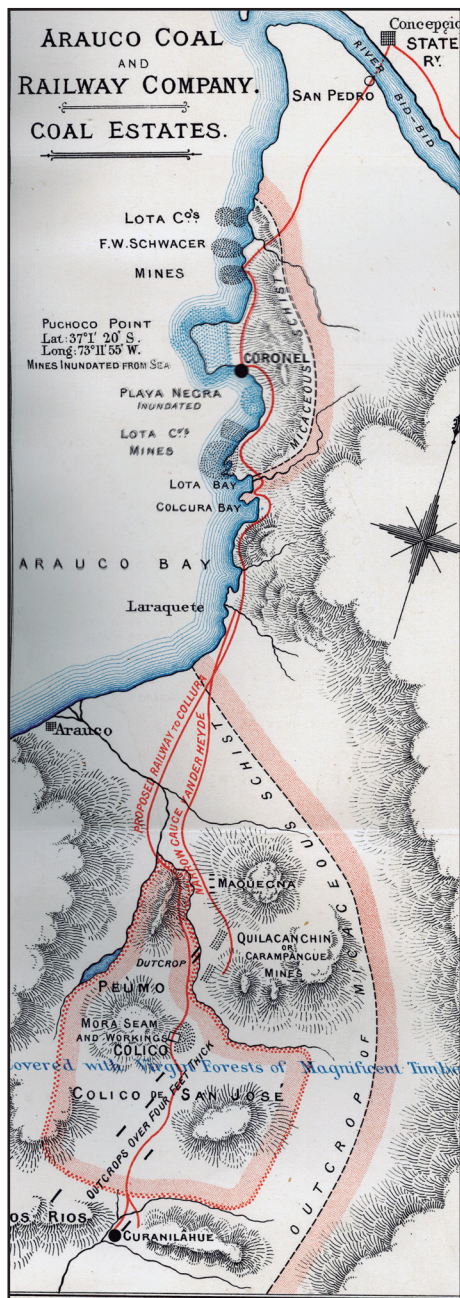
Escala - 1:10.000

GOLFO DE ARAUCO

Mapa de la ciudad de Pomaire y alrededores, mostrando la zona urbana, el río Colocola, el río de los Padres, y la zona de los pescadores. Se indican las propiedades de los señores de la zona, como la de don Luis Pomar y la de don Abello. El mapa también muestra la zona de los pescadores y la zona de los agricultores.

Mapa de la ciudad de Pomaire y alrededores, mostrando la zona urbana, el río Colocola, el río de los Padres, y la zona de los pescadores. Se indican las propiedades de los señores de la zona, como la de don Luis Pomar y la de don Abello. El mapa también muestra la zona de los pescadores y la zona de los agricultores.

207



Plano del carbón de Arauco y la Compañía de Ferrocarriles, en: William Howard Russell, *A visit to Chile and the Nitrate Fields of Tarapacá* (Londres, 1890).

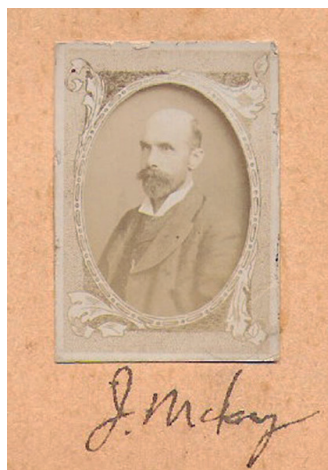
Aunque su superficie, de 5.240 km², no es extensa, apenas algo más que un tercio de la vecina provincia de Biobío, alberga una naturaleza variada y un pasado pletórico de hechos portentosos, que han hecho la Historia de Chile.

ARAUCO Y EL CARBÓN

El territorio lafkenche, situado al oeste de la Cordillera de Nahuelbuta, tuvo un desarrollo paralelo, pero en varios sentidos diferente al Valle Central. La cercanía del mar y las planicies costeras, desde luego, condicionaron el poblamiento y la alimentación. Un elemento que, siendo también natural o geológico, tuvo profundas implicancias en el desenvolvimiento humano, fue la presencia de grandes vetas de carbón, en toda la región que va desde Dichato hasta Lebu, incluyendo el Golfo de Arauco. El carbón subterráneo y submarino, en efecto, influyó en la formación de ciudades, las migraciones internas, la construcción de ferrocarriles, puertos y caminos y, en general, aceleró cambios sociales, económicos y tecnológicos que marcaron la zona, al punto que, ya casi extinguida como industria, ha dejado una indeleble huella en la memoria, así como importantes testimonios de indudable valor patrimonial. Ya hemos visto su desarrollo en Lota y Coronel, que fue el epicentro de la cuenca del carbón. Más al sur, en el corazón de la provincia de Arauco, hay múltiples vestigios de su imborrable presencia.

En tiempos coloniales el carbón era conocido, pero, sin uso industrial, no

tuvo un impacto mayor. Comenzando la república, los cambios tecnológicos permitieron vislumbrar su enorme potencial. En 1845, el sabio Ignacio Domeyko realizó un viaje por la Araucanía que le tomaría un mes entero. Recorre Lota, Arauco, Carampangue, Tucapel, Tirúa y luego continúa hacia Valdivia, por la ruta del Budi. Los anunciados peligros del Valle Central lo obligan a volver por el mismo camino, de manera que pudo hacerse una imagen certera del territorio y su población. Domeyko es de los primeros en anunciar las posibilidades del carbón de Arauco.



John Mackay (1819-1890), pionero del carbón, de origen escocés. Gentileza Ignacio Basterrica S.

El reconocido saber científico del viajero polaco hace que sus observaciones sean tomadas seriamente por las autoridades, que vuelven la mirada hacia Arauco, como un espacio de colonización y por sus potenciales económicos. En Lota visita gran parte de los trabajos subterráneos, donde señala haberse encontrado con una formación terciaria, que “tiene más de un metro de espesor, su carbón pertenece a la clase de las mejores lignitas, no contiene piritas, es puro, se enciende y arde fácilmente”; por lo cual concluye que esta formación podía proveer “en el futuro inmensas cantidades de este valioso producto para la industria minera de Chile”. Sus anotaciones fueron complementadas por las exploraciones y trabajos de Juan Mackay y Guillermo Cunningham, entre varios otros, sellando el destino carbonífero de la región.

Fueron muchas las áreas intervenidas en busca del oro negro; señalemos algunas para demostrar su ubicuidad en la provincia costera. Así, en Llico y Rumena, a cargo de la sociedad Minas de Carbón de Arauco, tuvieron lugar, según Luis Torres, las primeras industrias carboníferas dentro de esa comuna. Implicó la construcción de un muelle en Raimenco, maestranza, máquinas a vapor y un ferrocarril de trocha angosta de dos kilómetros para transportar el mineral, el primero al sur del Biobío; lo cual muestra las inversiones y tecnología que requerían estas explotaciones.

Nuevos yacimientos se identifican en Carampangue, Maquehua, Pilpilco y más al sur. Cerca de Ramadillas se explotaron las Minas de Peumo. Laraquete, por su parte, se convierte, en cabecera comercial del departamento de Arauco, entre los años 1880 y 1900. Se

instaló el telégrafo y el teléfono. A través de su puerto se exportaban los productos agrícolas de la zona y llegaron otros importados; en un astillero cercano incluso se construyeron algunos buques y se levanta una fábrica de briquetas, que opera hasta 1930.

Estas inversiones atraen migrantes internos del norte del Biobío, colonos de distintas nacionalidades y numerosos mapuches costeros y del Valle Central. Es así pues resulta necesario desarrollar la agricultura para alimentar a la creciente población y comienzan a crecer otras actividades, como la forestación. En 1890 se construye el ramal del ferrocarril de Concepción a los Ríos de Curanilahue, para dar salida a las diversas explotaciones de carbón en Arauco; y se habilita el puerto de Coronel, para el embarque del producto. El mismo año se inaugura el Puente Ferroviario sobre el Biobío, que conecta definitivamente a Concepción con la provincia lafkenche.

Curanilahue es otra localidad que nace y se desarrolla en torno al carbón. A la Sociedad Arauco Ltda., establecida en 1890, le siguió la Cía. Carbonífera Los Ríos de Curanilahue, en 1905. Su objeto social fue “la explotación del establecimiento i yacimientos carboníferos de Curanilahue, ubicados en la provincia de Arauco, departamento de Lebu, que pertenecen a don Ramón Rabal”; también la adquisición y arrendamiento de otros terrenos y de medios de transporte de carbón u otras mercancías. Siguiendo esta premisa, en 1919 adquirió, juntamente con las minas de Colico y Plegarias y otras en Lebu, el



Puente ferroviario sobre el río Laraquete, c. 1900.

ferrocarril de Arauco. Posteriormente, se fusionó con la Compañía de Lota y Coronel, a fin de reducir sus costos y lograr economías de escala. Sus operaciones fueron continuadas por la Compañía Minera e Industrial de Chile, desde 1921, denominada luego, entre 1933 y 1964, Compañía Carbonífera e Industrial de Lota.

Más al sur, en Lebu tuvieron lugar grandes faenas mineras, que se asocian a la figura de Matías Rioseco. Desarrolló los mantos situados al sureste de la ciudad, que pueden trazarse a las explotaciones recientes de la Compañía Carbonífera Victoria de Lebu.

El siglo XX se inició auspicioso para el carbón, pues el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914 - 1918), provocó un aumento en la demanda y los precios. Lo anterior promovió el progreso social y urbano de las ciudades de la provincia. En los años veinte, la actividad se contrae, generando un proceso de concentración de las faenas y la clausura de varias de ellas, como Colico, Playa Negra, Buen Retiro y Chiflón de Curanilahue. El Estado comienza a asumir un rol más proteccionista, gravando el carbón y el petróleo extranjero. La década de los treinta fue de una cierta bonanza que se prolonga, con altibajos, hasta mediados de siglo.

En 1946 surge la Compañía Carbonífera Victoria de Lebu, cuyo desarrollo impactó positivamente a esa ciudad costera, dando origen a nuevas poblaciones. Se crean instituciones educacionales, culturales y sociales, que van mejorando las condiciones de vida. El puerto que debía dar salida a los productos de la Frontera, por desgracia jamás se construye, restando utilidad al ferrocarril de Lebu a Los Sauces, terminado en 1938.

En las décadas que siguieron a 1950, la explotación del carbón sufrió un declive inexorable. En 1964, de la fusión de las principales empresas del rubro surge la Carbonífera Lota-Schwager S.A., que desde 1973 se llama Empresa Nacional del Carbón S.A. En 1970, la Corporación de Fomento de la Producción se había convertido en la accionista mayoritaria. En los años siguientes varias empresas del rubro fueron absorbidas por Enacar, como Colico Sur S.A., Carbonífera Victoria de Lebu (Carvile), y Pilpilco, reflejando la crisis de la industria. En 1997 se produce el cierre definitivo de las minas de Lota. Solo continuó en operaciones la mina Trongol, en Curanilahue, hasta el año 2006.

Actualmente, Enacar mantiene o administra, en Lota, con apoyo del Estado, los beneficios comprometidos con los trabajadores y varios bienes, entre ellos algunos de alto valor patrimonial, como

el Parque, el Teatro de los Mineros o la Mina Chiflón del Diablo. El Archivo Enacar, que reúne miles de documentos, en gran parte referidos a la vida laboral de sus trabajadores, está hoy en proceso de conservación y restauración, con apoyo del Archivo Nacional de Chile. Es también valioso, por su contenido, el Museo Minero de Lebu y el Parque del Carbón, en esa misma ciudad.

LA PROVINCIA DE LAS SIETE COMUNAS

Desde Laraquete, siempre unida al mar, se extiende la provincia austral de la Región del Biobío. A quienes vienen del norte los recibe la comuna de Arauco, situada en el sur del gran Golfo de Arauco. Su origen se remonta a los inicios de la Conquista, de manera que su historia se asocia a sucesivos fuertes y combates, que se prolongaron por siglos. Por seguridad, la localidad fue trasladada a los pies del cerro Colo Colo, dando origen a un villorio, al cual se le confirió el título de ciudad el 7 de diciembre de 1852, coincidiendo con el año de creación de la provincia homónima.

Su territorio, hoy más extendido, se conecta con el antiguo valle de Arauco y las tierras del cacique Colo Colo, cuya ranchería se situaba cerca del cerro que lleva su nombre. En 1854 se le añade la isla Santa María y se extiende el límite norte hasta el río Laraquete. Reúne localidades cargadas de historia y belleza natural, como Laraquete, con sus playas y piedras cruces, Carampangue y su precioso río, Ramadillas, las costas y humedales de Tubul, Llico, Rumena y la emblemática Punta Lavapié, con su fantástica vida silvestre. Una larga playa de diez kilómetros es el gran patrimonio natural de Arauco.

Recién en 1865 se formó la Corporación Municipal, que en 1867 pasó a denominarse Municipalidad de Arauco. La presidía el gobernador del departamento y la integraban tres alcaldes, cinco procuradores y un regidor. En 1880, la aldea de Casas Viejas recibe el título de Villa de Carampangue, “situada en la subdelegación de Carampangue del departamento de Arauco”.

La superficie de Arauco es de 956,1 km², algo menos que Curanilahue, que es la comuna más extensa de la provincia, y su población alcanza a los 36.217 habitantes, según el Censo de 2017; lo que la convierte en la más poblada. En el pasado su economía se basó en el carbón; incluso tuvo un banco, el Banco de Arauco, fundado en 1889, que mantuvo una dispar existencia de 20 años. La actividad forestal y sus industrias derivadas son, hace muchos años, el principal

estación de ferrocarril, en medio de las famosas minas de carbón de piedra que llevan su nombre”. Debe tenerse presente, en todo caso, que su surgimiento, no resulta de una decisión fundacional, sino del interés empresarial asociado al carbón. Le siguió la explotación forestal, la llegada del tren y una creciente población, reunida en precarios campamentos mineros y rústicas viviendas, lo cual requería de servicios, que justificaban la creación de la nueva comuna. De los 4.300 habitantes que tenía en 1875, en efecto, pasó a 14.300 en el censo de 1907, tras lo cual la población se estanca durante gran parte del siglo XX; recién se duplica hacia 1982, alcanzando a 32.288 personas en el último censo de 2017.

Cuando el Presidente Carlos Ibáñez del Campo reestructura la división territorial de Chile, en 1927, haciendo desaparecer, entre otras, la provincia de Arauco, Curanilahue pasa a formar parte de la provincia de Concepción, integrándose al Departamento de Coronel. Pero solo por pocos años, pues en 1934 se repone la provincia de Arauco, por ley 5.401.

Durante muchos años, la ciudad de Curanilahue experimentó dificultades en su desarrollo urbano. Grandes barriales en invierno, servicios insuficientes, problemas en el acceso a la salud. Lo registran Víctor García, Jaime Etchepare y Mario Valdés, en su historia de la comuna: “Los esfuerzos tendientes a la superación de los problemas de salud pública y mejora urbana no parecen haber tenido éxito sino hasta muy entrado el siglo XX”. Solo en décadas recientes se ha visto progreso y mejora en las condiciones materiales. En la actualidad, aunque su economía se ha diversificado, siguen siendo la extracción de carbón de piedra, más servicios ligados a la silvicultura, las principales actividades económicas. No puede dejar de mencionarse, entre los orgullos de la comuna, la creación, en el año 2002, de la Orquesta Infantil de Curanilahue, que tantas satisfacciones ha dado a la región y al país.

Siguiendo hacia el sur, sobre la cuenca del río Trongol, en la bifurcación que lleva hacia Lebu, se encuentra la comuna de Los Álamos. Su creación se remonta a los tiempos de la famosa ley de la Comuna Autónoma, dictada justo después de la Revolución de 1891, que llevó a la creación de numerosos municipios, a lo largo del territorio nacional. Muchas no han subsistido, en sucesivas reformas municipales, por su pequeño tamaño y escasos recursos. Los Álamos, en cambio, establecida el 22 de diciembre de 1891, a partir de la escisión de Lebu, puede dar cuenta de una larga historia, aunque no sin altibajos, pues fue suprimida temporalmente entre 1927 y febrero de 1937.

En el sector habría tenido lugar el combate de Antihuala, en febrero de 1558, que terminó con la captura de Caupolicán. El nombre de la comuna se asocia al predio Los Álamos, que poseía el capitán del ejército chileno Medardo Reyes, primer vecino de este lugar. Reyes habría instalado, hacia 1885, una posada para el descanso de los viajeros que transitaban entre Cañete, Curanilahue y Lebu. En su entorno se fue constituyendo un poblado que termina de consolidarse con la llegada del ramal del ferrocarril Los Sauces-Lebu. La modernidad del transporte sacude la existencia de los campesinos criollos y mapuches, ya conmovida por la ocupación militar. La posterior llegada de inmigrantes extranjeros completa la combinación de procesos y tipos humanos que conforman la población comunal. Así, la Casona Eyheramendy, legado vasco francés en la comuna, construida en 1868 y en proceso de recuperación patrimonial, es un vestigio de la emigración europea que caracterizó a la provincia.

Durante el siglo XX, la comuna creció, de la mano del carbón, el comercio y la agricultura. Se recuerda a Pilpilco como un gran centro de extracción de carbón, en torno al cual prosperó un villorio; hoy muy disminuido por el fin de la minería y el auge forestal. Por su ubicación, Los Álamos cumplía un importante rol articulador de las comunicaciones hacia Lebu, el cono sur de Arauco y el norte de la provincia. Se le fue dotando de comercio y servicios, como Registro Civil, telégrafo, escuelas, todo lo cual le fue otorgando fisonomía urbana y consolidó la capitalidad de Los Álamos. Si bien la población de la comuna, ascendente a 21.305 personas en 2017, es marcadamente urbana, nunca pudo generar una cabecera munici-



Vapor "Santa María", en Puerto Peleco, Lago Lanalhue, c. 1930.

pal de importancia. La población, por lo mismo, se distribuye entre varias comunidades, como Cerro Alto, Antihuala, Tres Pinos y Sara de Lebu, distribuidas a lo ancho de un territorio relativamente pequeño, de apenas 599 kms cuadrados.

La principal actividad económica de Los Álamos solía ser el carbón, que decayó radicalmente entre los años setenta y fines del siglo pasado. Actualmente, es el cultivo forestal de pino insigne y eucalipto el rubro más activo de la economía local, cubriendo más de un sesenta por ciento del territorio comunal. Subsiste el carbón, en pequeñas explotaciones y se practica también la agricultura.

En diversas instancias, como la semana alameña, las carreras a la chilena y otras actividades, se congrega la comunidad. Una importante expresión cultural son los tejidos mapuches, que atraen por su calidad y dan cuenta de la importante presencia de este pueblo lafkenche en la comuna. Las letras y la poesía son cultivadas con dedicación. Los ríos y parajes costeros, como Trongol y Caramávida, las dunas de Pangué y tantos otros lugares tienen un gran potencial turístico, que debería desarrollarse en los próximos años.

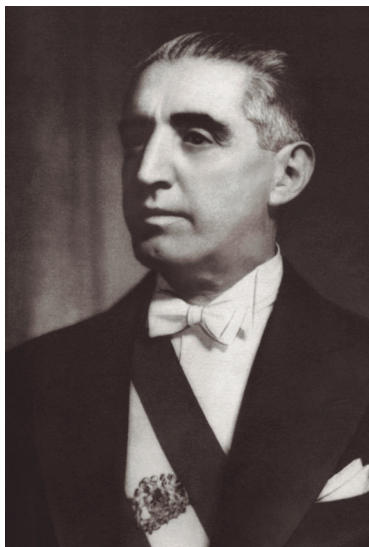
En el cono sur de la provincia se encuentra la comuna de Cañete, estratégicamente ubicada como un polo de distribución entre Conculmo, Cañete y Tirúa. La ciudad fue fundada por el gobernador García Hurtado de Mendoza, con el nombre de Cañete de la Frontera, en honor a su padre, marqués de Cañete. Antes de su fundación, el sector era conocido como Tucapel, nombre del fuerte que fundara Pedro de Valdivia, en la zona en que luego halló la muerte. La ciudad fue destruida en el levantamiento que siguió a la batalla



Cañete, postal, c. 1920.

de Curalaba, en 1598, y permaneció oculta en la selva por siglos.

La actual ciudad fue fundada el 12 de noviembre de 1868, por el coronel Cornelio Saavedra, durante el proceso de Ocupación de la Araucanía. En los primeros años sufrió los azares de los últimos años de la llamada Pacificación, en especial del levantamiento de 1881. La llegada de inmigrantes chilenos y extranjeros, sobre todo vasco franceses, dio lugar a un interesante desarrollo económico y social, pues se fundaron diversas instituciones, como clubes sociales y deportivos, se establecieron grandes fundos y criaderos de ganado y caballos, a pesar de las



Juan Antonio Ríos Morales, cañetino, estudiante del Liceo de Hombres de Concepción, presidente de Chile (1942-1946).

dificultades de las comunicaciones. La convivencia de los migrantes con el pueblo mapuche generó un interesante sincretismo, que dio a Cañete un sabor especial. Las violencias y conflictos políticos de los años sesenta del siglo pasado, en especial los asociados a la reforma agraria, tensionaron a la sociedad local, poniendo fin a una convivencia rural más bien tradicional y tranquila.

En la actualidad, la actividad se concentra en los rubros agrícola, forestal y de servicios. En el territorio comunal hay interesantes parajes como Cayucupil, Paicaví, Ponotro, el lago Lanalhue, con su desarrollo turístico; que representan un gran legado natural y cultural, el cual puede apreciarse, en parte, en el Museo Mapuche, situado en la salida sur de la capital comunal.

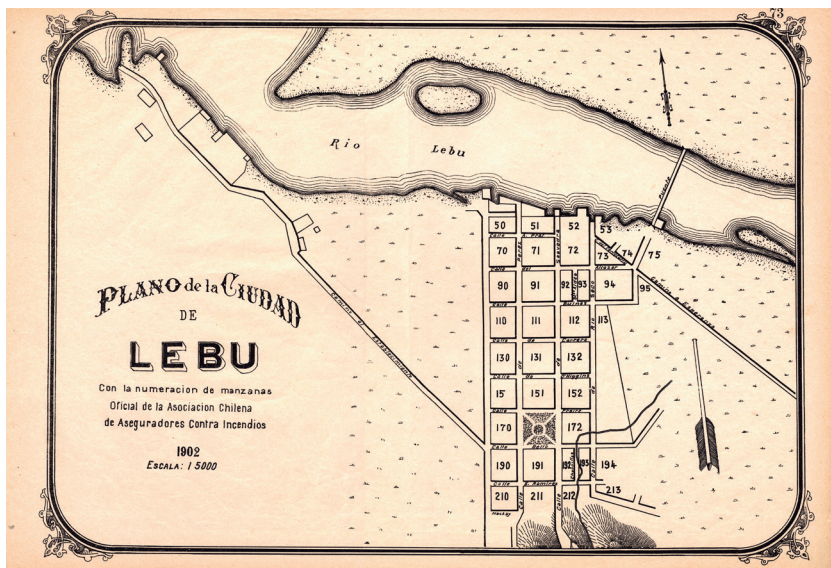
Continuando por el camino hacia Tirúa por la costa y luego a la Región de la Araucanía, se llega al cruce de Peleco. Un camino escénico que bordea el lago Lanalhue conduce a la comuna de Contulmo. Fue también escenario de encuentros dramáticos, durante la Guerra de Arauco, como la muerte de los Mártires de Elicura y la epopeya de los Catorce de la Fama, esto es, la suerte de la hueste de Juan Gómez de Almagro, que acudió desde el fuerte de Purén al encuentro del gobernador Pedro de Valdivia, que enfrentaba a los mapuches en Tucapel, con un desenlace trágico para las fuerzas españolas.

El mismo Cornelio Saavedra es quien funda Contulmo, como plaza militar, para proteger el cruce cordillerano hacia Purén, así como los cultivos en la planicie que rodea el lago. En los primeros años no es más que un pequeño villorrio. Su desarrollo coincide con el término de las campañas de Ocupación, en 1883, época en que se concreta la llegada de un grupo de emigrantes provenientes de Berlín. Fueron 48 familias que establecieron una colonia que, venciendo las dificultades iniciales, pudo prosperar. Se creó una escuela, para lo cual se trajo un maestro de Alemania, caminos, un molino a cargo de la familia Grollmus, trágicamente destruido en tiempos recientes; una celebrada repostería y hermosas construcciones, que llevaron a la declaratoria de Contulmo como Zona Típica. Lo más valioso es su gente, donde se aprecia el sincretismo de la cultura de los habitantes originarios, en simbiosis con elementos europeos y criollos chilenos.

Aunque su superficie es similar a la de Curanilahue o Arauco, tiene apenas algo más de seis mil habitantes. Contulmo es comuna desde 1918, bajo el gobierno de Juan Luis Sanfuentes. Su primer alcalde fue Paul Kortwich Glogow, cargo que ejerció por 17 años, hasta su muerte. Entre sus obras, se le recuerda por la donación del predio donde hasta hoy existe el Parque Santa Elena, nombrado en honor a su esposa. Lo mismo con el terreno donde operó la primera Escuela Agrícola y, en la actualidad, la Escuela de Cultura Artística San Luis de Contulmo. Su casa es hoy un patrimonio arquitectónico de la comuna.



Contulmo, postal, c. 1910.



Plano de la ciudad de Lebu, 1902.

Las maderas, la agricultura y la carne, son las actividades principales de Contulmo. También el turismo, debido a las bellezas naturales, las oportunidades para el deporte y el patrimonio cultural que posee la comuna.

La capital de la provincia de Arauco es la ciudad de Lebu. Si bien la ciudad recién se funda en 1862, durante el primer avance hacia la Araucanía encabezado por Cornelio Saavedra y precedido por las exploraciones del río Lebu de Leoncio Señoret, la región fue escenario de importantes episodios coloniales y la actividad de misioneros jesuitas, así como de las luchas de la Independencia.

En tiempos del gobernador Alonso de Ribera, se funda el fuerte Santa Margarita de Austria, “sobre el río Levo, siete leguas de Arauco y en la raya de la provincia de Tucapel”, con una guarnición de sesenta soldados. Ocurrió en 1604 y el fuerte permaneció por más de cuarenta años, soportando ataques y apoyando las campearadas sobre el territorio. Según Alejandro Pizarro, durante ese tiempo fue un importante centro político, debido a las prolongadas permanencias del gobernador. La población surgida en su entorno no pudo prosperar hasta convertirse en ciudad. La orden jesuita fundó una misión al amparo del fuerte, en 1612, pero debió trasladarse a Arauco en poco tiempo, por las condiciones de la guerra. La plaza militar fue trasladada a la boca del río Lebu en 1641. Durante el gran levantamiento de 1655, o tal vez antes, el fuerte fue evacuado, pues su nombre ya no figura en la documentación.

Durante las últimas campañas de la Independencia, como las llama Benjamín Vicuña Mackenna, las monjas trinitarias, huidas de Concepción por temor a las fuerzas patriotas, pasaron largos meses en este territorio. Usando el puerto de Lebu, el líder montonero realista Vicente Benavides abastecía sus fuerzas, iluminando las colinas para guiar a las naves que venían de Chiloé o Valdivia. En años siguientes recibió esporádicas visitas, como la del sabio Ignacio Domeyko, en 1845.

Fueron los *lafkenches* los indudables dominadores del territorio, hasta bien avanzado el siglo. Un oficial de Marina, describía así la zona, en 1862: “Por donde se extienda la vista se hallan aun bien marcados los surcos de la antigua agricultura del pueblo mapuche; en los valles y colinas, en las vegas y montañas, y aun en los barrancos más pendientes, se nota el trabajo de la mano del hombre, que revela la inteligencia agrícola de las anteriores generaciones de ese pueblo tan valiente como hospitalario”.

Los estertores violentos de la Revolución de 1859 en el sur, que incluyeron la destrucción de Negrete y de numerosas haciendas, decidieron al gobierno central a avanzar militarmente sobre la Araucanía e incorporar su territorio a la administración del Estado. En ese contexto se funda Lebu. El 6 de octubre de 1862 se delinea la ciudad y, dos días después, se coloca la piedra fundamental del Fuerte Varas, que protegió su desarrollo inicial. Tomó el nombre del río -o *Leuvu*, en mapuzungun- y el valle circundante, fue puerto para el sur de la provincia, centro carbonífero y ramal ferroviario.

En 1869 la joven villa es designada como capital del departamento de Lebu. En los años siguientes progresa de forma rápida: su población aumenta, se forman calles y plazas, se construyen iglesias y se instalan los servicios públicos. En 1874 recibe el título de ciudad y, al año siguiente, deviene en capital de la histórica Provincia de Arauco, condición que mantiene hasta el presente.

La explotación del carbón y la presencia numerosa de colonos, en una sociedad ya mestizada por los largos siglos coloniales, marcó el carácter de la llamada Baja Frontera, en que se sitúa Arauco y el valle de Lebu. La laboriosidad de los habitantes y de los colonos extranjeros, en particular los alemanes, dio lugar a una temprana industria de vidrios, cueros y calzado, así como una cervecería. El aislamiento y los malos caminos, sumado a la competencia de las grandes fábricas terminó, por desgracia, con estos emprendimientos, con algunas heroicas excepciones. Actividades tradicionales, como la



Chemamüll, escultura mapuche tallada en madera, Tirúa, 2023.

pesca, la ganadería y la agricultura siguen siendo la base de su economía; en los últimos años, el desarrollo de parques eólicos ha agregado la generación de energía a su matriz productiva.

La comuna es relativamente pequeña; son 562 kilómetros cuadrados, poco menos que Los Álamos. Su población es de 25.522, en 2017, muy poco más que en 2002; es deseable que pudiera ir creciendo en el futuro, si se considera el atractivo natural de la comuna y las oportunidades que ofrecen sus recursos.

Al extremo sur de la provincia, colindando ya con la Región de la Araucanía y frente a la isla Mocha, se encuentra la comuna de Tirúa. En la organización tradicional mapuche, era Tirúa un Lof o clan de varias familias, adscrito al Aillarehue de Licanievu y al Butalmapu del Lafkenmapu. El sector se hallaba en la zona de influencia del Complejo Pitrén, antecesor de los actuales mapuches costeros. Al parecer, Tirúa fue un lof de larga data, pues ya aparece representado por varios lonkos en el Parlamento de Yumbel, en 1692. Los antiguos cementerios mapuches existentes, asociados a cada comunidad, como el de Loncotripay, son prueba de la importante presencia lakenche en la zona.

El Estado chileno recién se instala en la región en tiempos de las primeras campañas de Ocupación de la Araucanía, lideradas por Cornelio Saavedra. En 1865 se funda el

Fuerte de Tirúa, para controlar el tránsito por la costa hacia el sur y por la Cordillera de la Costa. En sus orígenes, el pueblo de Tirúa reunía no más de veinte casas, algunas simples rucas con techo de totora. Lo rodeaban altas dunas y no existía puente para cruzar el río Tirúa; de manera que debía recurrirse a los vados o a balsas, impulsadas por pértigas. Al principio, por supuesto no había mayores servicios, ni agua potable o electricidad. La primera escuela se estableció en 1876 y el telégrafo por los mismos años, conectando a la villa con el centro del país. Funcionó por unos cien años.

La instalación de una fábrica de tejas y la explotación industrial del bosque nativo permitió construir casas mejores con los años. La madera salía al mar por pequeñas barcas, hasta los buques que la trasladaban a los puertos del norte. Por varios años se extrajo pirita, en la costa al sur de la capital comunal y, al este, cerca de Aillinco, se vivió una breve “fiebre del oro”, en los años treinta del siglo pasado. La agricultura, la pesca artesanal y la explotación maderera subsisten como las actividades más tradicionales.

El mismo año 1865, en enero, se establece el Fuerte de Quidico, formando una línea con Angol, de manera de cerrar la línea del Malleco e integrar los territorios situados al norte de ella. El pueblo de Quidico nació a contar de la fundación del fuerte, integrando habitantes mapuches, criollos chilenos y extranjeros llegados con la incipiente inmigración de españoles, vascos franceses e italianos. En



Río Tirúa, 2023.

una época, Quidico dependía de la comuna de Contulmo. Fue lugar de veraneo de familias de Capitán Pastene y de Cañete, entre otras localidades, atraídos por su larga y hermosa playa. Junto al lago Lleu-Lleu y la porción sur del lago Lanalhue, también parte hoy de la comuna de Tirúa, son lugares de alto valor paisajístico y recreativo.

La actual comuna de Tirúa surgió hace medio siglo. Fue establecida en septiembre de 1972, bajo el gobierno del presidente Salvador Allende. Sus límites actuales son la comunas de Cañete por el norte; Carahue al sur; Lumaco y la Cordillera de Nahuelbuta, al este; y al Oeste con el océano Pacífico. Su población, en 2017, era de 10.417 personas y su superficie, apenas mayor que Lebu y Los Álamos, es de 624 kilómetros cuadrados.

Desde las extensas playas de la comuna puede verse la Isla Mocha, situada a un poco más de treinta kilómetros de distancia. Es un lugar mítico, asociado a la leyenda de la ballena blanca Mocha Dick, importante en la cosmogonía mapuche, como descanso de las almas de sus muertos. En la costa, cerca de la Playa del Padre, grandes Chemamüll de madera observan en silencio hacia la isla, custodiando la memoria de los antiguos navegantes. Mocha fue lugar de colonización en tiempos republicanos y de pesca y caza de lobos. Hoy es un gran patrimonio natural y cultural.



DE LA ALTA FRONTERA A LA PROVINCIA DEL BIOBÍO

LA EXPLORACIÓN Y OCUPACIÓN DE LA ISLA DE LA LAJA * LA FUNDACIÓN
DE CIUDADES Y COMUNAS * LOS ÁNGELES EN EL TIEMPO * ECONOMÍA Y
SOCIEDAD

La provincia de Biobío es la más joven y extensa de la Región. Su superficie es de 14.987,9 km², superando a la suma de las provincias de Concepción y Arauco. A diferencia de estas, se trata de un territorio mediterráneo; una buena porción es cordillerano y colinda, hacia el este, con la República Argentina. Incluye, por lo mismo, las mayores alturas de la Región: la sierra Velluda, el volcán Callaqui y el volcán Antuco, con 3.585, 3.160 y 2.985 m s. n. m., respectivamente. Los ríos que cruzan la provincia son el Laja, el Huaqui, el Rarínco, el Coreo, el Duqueco y el Biobío, además de varios riachuelos. Estos, que también alimentan al Biobío, obtienen su caudal de las lluvias, en el invierno y en primavera del derretimiento de las nieves. Al oeste, limita con la provincia de Arauco, cordillera mediana. Es la de la Costa, que al sur del Biobío se denomina Nahuelbuta. En el norte de la provincia abundan los campos dunarios del Laja, así como extensas plantaciones forestales; en el sur, la precordillera es el rasgo más característico.

Es efectivamente la provincia más joven, casi por un cuarto de siglo. A la creación de Ñuble, en 1848, hoy una región distinta, siguió el establecimiento de la provincia de Arauco, en 1852, sobre la base de los territorios al sur de los ríos Laja y Biobío; la capital de esta provincia fue la ciudad de Los Ángeles. Su territorio abarcaba desde estos ríos hasta el Toltén por el sur. En octubre de 1875 se crea la provincia de Bío-Bío con capital en Los Ángeles, modificándose la de Arauco, para incorporar el territorio de colonización de Angol. Por ley de 12 de marzo de 1887 se crean las provincias de Malleco y Cautín, segregando parte de los territorios de las provincias de Bío-Bío y Arauco. De esta forma, se van constituyendo los territorios administrativos de las actuales regiones del Biobío y La Araucanía.

El departamento de Angol se crea en enero de 1937, para formar la provincia de Malleco. Nacimiento volvió entonces a ser departamento de la provincia del Bío-Bío. Durante el proceso de regionalización implementado en la década de 1970, se establece la VIII Región (Decreto Ley 575, de 1974), que más tarde se llamó del Bío-Bío. Por el decreto Ley 1.230, de octubre de 1975, se dividen las regiones del país en provincias y se suprimen los departamentos. La Región del Biobío quedó compuesta por las Provincias de Arauco, Concepción, Biobío y Ñuble. Restada la última, corresponde a la actual división provincial.

Su actual población se empina a los 400 mil habitantes, distribuida en 14 comunas: Los Ángeles, Antuco, Cabrero, Laja, Mulchén, Nacimiento, Negrete, Quilaco, Quilleco, San Rosendo, Santa Bárbara, Tucapel, Yumbel y Alto Biobío. La primera ha sido siempre su capital y la última, establecida en 2003, es la más reciente.



Provincia de Bío-Bío, 1934

LA EXPLORACIÓN Y OCUPACIÓN DE LA ISLA DE LA LAJA

El territorio que dio origen a la provincia solía denominarse la Isla de Laja, por su forma semitriangular, que se halla rodeada por el río Biobío y su principal afluente, el Laja. La cordillera cierra el triángulo hacia el oriente. Antes del siglo XVIII, se asociaba a la provincia de Huilquilemu, que menciona el abate Molina y que cubría un amplio territorio, entre el Itata y el Duqueco. Un distrito, dice en el *Compendio de la Historia Jeográfica, Natural y Civil del Reino de Chile*, publicado en 1776, “rico en oro en polvo, i produce un vino moscatel esquisito. La jente que habita sus campos es valerosa i aguerrida, a causa de los combates que durante la guerra sostuvo con sus terribles enemigos los araucanos”. Añade que en “la provincia de Huilquilemu se organizó la nueva provincia del Laja, por decreto de 9 de agosto de 1792”, separando esta del territorio de Rere.

La región de Los Andes comprende, junto a las alturas mencionadas, la bella laguna volcánica del Laja. Un paso cordillerano, que bordea el Antuco, conocido desde antiguo, es la principal ruta que conecta la Región del Biobío con las pampas argentinas. Fue recorrido en tiempos coloniales por pehuenches y recuas de mulas de comerciantes, llevando sal, añil, plumas y pieles, entre otros productos. Los primeros patriotas, como Luis de la Cruz, en 1806, lo exploraron concienzudamente, para cumplir la aspiración de abrir una ruta desde Talcahuano a Buenos Aires, que desviara el comercio que se hacía por el centro del país, dando salida a los productos regionales. No pudo concretarse entonces y sigue siendo un sentido anhelo, a la luz del desarrollo portuario del Biobío hacia el Pacífico.

El accidente geográfico más notable de la provincia es, seguramente, el volcán Antuco. Es siempre distinguible por su cono perfecto, solo cortado por su cráter, más bello todavía cuando lo cubre la nieve. Hizo erupción muchas veces en el pasado y, seguramente, también lo hará en el futuro. Varios viajeros consignaron testimonios de esos episodios. Así, el sacerdote franciscano Pedro Ángel de Espiñeira, en enero de 1758, escribió: “hoy 21, día de Santa Inés, después de la mala noche que hacían más horrorosa y terrible los frecuentes estruendos del volcán inmediato...” Recorrió la falda, encontrándose con la escoria que arrojaba. El norteamericano Edmundo Reuel Smith observó fuertes bramidos y llamaradas desde el lejano Salto del Laja. Los científicos Eduardo Poeppig, en 1828 e Ignacio Domeyko, en 1845, fueron testigos de su actividad.



“Visita al volcán Antuco al momento de una erupción de gas: 1 marzo 1839”, Claude Gay, *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, Tomo I, París, 1854.

Cronistas y exploradores comentan que era una tierra fértil. Para Carvallo y Goyeneche, “es la tierra más llana y más bien regada que tiene esta división del obispado de la Concepción”. En el mismo sentido, Poeppig cuenta de la increíble fertilidad de las cosechas cerca de Los Ángeles, en Tucapel y en los valles de Antuco y Villacura: “en años buenos cincuenta veces lo sembrado... En terrenos boscosos recientemente descampados, el rendimiento del trigo sube a ochenta veces lo sembrado, y en ocasiones es necesario sembrar frejoles, a fin de agotar un poco el suelo”. Abundaban los bosques de manzanos y perales silvestres y se producía mucho vino, aunque “no era de la mejor calidad”, según Carvallo. El ganado, de diversas especies, era numeroso. Como ahora, en invierno la cordillera se cerraba y en verano el calor era intenso.

Los primeros habitantes del territorios, según hemos dicho, eran puelches y pehuenches, que se movían a ambos lados de la cordillera. Avanzando el siglo XVII, los segundos fueron incorporando la lengua mapuche de los llanos y muchas de sus costumbres. Habitados a la cordillera y al consumo del pehuén o piñón, se fueron diferenciando de otros pueblos, como huilliches y pehuenches. Sin duda, como dice Orellana, hubo cruces biológicos y culturales con los habitantes del Neuquén argentino.

Los primeros contactos con los españoles se producen en tiempos de Pedro de Valdivia. El primer gobernador de Chile llega a la isla de

la Laja a fines de 1549. En carta al emperador Carlos V, le comenta que atravesó “un río de dos tiros de arcabuz en ancho, que iba muy lento y sesgo y daba a los estribos a los caballos, que se llama Nivequetén”. Se refería al río Laja, que debe haber cruzado a la altura de los Saltos. Su maestre de campo sostuvo violentos con los naturales del lugar, tras lo cual Valdivia mandó a Gerónimo de Alderete, con ochenta hombres, a recorrer la zona cordillerana. Seguramente fue la primera expedición al Alto Biobío.

Un siglo más tarde, durante la rebelión de 1654-1655, los pehuenches y puelches efectuaron frecuentes incursiones hacia los llanos, entre el Maule y el Itata. El levantamiento dejó unos novecientos soldados muertos, en años de rencillas. Derrotados los mapuches, el nuevo gobernador, Ángel Peredo, reforzó la línea del Laja, restauró el antiguo fuerte de San Felipe de Austria, cerca de Yumbel, pobló los fuertes de Colcura, Molino del Ciego, Ornillos, San Cristóbal y Salto de la Laja, y construyó fortines para proteger los vados de Tarpellanca y el del Salto. Comenzaron a recuperarse las plantaciones y las haciendas destruidas. Huertas y chacras, el trigo y la cebada volvieron a los campos. Hacia 1680 el capitán español José Núñez de la Cantera, vecino de la Concepción, pide una merced de tierras. Es el origen de la hacienda de las Canteras, que el gobernador Ambrosio O’Higgins adquiere y luego hereda a su hijo Bernardo. Este la trabaja con esmero y, ya cercano a la muerte, la vende a Manuel Bulnes, general y presidente de la república.

La presencia misional acompañaba a la instalación de vecinos y a los afanes de la guerra. El gobernador Tomás Marín de Poveda impulsó las políticas de evangelización en el territorio indígena, con apoyo de los religiosos de la Compañía de Jesús y de la orden de San Francisco, quienes asumieron este ministerio. Se erigieron misiones en Tucapel, Repocura, Mulchén, Renaico, Quecheregua y Maquegua, entre otros lugares. Los jesuitas extendieron sus misiones por la costa, los llanos y la precordillera, el llamado Inapiremapu. Los franciscanos, a su vez, se hicieron cargo del Piremapu, la cordillera que habitaban los pehuenches. Así fue formalmente concedido por el gobernador Manuel Amat y Junient, en el parlamento del Salto del Laja, en 1756. Con la expulsión de los jesuitas de los dominios españoles, en 1767, los franciscanos adquirieron control apostólico y fueron señores de casi todas las misiones del sur de Chile.

De esta forma, desde el primer siglo colonial había diversas interacciones entre el mundo aborígen y los hispanos y criollos. Para

el siglo XVIII, sin embargo, la región aún tenía poca población. La actividad más interesante, desde el punto de vista social, económico, bélico y cultural, explica Mario Orellana, se producía cuando grupos de pehuenches bajaban hacia Los Ángeles o más al norte, hacia Chillán, para negociar, hacer trueque, robar o asaltar a los pocos hacendados que existían. Avanzando el siglo se comenzó a poblar “la isla” de la Laja y se construyeron los primeros pueblos y fortines. En el parlamento del Salto del Laja, que ya mencionamos, el gobernador Amat y Junient acordó con mapuches y pehuenches una política de paz general. Convino con los últimos la fundación de la villa de Antuco. En décadas siguientes, esta fue importante en las relaciones interétnicas y en las misiones evangelizadoras. El mismo año se funda la villa de Santa Bárbara, junto al río Biobío. Se le sumó un fuerte y un hospicio dirigido por sacerdotes franciscanos.

En 1723, una nueva sublevación tuvo también como escenario al territorio de la actual provincia del Biobío. Se habría originado en abusos y afrentas cometidas por algunos “capitanes de amigos”, en contra de los mapuches de los alrededores de Purén. Fue liderada por el lonco Vilumilla, sin que haya podido generalizarse. A raíz de estos eventos los fuertes se trasladaron a la ribera norte del río Biobío, con lo cual se reducía la presencia hispana en la región. La medida se adoptó, en apariencia, por la ineficacia de los fuertes en la tarea de pacificar y dar seguridad a las estancias, así como por



“Los pinales de Nahuelbuta”, Claude Gay, *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, Tomo I, París, 1854.

razones económicas y de defensa. Influyó la intervención del Rey y del Consejo de Indias, que, en 1724, recomendaron “que los indios fuesen tratados con la mayor suavidad” y en caso de injusticias provocadas por algunos españoles se procediese a castigarlos con toda severidad, “no permitiendo que a los indios en sus tratos de ponchos i demas granjerías que tuviesen, se les hagan agravios ni vejaciones...” El Rey insistió en “que se tratase de aquietar a los indios, impidiendo todo mal tratamiento, i que se les perdonasen los delitos que habían cometido durante la insurrección”. Todo lo cual se resolvería en el Parlamento de Negrete, celebrado a comienzos de 1726.

En la integración del espacio pehuenche al mundo hispanocriollo, jugó un rol importante, en las postrimerías coloniales, el gobernador Ambrosio O’Higgins. Mediante una bien trabajada alianza con los pehuenches, que se consolida en el parlamento de Negrete, en 1793, se aseguran condiciones permanentes de paz, el libre tránsito de los españoles por las tierras aborígenes y se restableció el comercio entre españoles e indígenas. Juan de Ojeda, quien visita la zona por esos años, deja un favorable testimonio: “...toda la tierra, con las medidas que tomó O’Higgins a lo largo de casi 20 años, fue ocupada “de españoles que enriquecidos de haciendas con la mayor satisfacción y tranquilidad gozan de tan gran ventaja; y admirados de los progresos y adelantamientos de este país, lo ven erigido en nuevo partido de los de esta Intendencia, lisonjeándose que será el mejor de la Provincia”. El mismo O’Higgins informaba al Rey, en 1791, en su calidad de Intendente de Concepción, que los colonos habían progresado rápidamente por la fertilidad de la tierra y su potencial para la agricultura y el comercio. Incluso llegó a planificar expediciones comerciales combinadas con los pehuenches allende la cordillera, pero que no alcanzó a concretar.

En tiempos de la Independencia, que causó grandes estragos en esta provincia, en la Isla del Laja se hallaban las aldeas de Antuco y Santa Bárbara, más los fuertes y fortines de San Carlos, Nacimiento y Talcamávida; frente a la cordillera los fortines de Villucura y Trubunleo, y en el río Laja los de Tucapel y Ballenar, varios de ellos en ruinas. La cabecera de este extenso territorio era la ciudad de Los Ángeles, que entonces tenía un fuerte y unas 150 casas de barro. En la guerra y años posteriores, la región fue parcialmente abandonada, por la acción de guerrillas y debido a los ataques de los aborígenes rebeldes.

Poco a poco las haciendas comenzaron a repoblarse y algunos fortines volvieron a ser reconstruidos. La región se conectaba con

Chillán y su gran mercado distribuidor, las pampas trasandinas y por el sur hasta los alrededores del lago Villarrica. Las ciudades fueron asumiendo roles de articulación; así ocurrió con Los Ángeles hacia Rere y el Valle Central.

LA FUNDACIÓN DE CIUDADES Y COMUNAS

Durante los siglos coloniales, se construyeron numerosos fuertes y fortines, para las necesidades de la guerra y la defensa. Varios fueron destruidos o abandonados, e incluso cambiados de lugar. No hay espacio para consignarlos todos: la historia de la línea de la frontera del Biobío llenaría un grueso volumen. Recordemos solo al de Purén, al sur del río Duqueco, cuidando un vado; San Cristóbal, en Yumbel; Santa Bárbara, junto a la ciudad; o Tucapel, al norte del río Laja. Muchos se hallan conectados a la historia de las ciudades de la Alta Frontera.

Es el caso de la villa de Santa María de los Ángeles, establecida en 1739, como el lugar elegido para concentrar la población dispersa. Originalmente contaba con un fuerte, que quedaba frente a la actual Plaza de Armas, del cual ya no quedan vestigios. La fundación tuvo lugar durante el gobierno de José Manso de Velasco (1737-1745), quien confió la tarea de encontrar el lugar y fundar la villa al maestro de campo Pedro de Córdoba y Figueroa, autor de una *Historia de Chile*, que abarca desde 1492 hasta 1717. A los cinco años de su establecimiento reunía ya unos quinientos habitantes. Volveremos sobre esta ciudad capital.

En el Parlamento del Salto del Laja, en 1756, según dijimos, se convino la existencia de la villa de Antuco, en tierras pehuenches ancestrales, para residencia de españoles y recibir la actividad misionera. En 1769 se instaló el fuerte Trubunleo, cerca del actual Parque Nacional Laguna del Laja. Se hallaba en la ruta del paso cordillerano hoy llamado Paso Pichachén. En 1785, Ambrosio O'Higgins adquirió la cercana hacienda de Las Canteras. Siendo intendente de Concepción, ordenó construir, en 1787, un fuerte cerca del pueblo de Antuco, al que llamó Ballenar, en homenaje a Vallenary, su villa natal en Irlanda. Protegía, así, el paso cordillerano y, a la vez, su propia estancia. Al interior del río Duqueco fundó el fuerte de Príncipe Carlos, en el boquete de cordillera nombrado Villucura.

El 3 de agosto de 1871, se crea la subdelegación de Antuco, que es elevada a villa en 1874. Un siglo después, el 26 de octubre de



"Salto de la Laja", Claude Gay, *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, Tomo I, París, 1854.

1979, fue creada la comuna (D.L. 2.868), en el marco del proceso de regionalización aún vigente.

En cuanto a Santa Bárbara, ya hemos contado sus orígenes: data de tiempos del progresista gobernador Amat y Junient. Su nombre honra a la reina Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI. El fuerte nace en 1756. La ciudad fue fundada el 9 de octubre de 1756, con la presencia del gobernador Manuel de Amat y Junient, según estableció el historiador Tulio González. La villa albergaba una "hospedería de religiosos conversores del Colegio de Propaganda", es decir, de los franciscanos, y dos casas de conversión a cargo de los mismos religiosos, una de ellas en la parcialidad de Ruca-Alhue, y la otra en la de Lolco. Disfrutó de relativa paz en el siglo XVIII, salvo el levantamiento de 1769 y los frecuentes malones de los pehuenches. Fue despoblada e incendiada en 1821, por las montoneras realistas. Concluida la llamada Guerra a Muerte, se repuebla en 1833. Es reconocida como ciudad el 2 de enero de 1871. Hoy es una pujante comuna forestal y agropecuaria. La construcción de centrales hidroeléctricas, con sus luces y sombras, ha marcado su fisonomía reciente. La comuna se postula, además, como capital de la miel en Chile y busca en el turismo, entre otras actividades, su camino al desarrollo.

En 2003, su territorio fue fraccionado para dar origen a una de las comunas más jóvenes de la Región, pero favorecida con una población ancestral. En Alto Bío-Bío, en efecto, la población pehuenche representa un 86% de los habitantes, distribuida en doce comunidades entre los ríos Queuco y Biobío; en total, unas seis mil personas.

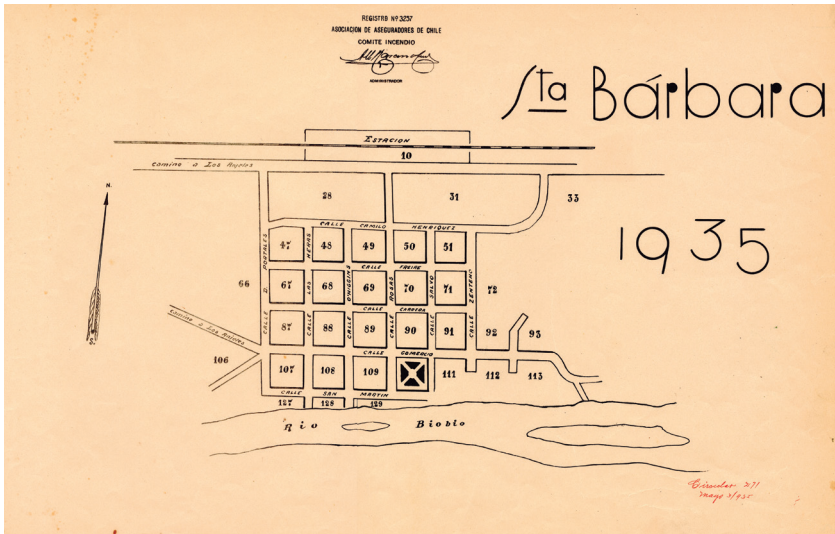
En su territorio se sitúan dos volcanes, el Callaqui y el Copahue, así como una interesante flora y fauna de cordillera.

En el pasado, fue escenario del tráfico cordillerano de puelches y pehuenches, así como de las correrías de los Pincheira. Naturalistas y viajeros dejaron testimonio de la escarpada belleza de las montañas y de las costumbres de sus primeros habitantes. En años recientes, la construcción de la Central Hidroeléctrica Ralco, que embalsó el Biobío, significó una gran intervención ecológica, que dio lugar a la operación de la mayor central hidroeléctrica del país.

Al costado suroeste de Santa Bárbara y Alto Biobío se encuentra la pequeña comuna de Quilaco. Su origen se remonta a la casa misional de la Purísima Concepción de Quilaco, fundada hacia 1760 por misioneros franciscanos liderados por fray Juan Matud, en tierras del cacique Mallacán. En el entorno comienza a formarse el pueblo, que crece con la actividad agrícola y forestal, a partir de la parcelación progresiva de antiguos fundos. Su población ronda los cuatro mil habitantes. Agricultura y ganadería son las actividades principales, aunque el turismo exhibe un desarrollo creciente, estimulado por la abundancia de lagunas, bosques nativos y espacios protegidos, como la Reserva Nacional Altos de Pemehue.

En el costado norte de Santa Bárbara, a su vez, se sitúa la comuna de Quilleco, que toma el nombre del estero que lo cruza y desemboca en el río Duqueco. Su fundación precede a la creación de la provincia de Biobío. Se debe al primer intendente de Arauco, Francisco Bascuñán y Guerrero, en un lejano 1853. Justo en el año en que se crea la provincia, se confiere a la localidad el título de villa de San Francisco de Quilleco: era el 26 de julio de 1875; el 22 de diciembre de 1891 se crea la municipalidad. En la actualidad su población ronda los diez mil habitantes.

Su historia más remota, en todo caso, en tiempos coloniales, se conecta con un personaje ilustre del imperio español y de su hijo no menos notable. En Quilleco, en efecto, se hallaba la antigua hacienda de Las Canteras, propiedad de Ambrosio O'Higgins, intendente de Concepción, gobernador del reino y virrey del Perú; en ella su hijo y heredero Bernardo pasó los mejores años de su vida, desarrollando una intensa actividad agrícola y ganadera, que incluyó la producción de mostos, todo lo cual fue truncado por las guerras de Independencia, que en Biobío provocaran prolongadas violencias. Recordemos que don Bernardo, en la zona, formó dos Regimientos de Caballería y, con sus inquilinos de Las Canteras, el Regimiento



Plano de Santa Bárbara, 1935.

Nº 2 de La Laja, de manera que antiguos vecinos fueron protagonistas de las luchas de Emancipación.

Hasta el presente, Quilleco continúa dedicado a la actividad agrícola y al trigo; en décadas recientes la remolacha y, sobre todo, la industria forestal ocupa una importante porción del territorio. Al igual que en las cercanas Santa Bárbara y Alto Biobío, la generación de energía está representada por las centrales hidroeléctricas Rucúe y Quilleco.

Siguiendo hacia el norte, ya colindando con la actual Región de Ñuble, se encuentra la comuna de Tucapel. Fue creada por la ley de Comuna Autónoma de 27 de diciembre de 1891, como parte del Departamento de Rere en la Provincia de Concepción. En 1927, en tiempos del primer gobierno del general Carlos Ibáñez del Campo, pasa a formar parte del Departamento de Yungay, en la provincia de Ñuble. Desde 1980 se integra a la Provincia de Biobío, donde permanece hasta el presente.

El pueblo de Tucapel sirvió de cabecera comunal hasta febrero de 1970, siendo trasladada al pueblo de Huépil. Este había nacido como estación de ferrocarriles por decreto de 15 de septiembre de 1906. En aquella fecha se construía la línea del ferrocarril transandino, que finalmente llegó a Polcura. El flujo importante de carga y pasajeros, por la cercanía de haciendas de gran producción, fue dando al pueblo una importante categoría y un sostenido aumento de población. En el territorio comunal se encuentran las localidades

de Trupán y Polcura. Las principales actividades económicas son el comercio, la agricultura y las plantaciones forestales. En el turismo, son puntos de interés los ríos Cholguán, Laja y Huépil, así como las lagunas El Manco y Trupán.

Fue en 1724, con ocasión de la sublevación mapuche del año previo, liderada por el cacique Vilumilla, que el fuerte Tucapel, situado originalmente en territorio lafkenche, cerca del actual Cañete, es traslado a orillas del río Laja. Eran los tiempos del gobernador Gabriel Cano de Aponte y el fuerte recibe el nombre de San Diego de Alcalá de Tucapel. En su nueva ubicación, la plaza fuerte controlaría el paso cordillerano, a fin de proteger a hacendados y vecinos. Era una lugar de intercambio con pehuenches y chiquillanes, que hacían el tráfico de pieles, textiles y sal de las pampas, por productos del valle chileno, como trigos, papas, alcoholes y metales. La presencia de tropa permanente, iglesia y capellán aseguraba servicios administrativos y espirituales que facilitaban la instalación de los pobladores. Un siglo después, en 1855, se trasladó la población al sitio más llano que hoy ocupa. Para 1872, la población alcanzaba a los 750 habitantes. Cuando se establece la comuna, en 1891, ocupó la cabecera.

Huépil, según dijimos, nace como estación de ferrocarriles, en 1906, para atender a las haciendas cercanas de Huépil Alto, Huépil Bajo y Rucamanqui. Era parte del proyecto de Ferrocarril Trasandino, que nunca se concretaría, pues solo llegó hasta Polcura. El ferrocarril dio mucho movimiento a la localidad. Pronto llegó el telégrafo y la primera escuela, a lo que se sumaron comercio y servicios, atrayendo más población. Todo lo cual llevó al cambio de la capital comunal a esta ciudad, en febrero de 1970.

En la comuna también existen las localidades de Trupán y Polcura. La primera cumplió una función militar en tiempos coloniales, para controlar las incursiones a los valles. Ya en tiempos republicanos, la actividad maderera y la agricultura del trigo tomaron importancia, formándose haciendas y grandes propiedades agrícolas. Fue siempre punto importante en el cruce cordillerano de comerciantes y baqueanos. El tren conectó a Trupán con Huépil en 1908, pero, como dijimos, el trasandino proyectado nunca llegó a concretarse. La cercana Polcura también surge con el ferrocarril y los trabajos de explotación maderera, dando origen a una localidad que ha permanecido en el tiempo. Si bien el ferrocarril en que tantas esperanzas se habían puesto, pues llegaría a unir Buenos Aires, Neuquén y la entonces Provincia de Concepción, vio frustrada su culminación, fue

importante para el desarrollo de pueblos y localidades de la comuna de Tucapel. En conjunto, hoy reúnen más de 14 mil habitantes.

Al sur de Tucapel, siempre en la zona cordillerana del Biobío y colindante con la Región de la Araucanía, se encuentra Mulchén, que suele traducirse como “Halcón Guerrero”. Es una comuna de vocación forestal y agropecuaria. El turismo también crece, de la mano de los bellos espacios precordilleranos que alberga su territorio. Su población se empina a los treinta mil habitantes. Su fundación coincide con el primer avance hacia la Araucanía, luego de la Guerra Civil de 1859, que dio lugar al establecimiento de Lebu, en diciembre de 1862, en la zona costera, y de Mulchén, en la precordillera un año antes, el 28 de diciembre de 1861. Le precedió en enero la instalación de un fuerte, ambos por Cornelio Saavedra, intendente de la Provincia de Arauco y comandante del ejército de operaciones.

La localidad tuvo un rápido desarrollo, de la mano del cultivo del trigo, en el contexto de la expansión de la frontera agrícola hacia el sur y la ocupación de la Araucanía, lo que justifica el otorgamiento del título de ciudad, en noviembre de 1875. Un mes antes se establece el departamento de Mulchén, en el contexto de la creación de la Provincia de Biobío, por ley de 13 de octubre de 1875, integrada por tres Departamentos, ubicados al oriente de la cordillera de Nahuelbuta: de La Laja, Nacimiento y Mulchén. La misma ley dividió la Provincia de Arauco, establecida en 1852, en tres partes: la nueva



Ciudad de Mulchén, postal, c. 1930.

Provincia de Arauco, integrada por los Departamentos de Lebu e Imperial, ambos creados en 1869, como Departamentos de Colonización; y el Departamento de Arauco, fijando la capital en Lebu.

Bajando hacia el valle del Biobío, donde este río converge con el Laja, su principal afluente, se encuentra la comuna de Laja. Su origen también puede asociarse al ferrocarril. Al fundarse el municipio, de hecho, en virtud de la Ley de la Comuna Autónoma, en 1891, se estableció como Municipalidad de Estación de la Rinconada, en el Departamento de la Laja. La estación formaba parte de la línea Talcahuano-Chillán-Angol, que llega por primera vez a esta ciudad en 1876. El movimiento de carga y pasajeros determina la creación de la comuna, que en 1927, en virtud del decreto con fuerza de ley 8.583 cambia de nombre, pasando a llamarse comuna de Laja.

Por muchos años la agricultura fue su principal actividad económica, condicionando su identidad. Las aldeas y caseríos de la comuna, tales como Las Ciénagas, Villa Laja y Las Playas, Puente Perales, Cantera, Diuquín, Quilales, Las Viñas, Las Lomas, La Aguada y Arenas Muertas, así lo reflejan. En la actualidad, la agricultura, acompañada de la silvicultura, eso sí, se renueva, en el cultivo de hortalizas, recolección de frutos silvestres, producción de miel y lechera con sus derivados. Como en otras comunas del Biobío, el turismo tiene un desarrollo creciente, impulsado por parajes como las lagunas La Señoraza, laguna Negra y la laguna Coyanco. Una actividad económica fundamental, desde 1954, que cambió la fisonomía de la ciudad y empujó su crecimiento, fue la instalación de la planta de celulosa CMPC. Hacia 1940, su población era de 1.368 personas. En el presente, su población supera los 22 mil habitantes, según el censo de 2017. Hoy se trata de una comuna más bien urbana, en proporción de un 77%.

El Biobío cumplió históricamente la función de camino y línea defensiva. Para apoyar ambas tareas se estableció en su ribera norte, comenzando el siglo XVII, en tiempos del gobernador Alonso de Ribera, un primer fuerte. Se hallaba en una colina en una curva del río y apoyaba la navegación. Allí estuvo Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, durante su *Cautiverio Feliz*, entre otros eventos notables de la Guerra de Arauco. Fue destruido en la sublevación de 1655 y nuevamente reconstruido, viviendo bajo amenazas constantes en tiempos coloniales.

Ya bajo Chile independiente ese fuerte inicia su poblamiento como villa o pueblo de San Rosendo. Su auge, sin embargo, solo

territorio cubierto de arenas volcánicas, que el río Laja habría trasladado desde la cordillera. Era poco habitado pues carecía de los elementos para sostener una gran población; era más bien zona de tránsito para españoles y pueblos indígenas. El cronista Gerónimo de Vivar sitúa a los coyunches, en el siglo XVI, como habitantes del lugar, dedicados a la caza y recolección, más unos limitados cultivos. El extenso arenal fue un áspero territorio de frontera, durante tiempos coloniales.

Comenzando la república, las leyes federales de 1826, fracasadas en otros aspectos, establecieron una nueva división territorial que prevaleció en el tiempo. La antigua provincia de Concepción se revalida, aunque verá su territorio fraccionado. Surge el departamento de Rere; a sus ocho subdelegaciones se agrega, en 1865, la subdelegación de las Perlas, resultante de la subdivisión de la primera de Yumbel, atendido su extenso territorio y creciente población, cuyo territorio equivale a la actual comuna de Cabrero. Fue una iniciativa del entonces intendente de Concepción y futuro presidente, Aníbal Pinto Garmendía. La nueva subdelegación tenía cuatro distritos: Río Claro, Membrillar, Pangal y Colicheo, que hacían referencia a importantes predios agropecuarios. El primero, Río Claro, corresponde más o menos a los límites de la ciudad de Cabrero.

La carencia de agua fue siempre un obstáculo para el desarrollo agrícola. La dificultad solo pudo superarse merced al tesón de visionarios agricultores que, en décadas de trabajo y mediante ingentes gastos, pudieron transformar los suelos aportando el anhelado riego. Este llegó de la mano de un pionero notable: Manuel Arístides Zañartu, dueño de la hacienda Colicheu, quien construyó el canal que lleva su nombre, obra que fue luego completada por su hijo Enrique Zañartu. Así pudieron crecer las alamedas, el trigo y plantaciones diversas. También muchos árboles. Por su relación con este tema, mencionemos el gran Canal del Laja, orgullo de la provincia de Biobío, bien estudiado por Tulio González Abuter, que por más de cien años ha alimentado los suelos sedientos del valle y hecho florecer la agricultura.

Siguiendo con el progreso administrativo, digamos que en 1897 se crea la municipalidad de Las Perlas, con la villa de Cabrero como cabecera. Era un comuna rural, cuya capital no superaba entonces las 700 almas. Treinta años después, en la gran reforma municipal de 1927, su nombre cambia a Cabrero. En años más recientes, se le suman los centros poblados de Monte Águila, Charrúa, Chillancito,

así como el Salto del Laja, que es compartido con Yumbel. Así ocurrió en 1979, mediante el decreto ley 2.868. El Salto, sin duda, es uno de los mayores hitos turísticos de la Región.

A la tradicional actividad agrícola y ganadera, en décadas recientes la industria y la energía han complementado la matriz productiva comunal. Aserraderos, una planta MDF, tableros de madera y otros derivados, se suman a la producción de energía. En 2020 fue inaugurado el Parque Solar Cabrero, con una potencia instalada de 3 MW, que aporta a la red energía renovable.

En el corazón de la Frontera, en el cruce de ríos, caminos y vías ferroviarias se halla la comuna de Negrete. Su origen se hunde en los inicios de la ocupación hispana. Su existencia se debe, en efecto, al vado del Biobío que los españoles usaron en el pasado, para comunicarse con la Frontera. Varios fuertes se construyeron en sus orillas, como San Francisco de Borja, cercano a Mesamávida, que luego fuera trasladado; lo mismo en tiempos republicanos. El fuerte devino en una villa en 1757, cuando la población se fue incrementando. Por su ubicación estratégica, fue sede de múltiples parlamentos durante el siglo XVIII.

Las luchas de la Independencia obligaron a abandonar la localidad, que recién se repuebla hacia 1850. En la Revolución de 1859, que se peleó mayormente en el norte, pero que tuvo en el sur graves episodios, Negrete se llevó la peor parte. La villa, que entonces contaba con escuela, iglesia y unos setecientos pobladores, fue incendiada en las violencias que siguieron mucho más allá de la derrota de la Revolución, en la batalla de Montegrande. Esos eventos provocaron la primera campaña de “pacificación” de la Araucanía, que derivó en la fundación de Lebu y Mulchén, según hemos dicho.



Ciudad de Negrete, 2023.

En 1862, la localidad fue reconstruida por orden de Cornelio Saavedra, por su carácter estratégico. El ferrocarril que unió Concepción con la Frontera, hacia 1874, consolidó su existencia y permitió la incorporación del territorio, con todo su potencial agrícola, a la economía del emergente Estado chileno. Hacia 1939 se establece el municipio, en la ciudad que hace cabecera. Esta concentra los servicios y actividades asociadas a la explotación forestal, aserraderos y maquinarias, en apoyo de la actividad agropecuaria que caracteriza a la comuna.

Bajando el Biobío se encuentra una de las comunas más activas en la historia ruda de la Conquista y la temprana Colonia. Es Nacimiento, nacido como fuerte durante el primer gobierno de Alonso de Ribera, en 1603. Su historia está plagada de destrucciones y reconstrucciones, en razón de su condición de avanzada fronteriza, a orillas del gran río. Desde ahí se producía la penetración hacia la Alta Frontera y el valle central, en conexión con Yumbel, Santa Juana y el antiguo Arauco. En el fragor de las luchas y los vaivenes de la ocupación, varios fuertes se perdieron para siempre, incluso su ubicación se ha borrado de los anales de la geografía. Nacimiento, en cambio, prevaleció y pudo devenir en una importante villa y ciudad. Aún así, el fuerte es el elemento dominante, que sirve de plaza a la localidad y domina el valle, desde sus altos muros. Ha sido restaurado en años recientes, de manera que es muy interesante recorrerlo para comprender su antigua función.

La ciudad fue fundada el 20 de diciembre de 1756, otorgándosele título de villa de Nacimiento en 1757, por el gobernador Manuel de Amat y Junient. Durante el siglo XIX se conectaba con Concepción por el mismo río, durante los años de oro de la navegación, que comienzan hacia mediados del siglo y se prolongan hasta que el ferrocarril termina por eliminar su fluvial competencia. Todavía es posible reconocer la calle que conducía al embarcadero. En vapores, balsas o simples botes con pértigas bajaban los cueros, el trigo, el vino y los viajeros, hasta el Concepción de la Mocha, que entonces reconocía puerto en Chepe y en la costanera norte frente a la ciudad. La comunicación también se realizaba río arriba, por los afluentes del Biobío, como el río Vergara.

En estos años vivió la ciudad una interesante prosperidad. Se levantaron buenos edificios, como el teatro, el municipio o la casa de curtiembre, muchos de los cuales cayeron, de forma lamentable, en los terremotos del siglo XX. El mayor símbolo de su auge comercial



Plano de la ciudad de Nacimiento y muros del fuerte.

fue la Casa Gleisner, fundada en esta ciudad y que alcanzaría gran desarrollo en Concepción, con sucursales en muchas ciudades y el extranjero.

Durante el siglo XX, Nacimiento tuvo un lento desarrollo rural, de la mano del trigo, la chacarería y de antiguas parras. La ciudad tenía apenas 2.815 habitantes en 1940. Una actividad tradicional que aún se mantiene en Nacimiento es la cerámica de roja arcilla, sobre todo de productos utilitarios. Las plantaciones forestales y su industria derivada, las plantas de procesamiento de celulosa y papel, tienen fuerte presencia en la zona. Como muchos sectores rurales, Nacimiento busca, basado en su belleza natural, sus viñedos patrimoniales y su cultura tradicional, dar un giro local a su desarrollo basado en el turismo y la gastronomía.

En Biobío tiene mucha centralidad Yumbel, que entra en la historia muy tempranamente, a través del fuerte de San Felipe de Austria, que data de 1585. Fue destruido varias veces, pero siempre se reconstruía por su situación estratégica. En 1666 resurge con el nombre de San Carlos de Austria, que luego se convierte en una villa, durante el gobierno de Antonio Guill y Gonzaga. Es un importante enclave de misioneros hacia la Frontera. Su desarrollo también es comercial, al situarse en el corazón del intercambio fronterizo con los mapuches, en una zona de alta producción vinera y que alguna vez fue rica en oro.

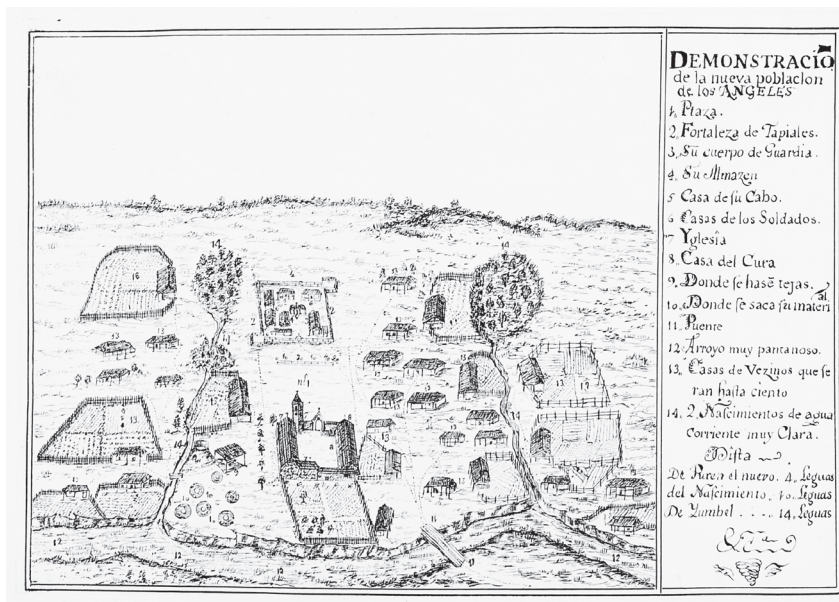
En la comuna de Yumbel, recordemos, se encuentra el pueblo de Rere, de antigua grandeza, como señala Luis Espinoza. Fue la Estancia del Rey, que proveía a las necesidades del ejército, sede del Colegio de Buena Esperanza o de San Luis Gonzaga de Rere, que los jesuitas mantenían en esta ciudad. Su riqueza agrícola justificó la creación de un banco, hacia 1889, que no llegó a operar, pero imprimió bellos billetes. Cuando el ferrocarril pasó sin llegar a Rere, empezó a vivir una lenta decadencia, en beneficio de Yumbel, que ha sido capital de distrito y cabeza de la comuna, con un desarrollo interesante. A todas sus tradiciones agrícolas, ligadas al vino, el trigo y otros cultivos, suma un elemento que le ha dado fama nacional: es la devoción a San Sebastián, que atrae cientos de miles de fieles, cada verano, venidos de todo Chile.

Yumbel es ciudad desde 1871, aunque entonces pertenecía a la provincia de Concepción. Desde 1976, en virtud del proceso de regionalización, pasó a formar parte de la Provincia de Biobío. Fiestas costumbristas, vendimias y el santuario de San Sebastián, ubicado en

el centro de la ciudad, atraen a visitantes y peregrinos. Los reciben los 21 mil habitantes, que a esta fecha, alberga la comuna. Hermosos parajes son parte de sus atractivos, como el balneario Río Claro, Tomeco, Rere, cargado de historia y los Saltos del Laja, que comparte con el vecino Cabrero. Este último es uno de los monumentos naturales más importantes del país, reconocido desde antiguo por su valor ambiental y cultural y que, actualmente, se está renovando para potenciarse como un gran destino turístico.

LOS ÁNGELES EN EL TIEMPO

Se trata de la capital de la Provincia de Biobío, una ciudad histórica que ya se encamina a su tercer siglo de existencia continua. Su población supera los doscientos mil habitantes, lo que la convierte en una de las ciudades más importantes de Chile, entre las que no figuran como capitales regionales. Hoy es centro comercial y político de un amplio territorio, con múltiples empresas, universidades y organizaciones diversas, que animan su vida social y cultural. La Universidad de Concepción mantiene una sede en la ciudad desde hace sesenta años.



"Demostración de la nueva población de Los Ángeles, hacia 1739", *Cartografía hispano-colonial de Chile: texto con noticias históricas*, por José Toribio Medina (Santiago, Imprenta Universidad, 1924).

Su origen como ciudad se remonta al siglo XVIII, cuando el gobernador José Antonio Manso de Velasco ordenó la fundación de la villa de Los Ángeles. El trazado de sus calles se inicia el 26 de mayo de 1739, tarea que estuvo a cargo del sargento mayor Pedro de Córdoba y Figueroa. Es la fecha que se celebra como fundacional de una ciudad, cuyo nombre exacto ha sido debatido. Este parece ser Nuestra Señora de Los Ángeles, de acuerdo a los documentos fundacionales que tuvo a la vista la historiadora María Teresa Varas; así la llama también el Libertador O'Higgins en su correspondencia; con todo, la diócesis y la obra más conocida, debida a la pluma de Domingo Contreras Gómez, llevan el nombre de Santa María de los Ángeles.

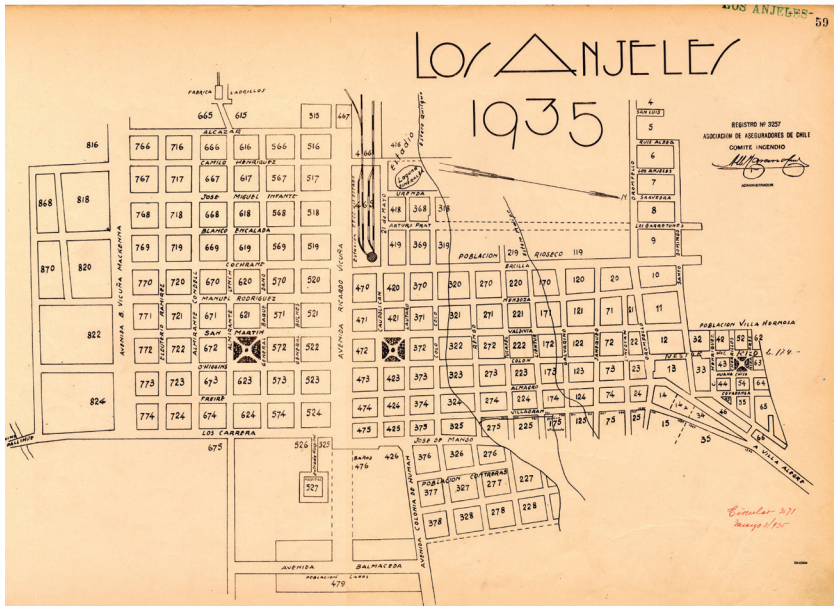
Como sea, de lo que no hay duda es de que la modesta villa, establecida en territorio coyunche, es hoy una interesante ciudad. Se sitúa en el centro del territorio que hemos llamado Isla de la Laja, que ya era zona militar desde el siglo XVII, lo que llevó a la construcción de varios fuertes. Era un punto de encuentro para la actividad militar, misionera y comercial que se producía entre los habitantes nativos e hispanocriollos. Durante su primer siglo tuvo una existencia compleja, marcada por la pobreza general del territorio, hasta que el desarrollo agropecuario consolidó su economía y desarrollo.

Su existencia fue azarosa durante los años de la Independencia, debiendo incluso ser temporalmente despoblada. En esta época germinal de Chile, la urbe está asociada a importantes hechos políticos y de armas. Desde luego fue la cuna política y militar de Bernardo O'Higgins, quien era un importante hacendado al tiempo de iniciarse la Revolución. Desde las Canteras se comunicaba con sus aliados en Concepción y Chillán, aun en el extranjero, mientras aguardaba el momento de iniciar el movimiento que conduciría a la Emancipación. Su vida política se inicia en la zona, pues fue subdelegado del Laja, en tiempos coloniales y diputado al Primer Congreso Nacional, en 1811, elegido por aclamación por el pueblo de Los Ángeles. En preparación a la inminente guerra, además, según hemos contado, formó cuerpos milicianos con vecinos y los inquilinos de su hacienda. Cuando la guerra llega finalmente, la hacienda que tan dedicadamente había desarrollado durante una década, fue arrasada por los realistas, al punto de que de su casona, que hoy se busca reconstruir, no se han hallado ni los cimientos.

En las campañas de la Independencia hubo varios episodios relacionados a Los Ángeles o sus alrededores. El mismo O'Higgins, actuando con audacia, tomó el fuerte homónimo, el 27 de mayo de

1813, cuando se iniciaba la guerra. En el sector El Avellano, situado en la actual entrada norte de la ciudad y altamente edificado, antes un aeródromo, ocurrió, a fines de 1819, un violento combate entre las montoneras realistas y las tropas patriotas que comandaba el coronel Pedro Andrés del Alcázar. Es el mismo que muere cruelmente en el vado de Tarpellanca, en septiembre de 1820, luchando contra las montoneras de Vicente Benavides. En la ciudad lo recuerda una importante avenida, pero el hotel que llevaba su nombre ya no existe. En fin, cuatro veces asedió el mismo Benavides la ciudad, sin conquistarla y, en una ocasión, debió ser despoblada. De manera que puede decirse que, en tiempos de la Independencia, Los Ángeles fue un punto clave, que conectaba la Isla de la Laja con la Alta Frontera y las tierras situadas al sur del gran río.

Durante el siglo XIX, experimentó un lento desarrollo. Para 1854, la ciudad de Los Ángeles tenía apenas 2.497 habitantes. Sus campos, sin todavía el agua vivificante de los canales que se construirían en el siglo XX, fueron poblándose de ganado menor y mayor, lecherías, hortalizas, maíz, legumbres y empastadas. El trigo, impulsado por la enorme demanda que provocó la apertura de los mercados del norte y aún de California, se expandió por Mulchén hacia el sur, provocando la erradicación de los antiguos bosques y la ampliación de la frontera agrícola. Se refleja en la población de esta



Plano de la ciudad de Los Ángeles, 1935.

ciudad: con apenas 1.716 personas en 1865, ya eran 4.570 en 1875 y 7.958 en 1885, muy similar a Los Ángeles. Pero luego disminuye, dando cuenta del estancamiento agrícola.

La población de la capital provincial, creció un 40% en una década, hasta alcanzar 3.960 personas, en 1865. Influyó la corriente migratoria variable, pero constante, que experimentó la Frontera desde mediados del siglo. También la llegada de extranjeros, como los alemanes y austrohúngaros que formaron la Colonia Humán, en 1858, que actualmente forma parte de la ciudad. Se trató de un grupo de inmigrantes provenientes de diversos puntos de la antigua Confederación Germánica. Arribaron a los puertos de Talcahuano y Corral, en varios grupos, los primeros fueron once familias venidas desde Hamburgo. Se integraron a los trabajos agrícolas de la Frontera. Crecientemente urbanizada, la principal calle de la comunidad es hoy la Avenida Alemania de Los Ángeles.

Durante el proceso de ocupación de la Araucanía, iniciado en 1862 con el primer avance que dio lugar a la fundación de Mulchén, y que concluye hacia 1883, la zona de Biobío tuvo un importante rol, en su condición fronteriza con los nuevos territorios. Lo mismo puede decirse del rápido crecimiento posterior que experimentaron las provincias de Malleco y Cautín, ya conectadas por el ferrocarril, con el impulso de la explotación de la madera, el trigo y el desarrollo de varias ciudades. De esos años pioneros, quedan pocos testimonios urbanos. Mencionemos dos, de gran valor arquitectónico: la capilla, que data de 1877, del Hospital de Los Ángeles, monumento nacional, y el Liceo de Hombres, situado frente a la plaza, de tiempos del presidente Balmaceda, hoy devenido en un importante centro cultural.



Ex Liceo de Hombres, actual Centro Cultural Municipal, de Los Ángeles. Fotografía Tulio González A.

Andando el siglo XX la ciudad se fue extendiendo y se desarrolló en diversos planos. En 1940 tenía ya 20.779 habitantes, dos cines, una buena biblioteca municipal y dos medios de prensa: el periódico Las Noticias y el diario La Voz del Biobío. La Sociedad Beethoven y varias academias impulsaban la música clásica. La Radio Nacional de Agricultura, en el aire desde 1946, animaba los hogares, con música, noticias y radioteatro. En esos años, la ciudad lucía muy diferente. Según señala un artículo publicado en La Tribuna, en 1987, cuarenta años antes, en el edificio de la Intendencia, situado frente a la plaza, funcionaban múltiples servicios públicos, tales como el Registro Civil, Telégrafos del Estado, Visitación de Escuelas, Vacunas, Inspección de Caminos, Tesorería Fiscal, Administración de Agua Potable y Correos. La parroquia y el colegio parroquial se hallaban al frente y a un costado el Club de la Unión, con su edificio inaugurado en 1934. El Regimiento Lautaro ocupaba la manzana que daba frente a la Plaza de Armas, con sus caballos y ruido de armas, donde hoy se halla el edificio de los servicios públicos.

Había tres bancos comerciales: el Banco de Chile, Banco Español de Chile y la Caja Nacional de Ahorros, a la que sucedió el Banco del Estado. Por las calles de tierra y ripio, pues el pavimento recién se inicia en 1935, circulaban, en 1937, 23 autos de arriendo para el servicio de transporte público y unas cuantas góndolas, precarios buses de pasajeros. Estas prestaban servicio hacia Antuco y Quilleco.

La ciudad no tiene una gran tradición industrial. Con todo, el articulista recuerda algunas fábricas de productos como bolsas de papel, espejos, hielo -importante en tiempos sin refrigeradores-, fideos y carruajes. Terminando el siglo XX, en cambio, ya se identificaban más de 600 unidades industriales, incluyendo las pequeñas y medianas. Talleres eléctricos, mecánicos, muebles y otros asociados a la madera, son los más comunes. En el presente, es una ciudad pujante, que sufre la crisis de crecimiento de muchas ciudades chilenas, con problemas de desplazamiento e infraestructura. Pero con mucha confianza en su potencial y esperanza en su destino.

ECONOMÍA Y SOCIEDAD

La extensión del territorio y las complejidades de la geografía han sido un desafío para la producción y los desplazamientos provinciales. Para 1950, había unos 2.200 kilómetros de caminos en la provincia, solo 600 enripiados. El pavimento casi no se conocía. La línea troncal de ferrocarriles no pasa por las principales ciudades y se requirió de ramales para conectar Los Ángeles con la línea central, así como Mulchén y Nacimiento con Coigüe. Un trazado adicional conectó la capital provincial con Santa Bárbara.

Su desarrollo económico ha sido paralelo a su evolución social y cultural. En 1952, informa Ignacio Sierpe, la tasa de alfabetización era apenas de un 63%. Había en toda la provincia 176 escuelas primarias, 115 solo en el departamento de La Laja. Estas incluían escuelas hogares, escuelas-quintas y escuelas-granjas, que promovían la educación para la vida del campo. La población total de Biobío, en ese año, era de 127.379 habitantes, de los cuales unos 84 mil pertenecían al departamento de Nacimiento y 24 mil al de Mulchén.

A pesar de los problemas de conectividad, fueron surgiendo industrias importantes. Por muchos años, fue señera la planta azucarera de Iansa, instalada en 1953 y que operó hasta 2020. La generación de energía es una actividad emblemática de la provincia de Biobío. Luego de la creación de la Empresa Nacional de Electricidad, Endesa, en 1944, se establece la planta generadora de Abanico, en Antuco, en mayo de 1948; en los años siguientes se suman Pilmai-



Plano "Provincia de Bio-Bio, 1950".

quen y Sauzal. Su energía abastece los grandes proyectos industriales de Huachipato y a un vasto territorio. En años más recientes se han sumado nuevas centrales, como Pangué, Ralco, Rucúe, Antuco y Angostura, así como plantas de energía eólica.

Característico de la provincia han sido los grandes proyectos de riego, que han hecho posible la feracidad de los suelos biobenses. El canal Zañartu y luego el canal Laja, inaugurado en 1917, junto a otros como el Biobío Norte, han permitido regar miles de hectáreas. La actividad agropecuaria, las hortalizas, trigos, la remolacha azucarera y los frutales, en fin, muchos rubros se han beneficiado de la disponibilidad del vital líquido. Nuevas especies de berries han impulsado las exportaciones agroindustriales. Los vinos del valle del Biobío esperan también la hora de resurgir desde su valiosa historia.

Si bien la práctica de la silvicultura se remonta a la labor de pioneros a inicios del siglo XX, tales como Máximo Puffe, en su fundo La Aguada, Enrique Zañartu, Alberto Collao y Bernardo Timmermann, entre muchos otros, es en años recientes que la forestación de miles de hectáreas ha modificado el paisaje provincial, pues cubre casi un treinta por ciento del territorio. Ha hecho posible el desarrollo de rubros industriales asociados a la madera, como aserraderos, fábricas de muebles y servicios asociados. La vocación forestal de la provincia es importante en la configuración de la economía regional; alimenta auspiciosas expectativas de diversificación y desarrollo integral.



“Volcán Antuco” (detalle), por el pintor alemán Mauricio Rugendas.



EL GRAN CONCEPCIÓN: PROVINCIA Y METRÓPOLIS

LUCES Y SOMBRAS DEL CONCEPCIÓN DEL CENTENARIO * LA EDUCACIÓN
Y EL MUNDO INTELECTUAL * LOS SECTORES POPULARES * EL DEPORTE EN
LA REGIÓN * LOS TERREMOTOS DE 1939 Y 1960 * CONCEPCIÓN EN SU
CUARTO CENTENARIO

LUCES Y SOMBRAS DEL CONCEPCIÓN DEL CENTENARIO

Cuando se acercaba el primer Centenario de la Independencia, Concepción vivía un momento complejo. En cuarenta años su población se había triplicado, desde los 14 mil habitantes del censo de 1865. Llegaría a 39.837 en 1895 y a 64.074 en 1920. Una lenta, pero constante migración del campo a la ciudad, sumado a la llegada de extranjeros, con ocasión del ciclo migratorio que se extendió hasta esta década, explican su crecimiento. Estos venían atraídos por el buen cambio monetario y las oportunidades del Chile de tiempos del salitre, pero también escapaban de un mundo europeo convulsionado y en crisis. Españoles, vasco franceses, palestinos, ingleses, alemanes e italianos, aunque en número limitado, también llegaron a la región.

Ya para 1900, la antigua urbe militar había dado paso al comercio como actividad principal. Se levantaban edificios y casas de dos pisos, avanzaba el adoquinado y, desde 1909, los viejos tranvías o “carros de sangre”, tirados por caballos, habían dado paso a los tranvías eléctricos. En los años siguientes el alumbrado, el gas y el agua potable se expandieron en el casco histórico. Las primeras líneas telefónicas y los “autos de turismo” se sumaban al telégrafo y los coches a caballo o “chicoteados”. Ya corrían las primeras góndolas.

Pero en la periferia la situación no era tan expectante. Los inmigrantes venidos del campo se instalaron en sectores húmedos y

pantanosos. “Ultra Carrera”, se llamaba el barrio que crecía hacia el poniente; Biobío, en la actual costanera. Aguas Negras, Chillancito y Las Ferias, en el sector de Collao iban acogiendo a los recién llegados.

La población se veía mermada por las pavorosas condiciones sanitarias que asolaban la ciudad, provocando estragos en todos los sectores. Aunque penosas en la ciudad entera, eran sin duda peores en las nuevas poblaciones. Se sucedían epidemias de disentería, viruelas, sarampión, sífilis y chavalongo. La tuberculosis pulmonar o tisis causaba estragos. La ausencia de hábitos de higiene, pero sobre todo la pobreza, se hallaban tras estos males. Los pobres vivían, en palabras de un médico de entonces, citado por Rafael Sagredo, en “habitaciones sucias, inmundas, mal ventiladas y donde se respira, no el aire que vivifica y estimula, sino el aire que mata y asfixia”. Los niños se llevaban la peor parte. En 1900, de 110.697 nacidos vivos, 37.917 -más de un tercio- fallecieron antes de cumplir el año.

El aumento de la población urbana afectó la disponibilidad de camas hospitalarias por habitante, así como de asistencia médica. En Concepción, la situación era dramática. Incluso peor que el promedio nacional, debido a la incapacidad de la ciudad de atender a la creciente población vulnerable, hacinada en conventillos y arranchada en sectores húmedos e insalubres. Entre 1850 y 1890, Concepción sufrió el cólera (1854 y 1887), la viruela (1861, 1863, 1872 y 1890) y el tifus (1863), según registra Arnoldo Pacheco. La viruela era una epidemia recurrente y la vacuna todavía no se generalizaba; la tuberculosis, por su fácil contagio y difícil curación, era muy temida. Las cifras empeoran con los años, en la medida que el hacinamiento de la población en espacios urbanos, carentes de agua y alcantarillado, se hacía más crítico. Entre 1885 y 1895, por ejemplo, las defunciones sumaron 22.554 contra 16.187 nacimientos, resultando en una pérdida de población, solo compensada con la inmigración rural. Para atender a la gente de la ciudad y la provincia que lo requería, al iniciarse el siglo XX, Concepción contaba con dos grandes hospitales públicos, más uno de niños y tres clínicas privadas.

La mortalidad infantil era atroz. En el primer año de vida, moría un cuarto de los niños y la mitad de ellos antes de los primeros diez. Justo en el año 1910, por ejemplo, también murieron más niños que adultos. Solo en el primer semestre, de 1.325 fallecimientos registrados, 719 fueron menores de edad.

En las décadas siguientes, las cifras de mortalidad se mantienen altas, en la medida que las condiciones estructurales tardan mucho en modificarse. Para la década de 1930, fluctuaría entre el 30 y 40 por mil habitantes; la situación de la infancia es igualmente crítica. Entre 1930 y 1935 en Concepción, la tuberculosis causa 1885 muertes; la gripe influenza, 695; la sífilis, 542 y el tifus exantemático, 359. La diarrea enteritis, tan vinculada a la higiene, sigue causando estragos, especialmente entre los niños, provocando 3.149 decesos. Las enfermedades respiratorias, en tanto, como las neumonías, también producen miles de muertos. Nuevamente los habitantes de la periferia, radicados en zonas bajas y húmedas carentes de alcantarillado y de agua potable, son los más afectados. Por varias décadas todavía, la situación de la mortalidad infantil y la salubridad, continuarían siendo críticas.

La atención de salud era muy precaria, a pesar de la existencia de facultativos desde tiempos coloniales. A comienzos del siglo XIX, había apenas dos médicos disponibles; para 1850, según la prensa, ya eran seis. Aunque ya se ofrecía precaria atención médica gratuita a los pobres, en los hospitales o a domicilio, por atavismo cultural, estos acudían a yerbateros y curanderos, cuya práctica era combatida por las autoridades. Al hospital San Juan de Dios, en 1872 se añade la primera “casa particular de atención médica”, es decir, una clínica, orientada a la burguesía. En 1912 los médicos en Concepción



Hospital de Hombres San Juan de Dios, Concepción, c. 1870. *Chile Ilustrado*, París, 1872.

eran 22 y, en 1928, 42, que atendían en consultas particulares o en establecimientos como el Hospital San Juan de Dios, el Hospicio, el Manicomio Avello y el Policlínico de Niños. Otros servían la medicina militar en la guarnición penquista y había también profesores de la joven Universidad de Concepción.

A pesar de las dificultades, la ciudad emergía como polo comercial, industrial y cultural del sur, reafirmando su liderazgo heredado de tiempos coloniales.

LA EDUCACIÓN Y EL MUNDO INTELECTUAL

Hacia 1900, ya la educación escolar en Concepción se hallaba representada por varias instituciones, sin perjuicio de que la cobertura permanecería insuficiente hasta avanzado el siglo. Estos establecimientos, unido a la actividad de logias, gremios profesionales y asociaciones de artesanos, fueron creando el ambiente intelectual que propició el surgimiento de la Universidad de Concepción, en 1917.

Una mirada panorámica, muy sintética, a los colegios más antiguos en Concepción, en tiempos republicanos, debe comenzar por el Liceo de Hombres, creado en 1823 y que, desde noviembre de 1959 lleva el nombre de su gran rector Enrique Molina Garmendia. Junto a él, mencionemos algunos otros, sin ánimo de ser exhaustivos. Los escolapios mantuvieron un gran colegio en la capital regional, hoy inexistente; los salesianos son sostenedores, desde 1887, de un colegio y escuela industrial; y el Colegio Alemán de Concepción o Deustche Schule fue fundado, coincidentemente, el mismo año 1887. Otro colegio de colonia importante es el Lycée Charles de Gaulle, fundado en 1944, durante la Segunda Guerra, por el Comité Local de la Francia Libre. Frente a él, se halla el Instituto de Humanidades “Alfredo Silva Santiago” y, aunque también fundado en el centro de Concepción, el tradicional Colegio de los Sagrados Corazones de Concepción, hoy está situado en la ruta a Talcahuano. En la comuna puerto, podemos mencionar dos establecimientos de larga tradición, el Colegio Etchegoyen y el Liceo La Asunción. Más al norte, por la costa, en Tomé, que forma parte de la provincia de Concepción, se encuentra el Liceo de Tomé.

La educación femenina en Concepción, por su parte, tiene una larga tradición. Ya contamos sobre la que se impartía en el monasterio de la orden trinitaria, en Penco y luego en el Valle de la Mocha, desde 1823, así como sobre las escuelas para mujeres que abrieron



Segundo Año de Humanidades, Escuela Normal de Preceptoras de Concepción, Revista *Sucesos*, noviembre de 1905.

sus puertas en Concepción durante ese siglo, culminando con el Liceo de Niñas, inaugurado en 1884. En 1904, tras múltiples gestiones, se convierte en Liceo Fiscal de Niñas de Concepción, con una impronta científico humanista. Para 1910 sus planes de estudio se homologan a los del Liceo de Hombres, permitiendo que sus egresadas rindiesen el bachillerato, que las habilitaba para ingresar a la Universidad de Concepción. Es una de las causas que explican el alto número de mujeres entre las primeras estudiantes.

Para el Centenario, puede identificarse en la ciudad un núcleo intelectual, que Fernando Campos llama la Generación penquista de 1913, compuesta por jóvenes de gran vocación literaria, dotados de ingenio y buenas plumas. Se reunieron en la revista *Chantecler*, que circuló entre 1910 y 1913, y en otras publicaciones, como la revista *Ideales*, del Liceo de Concepción. Campos menciona, entre otros, a Ignacio Verdugo Cavada, abogado y poeta; Exequiel de la Barra Orella, periodista y literato; Samuel A. Lillo Figueroa, futuro Premio Nacional de Literatura (1947); Ovidio Fernández Ríos, pensador y literato; los notables periodistas Alfredo Larenas Larenas, Edmundo Larenas Guzmán y Agustín Castellón Reyes.

Las mujeres también encontraron un espacio para desarrollar la creación literaria en las revistas escolares de establecimientos como el Liceo Santa Filomena, llamada *La Juventud*, o en la revista *Luz*, del Liceo Fiscal de Niñas. Un intelectual muy valioso, vinculado a

las ciencias, pero también a la historia, fue Carlos Oliver Schneider, que muy joven ensayaba su pluma con el seudónimo de Polibio. Licenciado Vidriera, en cambio, era el seudónimo de Luis David Cruz Ocampo, destacado intelectual católico, político y diplomático, uno de los fundadores de la Universidad de Concepción.

La educación superior en la macrorregión sur tiene, también, una historia larga, en que destaca, en tiempos coloniales, en 1724, el establecimiento de la Universidad Penco-politana instalada en Penco. No se limita, por supuesto, a los estudios universitarios. Hay otros caminos, que exploraremos primero. Recordemos que, desde mediados del siglo XIX, funcionan las escuelas norma-

listas, cuya misión era formar maestras y maestros para la educación primaria. En Concepción, existió una Escuela de Preceptoras, inaugurada en tiempos del presidente Balmaceda. Acumuló muchas generaciones de egresadas, con una impronta de rigor, vida honesta y amor al estudio y la enseñanza. Funcionó, además, en la capital regional una importante Escuela Agrícola, que era, a la vez, un gran paseo de la ciudad.

Desde 1921, opera la Escuela de Grumetes “Alejandro Navarro Cisterna”, bautizada así en 1968, en la isla Quiriquina, frente a la Base Naval de Talcahuano. En tiempos republicanos, los estudios universitarios eran una ambición que solo podía cumplirse yendo a Santiago o a Lima. Ya pasamos revista a varios intentos de establecer estudios superiores, ligados a la ciencia jurídica. Culminaron con el Curso de Leyes, creado en 1865, que duró setenta años, titulando a más de quinientos abogados, y que luego fue la base de la actual Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción.

Durante el siglo XX, nacen y se consolidan varios proyectos universitarios en Concepción, que han conformado su imagen de ciudad universitaria. Este imaginario se ha extendido también a Los Ángeles, donde existe presencia de la Universidad de Concepción



El filántropo y viajero Pedro del Río Zañartu, en la portada de la Revista *Chantecler*, 1910.

desde inicios de los años 60 del siglo pasado. Otras instituciones, como la Universidad Santo Tomás, también prestan sus servicios en aquella ciudad.

En verdad, la condición universitaria de la región, como creadora de conocimiento y formadora de capital humano, ha sido reconocida internacionalmente. Una revisión panorámica de las universidades que funcionan en la región confirma este aserto. En primer término, mencionemos a la Universidad del Bío-Bío, que tiene como antecedente la Universidad Técnica del Estado, UTE, establecida en 1947. Es heredera de una tradición de educación superior estatal y pública en la Región del Biobío. En la ciudad, es heredera de la Escuela Industrial de Concepción. Pasó a ser universidad autónoma por la Ley de Universidades de 1980, gracias a su carrera más icónica, Arquitectura. Su fusión, en 1988, con el Instituto Profesional de Chillán, dio origen a la actual Universidad del Bío-Bío. Al sur de la provincia penquista, en Lota, desarrolló la Universidad de Concepción el proyecto de Universidad del Carbón, una experiencia interesante, no exenta de complejidades, bien contada por Pablo Araneda.

En la actual comuna de Hualpén, en el corazón del polo industrial del Gran Concepción, se sitúa la sede Rey Balduino de Bélgica, de la Universidad Técnica Federico Santa María, establecida en Valparaíso en los años 30 del siglo pasado. La sede surgió en 1966, como Escuela de Técnicos Universitarios. Las actividades curriculares partieron en 1971, con carreras como Electrónica, Electricidad, Mecánica de Mantenimiento y Química Analítica.

En la intercomuna Concepción-Talcahuano existe, también, la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Surgió en 1971, como Sede Regional Talcahuano de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es una institución autónoma desde 1991; desde entonces ha tenido un notable desarrollo, creciendo en carreras ofrecidas y complejización.

La tradición universitaria de Concepción fue renovada en 1989 y 1990, con la fundación, respectivamente, de la Universidad San Sebastián y de la Universidad del Desarrollo. La primera década de existencia de ambas instituciones transcurrió en esta ciudad, para luego expandirse a Santiago y, en el caso de la Universidad San Sebastián, además a varias ciudades del sur. En estas décadas han alcanzado una interesante presencia, en varios campos disciplinares, con varios miles de graduados. El Instituto Profesional Virginio Gómez, por su parte, vinculado a la Universidad de Concepción, tiene

sedes en las ciudades de Chillán, Los Ángeles, Concepción y Arauco. Fue fundado en 1989.

Por último, señalemos que, en el campo de la educación superior chilena, una de las instituciones de mayor prestigio es la Universidad de Concepción. Como universidad compleja, la Universidad cultiva una amplia diversidad de disciplinas, en sus veinte facultades y sus tres campus, de Chillán, Concepción y Los Ángeles. Fundada en 1919, en su siglo de existencia ha hecho una enorme contribución a la investigación, la formación de profesionales y la difusión cultural, en especial al centro sur de Chile.

LOS SECTORES POPULARES

Una de las consecuencias de la modernización económica y el desarrollo industrial, que comienza a producirse hacia fines del siglo XIX, es el incremento de la población urbana. Surge una clase de obreros y se multiplican los artesanos, que buscan instalarse en las ciudades. Estas habían definido sus límites en forma estable hasta mediados de aquel siglo, aunque estaban rodeadas de caseríos que servían de transición entre la urbe y el mundo rural. Ahora se forman las manzanas para recibir una población creciente. Así, Concepción pasa de 240 manzanas hacia 1890 a 317 en 1906: un crecimiento de 25% en apenas quince años.

Los nuevos barrios crecen de manera desordenada y sin servicios mínimos. Surgen sectores como Chillancito, Agua Negra, San Carlitos, Biobío, La Pampa y la Puntilla, que como un cinturón rodean la ciudad hacia el poniente y el río, ocupando sectores de pantanos, pajonales y cauce de ríos, que resultan muchas veces insalubres y peligrosos. Los pobladores se agrupaban en ranchos, cuartos redondos y conventillos, carentes de agua potable y de condiciones higiénicas, pero no así de chinganas y bodegones que impulsaban un alcoholismo rampante, con su secuela de pendencias y disolución social.

A pesar de las difíciles condiciones, los trabajadores se fueron organizando, en mutualidades, asociaciones y otras entidades, para enfrentar colectivamente los riesgos de la enfermedad o la vejez, frente a un Estado todavía ausente; también en sindicatos y confederaciones, como la Federación de Trabajadores y la Confederación Obrera, para exigir reformas, así como para actuar políticamente, a través de partidos y movimientos. Así ocurrió con los trabajadores de las minas y los establecimientos industriales.



Operarios del Taller de Fundición de Ferrocarriles del Estado de Concepción, Revista *Sucesos*, marzo de 1906.

En la ciudad surgieron múltiples organizaciones, con los fines reseñados. Apenas hay espacio para mencionar algunas, cuya trayectoria estudió Laura Benedetti, tales como la Sociedad de Socorros Mutuos de Obreros, obra del gran dirigente Lorenzo Arenas, sastre de profesión; sus fines eran el ahorro, la instrucción y la cooperación entre los asociados; la Sociedad de Carpinteros y Ebanistas, fundada en 1894; la Sociedad de Albañiles “Francisco Bilbao”, creada en 1899, en homenaje al “apóstol de la democracia”. Diez años antes, inspirada en la Sociedad de Socorros Mutuos, surge la Sociedad de Ilustración de la Mujer, para llevar a estas los beneficios del mutualismo frente a los riesgos de salud, muerte y viudez.

En fin, hubo varias otras, como la Sociedad de Zapateros Juan Martínez de Rozas, Sociedad de Socorros de operarios de la Maestranza de Ferrocarriles; Sociedad de Sastres, ligadas a los respectivos rubros. Al sur de la provincia funcionaron la Sociedad Filarmónica de Lota, desde 1885, que buscaba proporcionar una sana diversión a los obreros, a través de la música y el baile, alejándolos del vicio; y la Sociedad de Artesanos “La Unión” de Coronel, filial de la homónima existente en Concepción.

Para promover una acción concertada y más efectiva, en noviembre de 1905 se organizó, en Concepción, la Confederación Obrera,

que agrupó a las organizaciones mutualistas de la ciudad. En la zona del carbón, por su parte, se estableció, en mayo de 1902, la Federación de Trabajadores de Lota y Coronel, como una reacción, según Benedetti, frente a los continuos abusos cometidos por la Compañía Explotadora de esas ciudades hacia los trabajadores del carbón y sus familias, así como para enfrentar la carencia de vivienda, en base al ahorro de sus asociados.

Los obreros procuraron también actuar en política. En un principio, representados por los partidos Liberal y Radical, luego desde el Partido Demócrata. Este surgió desde el mismo Partido Radical, en 1887, bajo el liderazgo de Malaquías Concha, como una organización defensora de trabajadores y obreros. Facciones del Partido Conservador también optaron por una política más social, siguiendo las doctrinas del Papa León XIII, expresadas en la encíclica *Rerum Novarum*. Así, la Iglesia Católica fundó en Concepción “Los talleres de San José Obrero”, para brindar educación, en forma de un oficio, a los sectores populares. De manera que todos los sectores políticos entraron a los debates que traían los nuevos tiempos.

JUEGOS Y DEPORTE EN LA REGIÓN

En todas las épocas, los juegos y deportes han sido una manifestación cultural que aporta a la salud y al encuentro entre las personas. Adquiere formas particulares en distintas ciudades y regiones. En el Biobío, el recuento debe comenzar con el principal deporte ancestral mapuche, el palín. Dos equipos, armados cada jugador de un weño o bastón de madera, persiguen y golpean el pali o bola. El objetivo es impulsar la bola hasta superar la línea de fondo contraria para anotar un punto. Aunque la victoria era para el equipo que marcara cuatro puntos seguidos, los partidos podían durar varios días, acompañados de cantos y rituales. Se juega descalzo y puede resultar muy rudo, lo que llevó a los españoles a disponer su prohibición, aunque sin mayor éxito. En la actualidad existen más de cien clubes y es deporte nacional desde junio de 2004.

Desde tiempos coloniales, los sectores populares practicaban el juego de bolas, inspirado en las canchas de bochas italianas. Se transformaron en verdaderos garitos públicos, dice Arnoldo Pacheco, donde se jugaban también cartas y dados y se apostaba. Para mediados del siglo XIX, jornaleros y peones concurrían a arriesgar sus escasos ingresos. “Tengo la seguridad, dice un testigo, de que no

hay peón de la vecindad que no haya perdido y ganado, alternativamente, no sólo todo su dinero, sino hasta su camisa, por lo menos media docena de veces al año, en este juego”. Algo similar puede decirse de las peleas de gallos, que también intentaron prohibirse en tiempos de Bernardo O’Higgins, gobernante de formación ilustrada, aunque nunca se logró totalmente. Las autoridades oscilaban entre prohibirlas y cobrar los derechos que generaban los permisos de funcionamiento.



Indígenas Mapuche de Chile jugando el juego de llighetun con judías (porotos). // *Costume Antico e Moderno, l'America*, Giulio Ferrario, Milan, 1821.

En el siglo XX, estos juegos tradicionales fueron dando paso a la rayuela y a la pasión de multitudes: el fútbol. La primera dio origen a una Liga particular de Rayuela de Concepción, que reunió a numerosos clubes. Al segundo ya nos referiremos.

Las carreras de caballos fueron también muy populares, a ambos extremos de la escala social. Las carreras “a la chilena” proliferaban en los campos, acompañadas de fiestas, libaciones y frecuentes violencias. Las elites, en tanto, para 1860, adoptaron la modalidad inglesa de las carreras a caballo. En el sector de Perales, actual Barrio Norte, se trazó una pista, donde se reunían numerosos propietarios con sus ejemplares y solían incluir apuestas. A fines de 1918, un grupo de entusiastas dieron forma al Club Hípico de Concepción S.A. En el sector denominado Mediocamino, ubicado en la ruta que unía a Concepción con el puerto de Talcahuano, construyeron una gran

pista, graderías e instalaciones de primer nivel que fueron testigo, por muchos años, del popular deporte de los reyes. Hoy es parte de la comuna de Hualpén.

Todo pareció acabar cuando un voraz incendio, en abril de 1990, destruyó el edificio principal. El empeño de los hípicos de corazón pudo revertir la tragedia y dos años más tarde, en octubre de 1992, se inauguraban nuevas instalaciones, con una capacidad para ocho mil espectadores. Se inició, de esta forma, un nuevo ciclo, que fue seguido por un convenio, en noviembre de 1999, con el Club Hípico de Santiago e Hipódromo Chile, que contempló mejorar la pista de carreras y la infraestructura del establecimiento, inyectándole nueva vida.

Las elites de la región, además, influidas por la llegada de inmigrantes europeos, practicaron el golf desde fines del siglo XIX. Hubo canchas en el sector que justamente se llama El Golf, cerca de la Laguna Redonda, en Concepción; en Chiguayante, asociado a las fábricas textiles y actualmente en varios puntos de la provincia de Concepción y Biobío. En el Parque Ecuador se estableció, en 1900, una cancha de Pelota Euskara, por inmigrantes vasco france-

ses. Otra existe todavía en el Estadio Español, un gran recinto deportivo, inaugurado en 1973, ubicado en Chiguayante.

El ciclismo fue un deporte practicado desde fines del siglo XIX. Hubo varios velódromos, en sectores como el Cerro Chepe y en el Club de Regatas Arturo Prat, situado junto a la Laguna Tres Pascualas. Vale la pena mencionar el Club Ciclista Concepción, creado en abril de 1917, uno de los más antiguos de Chile, que ha dado muchas satisfacciones al deporte penquista, en campeonatos sudamericanos e incluso en las Olimpiadas



Revista *La Lienza*, de la Liga de Rayuela de Concepción, 1937.

de Helsinski, en 1952, así como en la tradicional Vuelta Ciclística a Chile.

En el Club Arturo Prat que mencionamos, fundado en 1908, también se practicaban deportes náuticos, que encontraron gran campo con la creación del Club Deportivo Llacolén, en 1954. En la bahía de Concepción, la vela es un deporte con buenos cultores, estimulado por las buenas condiciones naturales. En ambos clubes se practica el tenis, a propósito de lo cual recordemos el Club de Tenis de Concepción establecido en 1906, “para promover el Lawn Tennis”. Desde 1907 se ubica en el Parque Ecuador, entonces llamado la Alameda. Según la misma institución relata, sus orígenes se vinculan con los trabajadores ingleses de las minas de Lota, buscando un pasatiempo para despejar la mente y ejercitar el cuerpo.

Asociado a la cercanía del mar, sectores de playa como Quidico, San Vicente, Penco, Tomé o Dichato, han invitado a veraneantes desde mediados del siglo XIX. Una nota de prensa señalaba, de seguro exagerando: “Penco ha comenzado a reunir a gran parte de nuestra sociedad durante el verano para aprovechar esta costumbre que ha comenzado a introducirse. Actualmente hay tantas familias en Penco que puede decirse que está la mitad de la población de Concepción”. Los baños de mar fueron una moda creciente, que en el presente no deja de popularizarse, gracias a las costaneras recuperadas en muchas localidades. En el otro costado de la Región del Biobío, los deportes de montaña atraen a un universo de excursionistas y esquiadores, cuando la nieve lo permite, junto al Parque Nacional Laguna del Laja.



Cancha de pelota vasca, inaugurada en Cañete, en 1886, por inmigrante vascofranceses arribados a esa ciudad.

El boxeo es otro deporte ligado a la influencia extranjera, hacia fines del siglo XIX. Rápidamente se instalaron gimnasios y cuadriláteros, primero en Santiago y Valparaíso, luego en el resto del país. En 1915 se fundó la Federación Chilena de Boxeo y en los años cuarenta, con figuras como Arturo Godoy, alcanzó gran popularidad, expandiéndose su práctica en barrios y sectores populares, e incluso en localidades rurales del Biobío.

El deporte más popular, sin duda, a lo largo del territorio, es el fútbol. Llega al país con los inmigrantes ingleses, primero a Valparaíso y luego a los puertos de Coquimbo y Talcahuano. Los primeros clubes partieron como espacios de sociabilidad obrera; muchas empresas los apoyaron como una forma de generar espíritu de cuerpo entre los trabajadores y alejarlos de los vicios. Recordemos el origen de algunos clubes regionales, lamentando carecer de espacio para ser más exhaustivos.

El Club de Deportes Lota Schwager, que tantas angustias y alegrías ha dado al mundo del carbón, fue fundado en 1966, a partir de la fusión de los equipos Minas Lota y Federico Schwager, que eran parte de las respectivas empresas. Ascendió a Primera División en 1969, donde logró mantenerse hasta 1980. Volvió a Primera en 1986 y bajó a Tercera en 1994. Por los problemas en la industria, desaparece temporalmente, pero logra renacer en 2001, con el nombre de Club Corporación de Fútbol y Deportes Lota Schwager, como equipo amateur, en Tercera División del fútbol chileno, volviendo al profesionalismo en los años siguientes.

En Los Ángeles, es tradicional el equipo Deportes Iberia. Fue fundado en Santiago, en 1933. Campeón de la División de Honor Amateur, en 1945, logra ascender a la máxima categoría profesional. En 1952 adoptó los colores azul y grana, que lo distinguen hasta el presente. A mediados de la década de 1960, dificultades económicas llevaron a sus fundadores y directivos, cuenta Nicolás Durante, a

Paseo veraniego a Lirquén, en 1921. Gentileza de Osvaldo Sepúlveda C.





Equipo "Iberia", de Los Ángeles.

Los Ángeles, hallándose en la Segunda División del fútbol chileno. Así ocurrió en 1969. "El resto arribó en tren y fueron recibidos con caravanas por las calles de Los Ángeles". Desde julio de 1974, se llama Iberia-Bío Bío, regresando a ser sólo Iberia, en mayo de 1994. En años recientes, ha incorporado ramas de otros deportes, como baloncesto, atletismo y tenis de mesa.

En el principal puerto de la Región, en tanto, el club Deportes Naval, de Talcahuano, exhibe una muy larga trayectoria, con puntos altos, como su participación en los Juegos Olímpicos de Helsinki, en 1952, según cuenta el periodista Luis Osses, cronista del equipo. El Club, perteneciente a la Armada de Chile, había sido fundado el 21 de mayo de 1994. Después de diversos altibajos, fue refundado en 1972, con diversos nombres, hasta recibir el actual, que remeda su nombre original. Tiene su sede en el Estadio El Morro, en Talcahuano, recinto histórico donde se habría realizado la primera "Chilena", por el jugador de origen vasco Ramón Unzaga, según celebra una escultura situada, desde 2014, al exterior del recinto. El Estadio El Morro Ramón Unzaga honra también su nombre.

En 1992, el Club de Deportes Talcahuano toma la representación de la ciudad, logrando ascender a Primera B en 1999. En marzo de 2004 revive el tradicional nombre de "Naval", continuando su saga deportiva hasta el presente.

En la provincia y comuna homónima, existe el Club Social y Deportivo Arauco, desde un lejano 1939. Su antecedente más remoto es el Club Andino, de principios de la década precedente. Desde 2006 participa en la Tercera División. Sobre este Club se ha planteado que podría jugar como local también en Cañete y Lebu; incluso se ha sugerido cambiar su nombre a Provincial Arauco, de manera

buscar nuevos horizontes para el equipo. Luego de diversas tratativas, se acordó su traslado a la capital de la provincia de Biobío, "con trofeos, camisetas y uno o dos jugadores emblemáticos", bajo el nombre de Iberia de



Inauguración de la escultura a la atleta Lisa Peters, en Tomé.

y, dos años después, la Copa Francisco Candelori. El equipo realizó giras internacionales por Argentina y Europa, donde enfrentó importantes rivales; participó en la Copa América, en 1975. Aunque ha tenido altibajos deportivos y administrativos, “el León de Collao” es un club que ha dado grandes satisfacciones y genera mucha adhesión en el Gran Concepción.

El atletismo, en sus diversas pruebas de velocidad, saltos y lanzamientos, tiene una larga historia en la Región. Simbolicemos sus tradiciones y logros en la atleta tomecina Lisa Peter Teubner, nacida en 1929 y fallecida muy joven, en 1954. Fue parte del Club Marcos Serrano, formado por trabajadores de la Sociedad Nacional de Paños de Tomé, y que en 2022 cumplió cien años. Tuvo grandes triunfos en campeonatos nacionales e internacionales muy competitivos. Así, en Sao Paulo Brasil, en mayo de 1954, registró el *record* chileno y sudamericano, en Salto Largo, con 5,75 mts., marca que permaneció por muchos años sin ser batida. Su muerte repentina le impidió participar en los Juegos Olímpicos de Roma, Italia, para los cuales se preparaba.

En fin son muchos los juegos y deportes que han tenido grandes exponentes en la Región del Biobío. Asociados a empresas y univer-

que pudiese representar a toda la provincia.

Un club muy tradicional en la capital regional es el Club Social y de Deportes Concepción. Fue fundado en abril de 1966, por la fusión de varios clubes de la ciudad, como el Galvarino, Liverpool, Juvenil Unido y Santa Fe. Ejerce de local en el Estadio Alcaldesa Ester Roa Rebolledo. Ya en 1967 obtuvo el Campeonato Nacional de Segunda División de Chile, permitiéndole acceder a la división de honor; en 1968. Ese año se adjudicó el Torneo Provincial

sidades, el fútbol, pero también el básquetbol y otras especialidades han tenido un desarrollo que ha dado grandes alegrías a la gente. Mencionemos el Club Deportivo Huachipato o las ramas deportivas promovidas por la Universidad de Concepción.

Incluso el ajedrez tiene una tradición centenaria, con jugadores que se recuerdan desde los años 20 del siglo pasado. El Club de Ajedrez de Concepción se fundó en 1945 y ha tenido una fructífera labor formadora, para hombres y mujeres, y de camaradería en torno al llamado deporte ciencia. Uno de sus asociados de antaño, Eduardo Rojas Sepúlveda, obtuvo en 1985 el título de campeón mundial en la disciplina, con apenas 15 años. Un hito que merece recordarse.

Concluyamos contando la historia de un Club con mucha tradición, que refleja el sentido de fraternidad, deporte y vida sana, que promueven estas organizaciones. Se trata del Club Deportivo y Social Lord Cochrane de Concepción. Nació el 15 de noviembre de 1916. La prensa informaba que “se ha formado un club de fútbol denominado “Penquista” entre los jóvenes del barrio La Pampa”; el que luego cambió su nombre por el de “Lord Cochrane”. El nombre del glorioso almirante se escogió por querer superar en fama e importancia al del Club Almirante Fernández Vial, otra destacada institución de la ciudad de Concepción, de origen ferroviario y larga tradición deportiva. La actual insignia verde del club fue creada en 1924, color que representala la esperanza y la salud, ligadas a una sana práctica deportiva.



Eduardo Rojas Sepúlveda, campeón mundial de ajedrez a los 16 años, en 1985 y en la actualidad, junto al trofeo que lo acredita.

Al fútbol que le dio origen se le sumó, hacia 1920, el básquetbol masculino. Para 1929 contaba con 12 equipos de fútbol adulto y cuatro infantiles. Ese mismo año se crea su tradicional revista y la serie juvenil. Con los años se sumó el rugby y, en 1944, el hockey patín y el básquetbol femenino. Ya se practicaban el boxeo, ciclismo, waterpolo, excursionismo, atletismo y tenis de mesa.

A mediados de la década del 60 se concreta la construcción de su gimnasio y otras instalaciones, en su ubicación de calle O'Higgins, en el centro de la ciudad. En 1967 nacen las Damas Lorenses, con el objetivo de acercar a las esposas e hijas de los deportistas al club, ampliando los espacios para las mujeres en la sociabilidad y el deporte. A través de los años, los triunfos han sido muchos. Entre 2007 y 2010, la serie de honor amateur local logró ganar cuatro veces consecutivas la Copa de Campeones de la Región del Biobío. Hoy existe un equipo de fútbol femenino; la rama de básquetbol masculina y femenina; y el conjunto folklórico llamado "Karu Rayun", fundado en 1989, que recorre el país mostrando la música y el baile.



Equipo de fútbol del Club Lord Cochrane, de Concepción, 1929.

LOS TERREMOTOS DE 1939 Y 1960

Comenzando el siglo XX, Concepción tenía fama de ciudad sísmica, adquirida debido a los numerosos cataclismos que registraba su historia. Hacia los años 30, el Concepción urbano era una ciudad de casas de un piso, de grandes habitaciones con tres patios, al estilo tradicional chileno. Había también algunas bellas mansiones de dos plantas, las más centrales con locales comerciales en el piso inferior. Insalubres conventillos rodeaban el núcleo central hacia el río, el sector del pajonal y el poniente. Contaba con grandes iglesias, como la Merced, San Agustín, Las Sacramentinas o el convento de Las Trinitarias. Notables edificios públicos, como el municipio, de estilo beaux-arts francés, el Liceo de Hombres y el Portal Cruz, enorgullecían a la ciudad. Ésta presentaba, al decir de Fernando Campos, un aspecto “si no monumental, por lo menos armonioso y tranquilo con cierta placidez colonial”.

Todo cambiará para siempre, en menos de tres minutos, en la fatídica noche del 24 de enero de 1939. Cerca de las 23:24 horas, cuando la mayoría de los habitantes dormía en sus casas, la tierra tembló horriblemente, dejando la ciudad sumida en un caos. Tres cuartos de las casas quedaron destruidas o dañadas gravemente y más de diez mil personas murieron esa noche o en los días siguientes. El terremoto asoló cerca de un centenar de pueblos del sur del país, en especial en Ñuble, Maule y Concepción.

En esta ciudad, debido al alto número de víctimas, se emplearon fosas comunes en los primeros días. Hubo que tomar urgentes providencias para hacer frente a la emergencia. Así, se prohibió la entrada y la salida de la ciudad; se clausuraron cantinas y se prohibió la venta de alcohol para evitar desórdenes; se requisaron vehículos para remover escombros y trasladar heridos y, entre las medidas más polémicas, se dictó una orden de trabajo obligatorio para las personas en condiciones de prestar servicios: “los vagos o personas que no se presentaran a la citación que se les hizo, decía la ordenanza, serán concentradas en el Club Hípico vigiladas y a las órdenes del comandante de las fuerzas, desde donde se le llevará custodiadas a las faenas que se les indiquen”. Tales eran las graves circunstancias que se vivían. Hubo también, por supuesto, loables acciones solidarias, de ciudades o países hermanos; cientos de voluntarios trabajaron buscando cuerpos y removiendo los escombros.

La ciudad quedó en ruinas, en especial las antiguas construcciones céntricas de adobe y ladrillo. Cayeron iglesias y portales, man-

siones y casas sencillas. Según Oliver y Zapatta, de unas quince mil casas censadas antes del terremoto, un 80% quedó destruida. Quedaron severamente dañados o se destruyeron el Hospital San Juan de Dios, el edificio de Las Trinitarias, el Club Concepción, la Casa Hucke, el Banco Alemán y grandes casas comerciales, como Williamson Balfour, Duncan Fox, Gildemeister y Cía. y Saavedra Benard, entre muchas otras.

La gran catedral, a la que se le agregaron dos torres neoclásicas para el Centenario, debió ser demolida. La imagen de las torres siendo derribadas por la dinamita, simboliza la desaparición del Concepción neoclásico y postcolonial. La misma monumentalidad de las edificaciones, al decir de un observador, les resultaría fatal. “Los errores arquitectónicos, decía Víctor Grossi, estaban a la vista y los escombros que llenaban la ciudad daban cuenta elocuente de ello. Las pesadas cornisas ornamentales que crea un equivocado mal gusto y el poco espíritu de previsión, aparecen por todas partes y son ellas las que, como en Valparaíso, han causado el mayor número de muertos.”

En esta ocasión, los destrozos de Talcahuano no fueron tan graves. Si bien había mucho ladrillo en el suelo, el Hospital se hallaba parcialmente destruido y faltaba agua en el pueblo, el Apostadero estaba en pie y podía abastecerse por mar. La situación en Con-



El terremoto de 24 de enero de 1939 provocó grandes estragos en las ciudades de Chillán, Concepción y todo el centro sur, destruyendo casas, iglesias y edificios públicos.

cepción, en cambio, era mucho más crítica. “El 70% de las casas destruidas, el Hospital se mantenía parcialmente en pie, la Caja del Seguro Obligatorio estaba inhabitable, pero había conservado su material de asistencia; el agua escaseaba y no alcanzaba a servir al Hospital que estaba a dos kilómetros de las cañerías más próxima. Calculábase que unas 15.000 personas habían quedado sin techo.” Con todo, “el pueblo se mostraba sereno y dispuesto a ayudar”.

Como en otras ocasiones, la ciudad resurgiría de sus ruinas. El Presidente Pedro Aguirre Cerda visita a los pocos días Concepción y Chillán y se compromete con su reconstrucción. A los pocos meses se crea la Corporación de Reconstrucción y Auxilio y, con participación de muchas instituciones, se estudia un nuevo plano regulador. A éste debería sujetarse a futuro el urbanismo y la edificación en la ciudad. Mientras se avanzaba en la construcción definitiva, se levantaron pabellones de emergencia, para albergar a familias sin recursos, en el Parque Ecuador y en la calle Manuel Rodríguez, entre Castellón y Paicaví. En la práctica duraron muchos años y recibieron el doble de los habitantes que se planeaba, por lo que su situación de salubridad era lamentable.

Poco a poco, a pesar de las enormes dificultades iniciales, en especial la carencia de materiales y obreros calificados, se levantó una ciudad moderna, de anchas avenidas y fachadas continuas. Una nueva Estación de Ferrocarriles, de corte modernista, reemplazó la destruida en el terremoto; lo mismo ocurrió con el Mercado, el Hospital Clínico y el Palacio de los Tribunales. Son todos edificios importantes, con valor patrimonial, que contribuyen a darle a Concepción un carácter modernista, que debe valorarse y preservarse. El legado más importante, en todo caso, del gran terremoto, fue la construcción de la Diagonal Pedro Aguirre Cerda. Esta conecta a la Universidad con el centro de la ciudad y, a través de calle Barros Arana, finalmente con el río Biobío, que le da identidad a Concepción y relaciona su pasado y su futuro.

El uso masivo del concreto armado, de fierros y cadenas, permitió que la ciudad soportara relativamente bien los terremotos de 1960, que asolaron Valdivia y el sur de Chile. Cayó el “Puente Viejo”, se destruyó el Teatro, el Seminario y el Palacio Consistorial, pero la ciudad siguió en pie. Para esta época, al igual que en 1939, ya la prensa aporta múltiples antecedentes. Un texto escrito por Óscar Cravero, antiguo bombero de Talcahuano, recogió interesantes testimonios sobre el sismo en la ciudad puerto y en Concepción. Recuerda que,

con ocho años, vivió el movimiento en su casa en Las Salinas. “Mucha gente de nuestro barrio se encontraba en la calle, algunas mujeres lloraban pidiendo misericordia y otros corrían dando fuertes alaridos. El ambiente que se sentía en esos primeros momentos era simplemente de terror y la tierra no cesaba de temblar. Empezaba a lloviznar y lógicamente no había ya energía eléctrica por lo que todo estaba muy lúgubre.” En esta ocasión el mar no se salió más que levemente, pero muchos vecinos, desoyendo la advertencia de bomberos, igualmente arrancaron hacia los cerros.

En Concepción, la situación era similar. Por entonces, el ritmo de vida era el de una típica ciudad provinciana. La entretención la ofrecían las funciones de los teatros Cervantes, Roxy, Central, Lux, Astor, Windsor, y Rex, entre otros, junto con restaurantes, como El Quijote, que deleitaban a los penquistas con recitales de buen nivel. En vísperas de las celebraciones del 21 de Mayo, se desencadenó la catástrofe.

Pasadas las seis de la mañana, comenzó un fuerte e intenso ruido, que se asemejaba, según Aníbal Ulloa Pineda, entonces de 17 años, “a una gran cantidad de carretones que pasara a toda velocidad por una calle adoquinada”. Pero no venía ninguno y el ruido persistía y se intensificaba cada vez más. Segundos más tarde comenzó el violento sacudón. Cuando hubo aclarado, junto a su hermano alistaron



Calle Barros Arana, en Concepción, con la Casa Gleisner al fondo, mostrando los efectos del sismo y de los incendios que le siguieron.



Caída de las torres de la Catedral, por dinamita, el 2 de febrero de 1939.

sus bicicletas para recorrer el sector. El colegio de Los Salesianos se encontraba con todas sus murallas trizadas.

Más tarde se dirigieron hasta el centro de la ciudad. El Teatro Concepción, que se ubicaba en Barros Arana con Orompello, que iba a ser reinaugurado muy pronto después de un largo tiempo de reparaciones, había sufrido importantes daños, lo que provocó que al cabo de un tiempo fuera demolido. Algo similar ocurrió “con el teatro del Liceo Enrique Molina de Concepción, el que hasta hoy se encuentra en ruinas, como un testimonio vivo de la catástrofe.” En horas de la tarde, se enteraron que el puente carretero sobre el Biobío se había cortado, dejando aisladas, desde Concepción, a las comunas de la provincia de Arauco y la comunicación sólo podría efectuarse a través del puente ferroviario, luego que se efectuara la revisión y posterior reparación de las vías que resultaron dañadas. Nuevamente los rumores sobre una posible salida de mar comenzaron a expandirse. Muchos llegaron entonces al cerro Caracol, con mantas y frazadas, para protegerse del frío de la noche. “Otros aguardaron en las principales plazas de la ciudad, donde compartían su desgracia y se animaban unos a otros.”

Del punto de vista social, se vivió una situación de relativa calma, extraña para las circunstancias. “Lo que más impresiona en Concepción es la tranquilidad de la gente, escribió el enviado especial de El Mercurio, el recordado periodista José María Navasal. Una calma excesiva, que tiene más de *shock* que de serenidad. Por las calles los grupos transitan lentamente, se detienen a mirar los daños, comentan en voz baja sin demostrar emoción, con los ojos secos. Algunos



Puente Carretero sobre el río Biobío, parcialmente destruido en el terremoto de 21 de mayo de 1960.

hasta sonríen nerviosamente. Otros se paran en las esquinas, con los rostros inexpresivos, mirando fijamente hacia un montón de escombros.”

A pesar de la magnitud e intensidad del terremoto, sus daños ya no son comparables a los de eventos previos. La ciudad se

había modernizado, se construía con mejores técnicas, ya no solo con piedra o ladrillo. Después de 1939 la ciudad se había reconfigurado bajo el sello del modernismo, de lo cual daban cuenta nuevos ejes viales y edificios emblemáticos. Casas amarradas en fachada continua, reforzadas con cadenas y sin decoraciones innecesarias aseguraban una mejor resistencia a futuros eventos, escriben Leonel Pérez y Pablo Fuentes. Los terremotos de 1960 solo reafirmaron aquel camino urbano.

Este no solo se manifestaba materialmente en las edificaciones. El auge industrial, ya iniciado antes del siglo con molinos, textiles y maestranzas, se había intensificado con la construcción de la siderúrgica de Huachipato. Las empresas y poblaciones industriales que surgieron bajo su alero consolidaron la vocación moderna de Concepción. Lo mismo hizo la Universidad de Concepción, que ya en la década de los 30 había levantado los primeros edificios de impronta moderna, como las Facultades de Biología, Farmacia o Ciencias Jurídicas. La erección del Campanil y luego del Arco de Medicina fueron un modelo, que influyó en la adopción de una escuela arquitectónica, que fue también una actitud.

Cuando los sismos del 60 debilitaron viejas estructuras, mas sin derribarlas, el sesgo modernizador dio otro paso, arrasando con edificios que podían salvarse y que hoy consideraríamos patrimoniales. Así, el Palacio Consistorial, ubicado frente a la Plaza Independencia, recién cae en 1966; el Teatro Concepción, semiabandonado, es demolido luego de un incendio en 1973. Algo similar puede decirse del

Liceo de Hombres “Enrique Molina”, parcialmente dañado por el terremoto y demolido innecesariamente por decisión humana y no por la acción de la naturaleza. Esta vez, además, pocos invocaron a los cielos para pedir perdón o clemencia; y menos para explicarse los eventos. De manera que estos terremotos solo profundizaron una transformación espiritual y material que ya estaba en marcha.

CONCEPCIÓN EN SU CUARTO CENTENARIO

A diferencia de lo que ocurrió con las fiestas del Bicentenario de la República, en 2010, que pasaron casi desapercibidas en Concepción, a causa de un cierto desgano ciudadano, pero también por las secuelas del reciente terremoto, el Cuarto Centenario de la ciudad, en 1950, fue una gran fiesta.

Concepción, fundado a orillas del mar un 5 octubre de 1550, cumplía cuatrocientos años arrastrando una existencia ruda y azarosa. Sublevaciones indígenas, salidas de mar y varias revoluciones pusieron a prueba -y también forjaron- el carácter de sus habitantes. Varias de las ciudades que fueron fundadas en la misma época, como Cañete, Angol, Osorno o Villarrica, no resistieron al gran levantamiento de Curalaba (1598) y debieron ser refundadas en tiempos posteriores. Concepción, en cambio, como cabeza militar de la Frontera resistió porfiadamente. La bendición de la nueva Catedral, que tuvo lugar el mismo día 5 de octubre de 1950, es la mayor prueba: ¡era la séptima catedral que levantaban los penquistas!, considerando los dos emplazamientos que la ciudad ha tenido.

Es por eso que, para celebrar el IV Centenario, la ciudad se preparó esmeradamente. Una ley especial, la 9.574, creó la Comisión organizadora del IV Centenario de Concepción, bajo la presidencia del “Intendente de Concepción, Sra. Inés Enríquez Frodden”, como se decía entonces, sin feminizar el sustantivo. A la misma intendenta le correspondió luego presidir las festividades.

Éstas empezaron en la mañana del día jueves 5, con la recepción de los ministros de Estado y del Embajador de España, en la estación de trenes. Venía también con ellos don Juan Murillo de Valdivia, descendiente del conquistador extremeño, a sumarse a los festejos. Luego de la bendición de la Catedral se entregaron 12 semáforos donados por la colectividad italiana, símbolo de la modernidad y las nuevas necesidades que traía el progreso. Hubo presentaciones gimnásticas y actos académico-históricos; desfiles, fuegos artificiales y presentación



Inés Enriquez Frödden (1913-1988) diputada y primera mujer intendenta del país.

de bandas y hasta una reconstitución de la fundación. No faltaron, por cierto, en los días que duraron los festejos, cenas en el Centro Español y bailes de gala en el Club Concepción, pero también grandes bailes populares y carreras de caballos.

Con la llegada del presidente de la República Gabriel González Videla, el día sábado 7, continuaron los festejos. Las autoridades visitaron en Penco el lugar de la fundación, entre otros actos simbólicos.

A diferencia de lo que ocurrió en Concepción en 1910, con ocasión de las Fiestas del Centenario, el IV Centenario de la ciudad sí dejó un legado material. Modesto, pero muy significativo. Mencionemos la modernista fuente de la Plaza Perú, donación de la colectividad alemana; los monumentos a los próceres Bernardo O'Higgins y a Arturo Prat, situados en la Plaza de los Tribunales, que aún perduran, a pesar de las intervenciones que han sufrido; el mástil monumental, donado por el Rotary Club, que se sitúa frente a la Intendencia, actual Delegación Presidencial; la estatua de Pedro de Valdivia, de muy bella factura, ubicada, hasta 2019, en una plazoleta junto al actual municipio, y la que se sitúa en la plaza, obra de la Escuela de Artesanos Industriales de la ciudad. Su primera piedra también data de esas alegres fiestas, cuyas noches eran amenizadas en Clubes como "El Quijote", inaugurado en aquellos días y que hoy por fortuna ha renacido. Junto a estos legados materiales, que aún perduran, el IV Centenario produjo una obra magnífica, el "Libro de Oro de Concepción", de Carlos Oliver, sabio naturalista avecindado en la ciudad y Francisco Zapatta, que muchos hogares penquistas conservan todavía con afecto.

Los 450 años de Concepción, en 2000, en cambio, a diferencia de lo ocurrido en 1950, pasaron casi en silencio. Sólo la publicación del libro "Concepción, vivir su historia", por la Sociedad de Historia de Concepción, hizo excepción a ese injustificable silencio. Ahora la ciudad se encamina hacia el medio milenio de vida; ojala que cuando llegue ese día haya mucho que celebrar.



Testimonios urbanos del Cuarto Centenario de Concepción, celebrado el 5 de octubre de 1950, subsistentes en la ciudad, incluyendo la estatua del fundador Pedro de Valdivia, la que espera ser repuesta.



GÉNESIS Y PRESENCIA DE LA REGIÓN DEL BIOBÍO

LA REGIONALIZACIÓN, UNA LARGA HISTORIA INCONCLUSA * NACE LA REGIÓN DEL BIOBÍO * LA ESCISIÓN DE ÑUBLE * IDENTIDAD, PATRIMONIO Y CULTURA REGIONAL

LA REGIONALIZACIÓN, UNA LARGA HISTORIA INCONCLUSA

Uno de los males endémicos de la sociedad chilena, cuyos orígenes pueden trazarse a tiempos coloniales, es el excesivo centralismo. Es un fenómeno político y administrativo, pero que también se manifiesta en el plano demográfico y económico, tanto en el mundo público como privado. Sucesivos gobiernos han comprometido sus esfuerzos para mejorar la situación, pero el avance ha sido insuficiente. Solo en años recientes se avizoran nuevos aires, en virtud de la elección directa de gobernadores regionales y de consejeros, acompañada de la promesa de transferencia de mayores competencias y recursos.

El actual centralismo administrativo, analizado en tiempos republicanos, comienza a imponerse en 1833, con la vigencia de la Constitución Política de la República aprobada ese año. La Carta dio continuidad a la figura borbónica de los intendentes, como autoridad de la exclusiva confianza del presidente de la república, situación que se mantuvo hasta 2021. Leyes posteriores regularon el régimen interior y los municipios en similares condiciones. A través de los años el Estado central se fue desplegando por el territorio nacional, a medida que se conformaban nuevas provincias. Para el primer centenario de la Independencia, celebrado en 1910, el centralismo era una realidad irrefutable.

“Volcán Antuco” (detalle), por Eduard Poeppig, 1828.

La Constitución de 1925 implicó el primer intento explícito por descentralizar el país. Las funciones de gobierno y administración aparecían claramente separadas, pero se evitó descentralizar la autoridad, por no arriesgar el carácter unitario del Estado. La Carta prometía establecer asambleas provinciales, las que, sin embargo, nunca se crearon.

En 1936 se aprobó una modificación a la división territorial, que amplió a veinticinco las provincias de Chile. En 1939 se creó la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo), como organismo estatal encargado de promover el desarrollo nacional. Corfo propuso, en 1950, una división del país en seis regiones, aprovechando las condiciones naturales y productivas, pero sin alterar las veinticinco provincias, iniciativa que no prosperó. Eran el Norte Grande, entre las zonas de Tarapacá y Antofagasta; Norte Chico, entre Atacama y Coquimbo; Núcleo Central, desde Valparaíso a Linares; la Frontera, integrada por Ñuble, Concepción, Biobío, Malleco y Cautín; Los Lagos, con Valdivia, Osorno y Llanquihue y Los Canales, desde Chiloé hasta el Territorio Antártico Chileno.

En la década del cincuenta se generaron estrategias de desarrollo regional para provincias específicas. Surge la teoría de los polos de desarrollo, esto es, de la creación de focos de crecimiento inducido en distintos puntos del país, despertando grandes expectativas, en el objetivo de lograr equidad territorial y una mayor descentralización.

En 1965 fue creada la Oficina de Planificación Nacional (Odeplan), como órgano asesor de la Presidencia y, en 1967, como servicio público descentralizado. Su misión fue trabajar en el desarrollo del país desde la base de una subdivisión regional. Fijó criterios de descentralización que consideraban factores geográficos, climáticos y culturales, los que constituían formas implícitas de regionalismo, basadas en patrones ecológicos, de colonización y legislación local. Hacia fines de la década del sesenta, identificó diez regiones, más una zona metropolitana, con miras a regionalizar el plan nacional de desarrollo, descentralizar administrativamente el país y promover la elaboración y ejecución de planes regionales. Es en el contexto del plan impulsado por el gobierno de Eduardo Frei Montalva que surge la Región del Bío-Bío, como una experiencia piloto, que luego se replicaría al país entero.

NACE LA REGIÓN DEL BIOBÍO

El río Biobío ha sido tan significativo en la conformación geohistórica de la Región, que ha concluido por darle su nombre. Su antecedente remoto, según hemos dicho, es la antigua Provincia de Concepción, que se extendía desde el río Maule a la Frontera. Es el territorio aproximado que luego se asignó a la Intendencia de Concepción, establecida en 1786. La Provincia de Concepción, en clave republicana, nace con las provincias que se establecen en 1826, con ocasión de las leyes federales. Aunque el proyecto federalista no prosperara, sí sobrevivieron la figura del presidente de la república, por oposición al antiguo director supremo y la división primitiva del país en ocho provincias. El Biobío fue siempre el corazón articulador del territorio, aunque todavía no le daba su nombre. Otro río, el Ñuble y su importante afluente, el Itata, vinculado a la ciudad de Chillán y sus funciones urbanas, comerciales, militares y de gobierno, fue generando un polo alternativo, que terminaría en convertirse en la Provincia de Ñuble, en 1848 y, transcurridos 170 años más, en la Región de Ñuble, renacida el 5 de septiembre de 2018.

El Biobío aparece en la nomenclatura administrativa con la creación de la provincia homónima, en 1875, con capital en Los Ángeles. Durante el siglo XX, hubo varios intentos de crear regiones más grandes que las 25 provincias que designara la Carta de 1925. Se habló de polos de desarrollo y de regiones.

En 1964, comenzando la administración de Eduardo Frei Montalva, surge la Región del Bío-Bío como un proyecto piloto. Reunía, todavía solo para fines de coordinación, a las provincias de Ñuble, Bío-Bío, Concepción, Arauco y Malleco. No se pudo avanzar más. Para recordar ese proceso histórico, recurramos a los recuerdos de Bernardino Sanhueza, quien fuera Secretario de Planificación Regional, durante esos años seminales.

La idea de crear las regiones, como unidades territoriales para la administración del Estado, se basaba en la convicción de que un desarrollo equilibrado requería territorios de proporciones adecuadas en población, recursos naturales y diversidad productiva. Las viejas provincias no cumplían esas condiciones. La formación de masas críticas regionales era fundamental para generar un desarrollo endógeno sustentable. En el Biobío, era una aspiración recurrente, replicada por muchas voces. Así, meses antes de que Eduardo Frei asumiera la presidencia, en noviembre de 1963, tuvo lugar en Concepción un Congreso de Planificación Regional, que reunió a más



Mapa del curso del Biobío, por Fray Ignacio de León Garavito, 1759.



Mapa del Reyno de Chile (detalle), 1768.

de ochocientos profesionales, técnicos y dirigentes sociales de las provincias de Ñuble, Concepción, Arauco, Biobío y Malleco, que adherían a su candidatura presidencial. En el encuentro se elaboró una propuesta sobre la creación de la Región del Biobío, a través de la integración de esas provincias. Era el inicio del largo camino de la regionalización del país.

En diciembre de 1964, cuando solo llevaba un mes en el poder, el Presidente Frei llegó a Concepción, acompañado de varios ministros, para dar a conocer la iniciativa de creación de la Región, entre otros proyectos. Por Circular N° 3.799 del Ministerio del Interior, de 4 de diciembre de 1964, se instruyó proceder a la integración de la Región del Biobío “que forman la provincia de Ñuble, Concepción, Biobío y Arauco”, a las que se agregó Malleco, el año siguiente. Los Intendentes debían reunirse cada dos meses, para coordinar su labor, convocados por el Intendente de la Provincia de Concepción. El documento les asignaba tareas específicas, especialmente en materia de presupuesto y promoción del desarrollo social.

La sesión solemne tuvo lugar el 5 de diciembre de 1964, en el Salón de Honor de la Intendencia de Concepción, ubicada frente a la Plaza de Armas. En ella se expresó la decisión gubernamental de crear la Región del Biobío, como una experiencia pionera en el país. Asistieron los ministros de Educación, Juan Gómez Millas; de Obras Públicas, Modesto Collados; de Defensa, Juan de Dios Carmona; y el Subsecretario General de Gobierno, Raúl Troncoso. También los intendentes de Ñuble, Roberto Casanueva; de Concepción, Alfonso Urrejola; de Biobío, Guillermo Diez, y de Arauco, Claudio Huepe. El Intendente de Malleco, Abner Castillo, se incorporó el año 1965. Presentes estuvieron, además, parlamentarios, autoridades civiles, judiciales y militares, representantes de la industria, la agricultura y el comercio, dirigentes sindicales y sociales, recuerda Bernardino Sanhueza.

El presidente Eduardo Frei Montalva, en la ocasión, señaló que la iniciativa de crear la Región como una instancia de coordinación, buscaba poner en marcha una idea importante referida a “la descentralización administrativa, económica y social del país, para hacer una experiencia práctica del desarrollo regional en esta cuenca del Biobío... los que viven en esta zona saben por una experiencia elemental cuán necesario que este desarrollo sea integrado de una manera racional para beneficio mutuo del sector agrícola, del sector industrial y sobre todo para la promoción nacional de este gran

conglomerado humano”. Así lo consignó el Diario *El Sur* del día 6 de diciembre, que reprodujo íntegramente el histórico discurso del mandatario. No quería esperar las reformas legales y, decidió dar, dentro de la juridicidad, “todos los pasos necesarios para realizar de hecho este trabajo”.

La creación formal requería de una reforma constitucional, de manera que la coordinación entre los intendentes era una señal hacia la futura implementación de la Región. Si bien el proyecto fue aprobado en la Cámara de Diputados, no lo fue en el Senado, de manera que no pudo regir. Con todo, la creación de la Oficina Nacional de Planificación, ODEPLAN, en 1967, que establecía un sistema nacional, sectorial y regional de planificación del desarrollo, permitió avanzar bastante en la implementación de la regionalización del territorio nacional. Los intendentes de las cinco provincias se reunieron sistemáticamente durante los seis años de gobierno; se efectuaron estudios, encuestas y publicaciones. Muy importante fue la elaboración de una cartografía regional, que instaló una imagen física del territorio. El principal logro de esos años, en la opinión de Bernardino Sanhueza, fue la elaboración de una Estrategia para el Desarrollo Económico, 1966-70, evaluada cada dos años y “que fue la primera que existió en el país y que sirvió de guía para otras regiones, no solamente en Chile sino también en otros países latinoamericanos”. Todo lo cual permitió avanzar en la consolidación institucional de la Región.

Posteriormente, en el año 1974, ya durante el Régimen Militar, a propuesta de la Comisión Nacional de Reforma Administrativa



Ceremonia de Conmemoración de los cincuenta años de la Región del Biobío, en marzo de 2014.

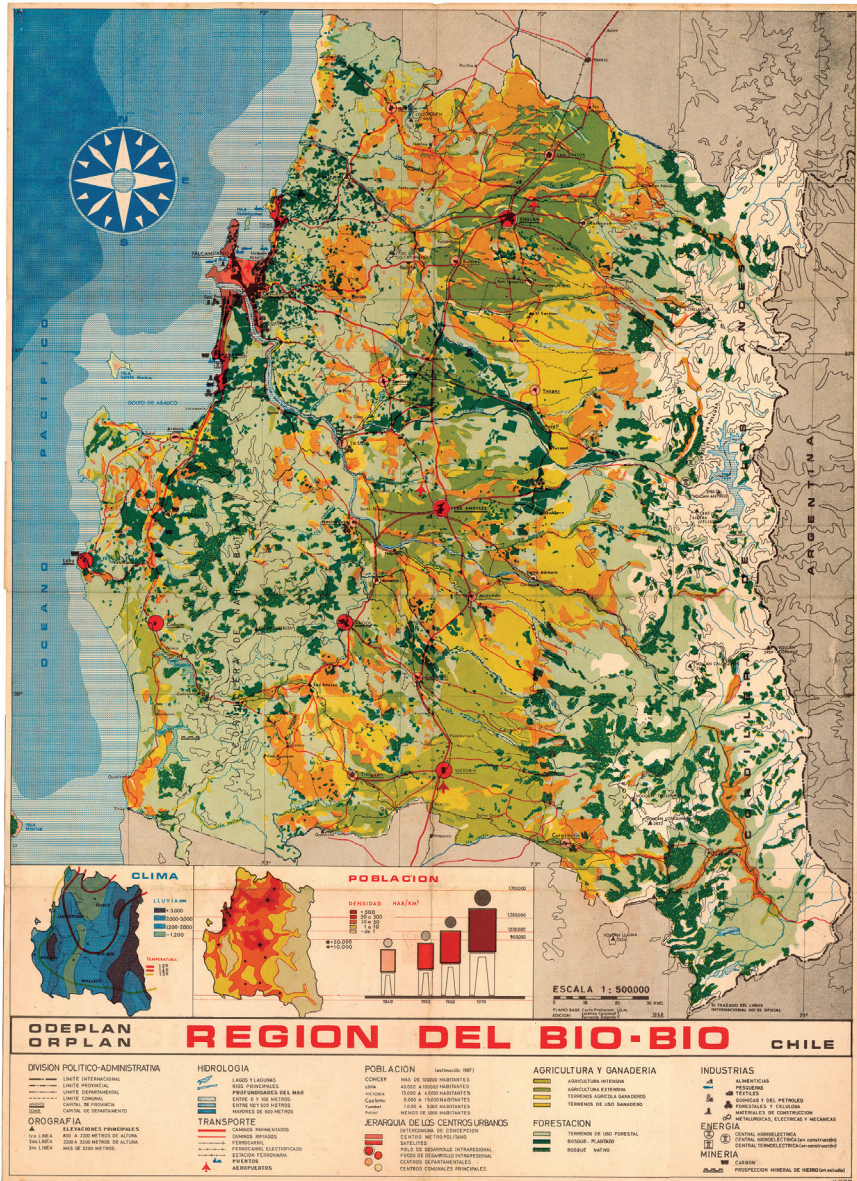
(Conara), se dictaron los decretos leyes 573 y 575, que crearon las actuales regiones, a las que se han añadido otras en las últimas décadas. En 1976, el Acta Constitucional N° 2, consolidó las regiones como una división del territorio nacional para la planificación del desarrollo, para el gobierno y la administración del Estado; así lo recoge la Constitución de 1980. El objetivo perseguido por Conara, por su parte, fue reordenar el territorio, en sus aspectos económicos, sociales, geopolíticos y administrativos, con el propósito de promover un desarrollo regional sustentable. Estas unidades se convirtieron en las trece regiones originales, encabezadas por un intendente. Los antiguos departamentos, subdelegaciones y distritos fueron suprimidos. Las regiones fueron subdivididas en provincias, a cargo de gobernadores y éstas en comunas, buscando la integración, el desarrollo económico y la eficacia administrativa. Las regiones formadas debían tener una población suficiente y una ciudad central que actuara como eje impulsor de las actividades sociales y económicas, en un marco de autonomía moderada.

En este contexto, surgieron las actuales regiones. La Constitución de 1980 consolidó la nueva división territorial, fijando indirectamente el número de regiones al referirse a la composición del Senado. La norma se modifica en 2004, abriendo el campo a la creación de nuevas regiones. Así ocurrió en 2007, con el surgimiento de la Región de los Ríos y, más tarde, de Arica y Parinacota.

La existencia legal, en particular, de la Región del Bío-Bío, con el numeral de Octava, comienza mediante el decreto ley N° 575, del 1 de agosto de 1974. Fue bautizada con el nombre de su principal río el 2 de octubre de 1978, mediante el decreto ley N° 2.339. Desde el 15 de febrero de 2018, a su vez, se eliminan los números y se moderniza la ortografía, de manera que hoy solo existe como Región del Biobío.

La Región se encontraba originalmente organizada en cuatro provincias: Arauco, Biobío, Concepción y Ñuble. Nació con cuarenta y nueve comunas, que en 1996 aumentaron a cincuenta y dos, al agregarse Chiguayante, San Pedro de la Paz y Chillán Viejo. En 2003, según dijimos, se crearon las comunas de Alto Biobío, en la provincia de Biobío y Hualpén, en la provincia de Concepción. La capital regional es la ciudad de Concepción.

La provincia de Biobío, cuya capital es Los Ángeles, tiene una población de 394.802 habitantes (2017) y su superficie es de 14.987,9 km². La integran las comunas de: Antuco, Alto Biobío, Cabrero, Laja, Los Ángeles, Mulchén, Nacimiento, Negrete, Quilaco, Quille-



El Bío-Bío como Región piloto, propuesta por Odeplan, durante la administración del Presidente Eduardo Frei Montalva, en 1964. Incluía las provincias de Concepción, Nuble, Bío-Bío, Arauco y Malleco.

co, San Rosendo, Santa Bárbara, Tucapel y Yumbel. La provincia de Concepción, cuya capital es Concepción, tiene una población de 995.658 habitantes y su superficie es de 3.439 km². La componen las comunas de: Chiguayante, Concepción, Coronel, Florida, Hualpén, Hualqui, Lota, Penco, San Pedro de la Paz, Santa Juana, Talcahuano y Tomé. La provincia de Arauco, capital Lebu, tiene una población de 166.087 habitantes y una superficie de 5.457,2 km². La integran las comunas de: Arauco, Cañete, Contulmo, Curanilahue, Lebu, Los Alamos y Tirúa. En total, 54 comunas, que se redujeron a 33 con la creación de la Región de Ñuble.

La Región limitaba al norte, con la Región del Maule; al sur, con la Región de la Araucanía; al este, con la República Argentina y al oeste, con el Océano Pacífico. Su superficie era de 37.062,6 km², lo que equivalía al 4,2% del territorio nacional, excluida la Antártica Chilena. Actualmente, con la puesta en vigor de la Región de Ñuble, sus deslindes y dimensiones han cambiado. Desde el 5 de septiembre de 2017 el Bío-Bío limita al norte con la nueva Región y su superficie es de 23.890,2 kilómetros cuadrados. Su población, según el censo de 2017, es de 1.557.414 habitantes.

La administración superior corresponde al gobierno regional. En agosto de 1989, una reforma a la Constitución de 1980 otorgó a los futuros gobiernos regionales personalidad jurídica de derecho público y patrimonio propio (ley N° 18.825). Una nueva reforma constitucional estableció que el objetivo de estos entes era la administración superior de la región (ley N° 19.027); lo que fue complementado por la ley Orgánica Constitucional sobre Gobierno y Administración Regional, 19.175, de noviembre de 1992.

El gobierno regional (GORE) estaba integrado por el Ejecutivo Regional, representado por el Intendente y por el Consejo Regional de Gobierno. Con miras a profundizar la regionalización, la Reforma Constitucional del año 2009 estableció que los consejeros regionales serían elegidos por sufragio universal en votación directa. La primera elección directa de consejeros, en número de 28 para la Región del Biobío, tuvo lugar en noviembre de 2013. En abril de 2021 tiene lugar la primera elección directa de gobernadores regionales. Se aprobaron normas sobre transferencia de competencias y se discute una ley de rentas regionales y responsabilidad financiera.

Aunque estas iniciativas se estiman insuficientes para una regionalización efectiva, es evidente que hay avances. El problema se extiende al ámbito intrarregional, pues sólo diez comunas, en torno al Gran Concepción, que corresponde al sector costero central,

concentran el 60% de la población, generando problemas y resentimientos. Son necesarias nuevas reformas que permitan gobernar mejor las metrópolis y administrar con autonomía los presupuestos regionales. El centralismo chileno, no obstante, sigue siendo un factor de inequidad y un freno al crecimiento armónico del país.

LA ESCISIÓN DE ÑUBLE

En 2017, luego de veinte años de gestiones, la provincia de Ñuble, que formaba parte de la Región del Biobío desde 1974, obtuvo la anhelada condición de Región. Lo anterior significó recuperar el estatus administrativo, que había ostentado desde 1848. Determinó la creación de tres provincias, Diguillín, Punilla e Itata, con Chillán como capital regional.

La zona otrora estuvo dotada de una gran centralidad. Por Cauquenes, Quirihue y Coelemu, en efecto, pasaba el Camino Real y, en torno a las orillas del río Itata, habitaban los viejos capitanes de la guerra de Arauco, una vez retirados del servicio. Era comarca de gran productividad agrícola y vinícola, que dio origen a sólidas fortunas, en los años de auge del siglo XIX. En los siglos previos cumplía Chillán -y toda la zona- la función de granero de Concepción, la capital militar de la Frontera, a la vez que cerraba el paso hacia el norte a los grupos indígenas que pudiesen amenazar al Chile Central. De ahí que Ángel Peredo, refundador de la ciudad, la llamase “llave del reino”. En ambos períodos de la historia chilena, Colonia y temprana república, la historia de Ñuble se confunde con la del país en formación. Andando el siglo XIX y ya en el siglo XX, son los méritos artísticos e intelectuales de sus habitantes, ya no el ardor de las guerras, lo que caracteriza en lo principal a esta Región.

La creación de la actual Región era una antigua aspiración de muchos vecinos. La estimulaba el recuerdo de la provincia decimonónica, la fuerte identidad del territorio, asociada a su vocación agrícola y su pasado histórico. La demanda de regionalidad se afincaba en la identidad local, pero también en las frustraciones que provocaba el doble centralismo, regional e intrarregional, que la provincia venía denunciando.

Se concretó con la creación del Comité Ñuble Región, en 1997, constituido por más de 40 instituciones sociales y culturales. El proyecto va concitando un creciente apoyo de alcaldes, parlamentarios, consejeros regionales y de la sociedad civil. Pasaron a integrarlo los

alcaldes de las 21 comunas de la provincia. Por años realizaron múltiples acciones, a nivel político, académico y comunicacional, para promover la iniciativa. Se disolvió en 2018, por cumplimiento de sus objetivos.

En el año 2013, el gobierno licitó un estudio de factibilidad. Las aspiraciones apuntaban a que la nueva región sería de vocación agroalimentaria, turística, deportiva, artística, comercial, con potencial en la pesca, la minería y un importante puerto seco para el sur del país. Los datos mostraban que Ñuble era una provincia altamente ruralizada (35%). Con 21 comunas, era la provincia con la mayor cantidad de municipios del país. Se detectaron importantes potencialidades y vocaciones no aprovechadas, más otras actividades que requieren una mayor sustentabilidad. Aunque posee industria y potencial urbano, la agricultura es la actividad más importante, lo que marca la construcción identitaria de su población.

El proyecto comienza a tomar forma en 2013, con su inclusión en el programa presidencial de Michelle Bachelet. El 20 de agosto de 2015, la presidenta de la república firmó el proyecto de ley en un acto en presencia de alcaldes y fuerzas vivas de la comunidad de Ñuble. Después de intensas negociaciones legislativas, el proyecto de ley que segregaba la provincia de Ñuble fue aprobado. El 5 de septiembre de 2017 se publicó la ley 21.033 que crea la XVI Región de Ñuble. Se concretaba el anhelo de un antiguo territorio, devenido en flamante Región, la que está vigente desde el 6 de septiembre de 2018.



En 1997 se conformó el Comité Pro Región de Ñuble, luego Ñuble Región, al que se sumaron los alcaldes de las 21 comunas que conforman la actual Región.

La formación de una nueva región escindida del Biobío, significó una pérdida territorial importante, amén de unos quinientos mil habitantes. La representación parlamentaria también fue afectada, pues de sus cinco senadores, dos pasaron a Ñuble, quedando el Biobío con solo tres, para representar a un millón y medio de personas. Una clara distorsión si se considera que las regiones vecinas de Maule y Araucanía cuentan con cinco escaños en el Senado, para representar a un millón aproximado de personas. Esperamos que esta anomalía se corrija en el próximo futuro.

La Región quedó reducida a tres provincias: la costera de Arauco, con su carga histórica y exuberante naturaleza; Biobío, la más grande, con fuerte presencia en el Valle Central y la región cordillerana, colindante con Argentina; y Concepción, provincia y metrópolis, la más poblada. El desafío es avanzar en el desarrollo equitativo, así como en la construcción de una identidad compartida, de las provincias que componen la Región del presente, desde sus diferentes vocaciones productivas y condiciones geoculturales.

IDENTIDAD HISTÓRICA, PATRIMONIO Y CULTURA REGIONAL

La configuración de la identidad regional del Biobío, en términos históricos, está caracterizada por los diversos procesos de los cuales ha sido escenario, así como por las condiciones físicas que han determinado su economía y poblamiento. Una síntesis de su rico pasado nos permitirá luego comprender mejor las expresiones culturales a que ha dado lugar.

Los primeros habitantes se instalan, en gran número, en la zona costera, debido a la abundancia de recursos marinos. El desarrollo posterior de la agricultura permite la ocupación de los valles y da lugar a una complejización de la estructura social. Una alfarería ritual y utilitaria surge, en creciente contacto con otros pueblos del norte. El paisaje era boscoso y el clima lluvioso, lo que facilitó el desarrollo de la población en comunidades semiautónomas, sin necesidad de centralización política, lo que luego tendría consecuencias. Alfarería, orfebrería y trabajos en metal, así como importantes sitios arqueológicos son el legado material del temprano poblamiento del Biobío, aun no suficientemente conocido.

La llegada de los conquistadores españoles disloca drásticamente la vida en torno al Biobío. La larga guerra y las epidemias, la minería

del oro o la formación de encomiendas alteran las formas de vida tradicionales de los pueblos originarios. La fundación de ciudades, la evangelización, la lengua castellana y la introducción de nuevos cultivos, son algunas de las transformaciones más trascendentes, entre muchas otras, que impone la ocupación hispana. La presencia de ciudades y fuertes da lugar a un intenso intercambio cultural y genético, que germina en la sociedad fronteriza y la identidad mestiza que caracterizan al mundo situado en torno al gran río, el cual opera, de manera simultánea o sucesiva, como frontera, camino y fuente de vida para la creciente agricultura del trigo.

El intercambio es también económico, impulsado por el Real Situado, que consistía una partida anual de dinero que proporcionaba el virreinato del Perú por orden del rey, desde 1601 y hasta inicios del siglo XIX, para solventar los gastos de la Guerra de Arauco y la defensa contra incursiones corsarias. Se desarrolló, de esta forma, un fuerte comercio fronterizo, de productos como tejidos, metales, añil, sal, vino, que contribuyó a configurar relaciones sociales, prácticas culturales y una determinada conformación agrícola del territorio. El desarrollo de los telares mapuches, con sus mantas y ponchos, la orfebrería de la plata, el uso del caballo y la ganadería, así como la abundancia de vinos, usados para misa, consumo diario e, incluso, como moneda de cambio, se vieron impulsados por la larga convivencia fronteriza, que tuvo al Biobío por epicentro.



Cabinas en las Termas de Chillán.

De la coexistencia entre hispanos y habitantes originarios, signada por la guerra y luego por una larga convivencia, que da lugar a la sociedad regional, quedan muchos elementos que son parte de la cultura regional, desde donde se proyectan al país entero. Son los rasgos propios de los pueblos mapuche y pehuenche, su cosmovisión y forma de vida, que hoy son objetos de una revaloración y recuperación necesaria, pues forman parte integral de la cultura regional del Biobío. De los primeros siglos de historia colonial quedan, además, múltiples legados: las primeras ciudades y la línea de fuertes de la Frontera, de los cuales algunos subsisten y otros han desaparecido. Son un testimonio interesante del encuentro de dos pueblos en los confines del imperio español. En la actualidad, su estudio se ha renovado, para comprender mejor su función como sistema defensivo, así como para resguardar y poner en valor los elementos arqueológicos subsistentes.

La resistencia heroica y sangrienta de los araucanos motivó una importante literatura épica, en la que sobresalen *La Araucana*, de Alonso de Ercilla y el *Arauco Domado*, de Pedro de Oña, angolino y primer poeta chileno, entre varias otras obras literarias y textos de cronistas. Algunos nacieron en Concepción, como Pedro de Córdoba y Figueroa y el jesuita Felipe Gómez de Vidaurre. Aunque su valor literario o científico es desigual, son todas piezas importantes para conocer los eventos y comprender la mentalidad de soldados y sacerdotes e, indirectamente, de los primeros habitantes del territorio. Sin duda constituyen un patrimonio cultural vinculado a la región.

El primer siglo republicano es complejo para el Biobío. Su territorio es el epicentro de las guerras de Independencia y resulta muy afectado, en su población y recursos, por los rigores de la larga conflagración. Cuatro desembarcos y muchos combates tienen lugar al sur del Maule; mencionemos San Carlos, el Sitio de Chillán, El Roble, el Sitio de Talcahuano, entre tantos otros. Las ciudades de Concepción, Arauco, Los Ángeles y Talcahuano fueron ocupadas por tropas de ambos bandos, con los consiguientes estragos. La guerra siguió cruel, en la costa, el valle y la cordillera, durante los años aciagos de la llamada Guerra a Muerte. Todo esto implica un alto involucramiento de los hijos del Biobío en el conflicto, como precursores, líderes militares y estadistas, pero también destrucción de ciudades y haciendas, hambruna y despoblación, entre muchas penurias.



La mujer mapuche es fuente de admiración y respeto. Su conexión con la naturaleza y sabiduría ancestral permiten la preservación de su cultura y tradiciones.

La historiografía centralista del pasado no ha significado de forma adecuada la gran contribución del Biobío al proceso que condujo a Chile a su Independencia política. La falta de testimonios materiales de esos graves eventos han conspirado contra su recordación. En años recientes, por fortuna, en especial desde el Bicentenario de la Declaración de Independencia de Chile, ocurrida en Los Morros de Perales, en la actual comuna de Talcahuano, comienza a revalorarse la contribución de la región a la emancipación nacional. Diversas localidades, con ocasión de la efeméride, mediante investigaciones, publicaciones, ferias y recreaciones históricas, entre otras manifestaciones culturales, comenzaron a recuperar y celebrar la participación local en los eventos. Asociados a fiestas tradicionales y encuentros populares, son una expresión de la identidad local, en diálogo con la historia nacional.

Luego de los estragos de las campañas tardías de la independencia, un terremoto destruye las ciudades y haciendas del sur, generando pobreza y nuevas migraciones. Es la llamada Ruina, de febrero de 1835, que destruyó los testimonios del mundo colonial en Biobío. Dos guerras civiles, en 1851 y 1859, asociada la segunda a un fuerte levantamiento indígena, arrasan con las haciendas y algunas ciudades de la Frontera. A partir de 1830, no obstante, la economía regional se levanta de la mano de la producción de trigo, que hacía

mediados de siglo vive un enorme auge. Lo anterior es la base de una de las primeras industrias regionales, que implican tecnología, distribución y grandes capitales. Nos referimos a los molinos de trigo, instalados en la zona cercana a la costa, desde Puchacay a Tomé. Esa misma industria originaría el desarrollo textil, a partir del molino Bellavista en esa localidad, que devendría en puerto mayor y pujante ciudad. Otras industrias seguirían a estas primeras, en diferentes rubros.

En Andalién y Talcahuano, en tanto, así como en Lirquén, para luego extenderse al Golfo de Arauco y toda esa provincia, se desarrolla, desde 1840, la extracción del carbón. Ambas industrias, molinería y la minería, son la base de la identidad industrial que fue adquiriendo, cada vez con mayor fuerza, la zona costera del Biobío. La existencia de varios puertos, la abundancia de recursos naturales y una población acrecentada por la migración desde los campos, así como, en diversos momentos, por la llegada de extranjeros, que aportaron capital, redes y capacidad comercial y técnica, fueron la base de la reconfiguración de la provincia de Concepción como un espacio urbano, industrial, portuario y, con los años, un polo educativo y cultural.

Ya en el siglo XX, termina de consolidarse la morfología e identidad de la provincia, con la consolidación del nodo de transporte ferroviario, que articulaba Chile central con la Frontera, en Concepción y San Rosendo, más la adición de múltiples actividades e industrias, como el dique seco en Talcahuano, la refinería de azúcar y la loza en Penco y, sobre todo, la acería de Huachipato y el polo petroquímico que da origen a la conurbación Concepción-Talcahuano.

Todo lo anterior tiene importantes consecuencias en la formación de una cultura industrial en muchos lugares, asociada al ciclo laboral de las empresas, sus ritos y el paternalismo que daba lugar a comunidades en que el trabajo, pero también el deporte, la salud, la educación, entre otras dimensiones de la vida, se vinculaban a las empresas. Las implicancias identitarias, reflejadas en la memoria colectiva, las prácticas sociales, el arte y la literatura, han permanecido, mucho más allá de la desaparición de las mismas industrias que le dieron origen. En múltiples manifestaciones, como el patrimonio material, pero también intangible, puede apreciarse lo expuesto. Así, en la cuenca del carbón se ha traducido en una decena de monumentos históricos, como el Parque de Lota o el Chiflón del Diablo, en prácticas como los hornos comunitarios de pan y en espacios como la tradicional Feria, que funciona todos los días del año.

La misma identidad fuerte se observa en Tomé, que ha logrado declarar al inmueble que albergó la principal fábrica, Bellavista Oveja Tomé, como monumento histórico y mantiene una activa vida cultural; mas siempre con la ambición de levantar un museo que cuente su rico pasado, mucho más diverso que la sola actividad textil. Similares empeños realizan en Penco las autoridades y la comunidad, organizada en sociedades históricas o desde los mismos barrios, por mantener viva la memoria industrial, que fue la base de la construcción de su tejido social.

En Concepción, por desgracia, quedan pocos vestigios materiales de las antiguas industrias o de la gran presencia ferroviaria en la costanera y la ciudad. Pero la intercomuna mantiene su impronta industrial, reforzada por nuevas inversiones y su condición de gran metrópolis del sur de Chile. En años recientes, hemos asistido a una revalorización creciente del patrimonio industrial. Para su protección y puesta en valor se requiere una voluntad ciudadana y una gestión pública más resuelta y mejor financiada, si aspiramos a conservar los elementos que siguen en pie.

En la provincia de Arauco, sus siete comunas presentan elementos comunes, derivados de su historia y geografía, pero también claros



Cerámica tradicional de la Región del Biobío. Las creaciones artísticas corresponden a las fábricas de Nacimiento, Lozapenco, San Juan de Penco y Antiqua de Arauco. Fotografías de Alexis Loyola. Colección de Boris Márquez O.

elementos distintivos. Ya hemos comentado la impronta que resulta del temprano poblamiento costero y de la ocupación española. En el siglo XIX, el desarrollo de la minería del carbón, subterráneo y submarino, marca la evolución geoeconómica de la provincia y el Golfo de Arauco. Al impulso del oro negro surgen Curanilahue y Pilpilco y se desarrolla Lebu. El ferrocarril atraviesa los bosques, bordea el mar, abriendo túneles donde es necesario y cruza la Cordillera de la Costa hasta Purén. La inauguración del puente ferroviario, en 1890, seguida por el puente carretero, en 1943, completa la integración de la provincia con Concepción.

El pueblo mapuche, arrinconado y ya muy mestizado, resiste y se adapta a la llegada creciente de chilenos y extranjeros, que van transformando la existencia en sus antiguos dominios: su fuerte cultura, no obstante, se mantiene y resignifica, proyectándose al futuro. Entre los grupos inmigrantes, cabe mencionar la presencia de alemanes en Contulmo y Lebu, vascofranceses en Cañete, Arauco y Los Álamos y, también en la Frontera, italianos en Capitán Pastene y aun boers en Gorbea. Su fuerte cultura se mezcla con la criolla y la enriquece, aportando a la agricultura y gastronomía, entre otras dimensiones. El ciclo migratorio es corto, en todo caso, pues se extiende desde 1870 hasta los años veinte del siguiente siglo.

En el siglo XX, mientras decae la extracción del carbón, avanza la forestación. Iniciada como apoyo de la primera, alcanza un auge en el último tercio del siglo, apoyada por subvenciones públicas y de la mano de grandes empresas. La actividad forestal se industrializa y da lugar a la instalación de plantas de celulosa en Laja y Arauco. En años recientes, en virtud del proyecto MAPA del Grupo Arauco, la producción alcanza proporciones significativas a nivel internacional.

Al sur de la comuna de Arauco, se encuentra la bella localidad de Laraquete, con sus piedras cruces; Curanilahue y Los Álamos, en tanto, buscan un nuevo destino productivo. En el cono sur de la provincia, conformada por las comunas de Cañete, Contulmo y Tirúa, donde la presencia mapuche es mayor y dos grandes lagos, el Lanalhue y el Lleu-Lleu, coronan las bellezas naturales que ciñen la Cordillera de Nahuelbuta y la costa, a la agricultura y la forestación se añade una importante oferta turística. Hoy empañada por la violencia rural y los conflictos étnicos, esperamos que en un próximo futuro puedan irse superando, mediante acuerdos satisfactorios para todos.

La Provincia de Biobío se suele dividir en dos sectores, el valle y la cordillera. El primero corresponde a la antigua Frontera. Los territorios de Yumbel, Santa Juana o Nacimiento fueron escenario de

múltiples combates, pero también de intensos intercambios étnicos, económicos y culturales, en sentido amplio, que definieron la identidad del territorio. En la cordillera, por su parte, hoy se sitúan las comunas de Alto Biobío, Santa Bárbara o Quilleco, entre otras que conforman la llamada Alta Frontera. De nuevo la actividad forestal, pero también la miel, el turismo y la agroindustria caracterizan a una zona de naturaleza privilegiada.

Al amparo de esta base material e histórica ha surgido y evolucionado la identidad y el patrimonio cultural del Biobío, en sus múltiples manifestaciones. En las últimas décadas, ha transitado de una cuestión de élites, asociada a la monumentalidad y la arquitectura, a un concepto transversal, polivalente, que reconoce las prácticas sociales, incluso las inmateriales y diversas formas de memoria, como cuestiones dignas de protección. Algo similar ocurre con la vida rural, el medio natural, los vestigios del pasado ferroviario, así como en espacios cargados de memoria, como los cementerios y los museos. El patrimonio intangible, por su parte, subyace en fiestas o ceremonias, en antiguos oficios e incluso en la gastronomía local. En apretada síntesis, comentemos algunas expresiones de la rica y diversa cultura regional.

Comencemos por los museos, de los cuales hay buenos ejemplos y también carencias. Situado en la actual comuna de Hualpén, el Parque Pedro del Río Zañartu alberga un gran museo, que es monumento histórico, en medio de la península que forma la desembocadura del Biobío. El monumento natural y cultural que representa solo es comparable al Parque de Lota, legado de la industria carbonífera. En la capital regional, la Pinacoteca de la Universidad de Concepción, situada en el edificio José Clemente Orozco, es un gran acervo pictórico, que incluye el mural Presencia de América Latina, en un inmueble que es, en sí mismo, un patrimonio. La Universidad contiene varias colecciones valiosas, que apoyan la investigación y la docencia, en temas como la geología, entomología, arqueología, anatomía, biología, fotografía y bibliografía, en sus diversas facultades y la Biblioteca Central Luis David Cruz Ocampo.

Muy cerca de la Universidad, en la Plaza Acevedo, se encuentra el Museo de Historia Natural de Concepción. Fundado en 1902 por el naturalista británico Edwin Reed, hoy forma parte de la red del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. Posee interesantes colecciones de fósiles, alfarería, cerámica, textiles, ornitología, entre otras. Frente a la Plaza de Armas, se encuentra el Museo de Arte Religio-

so, dependiente del Arzobispado de Concepción, con bellas piezas que reflejan la espiritualidad católica. A pocas cuadras de allí, en el Parque Ecuador, se sitúa la Galería de la Historia de Concepción. Fundada en 1983, alberga la mayor colección de obras del afamado artista Zerreitug, consistente en 17 dioramas, que cuentan la historia de Concepción, con un relato que fue preparado por el historiador Fernando Campos, Premio Nacional de Historia. También alberga colecciones de loza regional, antiguos oficios y una sala sobre Concepción en la Guerra del Pacífico.

Siguiendo por avenida Pedro de Valdivia hacia Chiguayante, se halla el Museo Stom, fundado por Tomás Stom Arévalo, quien durante su vida reunió diversas colecciones, en las que destacan los objetos de óptica y antiguas tecnologías, objetos mapuche y pehuenche, cerámica, platería, entre otras. Atravesando el río rumbo a Arauco, no puede dejar de mencionarse el Museo Mapuche de Cañete. Fue inaugurado en 1977, con el nombre de “Museo Folklórico Araucano Juan Antonio Ríos Morales”, en memoria del presidente de Chile, originario de Cañete. En 2010 su denominación cambió a “Ruka Kimvn taiñ Volil, Juan Antonio Cayupi Huechicura”. Depende también del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. En el otro extremo de la Región, se encuentra el Museo Pehuenche de Alto Biobío, que exhibe objetos originales de su cultura, con la guía de integrantes de esa etnia. En el pueblo de Rere, en tanto, en la comuna



Castillo del Parque de Lota, c. 1930.



Reliquia Histórica Huáscar, en la Base Naval de Talcahuano.

de Yumbel, se encuentra el Museo Casa Cano, que desarrolla una activa agenda cultural, de la mano de la Corporación Aldea Rural.

Volviendo hacia la costa, flotando en las tranquilas aguas de la bahía, se encuentra la Reliquia Histórica Huáscar; es uno de los museos más visitados del país, por su materialidad y los eventos de la Guerra del Pacífico que simboliza. Su buen cuidado contrasta con el dramático abandono que sufre el RAM Poderoso, monumento de tiempos pasados que yace semihundido frente a la ciudad. Aunque en el mismo puerto de Talcahuano existen elementos e historias que merecen un buen museo, es muy lamentable que no se haya podido todavía organizar. Esperemos que se concrete en los años próximos.

Son los museos importantes depositarios de la historia local, a través de relatos y objetos que estimulan el conocimiento del pasado y la identidad cultural. En el Biobío, es muy lamentable, por lo mismo, que, transcurridos ya dos siglos de vida republicana, no exista todavía un verdadero museo regional, entendido como un espacio de conservación, interpretación y difusión de la historia de la gente y los procesos que han tenido lugar junto al gran río, con un guión construido con la comunidad. Hoy, por mandato legal, el proyecto está en estudio, como en otras regiones y debería levantarse en los próximos años, según se señala, en conjunto con una futura biblioteca y un archivo regional.

En el entorno rural de la Región, hay un patrimonio de casas patronales, pero también de prácticas culturales que se hayan amenazadas por los crecientes procesos de urbanización, los cultivos exóticos y las dinámicas propias de la vida moderna. Requiere una deliberada política de recuperación, en términos de investigación,

así como de promoción del turismo rural y la valoración de la vida campesina.

Un espacio muy cargado de valores culturales, materiales e in-materiales, presente en las ciudades y pequeñas villas, son los cementerios. Símbolos, arquitectura, historias y personajes se reúnen en los lugares de la muerte. El Cementerio General de Concepción, con doscientos años cumplidos, por ejemplo, el más grande de Chile situado en regiones, custodia un importante patrimonio, reconocido en varios monumentos nacionales.

Junto al patrimonio material, leyendas y tradiciones son también elementos que deben preservarse; antiguos oficios, a su vez, deben recuperarse. Es el caso de las bordadoras y artesanas de Copiulemu y de Ninhue y de las loceras de la quebrada de las Ulloa. La cerámica que se producía en Angol, Lota, Concepción y Arauco deben reconocerse, con estudios profundos, como los que Boris Márquez ha dedicado a la cerámica de Penco y otras localidades.

Las animitas tienen su versión local en la Petronila Neira, una mujer del pueblo asesinada en el sector penquista de la Laguna Redonda, hacia 1910, cuya tumba hoy se venera en el cementerio municipal de Concepción. Fernando Campos, por su parte, en sus *Leyendas y tradiciones penquistas*, hizo un aporte interesante, que ha sido reeditado. Atendida la plasticidad y subjetividad de los relatos tradicionales, en todo caso, seguirán surgiendo nuevas versiones y recopilaciones, como expresión de una revalorización creciente de la identidad local.

Por todas partes, se observa una creciente valoración y rescate de la cultura vernácula, desde la feria de Lota hasta la penosa presencia de los cementerios simbólicos que recuerdan a los pescadores perdidos en el mar. Las nuevas expresiones culturales, el muralismo tradicional y el contemporáneo, la música en todas sus expresiones deben también fomentarse y registrarse. Frente a los embates de la modernidad y de una cultura globalizante, es una tarea con muchos pendientes y muy necesaria.



LOS AÑOS CONTEMPORÁNEOS, 1960 -2010

LOS COMPLEJOS AÑOS SESENTA * UNIDAD POPULAR Y RÉGIMEN MILITAR,
AQUEENDE EL MAULE * AÑOS DE PROGRESO, 1990-2010 * 27/F: EL GRAN
TERREMOTO DE 2010 * LAS LETRAS Y LAS ARTES

LOS COMPLEJOS AÑOS SESENTA

El segundo tercio del siglo XX fue una época de progreso para el Biobío, aunque no exenta de complejidades. Los niveles de pobreza y analfabetismo eran todavía altos, en especial en la provincia de Arauco. La decadencia del carbón anunciaba tiempos difíciles.

Las políticas desarrollistas que entonces se implementaban tuvieron un impacto en las tres provincias que hoy conforman la Región. Desde luego en Concepción, donde se instalaron diversas industrias y creció la población, pero también en las provincias de Arauco y Biobío. En la capital regional, las nuevas fábricas dieron origen a barrios que terminaron por conurbar la ciudad con sus villas cercanas, dando origen al Gran Concepción, segunda metrópolis del país. De los 85.813 habitantes que tenía en 1940, pasó a 120.099 en 1952 y a 165.525 en 1960; es decir, aumentos respectivos de más de cuarenta y veinte por ciento. Cifras extraordinarias que se reflejan en el desarrollo social, cultural y urbano que experimentó y que la llevaron de lleno a la modernidad.

El puerto de Talcahuano, a su vez, receptor de muchas de estas inversiones, que cambiaron para siempre su paisaje, con un innegable impacto ambiental, vio su población cuadruplicada entre 1940 y 1970, hasta llegar a los 147.981 habitantes, según el censo de este año, transformándose en una de las ciudades de mayor crecimiento en Latinoamérica, para el periodo.

El cercano Tomé, que vivió su propio ciclo industrial, pasó de 10.722 habitantes, en 1940, a 28.391, en 1960, prácticamente tripli-



Sector patrimonial del Cementerio General de Concepción.

cando su población, alimentada por la migración desde los sectores rurales. Lo mismo ocurrió en Penco: la refinería y la fábrica de loza, con sus industrias asociadas, llevaron la población a 21.830 habitantes en 1960, replicando la tasa de crecimiento de su vecino Tomé. Son años de intensa vida social y desarrollo urbano, al ritmo de los silbatos de las fábricas, que marcaban la existencia laboral y privada, en tiempos de intenso paternalismo industrial y de un Estado poco presente.

La provincia de Arauco, en cambio, tenía una condición más crítica. Para 1955, era una de las más despobladas del país, con apenas 74 mil habitantes. La agricultura no se desarrollaba por la calidad de los suelos y porque las empresas carboneras, dueñas de grandes predios, no los cultivaban. Había poco ganado vacuno y ovino, convirtiéndola en una de las provincias con menos animales en el concierto nacional. Lo anterior lleva al Estado, en una mirada desarrollista, a estudiar la reconversión hacia el giro forestal y la celulosa, lo que finalmente se concreta entre los años 1966 a 1970. Se acuerda establecer una gran planta de celulosa en la provincia de Arauco, de propiedad mixta, pero con una participación mayoritaria del Estado. Después de estudios técnicos y debates políticos, impulsados por los alcaldes, sobre la ubicación de la planta, se resuelve instalarla en Horcones, comuna de Arauco.



Vista de la Planta Arauco, de la misma empresa, que en 2023 inauguró el gran proyecto MAPA, que estima una producción de celulosa de 2 millones de toneladas anuales.

En una recordada ceremonia, a la que asistió el presidente Eduardo Frei Montalva, el Ministro de Hacienda Andrés Zaldívar, los Intendentes de Arauco y Concepción y el alcalde Luis Yuri, así como campesinos, centros de madres y estudiantes, se colocó la primera piedra de la planta denominada Arauco 1, dando inicio a la construcción. Era el 5 de julio de 1968. En julio del año siguiente se creó la empresa estatal Forestal Arauco para el abastecimiento de materia prima. La Celulosa Arauco, en tanto, era una empresa de propiedad mixta, entre la empresa anglo-norteamericana Parsons and Whittemore y el Estado de Chile, en proporción de un 30% y un 70%. La planta y los trabajos forestales atrajeron a trabajadores de diversos lugares, incluso de fuera de la Región, lo que se tradujo en el surgimiento de poblados aledaños, junto a la expansión de la ciudad de Arauco. En el sur de la provincia, en tanto, la ciudad de Lebu, capital de la provincia, experimentaba un crecimiento mucho más lento, atado su destino al carbón. De los 3.827 habitantes que tenía en 1940, pasó a 4.780 en 1952 y a 6.651, en el ya lejano 1960.

La provincia de Biobío, por su parte, no fue ajena al desarrollismo industrial de mediados del siglo XX. En 1938 se instala en Los Ángeles la planta Nestlé Chile, que elabora leche condensada y evaporada con aporte de productores locales. El año 1953 nace la Industria Azucarera Nacional S.A., más conocida como Iansa, con la apertura de la planta extractora de azúcar en Los Ángeles. Fue la primera, a la que seguirían otras en diversas localidades del país. La planta impactó al mundo rural, pues significaba abrir un espacio a

un nuevo cultivo, que se expandió por la Región. Para entonces, Los Ángeles tenía unos 25 mil habitantes, que subirían a 34.866 hacia 1960. La planta, sin duda, era un atractivo. Cuenta Juvenal Rivera que en su entorno, “se desarrolló una población, se levantó una escuela, se levantó un gimnasio y un club de fútbol amateur. Sus trabajadores se organizaron en cooperativas y levantaron sus propios conjuntos de viviendas con el apoyo de la compañía”.

A principios de los años 80, la fábrica quiebra, agravando la crisis que afectaba a la zona de Los Ángeles y al país entero. Fue recuperada por el Estado y nuevamente privatizada. El cierre definitivo ocurrió en septiembre de 2020, poniendo fin a una historia económica importante para la zona.

En Biobío, otra comuna recibió también el impacto transformador de la industria. En Laja se levantó la primera planta de celulosa Kraft de Chile y la segunda de Sudamérica. En 1953, cuando se inicia la construcción, Laja tenía apenas dos mil quinientos habitantes, una estación de ferrocarril, algunos campos y una existencia rural. Cuando la planta fue inaugurada, el 29 de agosto de 1959, por el presidente Jorge Alessandri Rodríguez, su vocación productiva y su destino cambiarían radicalmente. Durante la década siguiente experimentó un gran crecimiento.

Estos desarrollos urbanos e industriales se verían bruscamente interrumpidos en la madrugada del 21 de mayo de 1960. Un violento terremoto, con epicentro en la península de Arauco, causaba varias sacudidas intensas. Cayeron viviendas, se iniciaron incendios y unas

ciento veinte personas perdieron la vida. El casco histórico de Concepción, ya golpeado por el terremoto de enero de 1939, sufrió los mayores estragos. Aquellos edificios, en cambio, contruidos con la nueva técnica del concreto armado, resistieron bien. Se dañaron el Teatro Concepción y la Estación de Ferrocarriles. El “Puente Viejo”, que unía Concepción con San Pedro de la Paz, se vino abajo, pero fue recuperado. Un segundo



Medalla conmemorativa de la planta Los Ángeles, de la Industria Azucarera Nacional S. A. Casa de Moneda, abril 1954.



Incendio provocado en la ciudad de Concepción con ocasión del terremoto de 1960. Fotografía de prensa internacional.

terremoto, al día siguiente, y fuertes réplicas, seguidas de la lluvia propia de esa época del año, vinieron a agravar la angustia de los habitantes del sur de Chile.

Aunque sabemos que Valdivia fue la localidad más afectada, Concepción y varias ciudades del Biobío sufrieron daños cuantiosos. El balance de la prensa, al día 30 de mayo, era de 18 mil personas sin hogar, cuatro mil casas destruidas y otras tres mil inhabitables. La geografía regional sufrió también los cambios que producen los eventos mayores. Así, en Concepción

se constató un ascenso de 10 centímetros, que se transformaba en hundimiento hacia Florida. En la Península de Arauco y la isla Mocha, se observaron levantamientos de hasta dos metros en algunos puntos.

Avanzando la década de los sesenta, sin que el terremoto pudiera impedirlo, Concepción vivía el influjo de la modernidad, dinamizado por su condición de ciudad universitaria. Las Escuelas de Verano, sobre todo las organizadas por un equipo liderado por el poeta Gonzalo Rojas, trajeron a grandes intelectuales y escritores a la ciudad. Las conferencias, la música y las obras de teatro viajaron a los territorios, de manera que los acordes resonaron también en Lota, Cauquenes, Chillán y otras localidades. En verdad, los años de la primera rectoría de David Stitchkin (1956-1962), fueron extraordinarios. Coincidió con el desarrollo de las ciencias y disciplinas en la Universidad de Concepción, a través de los Institutos Centrales, en colaboración con Unesco, así como con el desarrollo del campus, con el foro abierto, siguiendo el plan elaborado por el arquitecto Emilio Duhart. Para la comunidad, fue relevante asistir a la formación del teatro universitario -el recordado TUC-, la Radio Universidad, la Orquesta Sinfónica, en fin, una serie de logros culturales, coronados con la construcción de la Casa del Arte Clemente Oroz-

co, que alberga el mural “Presencia de América Latina”, y una gran pinacoteca, una de las mayores colecciones del país.

Dentro de las limitaciones de la vida provinciana, Concepción tenía un cierto carácter cosmopolita, que por entonces solo compararía con Santiago y Valparaíso. El Jazz tenía importantes cultores y la vida nocturna era un sello de la ciudad. El Quijote, El Castillo o el Hotel City, entre muchos otros espacios, acogían el baile, la tertulia y la bohemia. Hacia el fin de la década llegaba la televisión, sumándose a las numerosas salas de cine situadas en el casco histórico y a las radios que acompañaban las veladas familiares. El fútbol, entonces como ahora, era el deporte más popular. Los equipos más tradicionales pasaron al profesionalismo, seguidos de una masiva barra de aficionados.

Los terremotos de mayo de 1960, a que nos hemos referido, produjeron un profundo impacto. Incluso una larga huelga, que entonces se desarrollaba en las minas de Lota, tuvo un abrupto fin debido a la emergencia. Luego del terremoto se construyeron viviendas provisorias y avanzaron barrios como la población 21 de Mayo y Laguna Redonda. Tomas y poblaciones precarias, como la costanera del Biobío o el Cerro La Pólvara, vieron incrementados sus habitantes.

En la provincia del Biobío, en tanto, el segundo tercio del siglo trajo numerosos gestos de progreso, luego de los estragos que causara el terremoto de enero de 1939, justo cuando la ciudad cumplía doscientos años. Sufrieron graves daños, en efecto, la Intendencia, el hospital, la Iglesia San Miguel y el cuartel del Regimiento. Pero, como en Concepción, el terremoto abrió el camino para la remodelación de calles y plazas, como la Avenida Ricardo Vicuña. Surge la Escuela Agrícola, en 1943 y se embellece la Plaza de Armas. Se construyen varias escuelas y liceos, como la Escuela Superior de Niños N° 1 y la de Niñas N° 4. Se crea la Escuela de Artesanos, que más tarde sería el Liceo Industrial “Samuel Vivanco Parada”. Una obra trascendente para la provincia fue el Edificio de los Servicios Públicos, que albergaría a la Gobernación, el Registro Civil, Impuestos Internos y Correos, entre otros servicios; se construye entre 1957 y 1958. Al año siguiente se entrega la moderna estación de ferrocarriles, que reemplaza a la anterior, arrasada por un incendio. Por esos años se inaugura la Carretera Panamericana, la actual Longitudinal sur.



Edificio de los Servicios Públicos, en la ciudad de Los Ángeles, ubicado frente a la plaza, en el lugar del antiguo fuerte. Fotografía Tulio González A.

En 1955, se construye el edificio del Banco Central de Chile, que hoy alberga un banco comercial. Se inaugura el nuevo Hospital “Doctor Víctor Ríos Ruiz” y, en junio de 1958, nace el destacado medio de prensa “La Tribuna”, que subsiste hasta el presente. En fin, el aeropuerto María Dolores y la “Población Galvarino” son obras que preceden al gran terremoto de mayo de 1960. El tradicional hotel “Mariscal Alcázar”, en cambio, se inaugura en agosto de ese año. Hoy se encuentra cerrado.

Más al sur, en Arauco la década de 1940 comienza auspiciosa, debido a la reactivación que produjo la Segunda Guerra Mundial en el negocio de los combustibles. Duraría hasta 1955, antes del declive definitivo. En esta época, los ferrocarriles funcionaban regularmente, gracias a los subsidios con que operaba la Empresa de Ferrocarriles del Estado, conectando a los habitantes con la capital regional. A partir de los años 80, no obstante, los servicios ferroviarios comienzan a ser abandonados, afectando a muchas localidades.

Hacia 1960 comienza la actividad forestal masiva, lo que traería profundas transformaciones. Se formaron grandes complejos industriales-forestales, como INFORSA, Celulosa Constitución, Celulosa Arauco y la Sociedad Forestal Mininco S.A. La reforma agraria, por otra parte, iniciada tímidamente hacia 1960, para fines de esa década se había intensificado y complejizado con tomas y ocupacio-

nes, como ocurrió en otras regiones del país. En Arauco, la política pública se orientó a la formación de una clase de pequeños y medianos propietarios agrícolas, “que debían ser subsidiados mediante la asignación de créditos individuales y convenios de reforestación con medianos propietarios, sociedades agrícolas y cooperativas de la reforma agraria, acción que derivó en el aumento de la superficie de bosques en el país”, según explican Rosenblitt y Nazer.

A mediados de la década de 1970, el modelo de economía abierta llevó a una expansión todavía mayor de las plantaciones forestales. El decreto de Ley 701 de 1974 favoreció la adquisición de tierras, antes en manos de campesinos o del Estado, al subsidiar de manera directa la reforestación. La provincia de Arauco fue escenario de una las expansiones más significativas de esta industria. En el territorio donde habían comenzado los ensayos a fines del siglo XIX, en efecto, para el año 1988, la provincia tenía el 11,12% de toda la superficie nacional de bosques y el 29,4% de la superficie regional. Lo anterior tuvo un efecto indudable en la reducción de la producción de trigo, papas y hortalizas, que era tradicional en muchos lugares y, en consecuencia, en la existencia de la población rural mapuche y chilena.

UNIDAD POPULAR Y RÉGIMEN MILITAR, AQUEENDE EL MAULE

Los años 1960, en el mundo y en especial en el continente americano, fueron testigos de una creciente radicalización y polarización política. La Guerra Fría, iniciada antes del término de la Segunda Guerra Mundial, que enfrentó a Estados Unidos y sus aliados con la Unión Soviética y los suyos, tuvo numerosos episodios en América Latina. Antes del inicio de la década señalada, el triunfo de la Revolución Cubana, en 1959, estimuló las esperanzas de la izquierda marxista del continente, al tiempo que motivó a los estadounidenses a realizar acciones en el plano diplomático, económico, social, político y militar para contener la expansión del impulso revolucionario entre los países de la región. Grandes movimientos culturales, como el jipismo o Mayo del 68 en París, tuvieron en Chile un fuerte impacto. Intervenciones militares, foquismo revolucionario, como el intento por Ernesto “Che” Guevara en Bolivia, dictaduras e iniciativas como la Alianza para el Progreso, fueron algunos de los episodios recurrentes de un largo conflicto larvado, que en ocasiones estallaba violentamente.

En Chile, se reproducían las tensiones y las alianzas, generando una polarización creciente, durante toda la década. El bajo crecimiento económico, además, producía frustración, estimulando un fuerte desapego con las instituciones políticas y las estructuras económicas. En Concepción, ciudad universitaria y con fuerte condición industrial la agitación política llevaba ya varios años, incentivada por la creación o la presencia de movimientos como el MIR, el MUI, y la llegada de profesores extranjeros, varios a la vez intelectuales y activistas, que salían de países vecinos en dictadura. Se sumaba a un intenso proceso de reforma, además, que vivió la Universidad de Concepción, elementos que erizaron los ánimos de todos. En 1968 se concretó la Reforma Universitaria, durante la segunda rectoría de David Stitchkin, cuando la Universidad tenía ya unos seis mil estudiantes, duplicando la matrícula que presentaba a principios de esa década.

En septiembre de 1970, una década larga de elecciones pendulares en el espectro político culmina con la elección de Salvador Allende a la presidencia de la república, con el apoyo de la Unidad Popular, coalición que reunía desde el radicalismo al Partido Socialista y el Partido Comunista. Lo anterior ocurre en medio de una intensa efervescencia social y política, que era muy fuerte en las ciudades y también en los campos, agravada por la reforma agraria y la crisis de pobreza de amplias regiones, a consecuencia de la política industrial, que descuidó a los sectores rurales, entre otros factores.

El resultado fue muy estrecho. A nivel nacional, Salvador Allende se imponía con el 36,6% sobre el expresidente Jorge Alessandri, quien alcanzó el 35,29%. En el Biobío, no obstante, la diferencia fue mucho mayor. En la provincia de Concepción, Allende ganó por una amplia mayoría de 48,75% a 23,39%; y en Arauco de 55,76% a 23,92%. En la provincia de Biobío, en cambio, Alessandri se impuso 35,54% a 38,25%. Anotemos que en Ñuble, Cautín y Malleco, el candidato de la derecha



David Stitchkin Branover (1912-1997), rector de la Universidad de Concepción.

triunfó por una mayoría holgada. Los años de Allende en Concepción fueron de mucha tensión política. Haremos una breve mirada retrospectiva a través de la prensa, siguiendo el buen recuento de Mario Valdés y José Díaz Nieva.

Con una fiesta organizada por el Comando Provincial de la UP, en la intersección de las calles Diagonal Pedro Aguirre con O'Higgins, se celebró el ascenso de Salvador Allende a la Presidencia de la República. Al Partido Comunista, en el reparto nacional de cargos, le correspondió la intendencia de Concepción, que recayó en Luis Egidio Contreras Aburto.

Señalando los nuevos tiempos, en diciembre de 1970 se constituye el Instituto Chileno-Chino de Cultura de Concepción, al tiempo que se inicia el período de inscripciones en el Instituto Chileno-Soviético de Cultura para postular a las becas para estudiar en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú, “que ya acogía a 300 chilenos, algunos de ellos originarios de la capital penquista y su provincia”. En enero, en tanto, se inician los actos organizados por el Instituto Chileno-Cubano de Cultura para conmemorar el XII aniversario de la Revolución Cubana, que se realizaron, en buena parte, en el Campamento Lenin, en Talcahuano. En junio siguiente, el intendente provincial recibiría a seis periodistas norcoreanos, entre ellos Li Chan Jo, jefe de sección del órgano del gobierno de la Asamblea Popular Suprema.

La implementación de las expropiaciones, anunciada por Allende en su política económica, comenzó muy temprano en Tomé, con la industria textil Paños Bellavista-Tomé, en diciembre de 1970. El mismo mes el presidente anunciaría la estatización de los bancos, entre ellos, el Banco de Concepción. Y terminando el año llega personalmente a esta ciudad, con la intención de firmar el decreto de estatización de las minas de carbón de Lota-Schwager y demás yacimientos carboníferos del país, los cuales pasarían a integrar la Empresa Nacional del Carbón. En agosto de 1972, por decretos ns° 680 y 681 del Ministerio de Economía, el gobierno sancionaba la requisición de las empresas Cementos Bío-Bío, en Talcahuano, y Vidrios Planos de Lirquén, nombrándoles un interventor. El proceso sería acelerado por acciones de grupos de trabajadores o de activistas. Así, a modo de ejemplo, anotemos que en junio siguiente, el Movimiento de Panificadores Revolucionarios decidió “tomarse” las instalaciones de la Panadería Penquista y solicitar su estatización ante el despido de 27 trabajadores.

1971 fue el año, además, de la inauguración del tradicional Hotel El Araucano, así como de la II Feria Internacional de la Región del Bío-Bío, FERBIO-71. Aparece, por esos días, El Diario Color, editado por la Sociedad Periodística Chile Limitada, empresa creada en 1969.

La muerte del estudiante mirista de la Universidad de Concepción Arnoldo Ríos Maldonado, en un enfrentamiento entre militantes del MIR y de la Brigada Ramona Parra, ocurrida durante las celebraciones del triunfo, fue una grave muestra de las tensiones entre diversos grupos de izquierda, que serían un rasgo de la época. Este sector político ganaría las elecciones en las universidades de la zona, en los dos primeros años del gobierno de la Unidad Popular. Así, en enero de 1972, la lista de la UP en las elecciones de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción, FEC, se imponía al Movimiento Universitario de Izquierda, MUI y a la Democracia Cristiana Universitaria, desplazando también al MIR, que había controlado la federación de ese centro de estudios por varios años. En la Universidad Técnica del Estado, para noviembre de 1972, ya ocurría algo diferente. Allí triunfó la oposición, alcanzando un 56,15% de los votos.

Un evento interesante, que muestra la continuidad de los intentos regionalizadores del gobierno de Eduardo Frei Montalva, con la creación de Bío-Bío como región piloto, en 1964, y que culminarían con el establecimiento de las actuales regiones, fue la reunión de los intendentes de Bío-Bío, Federico Wolff; Ñuble, Santiago Bell; Arau-



Entrada a Ferbio, espacio que albergó, desde 1970 a 1996, la Feria Exposición de la Región del Bío-Bío Ferbio, que mostraba el progreso industrial de la zona.

co, Domingo Aguirre; Malleco, Manuel Villalobos; y Concepción, Luis Contreras, junto al director regional de Orplan, para tratar el problema de la cesantía y las condiciones estructurales de la economía. Era el germen de la Futura Región, concretado en reuniones periódicas. En los años siguientes se repetirían los encuentros. Así ocurrió en junio de 1973, por ejemplo, por instrucciones del Comité Económico de Ministros, para una evaluación global de los proyectos programados por el sector fiscal en las diferentes provincias de la zona.

Las tomas de predios urbanos para formar campamentos, así como de tierras rurales, fueron una constante en el período de la Unidad Popular, generando dificultades al propio gobierno. Así, el 24 de marzo de 1971 la prensa informaba que dos grupos organizados de campesinos encabezados por integrantes del MCR procedieron a “tomarse” el fundo El Manzano y el fundo El Progreso, ubicados en Yumbel y Cabrero, respectivamente. En julio siguiente, el ministro de Agricultura Jacques Chonchol, de visita en la capital provincial, anunciaba que la CORA había aprobado recientemente la expropiación de 75 fundos, de los cuales diez corresponderían a diversas comunas de la provincia de Concepción: cinco en Florida, dos en Ranquil, y uno en cada una de las comunas de Coronel, Lota y Coelemu. En Yumbel, trabajadores del fundo La Aguada, ocuparon el predio, expulsando a los propietarios, mientras se concretaba la toma de posesión material por la CORA.

En las elecciones de regidores de marzo de 1971, la coalición oficialista lograría un amplio triunfo en la provincia de Concepción. La UP obtenía, en efecto, 47 regidores de los 82 a elegir en la provincia, el 56,09%, y de ellos 22 correspondían al PC, 18 al PS y 7 al PR. La oposición en su conjunto lograba un total de 35 regidores. Por desgracia, ninguna de las nueve mujeres candidatas a regidor en la capital penquista alcanzaba a ser electa. En Cabrero, en tanto, el demócrata-cristiano Hosain Sabag era electo alcalde con 1.473 votos, el 50,25%, la más alta mayoría del país.

La politización alcanzaba también a la Iglesia Católica. En abril, el arzobispo de Concepción Monseñor Manuel Sánchez, se manifestaba contra un grupo de 80 sacerdotes que se habían pronunciado públicamente comprometidos con la izquierda política, señalando que “el sacerdote, como ciudadano puede tener una concepción política, pero no debe en ningún caso dar a esta opción el respaldo moral de su carácter sacerdotal.” El sacerdote Darío Marcotti,

en tanto, representante de la llamada Iglesia Joven, que ofreció una conferencia a los estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, antecesora de la Universidad del Bío-Bío, sostenía: “Creemos que en la actualidad el papel que estamos cumpliendo se ajusta a la realidad, pero antes ligada a una sociedad clasista. En verdad, ahora se está volviendo a lo que profesó Cristo. Desde un comienzo el cristianismo fue un movimiento popular.”

En junio asumió la alcaldía penquista Enrique van Rysselberghe, miembro del Partido Nacional. En Penco, asume el mismo cargo el socialista José Meza. A van Rysselberghe le tocó inaugurar la plazaleta René Schneider, también conocida como Plaza de Tribunales, junto con el presidente Salvador Allende, en homenaje al general nacido en Concepción, y que fuera asesinado por un comando de ultraderecha, en los días tensos de la elección presidencial de 1970. En marzo siguiente, el municipio penquista pasa a manos de Alfonso Urrejola Arrau, con el respaldo de concejales demócrata-cristianos y nacionales. Y si de nombramientos se trata, señalemos que el abogado penquista Manuel Augusto Sanhueza Cruz, siendo decano de la Escuela de Leyes de la Universidad de Concepción, es designado ministro de Justicia.

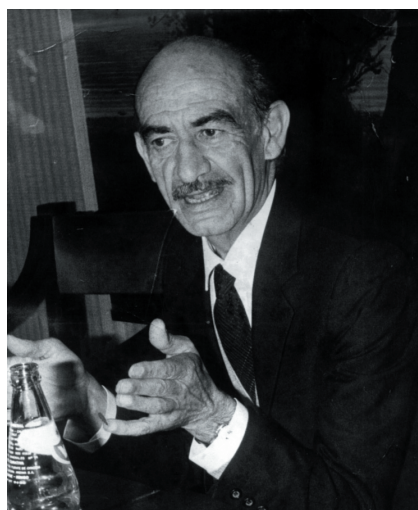
Hagamos una breve digresión para recordar que la Región, en décadas recientes, ha sido cuna de destacados políticos y personas públicas. A modo meramente ejemplar mencionemos a Humberto Enríquez Frödden (1907-1989), diputado, senador y ministro de Educación Pública; Ester Roa Rebolledo (1919-2010), primera alcaldesa mujer de Concepción; Hosain Sabag Castillo (1937), alcalde, diputado y senador; José Miguel Ortiz Novoa (1941), diputado por siete periodos consecutivos, desde 1990 a 2022; Jorge Ulloa Aguilón (1958), diputado e intendente; Alejandro Navarro Brain (1958), senador y diputado por varios periodos; Jacqueline van Rysselberghe Herrera (1965), concejala, alcaldesa, intendente y senadora; Augusto Parra Muñoz (1943), alcalde, senador institucional, rector de la Universidad de Concepción y embajador de Chile en Rusia, entre muchos otros que merecerían ser nombrados.

Un hito educativo, que ha recordado un buen libro de Pablo Aranda, fue la creación de la llamada Universidad del Carbón, inaugurada en Lota, en mayo de 1971, por el presidente Allende, acompañado de los rectores de la Universidad de Concepción Edgardo Enríquez y de la Universidad Técnica del Estado Enrique Kirberg, y del presidente del Sindicato Independiente Minero de Schwager. En marzo del año siguiente el presidente, esta vez acompañado del

embajador de Bélgica en Chile, inaugura, en Talcahuano, la Universidad Técnica Federico Santa María “Sede Rey Balduino de Bélgica”, orientada a la formación de mano de obra calificada para las industrias de la zona, en virtud de una donación del gobierno belga motivada por el viaje realizado por sus reyes a la ciudad.

En esos años no solo la educación vivía un momento de efervescencia. También la música y las artes, bajo el impulso de la Nueva Ola, entre otros movimientos. En junio llegaba a Concepción Víctor Jara, en el curso de una gira por Chillán, Temuco y Valparaíso. En diciembre hacían lo propio Los Jaivas, Los Blops y Embrujo, para participar en un festival musical. Un evento poco conocido, pero que está en línea con el Festival de Woodstock, de 1969, y con el criollo Festival de Piedra Roja, en octubre de 1970, en Santiago, fue la realización de un festival hippie, en el fundo Las Camelias, muy cerca de Quillón. Al evento llegaron miles de jóvenes de distintos puntos de la región y el país.

La ciudad de Concepción, que se había expandido en las décadas precedentes, con ocasión del auge industrial, lo haría también en estos años, por la construcción de conjuntos habitacionales, pero igualmente por las tomas de terrenos, que luego se consolidaron en nuevos barrios, hasta hoy existentes. Algo similar ocurrió en ciudades y localidades cercanas, como Talcahuano, Chiguayante, Dichato, Lirquén, Penco y Coronel. La prensa local, en enero de 1972,



Nibaldo Mosciatti Moena, fundador de Radio Bío-Bío, el 24 de abril de 1966.

daba cuenta de la formación de 76 campamentos, que habitaban un total de 2.678 familias. Las primeras dos localidades fueron las más modificadas por este fenómeno, relata Mario Garcés, pues vieron formarse 22 campamentos en cada una.

A medida que avanzaba el año 1972 las paralizaciones se hacían más frecuentes, así como el desabastecimiento. Así, en octubre, los empleados de comercio declaraban la huelga indefinida. Lo mismo ocurrió, en esos días, con los microbuses y taxibuses, que adhirieron al paro de

los transportistas y al cierre del comercio. La carencia de productos básicos dio lugar a la creación de las Juntas de Abastecimientos y Precios, las JAP, para coordinar la distribución. Todo lo cual dio lugar a largas filas, protestas, denuncias de acaparamiento e incidentes penosos, como el ocurrido en febrero de 1973, cuando un grupo de cien personas asaltó un camión en el centro de Concepción, en busca de detergente OMO.

Los medios de comunicación locales tampoco quedaron al margen de las luchas políticas. Las radioemisoras de Concepción, Radio Interamericana y Radio Cooperativa Vitalicia, fueron clausuradas, el mismo octubre, cumpliendo instrucciones ministeriales. Un artefacto explosivo detonó, sin causar grandes daños, en la Galería Olivieri, frente a la Plaza de la Independencia, donde operaba y opera la Radio Bío-Bío; era el segundo evento similar. Radio El Carbón de Lota, por su parte, de los mismos propietarios, había sido asaltada en los días previos.

Las instalaciones de los diarios El Sur y Crónica, en tanto, fueron ocupadas por algunos de sus operarios, quienes procedieron a editar un pasquín. El Mercurio, de Santiago, resumía así la situación de la prensa de Concepción: “Elementos de ultraizquierda se apoderaron de los talleres y usurpando sus instalaciones, maquinarias, papel y tintas han editado un periódico ilegal, sin pie de imprenta, sin cumplir con ningún requisito legal que circula impudicamente ante la pasividad de las autoridades (...) Concepción está hoy sin diarios



Marcha de dirigentes del Campamento Lenin de Talcahuano, en 1970.

libres, con cadena gubernativa de radioemisoras y solo con la Televisión Estatal”.

En marzo de 1973 se realizaron las elecciones parlamentarias, en medio de una intensa campaña, no exenta de violencia. En uno de los múltiples enfrentamiento entre partidarios, de las diversas candidaturas, el diputado y candidato Arturo Frei Bolívar resultó gravemente lesionado en la cabeza por una pedrada, al salir de una proclamación en Chiguayante. Los comicios resultaron favorables a la coalición de gobierno, en una relación de 142.164 votos contra los 114.757 alcanzados por la oposición. La UP lograba la elección de cinco diputados: Fernando Agurto Ramírez (PC), Iván Quintana Miranda (PC), Oscar González Robles (PS), Manuel Rodríguez Rodríguez (PS) y Óscar Guillermo Garretón Purcell (MAPU). La CODE, por su parte, obtenía cuatro: Mariano Ruiz-Esquide, Hosain Sabag, Arturo Frei y Eduardo King.

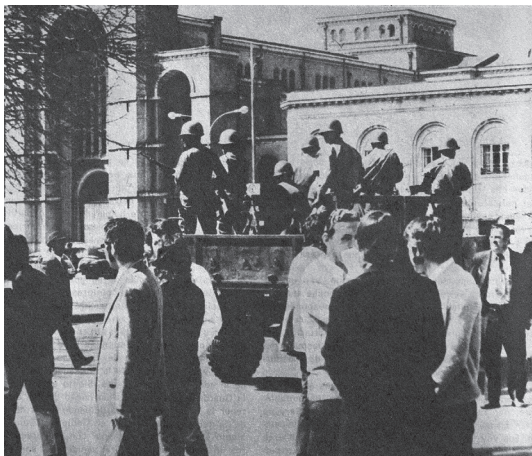
En la Universidad de Concepción, en tanto, las elecciones tuvieron un desenlace diferente. Carlos von Plessing, director de la Escuela de Química y Farmacia y Lorenzo González, presidente de la Asociación del Personal Docente y Administrativo, ambos representantes del opositor Frente Universitario, ganaron la elección de rector y vicerrector en la Universidad de Concepción, obteniendo una votación ponderada de 53,14% y 53,72%, respectivamente; venciendo a la lista de la UP, representada por Galo Gómez y Ennio Vivaldi, quienes obtuvieron un 40,32% y un 35,22%. Más rotunda fue la victoria de la oposición en la elección para renovar los directores de la Asociación del Personal de la misma Universidad, en que la Lista A, que agrupaba a gremialistas, nacionales, democratacristianos y elementos disidentes de la izquierda, elegía 8 representantes, en tanto que la Lista B, conformada por la UP y el MUI, elegía 4.

Durante el año 1973, se recuerdan diversos pronunciamientos del Congreso, la Contraloría y la Corte Suprema, sobre la legalidad del actuar del gobierno, cuyo análisis excede a este texto. Solo mencionemos que en junio de 1973, tuvo lugar en Concepción la Convención Nacional Extraordinaria del Escalafón Primario, integrado por ministros de la Corte Suprema y de Apelaciones, jueces, relatores y secretarios del Poder Judicial, en que varios participantes expresaron visiones muy críticas sobre la situación del Estado de Derecho en el país, el incumplimiento de los fallos y la ilegalidad de la implementación de tribunales populares. El Consejo Provincial del Colegio de Abogados denunció el quiebre de la juridicidad en el país; declara-

ción que sería cuestionada por el gobiernista Sindicato de Abogados. Los profesores de la Escuela de Derecho de la Universidad de Concepción, por su parte, a inicios de septiembre, decretaron la paralización de todas sus actividades, por 48 horas, siguiendo el acuerdo referido del Colegio de Abogados.

En esos meses hubo numerosos episodios de violencia y agitación. En junio se convocó a un paro en apoyo al gobierno, frente al cual la CUT provincial ordenó proceder a la “toma de la ciudad de Concepción”. Las calles son de la izquierda, decía el secretario de la organización y “la clase trabajadora organizada es la única que tiene autoridad para detener el país”. Durante el paro se levantaron barricadas en las vías de acceso al sector de las industrias y, según consigna la prensa, las fuerzas policiales incautaron revólveres, laques, cuchillos, entre otras armas. Asimismo, una ola de atentados explosivos se desencadenó en esos días, contra el alumbrado público, vías férreas y domicilios de dirigentes. Algunos culparon al Frente Nacional Patria y Libertad, que era muy activo en la zona. Eran los preludios del Golpe de Estado de septiembre.

El 11 de Septiembre es derribado el gobierno de Salvador Allende y las Fuerzas Armadas y Carabineros toman el control del país. Significó un cambio radical en la situación existente, con consecuencias que se proyectaron por muchos años. Se impuso el orden público, con un estricto control de la prensa y la circulación de las personas. Las exoneraciones, el exilio y diversas acciones reñidas con los derechos humanos marcaron el periodo. El mismo día 11 se produjeron las primeras detenciones de trabajadores, estudiantes, dirigentes sindicales y políticos. El Estadio Regional, la Base Naval y la Isla Quiriquina fueron los principales centros de detención y tortura, a los que llegaron cientos de hombres y mujeres, jóvenes y adultos.



Movimiento militar frente la Plaza de Independencia de Concepción, 1974.

La situación motivó el surgimiento, en



Marcha política por los Detenidos Desaparecidos, en la intersección de calles Barros Arana con Castellón, en Concepción.

Santiago, del Comité de Cooperación para la Paz en Chile, el 6 octubre de 1973, iniciativa que en Concepción contó con el decidido apoyo del Arzobispo Manuel Sánchez y que fue integrado por representantes de la Iglesia Católica, Evangélica Luterana, Evangélica Metodista, Ortodoxa, Pentecostal y la Comunidad Hebrea. Su objetivo era “atender a los chilenos que, a consecuencia de los últimos acontecimientos políticos, se encuentren en grave necesidad económica o personal”. El Colegio de Abogados también se organizó, en defensa de la juridicidad en las detenciones y procesos.

Un informe de la Cruz Roja Internacional daba cuenta que, a octubre de 1973, había 589 detenidos en el Estadio Regional, de los cuales 44 eran mujeres. En la Isla Quiriquina, a la misma fecha, había 552 detenidos, incluyendo 33 mujeres. Mientras, en la Cárcel Pública de Concepción, a noviembre, había más de 70 detenidos y en la Base Naval de Talcahuano, al mismo mes, había 158. Así, a dos meses del Golpe Cívico-Militar, en la zona había un total de 1.372 personas detenidas y se anticipaba que la cifra seguiría aumentando. Ya para entonces, varios detenidos no aparecían y su paradero era negado por los organismos oficiales, dando origen a casos de desaparición forzada por parte de organismos del Estado.

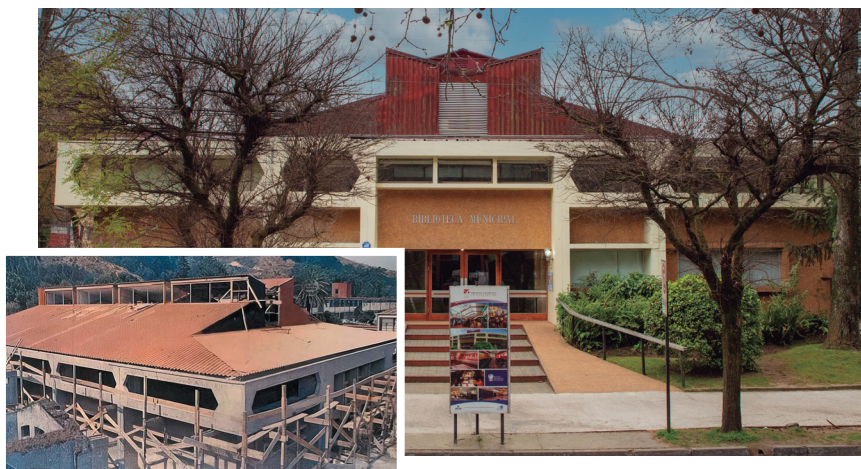
En zonas rurales, ocurrieron también eventos gravísimos. Lo fue la detención de 19 trabajadores de Ferrocarriles y de la Papelera Laja, entre el 13 y el 18 de septiembre de 1973, en Laja y San Rosendo, asesinados por carabineros y enterrados ilegalmente en una tumba clandestina del cementerio de Yumbel. Los días 5, 6 y 7 de octubre de 1973, fueron detenidos y ejecutados 18 obreros agrícolas y forestales, en los fundos Carmen Maitenes, Pemehue y El Morro, en la comuna de Mulchén.

Con los meses, se sumaron relegados, exonerados y exiliados. Se instruyeron más de ochenta consejos de guerra, de los cuales dos, en Lota y Tomé, se tradujeron en el fusilamiento de algunos de sus condenados. La situación nacional se complicó con la aparición de la DINA, en 1974 y, tras su disolución, de la CNI en 1977. En Concepción, la disolución del Comité Pro Paz -ordenada por el general Augusto Pinochet- llevó al arzobispo Manuel Sánchez a crear el Departamento de Servicio Social en 1976, organismo que siguió defendiendo y acogiendo a quienes sufrían represión. En 1983, se produce una nueva transformación y surge el Departamento Pastoral de Derechos Humanos, que continúa su tarea hasta 1991, cuando se cierra definitivamente.

A su amparo, los familiares de las víctimas se empiezan a organizar y surgen diversas agrupaciones. Entre ellas, de familiares de detenidos desaparecidos, de presos políticos, de exiliados y de relegados, y se inician también las primeras acciones de protesta y denuncia callejera en plena dictadura. Ya en la década de los ochenta, aparece el Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo.

La pésima situación económica en que se hallaba el país, en 1973, se complica en los años siguientes con el *shock* petrolero y una fuerte crisis económica internacional. El régimen militar se ve obligado a tomar medidas drásticas en el orden cambiario y monetario para poner de pie la economía. Se opta, además, por una política de apertura económica, que implica la reducción de aranceles y subsidios y el fomento a las actividades con potencial exportador. En la Región, se traduce en una afectación al empleo y el consumo, así como en el cierre de empresas sin capacidad de competir en el nuevo escenario. Es lo que ocurre en Penco, Talcahuano, Tomé y otras localidades, conllevando altos costos sociales. El creciente auge de la pesca, el sector forestal y otras actividades relacionadas con recursos naturales, palian en alguna medida la crisis de la matriz industrial implementada en el segundo tercio del siglo XX.

En las ciudades se producen traslados masivos de poblaciones vulnerables hacia la periferia, las llamadas erradicaciones. En Concepción, en tiempos del alcalde Claudio Arteaga, se aprecia un progreso urbano, con la construcción del Paseo Peatonal, en el perímetro colindante con la Plaza Independencia, la inauguración de un gran edificio para la Biblioteca Municipal, junto al Parque Ecuador y la creación del museo Galería de la Historia, en el mismo Parque.



Frontis de la Biblioteca Municipal de Concepción, edificio inaugurado en 1983.

El Aeropuerto Carriel Sur operaba ya desde 1967, en su actual emplazamiento; su terminal fue renovado en 2016. Como una señal del desarrollo del Gran Concepción, en 1980 se inaugura la Vega Monumental, en Avenida 21 de Mayo, en el límite entre las comunas de Concepción y Talcahuano, que hoy cuenta con 370 locales, con las mercaderías más diversas. Barrios periféricos de Concepción, como Chiguayante y San Pedro, van mostrando un creciente desarrollo, que anticipaba su futura emancipación, para convertirse en flamantes comunas.

Hacia 1980, un cierto bienestar económico trajo calma al país. Pero luego una crisis económica, desatada en 1983, que implicó una alta inflación, una devaluación devastadora del peso y mucho desempleo, desató graves problemas sociales, sin que Biobío quedara exento de sufrir sus consecuencias.

Las penurias económicas estimularon la oposición política al régimen, aunque sin partidos políticos formales todavía. Surgen nuevas organizaciones, como la Central Democrática de Trabajadores y la Coordinadora Sindical, que posteriormente se unen en el Comando de los Trabajadores. Los gremios y sindicatos y muchas organizaciones sociales empiezan también a sumarse a las campañas por la recuperación de la democracia.

En las universidades se formaron diversas asociaciones de académicos, que luego se coordinaron a nivel institucional y con sus pares de las universidades tradicionales, repartidas a lo largo del país. Comienzan a reorganizarse los centros de alumnos y las federaciones

Intendente Ibañez Tillería votó de uniforme e hizo cola de media hora

Clara tendencia al triunfo del No en Concepción

ANTONIO ALVAREZ, Concepción
"Esto es como volver a la antigua tradición democrática chilena", declaró ayer al sufragar el arzobispo de

Concepción, José Manuel Santos. Al igual que las autoridades civiles y el grueso de la población el prelado votó a primera hora. Lo hizo en el

Liceo de Hombre número 1. A ese mismo establecimiento concurrió también el intendente regional, general Eduardo Ibañez Tillería, quien,

vestido de uniforme, hizo cola durante más de media hora. A las 9.15 hrs votó el administrador apostólico de Concepción, Alejandro Goic.

Al promediar la noche, la tendencia era de un claro triunfo del No en las comunas de Concepción, Lota, Coronel y otras de la zona, como Penco y Lirquén.

En general el proceso plebiscitario resultó tranquilo en toda la Octava Región. A las 11.30 horas, Carabineros debió reforzar su dotación, porque en los diversos locales de votación se produjeron aglomeraciones extraordinarias. Las colas de electores cubrían varias cuadras, especialmente las conformadas por mujeres.

En la localidad de San Pedro, en la ribera sur del Biobío, hubo recintos donde se quebraron vidrios por la presión del público. Varias mujeres sufrieron desmayos y debieron ser trasladadas al hospital.

Desobedecen notificación

Muy temprano, el intendente y jefe de la plaza, general Eduardo Ibañez Tillería, notificó por escrito al Arzobispado que no podía abrir el local, donde funcionan la Comisión de Derechos Humanos y la Pastoral Obrera.

Sin embargo, el obispo Goic, personalmente, acudió a abrir las puertas de la oficina eclesial, donde se instaló el equipo de abogados de la Iglesia.

Aunque hubo vigilancia policial en las cercanías, no se produjo la clausura.

No obstante que los penquisistas se volcaron desde temprana hora a los recintos habilitados, el proceso electoral no alcanzó



En la foto: el Liceo A-33 de mujeres en Concepción, uno de los principales centros de votación.

la fluidez esperada, tanto por el deficiente servicio de locomoción colectiva como por la "inexperiencia de los vocales".

Locomoción reducida

Ostenible fue, en efecto, la notoria disminución del transporte público, lo que obviamente obligó a muchas personas a trasladarse a pie hasta los locales de votación, a veces muy distantes de sus hogares. Este hecho se repitió en varias ciudades de la provincia en Arauco y en la zona minera y en los barrios

periféricos de Concepción.

Cientos de campesinos protestaron airadamente en Cabrero por las largas caminatas que debieron realizar a fin de trasladarse a los lugares de votación debido a la carencia de movilización urbana.

El arzobispo emérito de la arquidiócesis de Concepción y Arauco, monseñor José Manuel Santos, llamó ayer a las Fuerzas Armadas a que, una vez concluido todo el proceso electoral, sean "fieles a su misión que consiste en unir a todos los chilenos".

El prelado afirmó que, en un mundo que tiene fronteras, los institutos armados son necesarios, pero que ellos "son para luchar con enemigos de afuera y no con los de adentro".

Según opinó el arzobispo dimisionario, "adentro no existen enemigos, porque todos somos chilenos".

En la zona hubo un excelente comportamiento de los jefes de Ejército encargados de los locales de votación. Lo mismo ocurrió con el personal de la Armada en el principal puerto militar de Talcahuano.

Comando del Sí reconoce el triunfo del No en Chillán

LA ÉPOCA, Chillán
A las 20.00 horas de ayer la Casa del Sí de Chillán entregó su primer cómputo oficial en el que reconoció el triunfo del No, en 50 mesas escrutadas. Según informe de la corresponsal Cecilia Morales la opción Sí obtuvo 6.472 votos y la del No, 9.542.

Iniciado con un retraso de hasta media hora el acto eleccionario de Chillán no estuvo falto de humor. El delegado electoral en la Escuela N° 4, tuvo que arrendar una carpa para ampliar el local de votación. Más tarde comentó: "Mi circo funcionó normal; la gente empezó a votar a las ocho".

Así y todo hubo algunas denuncias: en Yungay, la jefatura de fiscalización del PDC denunció que la municipalidad no dotó de sillas a los vocales. Y en San Carlos, Carabineros pidió al párroco local sacarse la cruz que portaba en su pecho.

Noticia del triunfo del No en Concepción, diario La Época, octubre de 1988.

de estudiantes. Se articulan con los partidos políticos que comienzan a recuperar su visibilidad e incrementar su militancia. En la Universidad de Concepción, el movimiento estudiantil empieza a recomponerse, con la elección de la primera directiva de la Federación de Estudiantes.

El plebiscito de 5 de octubre de 1988 fue en el Biobío, como en todo el país, un hito central de la recuperación democrática. A nivel local, tuvo un precedente en el proceso electoral impulsado en Concepción por el Movimiento por las Elecciones Libres, los días 4 y 5 de septiembre de 1987. Como este, son muchos los eventos de esos años que pueden estudiarse con óptica regional.

En el plebiscito se observó una alta participación ciudadana. La opción del No se impuso con un 54,71% de los votos, en contraposición al Sí, que obtuvo un significativo 43,01%. En la Región del Biobío, que entonces incluía Ñuble, el resultado siguió la tendencia nacional. Con una participación del 99,72%, el No ganó con 506.513 (53,99%) votos y el Sí obtuvo 409.513 (43,65%). El gobierno acató

el resultado, abriendo camino a las elecciones presidenciales abiertas y parlamentarias, siguiendo el cronograma señalado en la Constitución Política de 1980. Se inicia, de esta manera, la transición política, que da inicio al actual ciclo democrático que vivimos.

AÑOS DE PROGRESO, 1990-2010

Ya desde el segundo lustro de la década de 1980, se observaba una tendencia al crecimiento económico, que se proyectó a los veinte años siguientes, dando lugar a una época de relativa prosperidad, que trajo bienestar al país. Mejoraron los indicadores sanitarios y las expectativas de vida. En el Biobío, fue también una época de progreso material y desarrollo urbano. Hubo luces y sombras, pues se ejecutaron grandes proyectos, que tensionaron a las comunidades y se desnudaron las graves problemáticas ambientales que se habían acumulado en las décadas precedentes.

En el caso del Gran Concepción, la mayor transformación urbana fue el megaproyecto Ribera Norte, que cambió el eje de la ciudad, orientándola hacia el río Biobío. Un impulso todavía incompleto, a pesar de los años transcurridos. Implicó trasladar la Intendencia desde su emplazamiento histórico frente a la Plaza Independencia, al edificio de la ex Estación de Ferrocarriles, que antes marcaba el límite urbano. Hoy es la sede del Gobierno Regional.

El megaproyecto consideraba recuperar toda la Ribera Norte del río Biobío, desde Chiguayante hasta la desembocadura; luego se restringió al sector más céntrico, pero se ha ido cumpliendo con los años. De ese proyecto derivó la construcción del actual Puente



Proyecto de Plataforma Logística, ubicada en la bahía de Concepción, entre Penco y Talcahuano, diseñada para mejorar las redes de distribución de la Región del Biobío; una gran iniciativa que espera concretarse.

Llacolén, la radicación de dos mil familias, el Parque Costanera y, en general, el saneamiento del sector. En el año 2005, con el proyecto Biovías, se crean los primeros corredores de transporte con vías exclusivas, que cambiaron la fisonomía de la ciudad y ordenaron la locomoción colectiva.

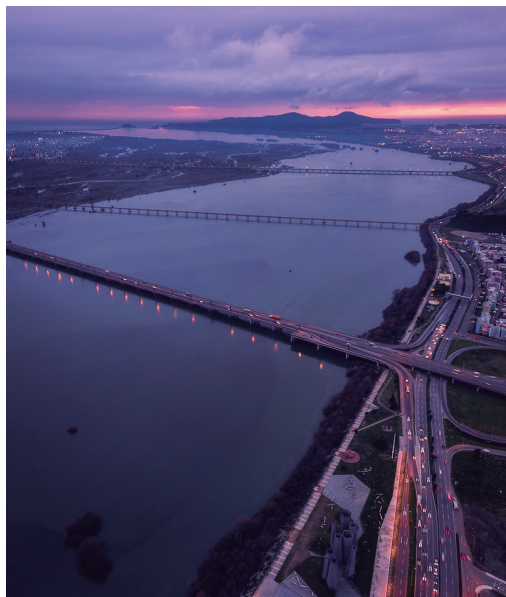
En 1995 Concepción se divide en dos nuevas comunas y se crean las municipalidades de Chiguayante y San Pedro de la Paz. En el año 2004 se crea Hualpén, la comuna más joven del área metropolitana, que es separada de Talcahuano. El año anterior había surgido la comuna de Alto Bío-Bío, en la cordillera. De esa forma, la Región del Biobío alcanzó el número de 54 comunas, que ostentaba al tiempo de la escisión de la provincia de Ñuble, en 2017.

En la década de los 90, el crecimiento urbano y el deterioro del centro histórico, lleva al surgimiento de nuevos polos comerciales, como el Mall Plaza del Trébol, en 1995, y barrios residenciales. Lo anterior es facilitado por la conectividad y el acceso creciente a automóviles. Es la década, además, en que se retoma la construcción en altura, alentada por el bienestar económico, el desarrollo tecnológico, la nueva regulación urbana y los cambios sociodemográficos, que daban lugar a familias más pequeñas y un número creciente de personas que viven solas. El despliegue masivo de edificios altos en el casco urbano llevó a nuevos debates, que dieron lugar a restricciones constructivas, en años recientes.

En los años reseñados, por otra parte, tuvieron lugar grandes proyectos, que modificaron la fisonomía de la Región. En 1994 se inaugura la Ruta de la Madera, entre Santa Juana y Nacimiento, cuestionada por su alta accidentabilidad; en 1998 se termina la Autopista del Itata, primera realizada por la Ley de Concesiones, que conectó al Gran Concepción con la ruta 5, hacia el norte; y en 2016 se concreta la Autopista Valles del Biobío, que mejora la conectividad histórica hacia el sur del país.

El cruce del Biobío y sus afluentes también ha experimentado mejoras con obras importantes en estas décadas. Ya hemos mencionado el Puente Llacolén, al que se sumó en 2010 el Puente Bicentenario y el Puente Laja, en 2014. Hoy se construye el Puente Industrial y el nuevo Puente Ferroviario, pero el Puente Amdel, que unirá Santa Juana con Talcamávida sigue esperando.

Un desarrollo importante en los años reseñados, no exento de polémica, ha sido la construcción de centrales hidroeléctricas en la



Vista aérea de los puentes que unen las ciudades de Concepción y San Pedro de la Paz.

fuerte vínculo con Biobío y sus puertos. La magnitud del proyecto solo es superada por el proyecto MAPA, de la misma empresa, ejecutado en la comuna de Arauco y que entró en operaciones en 2022.

La pesca industrial tuvo un enorme desarrollo en la última década del siglo pasado y principios de este, con fuertes consecuencias ambientales en términos de contaminación y agotamiento de los recursos. En años recientes la situación ha mejorado de manera ostensible, así como la condición de la bahía, en virtud de importantes iniciativas, como fue el Plan de Recuperación Ambiental de Talcahuano, Prat.

Para fines de los años 80, Naciones Unidas informa que el canal El Morro de Talcahuano, foco de las descargas de aguas servidas industriales, era uno de los lugares más contaminados del planeta. La mala calidad de sus aguas impedía toda forma de vida. El Prat, desarrollado desde 1994, surgió como una iniciativa conjunta de la Conama, la municipalidad, la Gobernación Marítima, el Servicio de Salud y el sector privado, en particular las industrias, que invirtieron cerca de 120 millones de dólares para reducir el impacto ambiental, especialmente en reducir y tratar sus emisiones de residuos líquidos y gaseosos. El Plan incluyó mejorar el ordenamiento territorial de Talcahuano, delimitando mejor los sectores sólo de uso habitacional y las áreas de tipo industrial. También se eliminaron las descargas de

zona cordillerana del Biobío, con grandes embalses. Fueron las centrales de Pangue, Ralco y Angostura, que modificaron el paisaje cordillerano, afectando las formas de vida tradicionales del pueblo Pehuenche. Grandes proyectos industriales asociados a la celulosa, productos de madera y derivados se realizaron en la Planta de Celulosa Arauco Nueva Aldea, comuna de Ránquil, con una inversión de 1.460 millones de dólares, un territorio que hoy pertenece a Ñuble, pero con

aguas servidas domiciliarias, las que en la actualidad son conducidas hasta una planta de tratamiento y un emisario submarino. Los resultados obtenidos por el Prat fueron notables, señalando un cambio de rumbo muy positivo.

En la actualidad, en la comuna de Coronel, el Ministerio del Medio Ambiente y el municipio desarrollan el Programa para la Recuperación Ambiental y Social PRAS. Consiste en una estrategia de intervención multisectorial, que busca ser la carta de navegación para la inversión público/privada a corto, mediano y largo plazo. Su finalidad es impulsar un desarrollo ambientalmente sustentable, “demostrando que es posible la convivencia respetuosa entre las actividades industriales, el cuidado del medio ambiente y la salud de las personas”.

En general, en la Región, un manejo ambiental más responsable y mejores regulaciones, ha llevado, en años recientes, a incrementar las áreas protegidas, el reconocimiento y salvaguarda de humedales y la protección de especies. Pero las tareas pendientes son enormes, considerando la fragilidad de los ecosistemas, las desafíos del crecimiento demográfico y urbano y las presiones económicas, entre múltiples factores que exigen un trabajo colaborativo con la sociedad civil y el mundo público-privado.



Mural artístico de protesta en contra de la zona de sacrificio industrial en Coronel.

27/F: EL GRAN TERREMOTO DE 2010

En el medio siglo transcurrido desde 1960 hasta el terremoto de febrero de 2010, la ciudad de Concepción había experimentado grandes cambios. En términos amplios, con la expansión de la mancha urbana y el surgimiento de nuevas comunas, se fue transformando en una metrópolis, el Gran Concepción. Lo anterior implicaba progresos en términos de conectividad y servicios disponibles, pero también la ocupación de suelos pocos aptos para la construcción y la pérdida de espacios naturales, entre otros resultados no deseables. La ciudad se había ido densificando y ganando altura, a pesar de la tradicional desconfianza hacia sus suelos y el recuerdo de los pasados terremotos.

El potente sismo de 8.8° grados que asoló en la madrugada del 27 de febrero a la región, seguido de cuatro grandes olas, provocó enormes daños en las edificaciones y en el borde costero, cambios en el relieve y, curiosamente, más que en ocasiones previas, consecuencias sociales imprevistas. La percepción de destrucción fue agravada por la imagen recurrente, que recorrió el mundo, de la caída del edificio “Alto Río”. Pero más bien fue la excepción. Solo siete inmuebles de altura, de unos mil que existen en la ciudad, fueron dañados de manera irreparable; y todos, salvo el señalado, cumplieron la expectativa de salvar la vida de sus ocupantes.

En general, con el terremoto se dañó lo mal construido, las antiguas edificaciones todavía en pie o lo construido en lugares inadecuados. Aun cuando el suelo limoso mostró su vulnerabilidad, los mapas de riesgo de inundaciones y de fallas no funcionaron como predictores adecuados. Nos recordaron, así, que siempre habrá incertidumbre en un evento de gran magnitud. Salvo algunos incendios, muros caídos y calles levantadas, en general la ciudad resistió bien.

La mayor tragedia para nuestra zona estuvo representada por la salida del mar, en toda la costa, desde el epicentro en Cobquecura hasta Tirúa, en el extremo sur de la Región del Biobío. En sectores con bahías cerradas, como Dichato, Talcahuano o Llico el mar entró de forma muy destructiva, arrasando las calles, el puerto y los cultivos marinos.

La reconstrucción se enfrentó con rapidez, si bien siempre hay elementos dañados que persisten por años. Junto con la recuperación de las casas y la operatividad de puertos y caletas, se trabajó en nuevos mecanismos de mitigación costera. Un gran esfuerzo repre-



Estragos del maremoto de febrero de 2010, en la costanera de Talcahuano.

sentó la recuperación de la Base Naval de Talcahuano, con todos sus servicios, edificaciones y embarcaciones dañadas por el maremoto. Muchas empresas e instituciones debieron emprender su propio camino de saneamiento material y espiritual.

El megaevento natural ha motivado una abundante investigación científica, parte de la cual se ha centrado en nuestra zona y entrega interesantes datos para comprender y prevenir eventos futuros. También intervenciones patrimoniales que resultan emblemáticas, como la del Cementerio General de Concepción. Todavía, no obstante, a pesar de los años transcurridos, se halla pendiente la recuperación o terminación de importantes obras, como el remolcador RAM Poderoso, monumento histórico que sigue volcado en la bahía; la terminación del Puente Bicentenario sobre el Biobío, o la reconstrucción del Mercado Municipal de Talcahuano.

Lo más lamentable, en todo caso, junto con la pérdida de vidas humanas, del llamado “27 F”, fue el llamado “terremoto social” El saqueo de propiedades públicas y comercios, que tuvo lugar en Concepción, Talcahuano y otras localidades tan pronto concluyó el movimiento telúrico. Estas conductas dieron lugar a un debate que convocó a juristas, sociólogos y otros cientistas sociales. Es también un aspecto que mejorar frente a futuras contingencias. Es positivo, en todo caso, reconocer que se ha avanzado mucho en prevención y educación ciudadana, de manera que futuros eventos nos encontrarán mejor preparados.

LAS LETRAS Y LAS ARTES

La década del Centenario de Chile, celebrado en 1910, fue un buen momento creativo para la Región. Numerosos medios de prensa, algunos de corta duración y otros longevos, crearon un espacio público de información y difusión literaria. Hemos apuntado, además el surgimiento de una generación intelectual, que ensayó sus plumas en revistas escolares, como *Ideales*, del Liceo de Hombres de Concepción; en *El Estudiante*, de Los Ángeles, establecida en 1916; y en el semanario humorístico literario *Chantecler*. Varios de ellos luego estuvieron entre los fundadores de la Universidad de Concepción, entre otras importantes iniciativas culturales. La revista *Atenea*, fundada en 1924, en la misma Universidad, mostró tempranamente el compromiso universitario con la ciencia y la cultura; menos conocida es la *Revista de Derecho*, iniciada en 1933 y que, hoy con 90 años cumplidos, es la más antigua de su clase en el país.

El terremoto de 1939 significó un gran quiebre para la ciudad, que trajo muerte y desolación, así como la pérdida de un importante patrimonio cultural y arquitectónico, ligado al estilo neoclásico. Pero pronto la ciudad se puso en movimiento y comienzan a producirse hitos que desembocarán en su reconocimiento como capital cultural. Ya en 1942, en efecto, el pintor Adolfo Berchenko dirige la Academia Libre de Bellas Artes (ALBA), que funcionaría por gran parte de

esa década. Hacia 1950 se crea la Sociedad de Arte de Concepción, la sala de exposiciones El Sótano y la Escuela de Bellas Artes. Participaron en su dirección, entre otros artistas e intelectuales, Hernán San Martín, Daniel Belmar, Adolfo Berchenko y René Louvel. En 1950 Óscar “Tole” Peralta asume la dirección de la Escuela. Bajo su égida se formaron importantes artistas, como Pedro Millar, Eduardo Meissner, Silvia Valenzuela, Santos Chávez, Albino Echeverría, Jaime Cruz, Jaime Fica e Iván Contreras.



Primer número de la Revista *Atenea* de la Universidad de Concepción, en abril de 1924, una de las más antiguas publicaciones científicas de América.

La Escuela funcionó inicialmente junto a la Biblioteca Central, en calle Barros Arana, para



Tole Peralta, pintor y organizador, en 1958, de la Pinacoteca de la Universidad de Concepción.

trasladarse luego al edificio del Instituto de Fisiología, frente al Parque, gracias al apoyo del rector David Stitchkin. La casona, en que laboró por años el científico Alejandro Lipschutz, fue, en la última parte de los años cincuenta, un espacio cultural muy relevante, donde trabajó Violeta Parra, recopilando música, enseñando y avanzando en su propuesta de un museo folklórico. 1950 es el año del Cuarto Centenario de Concepción, al que nos hemos referido. Significó un impulso en diversos campos, también en las letras y la cultura. Leslie Fernández, Car-

rolina Lara y Gonzalo Medina, a quienes seguimos en esta parte, recuerdan el importante Salón Nacional de las Artes Plásticas, organizado por la Sociedad de Arte de Concepción. Inaugurado en diciembre de ese año, con el apoyo de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile, se realizó en el edificio de la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción, actual edificio de la Facultad de Ciencias Biológicas.

En consonancia con el auge industrial que vivía la provincia, el cual permeaba la vida social, en 1958 la Compañía de Acero del Pacífico creó la Corporación Cultural Artistas del Acero, que hasta hoy realiza una significativa labor. Ofrecía cursos al personal en las más diversas áreas culturales y generaba espacios de esparcimiento. Ha sido mucho más que eso, pues favoreció la formación de artistas destacados y la realización de exposiciones y conciertos. En 1960, en el contexto de la Sexta Escuela de Verano de la UdeC, en un piso subterráneo del edificio FIUC, ubicado frente a la Plaza de Armas, se abrió la Sala de Exposiciones de la Galería Universitaria; fue reacondicionada luego del terremoto de 2010 y reinaugurada, en mayo de 2015, como Sala Universidad de Concepción-David Stitchkin Branover.

El terremoto de 1960, entre tantos estragos que causó, derribó el edificio de calle Caupolicán, conocido como el “Palacio Bunster”, donde funcionaba la Escuela de Bellas Artes que mencionamos. Varios artistas emigraron a Santiago, siguiendo la invitación de Nemesio Antúnez a participar en el Taller 99, que el artista había organizado en la capital.

Una obra notable, que es fruto de las tareas de reconstrucción, es la Casa del Arte José Clemente Orozco, que se construye entre 1961 y 1967. Relata Valeria Frindt que su objetivo final fue recibir la gran colección pictórica de la Universidad, formada en muchos años, pero que tuvo un gran impulso con la adquisición de la colección de Julio Vásquez Cortés, en 1958. El edificio alberga, además, el mural “Presencia de América Latina,” obra del artista mexicano Jorge González Camarena, completado en 1965, con apoyo de pintores locales, como Eugenio Brito y Albino Echeverría, así como exposiciones temporales. El edificio fue sede, además, del Instituto de Arte, formado en 1971 con la Reforma Universitaria, que contemplaba el Departamento de Artes Musicales, Artes Plásticas y Visuales, Artes Teatrales, Coro y Orquesta, y Educación por el Arte. El Departamento de Arte comienza a funcionar el año siguiente, desarrollando una importante labor formadora. Se recuerda a maestros como Julio Escámez, Iván Contreras, Enrique Ordóñez, Hugo Pereira y Jaime Fica, entre varios otros. Tuvo el mérito de ser la primera escuela de arte fuera de la capital y la tercera en antigüedad en Chile.



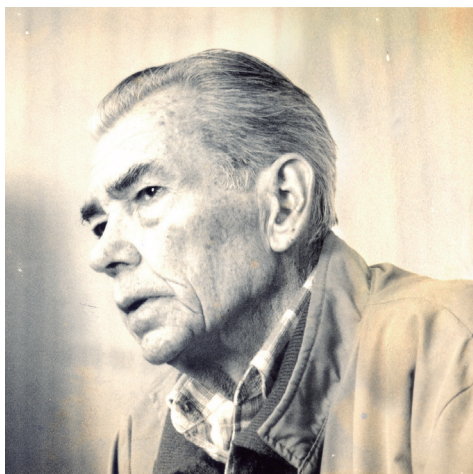
Eugenio Brito, pintor y ceramista, colaborador de la creación del mural “Presencia de América Latina” en la Casa del Arte José Clemente Orozco, en la Universidad de Concepción.

Gentileza del archivo del Artista Eugenio Brito 1928-1984.

En materia musical, mencionamos que el Instituto de Arte incorporó un Departamento de Artes Musicales, que ya se había creado en 1963. La tradición musical del Biobío, no obstante, se remonta a tiempos más pretéritos. Ya el viajero francés Amedée Frézier hizo registros de melodías entonadas por el pueblo mapuche, en su estadía en la zona costera de Concepción, en 1712; en la Araucanía, a su vez, fue el padre Bernardo Havestadt, quien en su conocida obra *Chilidúgú, sive tractatus linguae Chilensis*, impresa en 1777, recogió un cancionero integrado por 19 canciones, cuya letra es un compendio de los principios de la fe católica adaptada a la lengua mapuche. En el siglo XIX, junto a múltiples expresiones de música popular, en fin, rescatamos la figura de Delfina Cruz Zañartu (1837-1905), mujer penquista que fue esposa del presidente Aníbal Pinto, compositora e intérprete virtuosa de piezas para piano.

En 1934 nacieron los recordados Coros Polifónicos de Concepción, que, bajo la dirección de Arturo Medina, alcanzaron “una altísima jerarquía y un sólido prestigio nacional e internacional”, según indica Guido Minoletti. Igualmente remotos son los orígenes de la Orquesta Sinfónica de la Universidad de Concepción. Un grupo de entusiastas da forma a la Orquesta del Liceo de Hombres n° 1 de Concepción. Con el apoyo del rector Enrique Molina y bajo la dirección de Wilfred Junge se forma la Orquesta de Cámara de Concepción, que realiza su primer concierto en octubre de 1952. A la Universidad se integra oficialmente en 1958 y, junto al Coro, forma parte de la Corporación Cultural asociada a aquella. Su trayectoria

fue reconocida, en 2004, con el Premio a la Música Presidente de la República. La vitalidad y renovación del género están aseguradas con iniciativas como la Orquesta Juvenil de Curanilahue, iniciada en 1995, por Francisco Ruiz Bardi-les, director del liceo local, y dirigida por Américo Giusti, violinista y profesor de Concepción.



Wilfred Junge, compositor y director, pilar del desarrollo musical del sur de Chile en la segunda mitad del siglo XX.

Otras entidades, como el Conservatorio de Música Laurencia Contreras

Lema, hoy ligado a la Universidad del Bío-Bío, han promovido la música clásica. Centros binacionales, como el Goethe Zentrum, la Alianza Francesa o el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura, el último con más de ochenta años de presencia en la ciudad, han generado espacios para el arte y la música. Hoy el Teatro Regional del Biobío, inaugurado en marzo de 2018, después de años de perseverante lucha, por parte de instituciones como la Corporación Teatro Pencopolitano, se ha unido a los escenarios para espectáculos mayores.

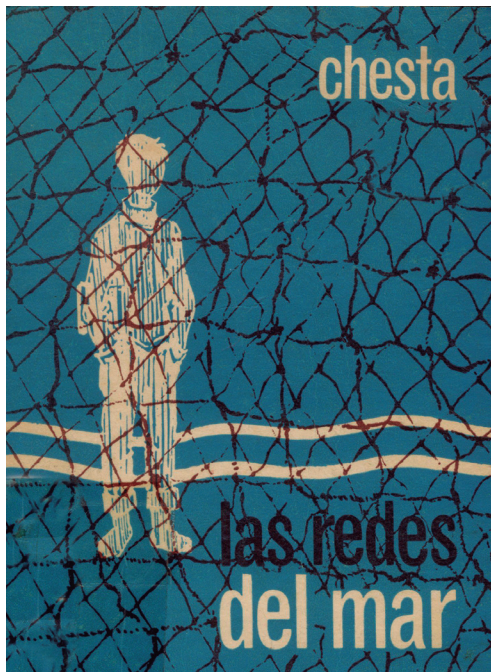
A la tradición de música popular, que recopiló en el pasado Violeta Parra en la región y, en décadas recientes, Patricia Chavarría, se suma un importante desarrollo del Jazz, en el Gran Concepción. En décadas recientes, se ha instalado en el imaginario la noción de la ciudad como capital del rock chileno. Méritos no faltan, con la presencia de grupos como Los Tres o los Bunkers, que ha investigado Rodrigo Pincheira, entre otros; y muchos otros cantautores, en géneros urbanos, como Charly Flowers, un chorero que lleva treinta años creando música “con olor a puerto” ¡Y cómo olvidar a Cecilia “la incomparable”! querida artista de Tomé fallecida en 2023.

La creación del Departamento de Artes Teatrales, en 1971, reconocía la existencia de la compañía de Teatro de la Universidad de Concepción, el TUC, fundada en 1945, con la presentación de su primera obra, “La Zapatera Prodigiosa”, de Federico García Lorca, dirigida por David Stitchkin Branover, futuro Rector de la Uni-



Laurencia Contreras Lema, formadora de músicos. Premio Municipal de Arte en 1968.

versidad. En 1951 la Universidad creó un Consejo, que lleva a la profesionalización del teatro y su incorporación a la Universidad. Su historia fue bien contada por Marta Contreras, Patricia Henríquez y Adolfo Albornoz. Se recuerda a grandes exponentes, actores y dramaturgos, como Brisolia Herrera, Mireya Mora, José Chesta y el actor Humberto Duvauchelle. De Santiago llegaron, hacia 1958, Pedro de la Barra, Delfina Guzmán, Jaime Vadell y Luis Alarcón. Hoy operan varias compañías en la Región, manteniendo viva una disciplina muy valorada y que vivirá un nuevo aire, pues la carrera de teatro abre en la U. de Concepción, en 2024.



Portada del texto "Las redes del Mar" de José Chesta, inspirado en la vida costera de la bahía de Concepción.

Las letras regionales, por su parte, tienen grandes exponentes, que resulta inútil siquiera intentar reseñar. Sugerimos los trabajos de Matías Cardal, o las antologías poéticas elaboradas por María Nieves Alonso, Juan Carlos Mestre, Mario Rodríguez y Gilberto Triviños, entre otros trabajos. A propósito de recopilaciones, se han reunido y reeditado interesantes cuentos publicados por el Diario El Sur, en los años sesenta, por Pablo Martínez y otros investigadores. Mencionemos, con todo, al escritor araucano Fernando Santibáñez, más conocido como Fernando

Santiván, al lebulense Gonzalo Rojas y al lotino Samuel Lillo, los tres galardonados con el Premio Nacional de Literatura. El último fue hermano del gran Baldomero, autor de *Subterra*, obra imprescindible en la literatura social chilena.

Rojas, Erich Rosenrauch y Daniel Belmar, el destacado autor de *Ciudad Brumosa*, *Los túneles morados* y *Desembocadura*, entre otras novelas ambientadas en Concepción y la región, fueron animadores de la vida cultural de la ciudad, entre 1950 y 1970. Ese movimiento literario se expresó en diversas publicaciones periódicas. Junto a la ya mencionada *Atenea*, recordemos las revistas *Arúspice*, *Acta Literaria*, *Posdata* y *Trilce*, fundada en 1964, asociada al poeta Omar Lara, fallecido en 2021.

Se recuerdan, de manera especial, las Escuelas de Verano de la Universidad penquista, que acercó a grandes exponentes a un público ávido de dialogar con las mentes más brillantes y con autores renombrados del medio siglo americano. También con artistas, como Nemesio Antúnez y Violeta Parra, quien estuvo presente, en 1958, con un Taller de Guitarra y Cueca, según explica Fernando Venegas. El año 1962, por ejemplo, participan creadores de la talla



Omar Lara, poeta, editor y traductor. Reconocido con el Premio Nacional de Poesía Jorge Teillier en 2016. Fotografía Siegfried Obrist C.

de Oswaldo Guayasamín, Octavio Paz, Mario Benedetti y Alejo Carpentier como conferencistas invitados en torno al tema de “la imagen de América”. Una feria del libro coetánea reunió a Pablo Neruda, Daniel Belmar y Nicanor Parra. De ahí surge el mote, algo excesivo, de Concepción como “la Atenas de América”, en ese momento particular, y de la vinculación de esos encuentros con los orígenes del llamado boom literario latinoamericano.

De vuelta a las artes plásticas, señalemos que el grabado siempre ha tenido excelentes cultores, en Lota, Tomé, Concepción y otras ciudades. A través de la Bienal Americana de Grabado, organizada por Nemesio Antúnez al alero del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile, artistas locales alcanzaron figuración nacional. En sus tres versiones, de 1963, 1965 y 1970, Pedro Millar o Santos Chávez primero, y luego Jaime Cruz, Santos Chávez, Eduardo Meissner y Eduardo Vilches, destacaron con sus grabados, aguafuertes y xilografías. La disciplina mantiene su vigencia. Desde 2015, la Asociación de Grabadores del Bio-Bío publica la revista *Biográfica*, con el fin de “visibilizar la dimensión histórica del grabado regional y su fértil producción contemporánea”.

Algo similar puede decirse de la fotografía. Omitimos los estudios fotográficos del siglo XIX y el cambio de siglo, pero recordemos, en cambio, a Enrique Vergara, en Talcahuano y a Carlos Rioseco y Enrique Benhör, en Concepción. Los registros de la fotógrafa alemana María Stallforth, recuperados por Claudia Arrizaga, desde el Archivo Fotográfico de la Universidad de Concepción, son muy significativos. En el Gran Concepción, una labor constante para difundir el arte fotográfico entre los aficionados, han cumplido los clubes fotográficos de Talcahuano, Los Ángeles, Huachipato, y el Fotoclub Concepción, entre otros. Son también muy activos el Taller Acciona Fotografía y la Asociación de Fotógrafos de Concepción, entre otras entidades.

El arte mural, ya sea como modesto grafiti o en su modalidad artística tradicional, con sus connotaciones políticas e históricas, ha sido bien cultivado en el entorno regional. Como obras emblemáticas, recordemos el mural “Historia de Concepción”, que pintó Gregorio de la Fuente, en 1942, en la estación de Ferrocarriles, actual sede del Gobierno Regional. Le siguió otra obra cargada de simbolismo: el mural de la farmacia Maluje, realizado en 1957, en el que Julio Escámez relata la historia de la farmacopea en Concepción, desde su origen mapuche hasta la llegada de las vacunas. En Talcahuano, en la Escuela México Estado de Guerrero, se incorporó en su fachada el mural “Fraternidad de Dos Pueblos” de la artista plástica María Martner, realizado en 1964. De manera que el mural “Presencia de América Latina”, ejecutado en 1965, en la Casa de Arte, más que precursor, fue la culminación de una tendencia artística con muchas expresiones regionales.

Esta se continúa en el presente. En Los Ángeles, mencionemos el mural de la actual Delegación Presidencial del Biobío, obra de Alejandro Escribano; y el mural del artista Víctor Jara, en el Liceo Bicentenario de Los Ángeles, en 2013, que representa hitos de la naturaleza y la sociedad provincial; y el mural, inaugurado en 2021, en el Centro de Contacto de BancoEstado en Lota, el más grande de



Mural “Presencia de América Latina” en la Casa del Arte José Clemente Orozco, en la Universidad de Concepción.

la Región del Biobío, con 460 metros cuadrados, que busca destacar los oficios femeninos en la cuenca del carbón, como expresión de un patrimonio inmaterial. Hay muchos otros repartidos por el territorio, pero estos bastan para señalar la importancia de este género en el imaginario artístico regional.

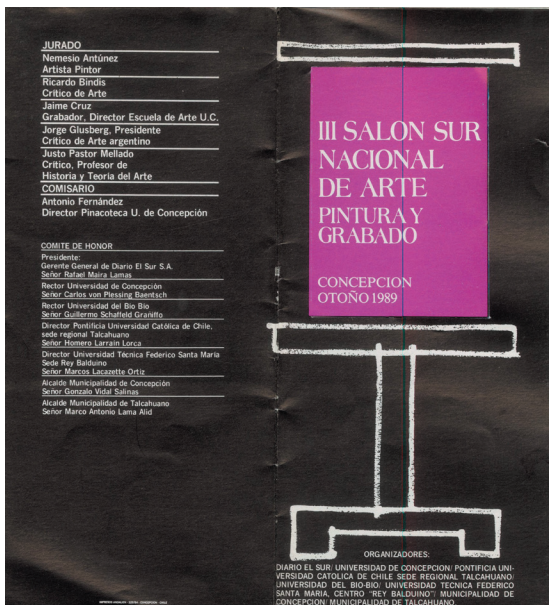
Volviendo a inicios de 1970, la puesta en marcha del Departamento de Artes Plásticas y Visuales de la Universidad de Concepción, representó un vibrante momento creativo. Fue también época de fuertes compromisos políticos. Respondiendo a un llamado del Consejo de Difusión Universitario, y en la Sala América Latina, informa el Diario Color, en octubre de 1972, se constituyó el Frente Patriótico de Artistas, compuesto por cuarenta representantes de las distintas ramas del arte. Albino Echevarría, Brisolia Herrera, Alonso Belmar y Alicia Estrada quedaron elegidos al frente de cada una de las áreas que se establecieron: plástica, teatral, folclórica y musical. El Golpe de Estado determinó la desarticulación del Instituto de Arte de la Universidad, afectando al Departamento. Se cerraron escuelas e institutos de las áreas de las humanidades y ciencias sociales; profesores fueron desvinculados y estudiantes expulsados, afectando la escena artística y literaria en la región.

La actividad artística tuvo espacios y actores diversos en los años siguientes. Un hito fue el “Salón Sur de Pintura y Grabado”, organizado por diario El Sur, con participación de profesores de la Universidad. La primera versión se realizó el año 1976, reuniéndose 131 obras de artistas de todo el país. Varios colectivos generaron instancias de trabajo colaborativo o exhibición, como la Agrupación Universitaria de Tomé (AUT), el ColectivoArte80, la Compañía de Danza Calaucán, o el Taller Marca, entre otros. Se incorporaron nuevos nombres, varios de los cuales siguen vigentes. Mencionemos, con muchas omisiones, a la poeta Arinda Ojeda, la profesora de danza Paola Aste, el escritor Alexis Figueroa y el grabador Pedro Millar.

Las exposiciones, las intervenciones y las performances se suceden, de muchas de las cuales quedó registro en las críticas periodísticas de Ana María Maack, en Diario El Sur. Surgen espacios alternativos, donde se alternaba la actividad política y cultural, como el gimnasio del Colegio Salesianos, el galpón de la Parroquia Santa Cecilia en Talcahuano, el Sindicato Machasa de Chiguayante, la Parroquia Universitaria, la Pastoral Obrera y locales como Nuria y El Castillo. En estos espacios, cuenta el libro *Concepción, te devuelvo tu*

imagen. Resistencia cultural, se efectuaban peñas, encuentros, exposiciones, acciones y talleres.

En años contemporáneos la escena artística y literaria se ha diversificado, ante la irrupción de nuevas técnicas, espacios, soportes y plataformas. Mas la pulsión por crear y expresarse mantiene viva la llama del talento literario y la creación artística en el Biobío.



"Paño", xilografía sobre papel del artista penquista Pedro Millar.

Abajo, Afiche del III Salón Sur Nacional de Arte. Pintura y Grabado, organizado en Concepción en el otoño de 1989.

EPÍLOGO: BIOBÍO EN EL SIGLO XXI

En la centuria que habitamos, la Región del Biobío enfrenta enormes desafíos. A los propios de los tiempos, se añade la reconfiguración de su territorio, ocurrida en 2017, con la escisión de Ñuble. La sustracción de 21 comunas y de casi medio millón de habitantes, constituyó una profunda alteración demográfica y espacial. En verdad, fue mucho más que eso. Significó la pérdida de una proporción importante del *hinterland* agrícola de la región, así como de su territorio de montaña, espacios que habían sido objeto de interesantes desarrollos, en décadas recientes, tales como los viñedos del Itata o el turismo de montaña de la comarca de las Termas de Chillán. Todo lo cual obliga al Biobío a repensarse a sí mismo.

Es necesario, en efecto, reconstruir su identidad histórica y una renovada complementariedad entre las provincias de Concepción, Arauco y Biobío. La invitación es a imbricarse en un relato compartido, generar sinergias, aprovechar y aun crear oportunidades; se trata de imaginar un destino próspero y luego trabajar unidas para alcanzarlo.

La historia debe ser una cantera de donde extraer lecciones y ¿por qué no? concretar los proyectos y sueños de los “pencones” del pasado. Los anhelos de José Urrutia Mendiburu de cruzar el Pacífico y llevar los productos regionales hasta Filipinas. O la ruta imaginada por Luis de la Cruz, quien caminó hasta Buenos Aires, para abrir una vía que uniera Lima con esa ciudad, pasando por Talcahuano y la cordillera por Antuco. Hoy en día, con puertos equipados y un aeropuerto internacional, la hora es llegada para proyectarnos al océano donde ocurre el setenta por ciento del comercio del mundo.

Las relaciones comerciales, culturales y paradiplomáticas de las regiones, requieren de alianzas y federaciones entre aquellas del sur, que sumen cargas, personas e ideas, a fin de incidir y conectarse

efectivamente con otros rincones del continente y del mundo. Es la tarea del próximo futuro. Para liderar esos procesos necesitamos gobiernos regionales dotados de legitimidad democrática y destreza política, de asociaciones entre el sector público y privado que reúnan fuerzas, talentos y recursos. Solo así acortaremos la brecha que nos separa de un desarrollo que mejore la vida de los biobenses, a la vez aportando al país.

Las décadas pasadas han sido de profundas transformaciones, todavía en evolución. Así, la incorporación de las mujeres es una gran tarea inconclusa. El origen del trabajo asalariado femenino se conecta con las labores agrícolas y, en la provincia costera de Concepción, con el carbón y las industrias. Con la masificación de la educación secundaria y la irrupción de los estudios universitarios, a partir de la fundación de la Universidad de Concepción, en 1919, las mujeres se suman al comercio y a las profesiones titulares. Su incorporación al mundo del trabajo, así como a movimientos sociales y políticos, ha modificado el espacio público. En años recientes, la búsqueda deliberada de políticas de paridad les ha otorgado un creciente protagonismo.

La inmigración, a su vez, en distintos momentos de la historia, ha traído renovación genética y cultural al Biobío, impulsando su desarrollo en manifestaciones muy diversas. Según vimos, las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX fueron testigos de una gran ola migratoria. Comenzando el siglo XXI, observamos un fenómeno similar de inmigración muy masiva. Esta vez el origen de los recién llegados es nuestro propio continente; argentinos, motivados por sus recurrentes crisis; peruanos, bolivianos y colombianos, atraídos por la relativa bonanza económica y seguridad de nuestro país y, en los últimos años, haitianos y venezolanos, que han abandonado masivamente sus países, en busca de oportunidades, en medio de las graves crisis sociales, políticas y económicas que atraviesan sus respectivas naciones. Su presente está marcado por el dolor del desarraigo y las dificultades de la inserción cultural y laboral. El azaroso arribo y la incorporación a la sociedad chilena es una historia en desarrollo y que tendrá que escribirse. Esperamos que sean bien acogidos y puedan contribuir a la diversidad de Chile, que es una riqueza, como ha ocurrido con los pueblos llegados en el pasado y que ya son parte de nuestra identidad e historia.

En el presente siglo, el medio ambiente nos interpela fuertemente. Más allá del cambio climático, que ya es una realidad, la energía,

el agua, los residuos, la biodiversidad y la conservación de los ecosistemas terrestres y marinos, nos obligarán a encontrar soluciones creativas y generosas, que aseguren una coexistencia armónica con el entorno natural. Sin sostenibilidad no hay desarrollo, dos claves para la calidad de vida de los habitantes actuales y futuros de nuestra región.

En fin, son muchos los desafíos que nos impone la realidad, para los que no hay respuestas sencillas. Muchas claves para develar el futuro, se hallan ocultas en los arcanos de la historia. Con el ingenio y la resiliencia que caracterizan a los biobenses, nativos y avencindados, avancemos con confianza rumbo al porvenir.

**ORIENTACIÓN
BIBLIOGRÁFICA**

INTRODUCCIÓN

- Campos Harriet, Fernando, *Historia de Concepción 1550-1970*, Editorial Universitaria, Santiago, 1982.
- Cartes Montory, Armando, *Biobío y Ñuble. Bibliografía histórica regional*, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2022, segunda edición.
- Cartes, Armando y Luppi, Rodrigo editores, *Archivos Históricos de Talcahuano, Crónica de un rescate*, Ediciones Universidad San Sebastián, Santiago, 2013.
- Gobierno Regional del Biobío, *Estrategia Regional de Desarrollo 2015-2030*, Región del Bío-Bío, Talcahuano, 2015.
- González, Tulio y Torrejón, Fernando, *La Región del Bio-Bio, un espacio, una historia*, EULA, Universidad de Concepción, Concepción, 1993.

UN TERRITORIO ANCESTRAL

- Centro Interdisciplinario de Estudios Regionales, *Atlas Regional, Chile VIII Región*, Imprenta Andalién, Concepción, 1976.
- Thompson, Manuel, “Informe de la Comisión exploradora del río Bío-Bío y sus afluentes, pasado al Gobierno por don Manuel T. Thompson, Jefe de la Expedición, el 20 de junio de 1863”, *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1863.
- Torrejón, Fernando; Cisternas, Marco y Herrera, Fabiola, “La navegabilidad histórica del río Biobío, mito y realidad”, *Revista Geográfica Terra Australis*, N°49, 2004, pp. 7-30.
- Vivar, Jerónimo de, *Crónica y relación copiosa de los Reinos de Chile*, Fondo Histórico y bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1966.
- Vv/aa, *Enciclopedia Regional del Bio Bio*, Pehuén Editores, Santiago, 2008.
- Wolodarsky-Franke, Alexia y Díaz Herrera, Susan, *Cordillera de Nahuelbuta. Reserva Mundial de Biodiversidad*. Valdivia, Chile: WWF, 2011.

EL POBLAMIENTO ORIGINARIO

- Bengoa, José, *Historia del pueblo mapuche*, Ediciones Sur, Santiago, 1996.
- Campbell, Roberto, “Cambio cultural, unidad doméstica y comunidad: La Araucanía a la luz del registro etnohistórico (y arqueológico)”, *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Valparaíso, 2009*, Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago, 2012.
- Campbell, Roberto, “El trabajo de metales en El Vergel: una aproximación desde Isla Mocha”, Simposio El Complejo Arqueológico El Vergel en el centro sur de Chile: relaciones temporales y espaciales, en: *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Tomé, octubre de 2003*, Ediciones Escaparate, Concepción, 2005.

- Espinoza Olivares, Luis Hernán, *El misterio de los petroglifos del Cerro de La Costilla*, Municipalidad de Hualqui, Concepción, 2018.
- Falabella, Fernanda; Uribe, Mauricio; Sanhueza, Lorena; Aldunate, Carlos y Hidalgo, Jorge, *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los incas*, Editorial Universitaria, Santiago, 2019.
- Foerster G., Rolf, *Jesuitas y mapuches*, Editorial Universitaria, Santiago, 1996.
- Mariman, Pablo; Caniuqueo, Sergio; Millalén, José y Levil, Rodrigo, *¡Escucha, Winka...! Cuatro ensayos de historia nacional mapuche y un epílogo sobre el futuro*, Editorial LOM, Santiago, 2006.
- Molina, Juan Ignacio, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, Biblioteca del Bicentenario, Pehuén Editores Limitada, Santiago, 2000, (edición facsimilar de la pub. en Madrid, en 1788), dos volúmenes.
- Molina, Raúl y Correa, Martín, *Territorios y comunidades pehuenches del alto Bio Bio*, CONADI, Santiago, 1998.
- Quiroga, Gerónimo de, *Memoria de los sucesos de la Guerra de Chile*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979.
- Quiroz, Daniel y Sanchez, Marco, *La isla de las Palabras Rotas (isla Mocha)*, Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile, Santiago, 1997.
- Rosenblitt B., Jaime y Castillo F., Simón, “Evolución del sistema de asentamientos urbanos en la Región del Bío-Bío 1550-1992”, *Mapocho*, N°60, segundo semestre de 2006, Santiago, pp. 25-78.
- Seguel, Zulema, *Compendio de Notas sobre las investigaciones arqueológicas, en las bahías de Concepción y de Arauco. VIII Región. Chile*, Ediciones de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, 2003.
- Silva Galdames, O., “¿Detuvo la batalla del Maule la expansión inca hacia el sur de Chile?”, *Cuadernos de Historia*, (3), 7-25, 2017
- Villalobos, Sergio, *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1989.
- Zavala, José Manuel; Dillehay, Tom D.; Stewart, Daniel M.; Payàs, Gertrudi y Medianero, Francisco Javier, “Los mapuche de Concepción y la frontera inca: revisión de fuentes tempranas y nuevos datos”, *Revista de Historia Universidad de Concepción*, número 28, Vol. 2, julio-diciembre, 2021.

ENTRE EL MAULE Y LA FRONTERA 1600- 1810

- Andrade Martínez, Pedro Manuel; Argo Chávez, Mary Anne y Soto-Cerda, Alonso, "The presence of Africans and their descendants in colonial Concepción, Chile: a first approach", *Revista de Historia de América*, N°162, enero-junio, 2022.
- Barrientos, Javier, "La Real Audiencia de Concepción (1565-1575)", *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, Vol. XV, Valparaíso, 1992- 1993.
- Burgos, Luciano; Forcael, Eric y Cartes, Armando, *El Fuerte La Planchada de Penco, Antecedentes históricos y constructivos*, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2015.
- Campos Harriet, Fernando, *Alonso de Ribera, Gobernador de Chile*, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1973.
- Carmagnani, Marcello, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1680-1830*, Dibam-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 2001.
- Cartes Montory, Armando y Adán, Leonor, "Biobío, testigo de una frontera y esperanza de un encuentro", en: Aldunate Solar, Carlos y Hernán Rodríguez Villegas, editores, *Caminos de agua, los ríos de Chile*, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, 2021.
- Cartes Montory, Armando, "Letras en la Frontera. La cultura escrita en Concepción colonial", *Revista Tiempo Histórico*, Santiago-Chile. Año 9 / N°17 / julio - diciembre 2018 / 17-32.
- Cartes Montory, Armando, "Terremotos y tsunamis como fuerza modeladora en la historia de Concepción", en Rafael Aránguiz, editor, *Tsunamis en la Región del Biobío, desde una mirada multidisciplinaria*, Ediciones UCSC, Concepción, 2018.
- Cartes Montory, Armando, *Franceses en el país del Bio-Bio*, Trama impresores, Concepción, 2004.
- Cartes Montory, Armando, *Viajeros en tierras mapuches*, Editorial Al Aire Libro, Tomé, 2013.
- Guarda, Gabriel, *La ciudad chilena del siglo XVIII*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1968.
- Mazzei de Grazia, Leonardo y Pacheco, Arnoldo, *El traslado de la ciudad de Concepción*, Editorial Aníbal Pinto S.A., Concepción, 1985.
- Muñoz Olave, Reinaldo, *Rasgos biográficos de Eclesiásticos de Concepción 1552-1818*, Imprenta San José, Santiago, 1916.
- Ruiz, Hipólito, *Relación Histórica del Viage, que hizo a los Reynos del Perú y Chile el botánico Dr. Hipólito Ruiz en el año de 1777 hasta el de 1788, en cuya época regresó a Madrid*, Madrid, 1952.
- Sagredo Baeza, Rafael (editor), *Ciencia-Mundo, Orden republicano, arte y nación en América*, Editorial Universitaria, Santiago, 2010.
- Sagredo Baeza, Rafael; González Leiva, José Ignacio y Compan Rodríguez, José, *La política en el espacio. Atlas Histórico de las divisiones político-administrativas de Chile, 1810-1940*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, PUC, Insti-

- tuto Geográfico Militar, Santiago, 2016.
- Stewart M., Daniel, *Historia urbana de la ciudad histórica de Penco: tsunamis, terremotos y guerra (Concepción, 1551-1751)*, inédito, 2021.
- Valdés L., Marcos, *Todo Penco*, Cuadernos del Bío-Bío, Concepción, 2001.

LA PROVINCIA, DEL REINO A LA REPÚBLICA, 1810- 1860

- Campos Harriet, Fernando, *Los defensores del Rey*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1958.
- Cartes Montory, Armando y Puigmal, Patrick, *De la Alsacia al Bio Bio. El oficial napoleónico Federico de Brandsen en las campañas de la Independencia de Chile*, Editorial Pencopolitana, Concepción, 2008.
- Cartes Montory, Armando y Simpér-tigue, Diego, *Corte de Apelaciones de Concepción, Memoria y Patrimonio*, Trama Impresores S.A., Concepción, 2012.
- Cartes Montory, Armando, “*Un gobierno de los pueblos...*” *La Nación y las provincias en la independencia de Chile*, Historia Chilena, Santiago, 2018.
- Cartes Montory, Armando, *Concepción contra “Chile”. Consensos y tensiones regionales en la Patria Vieja (1808-1811)*, Centro de Estudios Bicen-tenario, Santiago, 2º edición, 2016.
- Cid Rodríguez, Gabriel y Cartes Montory, Armando, *Un Pueblo Libre, Chile entre Chacabuco y Maipú*, Universidad Bernardo O’Higgins, Santiago, 2020.
- Valencia Avaria, Luis, *Bernardo O’Higgins, el buen genio de América*, Editorial Universitaria Santiago 1980.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *La Guerra a Muerte*, Imprenta Nacional, Santiago, 1868.

TIEMPOS DE CAMBIO, 1860 -1900

- Binimelis, Pascual, *Ferrocarril entre Talcahuano, Concepción y Chillán*, Imprenta del Liceo, Concepción, 1864.
- Cartes M., Armando, *Cementerio General de Concepción, patrimonio recuperado*, Pehuén Editores S.A. - Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2021.
- Cartes Montory, Armando, *Los cazadores de Mocha Dick. Balleneros chilenos y norteamericanos al sur del océano de Chile*, Editorial Pehuén, Santiago, 2009.
- Cartes Montory, Armando, *Pedro del Río Zañartu. Patriota, filántropo y viajero universal*, 2º edición, Editorial Aníbal Pinto, Concepción, 1997.
- Casanueva Herrera, Fernando, *Prensa y Periodismo en Concepción 1833-2000*, Escuela de Periodismo UCSC, Concepción, 2002.
- González Abuter, Tulio, *El Ferrocarril Trasandino por Antuco*, Camino del Ciego Proyectos, Los Ángeles, 2015.
- Saavedra Villegas, Rolando, *Visión Histórica y Geográfica de Tomé – Chile*,

- Ediciones Perpelén, Concepción, 2006.
- Hernández Gurruchaga, Hilario, “El Gran Concepción: desarrollo histórico y estructura urbana. Primera Parte. Génesis y evolución: de las fundaciones a la conurbación industrial”, *Informaciones Geográficas*, N° 30, Santiago, 1983.
- Ibarra Rebolledo, Carlos, “La problemática carrilana en la construcción del ramal ferroviario Talcahuano-Chillán (1860-1873)”, *Revista de Historia*, Vol. 1, N° 26, enero-junio 2019, pp. 115-148.
- Mackay, Juan, *Recuerdos y Apuntes 1820 a 1890*, A. L. Murray & Co., Concepción, 1912.
- Márquez Ochoa, Boris, *Pascual Bini-melis y Campos, Constructor del Concepción moderno, 1819-1890*, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2018.
- Mazzei de Grazia, Leonardo, *Historia económica regional de Concepción*, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2015.
- Medina Valverde Cristián, *El Sur, 130 años de historia*, Ediciones Universidad San Sebastián, Concepción, 2012.
- Palma, Martín, *Un paseo a Lota*, Imprenta y Librería del Mercurio de S. Tornero e hijos, Valparaíso, 1864.
- Rock, María Esperanza, *Voces de Lota, Relatos de la ciudad del Carbón*, Editorial Universitaria, Santiago, 2018.
- Rojas Gómez, Mauricio F., *Las voces de la justicia. Delito y sociedad en Concepción (1820-1875)*, Centro de investigaciones Barros Arana, Santiago.
- Sepúlveda G., Sergio, *El trigo chileno en el mercado mundial*, Editorial Universitaria S.A., Santiago, 1959.
- Torres Hidalgo, Nadia, *La Francmasonería y su influencia en la educación en Concepción*, Corporación Educacional Masónica de Concepción, Concepción, 2002.
- Venegas Valdebenito, Hernán, *El carbón de Lota*, Editorial Pehuén, Santiago, 2008.
- Vergara Paredes, Sandrino, *La batalla de Talcahuano: 5 de septiembre de 1931*, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2022.
- Vv. Aa., *Fábrica de Cerámica de Lota 1936-1952*, Andros impresores, Santiago, 2016.

EL COMPLEJO SIGLO XX 1900 -1980

- Benedetti, Laura, *La cuestión social en Concepción y los centros mineros de Coronel y Lota (1885-1910)*, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2019.
- Campos Harriet, Fernando, *Concepción en la primera mitad del siglo XX*, Editorial Orbe Santiago 1985.
- Campos Jegó, Gustavo, *Entre el orden y el desorden: policía y hampa en el Concepción del siglo XIX*, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2021.
- Cartes, Armando, Luppi, Rodrigo y López, Luis, editores, *Bellavista Oveja Tomé, una Fábrica en el tiempo*, Ediciones Universidad San Sebastián, Concepción, 2012.
- Manzur, María Isabel, *Patrimonio Alimentario de Chile. Productos y preparaciones de la Región del Biobío*, Fundación para la Innovación Agraria, Santiago, 2016.
- Mariángel Chavarría, Paula y Fuentealba Urzúa, Paula, *Vamos al grano. Hablemos de trigo. Las riquezas culinarias de las cocinas culinarias del Biobío*, Cetsur, Tomé, 2020.
- Márquez, Boris, *Cerámica en Penco, industria y sociedad, 1888-1962*, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2014.
- Martin Fritz, Carlos, *El dique seco n° 1 de Talcahuano. Génesis de su construcción*, Imprenta Victoria, Valparaíso, 1996.
- Martin Fritz, Carlos, *La Armada en Talcahuano 1895-2000*, Impresos Andalién, Concepción, 2000.
- Pereira Salas, Eugenio, *Los primeros contactos entre Chile y Estados Unidos 1778-1809*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1971.
- Venegas, Fernando, *De Tralcamawida a Santa Juana. Despliegue histórico de una localidad en la frontera del Bío-Bío (1550-1980)*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2014.

ARAUCO, LA TIERRA Y SU GENTE

- Aldunate del Solar, Carlos, *Cultura Mapuche*, Ministerio de Educación, Segunda edición, Santiago, 1986.
- Domeyko, Ignacio, *La Araucanía y sus Habitantes*, Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, Santiago, 2010.
- Epullán Llanquileo, Desiderio Leonel, *Al rescate de nuestra historia local. Comunidad Juan Raniqueo Huallepen Bajo-Contulmo*.
- Etchepare, Jaime y otros, *Historia de Curanilahue*, s/i de imprenta 1986.
- Hermosilla Silva, Clímaco, *Cañete, Crónica de cinco siglos*, Cosmigonon Ediciones, Concepción, 2001.
- Mariman, Pablo; Caniuqueo, Sergio; Millalén, José y Levil, Rodrigo, *¡Escucha, Winka...! Cuatro ensayos de historia nacional mapuche y un epílogo sobre el futuro*, Editorial LOM, Santiago, 2006.
- Municipalidad de Tirúa, *Historia de Tirúa*, Tirúa, 2010.
- Pizarro Soto, Alejandro, *Lebu. De la Leufumapu a su Centenario 1540-*

- 1962, Editorial e Imprenta Ñielol S.A., Santiago, 1991.
- Pizarro Soto, Alejandro y Contreras, Iván, *Breve Historia de Contulmo*, Cuadernos del Bio Bio, Santiago, 1999.
- Rosenblitt B., Jaime, “Entre el mar y Nahuelbuta: historia del asentamiento humano en Arauco”, *Mapocho*, Santiago, N° 64, segundo semestre 2008, pp. 227-259.
- Rosenblitt, Jaime y Nazer, R., “Entre el mar y Nahuelbuta: Historia del asentamiento humano en Arauco”, *Centro de Estudios “Miguel Enríquez”*, 2005. Revisado en https://www.archivochile.com/Historia_de_Chile/otros_artic/HCHotrosart0010.pdf.
- Torres Aillón, Luis, *Arauco es Historia*, Trama Impresores, Talcahuano, 2003.
- DE LA ALTA FRONTERA A LA PROVINCIA DEL BIOBÍO
- Acuña Casas, Ricardo y González Abuter, Tulio, *Los Ángeles durante la colonia*, Concepción, Editorial Aníbal Pinto, 1990.
- Andaur Fuentealba, Carolina y Pérez Bustamante, Leonel, *Evolución de la planificación urbana de los Ángeles en el siglo XX*, Ediciones Universidad de Concepción, 2006.
- Cerro Garrido; Karin, Cristián y Herlitz Cifuentes, Hellmuth Otto, *Historia de Yumbel en el siglo XIX, 1800-1891*, Amar y Cía. Ltda., Concepción, 2019.
- Chuecas Saldías, Ignacio, *Dueños de la Frontera, terratenientes y sociedad colonial en la periferia chilena, Isla de la Laja (1670-1845)*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 2018.
- Contreras Gómez, Domingo, *La ciudad de Santa María de Los Ángeles*, Empresa Editora Zig-Zag S.A., Santiago, 1942 y 1944.
- Garretón Arriagada, Raúl, *Los Ángeles. Recuerdos de la primera mitad del siglo XX*, Graficasur, Temuco, 1994.
- González Abuter, Tulio, *Canalistas del Laja: 100 años ACL*, Asociación de Canalistas del Laja, Los Ángeles, 2016.
- Guía Jeneral de la Provincia de Bio-Bio*, Imprenta i encuadernación El Siglo, Los Angeles, 1912.
- Instituto O’Higiniano Filial Santa Bárbara, *Santa Bárbara y sus inicios, 1756-1856*, 1998.
- Molina, Raúl y Correa, Martín, *Territorios y comunidades pehuenches del alto Bio Bio*, CONADI, Santiago, 1998.
- Muñoz Olave, Reinaldo, *El Santuario de San Sebastian de Yumbel*, Imprenta Claret, Santiago, 1927.
- Navarrete Stagg, Ramón y Carrasco Domínguez, Claudio, *Historia de Nacimiento*, Impresos Universitaria, Santiago, 1999.
- Orellana, Mario, *Historia y Antropología de la Isla de la Laja*, Editorial Universitaria, Santiago, 1992.
- Retamal Ávila, Julio y Parentini Gayani, Luis Carlos, *Santa Bárbara. Su tierra y su gente*, editor Marcelo Rojas V., Santiago, 2014.
- 250 años, Santa María de Los Angeles, 1739-1989*, Soc. Periodística e Imp. Renacimiento, Concepción, 1989.

Sepúlveda Ramírez, César, *Historia de Quilaco*, Al Aire Libro Editorial, Tomé, 2009.

Servicio País Cultura, *Reconstruyendo nuestra historia: Quilleco relata sus memorias*, Impresoras La Discusión, S. A. 2011.

Sierpe Gutiérrez, Ignacio, *Panorama económico-social de la Provincia de Bio-Bio*, Memoria de Prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, Santiago, 1952.

EL GRAN CONCEPCIÓN: PROVINCIA Y METRÓPOLIS

Araneda Herrera, Pablo, *La reforma universitaria al servicio del pueblo: El caso de la Universidad del Carbón, Lota y Coronel, 1971-1973*, Comercial Nahuel, Santiago, 2017.

Campos Harriet, Fernando, *Veleros Franceses en el mar del Sur*, Editorial Zig-Zag Santiago, 1964.

Cartes Montory, Armando y Carrasco Delgado, Sergio, *Actas Fundacionales de la Universidad de Concepción*, Ediciones de la Universidad de Concepción, Concepción, 2017, dos volúmenes.

Cartes Montory, Armando, *Clínica Sanatorio Alemán de Concepción. 120 años. Memoria, presente y proyecciones*, Clínica Sanatorio Alemán, Concepción, 2017.

Cornejo Irigoyen, Rodrigo, *Concepción y sus terremotos, una revisión histórica*, Universidad de la Frontera, Temuco, 2017.

Cravero Silva, Oscar, *En la ruta del gran terremoto. Reportaje histórico de los sismos de mayo de 1960*, Concepción, 2000.

Estrada Friz, Miguel Ángel y Medina Valverde, Cristián, *Club Hípico de Concepción, Historia y tradición regional desde 1894*, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2015.

García Luarte, Alfredo, editor, *UCSC: 25 años de una memoria que se proyecta*, Ediciones UCSC, Concepción, 2016.

López Von Briessen, Carlos, *El palín, juego tradicional de la cultura mapuche*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2011.

Márquez Ochoa, Boris, *Carlos Oliver Schneider, naturalista e historiador de Concepción*, Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2015.

Mihovilovic Gratz, Alejandro y Fuentealba Domínguez, Marlene, *Las Calles de Concepción*, Archivo Histórico de Concepción, Concepción, 2020.

Muñoz Labraña, Carlos, *69 años. Historia de la Facultad de Medicina*, Ediciones Facultad de Universidad de Concepción, Concepción, 1993.

Pacheco Silva, Arnoldo, *Historia de Chiguayante*, Editorial Universidad de Concepción, Concepción, 2012, dos volúmenes.

Pacheco, Arnoldo, *Economía y sociedad de Concepción, siglo XIX*, Ediciones Universidad de Concepción, Concepción, 2003.

Pérez B., Leonel y Fuentes H., Pablo, *Concepción, barrios que construyeron la*

- ciudad moderna*, Trama Impresores, Concepción, 2012.
- Ramírez Anabalón, Exequiel, *El deporte penquista de la mano del Arturo Fernández Vial. Pasado victorioso, presente y futuro venturoso, 1903-1993, 90 estaciones*, Offset La Nación, Santiago, 1993.

GÉNESIS Y PRESENCIA DE LA REGIÓN DEL BIOBÍO

- Campos Harriet, Fernando, *Leyendas y Tradiciones penquistas*, 2º edición, Sociedad de Historia de Concepción, Concepción, 2003.
- Cartes Montory, Armando, “Ñuble, de provincia a Región. La identidad geocultural como clave del desarrollo regional”, *Revista de Historia y Geografía* n° 43, 2020, Universidad Católica Silva Henríquez, pp. 201-237.
- Cartes Montory, Armando, editor, *Región y Nación, la construcción provincial de Chile, S. XIX*, Editorial Universitaria, Santiago, 2020.
- Harboe B., Felipe, *Región de Ñuble, del sueño a la realidad, cronología legislativa*, Editorial Catalonia Ltda., Santiago, 2018.
- Montero, Violeta y Cartes, Armando, “El Bío-Bío, reconfiguración espacial de una región histórica”, *Tiempo Histórico*, Santiago-Chile, año 11, n° 21, julio-diciembre 2020, pp. 141-172.
- Ríos Aravena, Jaime, “*Monumentos Nacionales*”, *Octava Región del Bío-Bío, Archivo Fotográfico*, Editorial Universitaria, Santiago, 2011.
- Silva Silva, Yanette, *Costumbres y oficios en la zona del carbón*, Imprenta Ruzel, Lota, 2015.
- Umaña Hermosilla, Benito, editor general, *Caracterización de la Provincia de Ñuble, y una propuesta estratégica para el desarrollo del territorio*, Ediciones Universidad del Bio-Bio, Concepción, 2015.
- Vv.Aa., *Regionalización, la experiencia chilena 1974-1989*, Universidad Andrés Bello, Santiago, 1989.

LOS AÑOS CONTEMPORÁNEOS

- Alonso, María Nieves; Mestre, Juan Carlos; Rodríguez, Mario y Triviños, Gilberto, *Las plumas del colibrí: quince años de poesía en Concepción (1973-1988)*.
- Basso, Carlos, *Crónicas del 27/F*, Diario El Sur, Concepción, 2012.
- Brito Peña, Alejandra, *Autonomía y subordinación: Mujeres en Concepción, 1840-1920*, LOM ediciones, Santiago 2014.
- Cabrillana Godoy, Rodrigo, *Noches de Rock & Roll, Crónicas de Rock penquista (1981-1991)*, autoedición, Santiago, 2020.
- Cárcamo, Ricardo y Rojel, Ángel, *ConcEnOff: relatos del Rock Penquista*, VRIM Udec-RIL Editores, Santiago, 2018.
- Cardal, Matías, *Diccionario de Autores de la Región del Bio-Bio*, Editora Aníbal Pinto S.A., Concepción, 1997.

- Cardal, Matías, *El Oído en las Raíces, Narradores de la Región del Biobío*, Impresos Luinay, Concepción, 1996.
- Cartes Montory, Armando, *Las Tres Pascualas, Patrimonio Natural y Cultural de Concepción*, Ediciones Universidad San Sebastián, Concepción, 2014 (segunda edición).
- Cisterna Gaete, Paula Leonor y Vega Soto, María Eliana, *Resistencia en blanco y negro*, Fondart, Concepción, 2016.
- Contreras, Marta; Henríquez, Patricia y Albornoz, Adolfo, *Historias del Teatro de la Universidad de Concepción*, Trama Impresores S.A., Concepción, 2003.
- Díaz Nieva, José y Valdés Urrutia, Mario, *Concepción en los días de Salvador Allende, 1970-1973*, Ediciones Escaparate, Concepción, 2020.
- Durán, Mauricio, *Canción para mañana, Memorias de los Bunkers*, Planeta, Santiago, 2022.
- Fernández, Leslie; Lara, Carolina y Medina, Gonzalo, *Concepción, te devuelvo tu imagen. Resistencia cultural, 1972-1991*, Almacén Editorial, Concepción, 2022.
- Frindt Garretón, María Valeria, *Evolución plástica en Concepción y coyunturas políticas. 1964-1989*, Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Universidad de Concepción, Concepción, 2006.
- Garcés Durán, Mario, "El movimiento de pobladores durante la Unidad Popular, 1970-1973", *Atenea*, N° 512, Concepción, diciembre de 2015, pp. 33-47.
- Giordano M., Jaime y Faúndez, Luis Antonio, *Treinta años de poesía en Concepción*, pp. 169-182.
- Giordano M., Jaime, *Poetas penquistas. Poesía en Concepción y la Región del Bío-Bío*.
- Guerra Gajardo, Cristóbal y Mondaca Cortés, Roberto, *Consecuencias de las industrias de celulosa y forestal en la ciudad de Arauco y su entorno 1960-1992*, Informe de Seminario de Grado para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 2017.
- Moya, Marcela Alexandre; Cid Hidalgo, Juan D.; Cisternas Cruz, Cristian; Gallardo Reyes, David R.; Martínez Fernández, Pablo y Zambrano Silvera, Laura, *¡A(nó)nimos. Márgenes de la escritura*, Ediciones Escaparate, Concepción, 2019.
- Mujeres del Biobío, Artistas y cultoras de nuestro territorio*, Consejo Regional de la Cultura y las Artes, Concepción, S/A, varias ediciones.
- Muñoz Labraña, Carlos y Arcas Morales, Gladys, *San Pedro de la Paz del fuerte a la comuna*, segunda edición ampliada, Impresos Andalién, Hualpén, 2007.
- Pincheira Albrecht, Rodrigo, *Como una ola, trayectos y procesos de rockeras de Concepción, 1980-2015*, Ediciones Nuevos Territorios, Concepción, 2023.
- Rosenblitt, Jaime y Nazer, Ricardo, *Entre el mar y Nahuelbuta: Historia del asentamiento humano en Arauco*, Urbe Ltda., Santiago, 2005.
- Urzúa Valenzuela, Germán. *Historia política de Chile y su evolución electoral desde 1810 a 1992*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1992.
- Vega S., María Eliana, *No hay dolor inútil. La iglesia de Concepción y su*

defensa de los derechos humanos en la Región del Bío-Bío entre 1973 y 1991, Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos VIII Región, Concepción, 1999.

Venegas, Fernando, *Violeta Parra en Concepción y la frontera del Biobío: 1957-1960. Recopilación, difusión del folklore y desborde creativo*, Universidad de Concepción, Concepción, 2017.

PRENSA CONSULTADA

“El Sur”, de Concepción

“Crónica”, de Concepción

“La Patria”, de Concepción

“La Tribuna”, de Los Ángeles

“La Discusión”, de Chillán



En torno al gran río que le da nombre, entre la cordillera de Antuco y la Bahía de Concepción y el Golfo de Arauco, se ha configurado la historia de la Región del Biobío. Como un verdadero crisol de culturas, la dilatada convivencia de diversos pueblos dio origen a una comunidad humana singular y diversa, lo que constituye su mayor riqueza.

En la actualidad, las provincias de Arauco, Concepción y Biobío enfrentan el desafío de repensar su identidad, a partir de su historia. Esta tiene mucho que aportar en la construcción de una mirada compartida del pasado, así como en la valoración de su patrimonio natural y cultural.

El presente libro es una invitación a conocer, en resumidas páginas, los logros y luchas de los hombres y mujeres que habitan nuestro pasado común. Su legado debe motivarnos a impulsar el desarrollo regional, de manera activa y solidaria, con la fuerza creativa de la historia.